



LA
LISTA
del
CORAZÓN

• KASIE WEST •

LA
LISTA
del
CORAZÓN

LA
LISTA
del
CORAZÓN

• KASIE WEST •

Traducción de María Laura Saccardo



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Love, Life and the List*
Editor original: HarperTeen, un sello de HarperCollins Publishers
Traducción: María Laura Saccardo

1.ª edición: febrero 2019

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2017 *by* Kasie West

Los derechos de traducción fueron gestionados por medio de Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

All rights reserved

© de la traducción 2019 *by* María Laura Saccardo

© 2019 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17312-98-5

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

A mi Abby, que trabaja duro, se ríe con fuerza y sueña a lo grande. Eres una alegría absoluta y ¡te amo!

—¿Frío o calor?

—Calor. Odio tener frío. Ya lo sabes. —Solo la idea me hizo temblar, a pesar de que estábamos a mediados del verano, lo que probablemente inspiró la pregunta de Cooper. Hacía calor. Tanto que se estaban empezando a formar gotas de sudor detrás de mis rodillas. Ya llevábamos veinte minutos haciendo cola para comprar las entradas de una película que estaban a punto de proyectar en la playa. Y yo esperaba con ansias el momento en que el sol bajara y la brisa comenzara a soplar.

—Sí, lo sé. —Él negó con la cabeza—. Pero me refería a si preferirías morir congelada o quemada.

—Eres un morbosos. —Hice un mohín—. Pero tienes razón, esa es una pregunta diferente. He oído que morir de frío es maravilloso.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Acaso te visitan fantasmas de personas muertas de frío?

—Sí. A diario. Hablando de fantasmas... Qué prefieres: ¿la maldición de ver todos los días fantasmas o de ver zombis?

—¿Maldición? ¿Maldición? —Sujetó uno de mis hombros y me sacudió—. Ninguna de las dos sería una maldición, en mi opinión. Es totalmente increíble. Me quedaré con ambas.

—Así no funcionan las reglas. Tienes que escoger una.

—Fantasmas. Espero que puedan hablarme sobre mi futuro.

—Los fantasmas no saben el futuro —afirmé mientras avanzábamos en la cola, cada vez más cerca de la taquilla. Se me metió arena en las sandalias, así que las sacudí para sacarla.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo, Cooper. En todo caso, si algo saben los fantasmas, es el pasado.

—Bueno, puede que los tuyos no, Abby, pero los míos son fantasmas futuristas. Sería increíble.

La chica que estaba justo delante de nosotros en la cola se giró hacia Cooper y le sonrió. Probablemente pensando que él era realmente adorable y encantador. Porque lo era. Ella rondaba nuestra edad. Su pelo estaba recogido en un moño deliberadamente despeinado y, al verlo, yo me pregunté automáticamente cómo hacían las chicas para conseguir ese *look* arreglado pero informal sin que pareciese que no se habían peinado.

—Hola —le dijo él—. ¿Cómo estás?

—Ahora mejor —respondió ella con una risita, luego se dio la vuelta de nuevo.

—Ignórame. —Negué con la cabeza—. Ya sabes, soy la chica que está junto al chico con el que coqueteabas.

Estaba segura por mi tono que ella sabía que estaba bromeando, pero aun así Cooper me cubrió la boca con la mano.

—La mejor amiga del chico. Solo amigos. Dicho chico está totalmente disponible.

Liberé mi boca y reí, a pesar de que la parte de «solo amigos» no fuera por decisión mía. De hecho, le había confesado mi amor a Cooper Wells exactamente un año atrás, ese mismo mes. Fue más que evidente por su reacción que el sentimiento no era correspondido. Así que tuve

que fingir que era una broma. Una con la que estuvo más que dispuesto a seguirme la corriente. Y yo dejé que lo hiciera porque no quería perderlo como amigo. Él era el mejor amigo del mundo.

—Me siento inspirada, así que tengo un interrogante —dijo una voz detrás de nosotros—: qué prefieres: ¿salir con tus amigos una noche más o pasar la noche preparando las maletas para el viaje en el que tus padres te arrastrarán durante todo el verano?

Me di la vuelta y una sonrisa se apoderó de mi rostro.

—No uses la palabra *interrogante*, Rachel. Mi abuelo de ochenta años la usa.

—La aprendí de él. —Rachel estaba de pie, con las manos en la cintura y la mirada radiante—. Y solo tiene setenta y ocho.

Choqué mi cadera con la suya, luego la abracé.

—¿Cómo sabías que estábamos jugando a Qué prefieres?

—¿No jugáis todo el tiempo?

—Pensé que no podrías venir esta noche —dije.

Éramos cuatro en nuestro grupo de amigos cercanos: Cooper, Rachel, Justin y yo. Justin se había ido la semana anterior y estaría todo el verano en una misión por su iglesia en Sudamérica. Rachel se iría al día siguiente en un viaje por toda Europa con sus padres. Así que, el resto del verano, solo seríamos Cooper y yo.

—Yo también. Ahora, volviendo a mi pregunta: ¿última noche con amigos o trasnochar preparando tu maleta para un viaje eterno con tus padres?

—Esa es difícil, Rach —respondió Cooper—. Probablemente, preparar mi maleta.

—Muy gracioso. —Ella le dio un golpe en el brazo.

Finalmente llegamos al primer puesto de la cola. Cooper se acercó a

la improvisada mesa cubierta que servía de taquilla todos los viernes por la noche durante el verano. El chico detrás de la caja lo recibió.

—¿Tú eres Cooper?

—Mmm, sí —respondió Cooper cautelosamente.

—Esa señorita pagó por tu entrada. —El chico señaló con la cabeza a Moño Despeinado, la chica que había estado delante de nosotros y que caminaba hacia la entrada. Debió haberme escuchado decir el nombre de Cooper en algún momento.

—¿Y qué hay de las nuestras? —le grité a la chica mientras tomaba el brazo de Rachel.

La chica nos sonrió sobre su hombro y luego sacudió la mano.

—Maldito —le dije a Cooper—. ¿Dónde están las personas dispuestas a pagar por nuestro entretenimiento del viernes por la noche? —Revolví mi bolso de playa, entre las toallas y la sudadera, hasta que, finalmente, encontré mi cartera. Le entregué el dinero al cajero y luego recogí mi entrada. Rachel hizo lo mismo.

—Tienes que trabajar tus encantos —afirmó Cooper.

—Soy la persona más encantadora aquí. —Volví a colgarme mi bolso al hombro y este se meció de un lado a otro como un péndulo—. El encanto me brota por los poros.

—Lo dudo. Y, si ese es el caso, lo estás haciendo mal.

—¡Venid todos a por vuestra ración de encanto, chicos! —grité hacia la fila que se había formado detrás de nosotros.

—Dame tu encanto —respondió alguien.

Rachel me alejó de la fila, probablemente avergonzada. Cooper se desvió a la izquierda, hacia el puesto de comida, justo al otro lado de las barreras.

—¿Nos gastaremos mucho en comida esta noche? —le pregunté.

—Creo que tengo algo de dinero extra. Puedo pagar una bolsa de palomitas de diez dólares.

—Te odio, me comeré todas tus palomitas.

—Sí que tienes tu encanto, Abby Turner. Demasiado —rio él.

—Iremos a reservar nuestro sitio para ver la peli. Tú consigue comida. —Le lancé un beso.

—Estoy en ello.

Ya estaba alejándome con Rachel, cuando vi que la chica que había comprado la entrada de Cooper estaba en la cola del puesto de comida. Estuve a punto de cambiar de opinión y dejar que Rachel fuera sola a buscar sitio para poder ir con él. Pero no lo hice. No quería presenciar el resto de su coqueteo. Ya había visto suficiente.

—No te puedes imaginar la decisión que han tomado mis padres — comentó Rachel mientras yo sacaba algunas toallas de mi bolso y las extendíamos en el lugar que habíamos escogido, junto a unas vallas en el lateral derecho.

—¿Que no tienes que ir con ellos y puedes quedarte conmigo todo el verano? —Arriesgué.

—Ya me gustaría.

—¿Sabes lo consentida que pareces al quejarte de tener que pasar nueve semanas viajando por Europa?

—Con mis padres. Mis padres. No es como un viaje de mochileros con amigos. Iremos a visitar las tumbas de ancestros y extensiones de tierra en las que ellos creen que el hermano de mi tatarabuelo orinó alguna vez o algo así.

—Espera, ¿tus ancestros son de Europa?

—Algunos. ¿No sabías que hay personas negras en Europa? Vamos, Abby.

—No es que no lo supiese... tienes razón. Soy una tonta. Así que, sea como sea, ¿qué decidieron tus padres?

—Que será un viaje libre de tecnología.

—¿Qué significa eso? —Me senté en la toalla y me quité las sandalias —. ¿Sin Google Maps?

—Sin teléfonos móviles.

—¿No puedes llevar tu teléfono? —Mis ojos se abrieron ampliamente.

—*Desintoxicación*, lo llamaron.

—Es una tortura.

—¡Estoy de acuerdo! —Ella se sentó a mi lado—. No puedes hacer nada divertido este verano, porque yo no podré enterarme.

—No te preocupes, volverás a casa y todo seguirá exactamente igual —le aseguré. Exactamente igual.

—Mejor que así sea.

Enterré los dedos de mis pies en la arena y observé cómo Cooper caminaba hacia nosotras, con una bolsa de palomitas y una botella de agua. Su pelo rubio estaba ligeramente ondulado esa noche y los últimos rayos del sol se reflejaban en él como un halo. Sus ojos azules, iluminados por su sonrisa, se encontraron con los míos y no pude contener la sonrisa que se extendió en mi rostro.

—¿Qué tal en el puesto de refrigerios? —le pregunté.

—¿*Refrigerios*? ¿Y tú te burlas de Rachel porque parece que tiene ochenta años?

—Blablablá, lo que tú digas.

Él se sentó junto a nosotras sobre la toalla a rayas amarillas y blancas de mi derecha y me ofreció la botella de agua.

—¿Qué es esta basura? Quiero cafeína.

—Justo ayer me dijiste que querías dejar los refrescos. Lo dijiste con bastante dramatismo, de hecho. Y luego añadiste: «Haz que cumpla mi palabra, Cooper».

—¿Qué? —preguntó Rachel desde mi izquierda—. Si te bebiste un litro y medio de Coca-Cola anoche en mi casa.

—Shhhh. —Presioné mi dedo sobre sus labios—. No estamos hablando de eso.

Cooper se burló y Rachel apartó mi mano de un empujón.

—¿Quién os creéis que soy? ¿La Mujer Maravilla? Dios. —Destapé el agua y bebí un trago.

—Su nombre es Iris —dijo Cooper, y señaló con la cabeza al puesto de comida y a la chica que le había comprado su entrada.

—Oh, no —comentó Rachel.

—El beso de la muerte. —Fingí asentir con preocupación—. Un nombre inabreviable. La chica ignoraba que el hecho de decirte su nombre sería su fin.

—No hay forma de abreviarlo. ¿I? ¿Se supone que tengo que llamarla I? —preguntó Cooper.

—Puedes superar tus tendencias a la holgazanería y llamarla simplemente por su nombre completo.

—No se trata de ser holgazán. Se trata de mis metas en una relación. Quiero poder llamar a mi chica con una versión abreviada de su nombre.

—Sé que crees que eso te hace parecer sexy o lo que sea —bufé—, pero en realidad no es así.

—Lo que tú digas. —Él se metió en la boca un puñado de palomitas y se encogió de hombros.

Me quedé pensativa.

—¿Qué te parece Ris? —No estaba segura de por qué estaba intentando ayudarlo con su nueva chica, quizá solo porque me hacía sentir que logré superar mis sentimientos por él. Los sentimientos que solo yo conocía... y mi madre... y tal vez Cooper, aunque estaba bastante segura de haberlo convencido de que estaba bromeando el verano anterior.

—Ris es bonito —afirmó Rachel, y tomó su propio puñado de palomitas de la bolsa de Cooper.

—Oh —dijo él—. Podría funcionar. Qué bien que tenga su número.

—Ella tenía que haberme comprado a *mí* la entrada. Acabo de salvarle el pellejo. —Observé cómo el sol se asentaba sobre el océano antes de hundirse en él.

—¿Y qué pasa con vosotros dos? —preguntó Cooper—. ¿Cuáles son vuestras metas en una relación?

—Mi objetivo inmediato —respondió Rachel— es encontrar un chico italiano de largo pelo ondulado y con un acento tan cerrado que no entienda de qué está hablando, pero será excepcional besando, así que eso no tendrá importancia.

—¿Eso será antes o después de que tus padres encuentren la extensión de tierra en la que orinó el hermano de tu tatarabuelo? —Reí.

—Definitivamente antes... y después también. ¿Qué hay de ti, Abby? ¿Tus metas en una relación?

—Un artista, eso seguro. —Me puse bocabajo y comencé a dibujar en la arena con mi dedo índice—. Alguien que pueda pintar, dibujar o algo así.

—Pero ¿y si resulta ser mejor que tú? ¿Por qué querrías a alguien que tenga la misma habilidad que tú? —preguntó Rachel.

—Sí —coincidió Cooper—. Sería una competencia continua.

—Solo porque tú tengas que competir en todo, Coop, no significa que todos los demás lo hagan.

—Lo ves, mi nombre es perfecto. Puede ser abreviado con resultados épicos.

—No creo que yo lo calificase como épico, pero es adorable —afirmé.

—De hecho, eso me recuerda que... —intervino Rachel—, alguien estuvo preguntando por una de tus obras el otro día. Recordaba haberla visto en el Salón de Arte, antes de que el instituto la quitara, y no ha podido sacarla de su mente.

—¿Quién era?

—No lo conocía. Me detuvo en un Starbucks. Supongo que sabía que somos amigas.

—Genial —comentó Cooper.

Me mordí el labio y sonreí. Quería gritar: «Lo ves, Cooper, hay alguien que está detrás de mí también. No soy tan despreciable. Soy una artista».

—Así que, en lo que respecta a las metas de una relación, ¿apreciar tu arte no sería tan bueno como ser un artista? —insistió Rachel—. Porque, si es así, deberías invitar a salir al chico misterioso.

—¡Sí! Deberías hacerlo —coincidió Cooper.

—Que aprecie el arte sería una buena segunda opción después de ser un artista. Qué bien que tienes información tan detallada sobre quién es él, Rachel —añadí con ironía.

—Ese es un contratiempo menor.

La película comenzó en la enorme pantalla frente a nosotros y la música estalló en los altavoces. Rachel se acercó a mi oído.

—Necesito ir al baño. Vuelvo enseguida. —Y salió corriendo.

Cooper se puso bocabajo y se acomodó extendido a mi lado, de modo

que nuestros hombros quedaron en contacto. Y comenzó a dibujar monigotes junto a mi arte.

—Seremos solo tú y yo este verano, niña —dijo.

Mi corazón se sobresaltó ante esas palabras. *Ya lo habíamos superado*, le recordé a mi corazón. *Él es uno de tus mejores amigos después de todo. Podremos con un verano a solas con Cooper Wells.*

—Así es. —Me estiré y dibujé unas ruedas debajo de uno de los monigotes que él había dibujado—. ¿Irás a correr por las dunas esta semana? —Cooper participaba en carreras de cuatriciclo en la liga *amateur* local, organizada por unos verdaderos amantes de los cuatriciclos.

—Miércoles. Espero que estés allí con un enorme letrero que diga: «Cooper es el número 1».

—Pero ¿qué sucederá si quedas en segundo puesto? Eso sería incómodo.

Él golpeó mi hombro con el suyo.

—Estaré allí. ¿Alguna vez te he fallado?

—Bueno, normalmente vienes con Rachel y Justin, así que no estaba seguro de que fueras a venir.

—He ido sin ellos muchas veces. —Había conocido a Cooper primero, en la escuela primaria. Hemos sido amigos desde entonces. Rachel y Justin se unieron a nosotros en el primer año de secundaria.

—Eso es verdad. Eres mi amuleto de la buena suerte, así que tendrás que seguir viniendo por el resto de la eternidad.

—Lo haré. —Sería fan de Cooper por toda la eternidad. Esa patética idea casi hace que me largue de allí en ese instante para salvar algo de dignidad. Pero entonces él me sonrió.

En verano, normalmente dormía hasta muy tarde, pero, a la mañana siguiente, un rayo de luz se coló en mi habitación a través de una rendija parcialmente abierta de la persiana y no tenía intención de irse. Me levanté, atravesé la habitación y cerré la persiana por completo. Volví a meterme debajo de mis sábanas y me cubrí hasta las orejas con ellas. Eso no evitó que escuchara cómo vibraba mi teléfono en la mesilla de noche a mi lado. Pensé en ignorarlo, pero cuando vibró de nuevo no pude contener mi curiosidad. Un mensaje de Rachel encendió mi pantalla.

Este será el último mensaje que te enviaré en nueve semanas.

A ese texto le siguió:

¿Qué harás sin mí?

Probablemente dormir más.

Cierto. Yo también. ¿Qué pasará si me gusta estar sin móvil? No. Eso no puede ocurrir. Aunque me guste, nunca dejaré que mis padres lo sepan. Lo disfrutarían demasiado.

Sonreí y me froté los ojos:

¡Te echaré de menos! Te lo advierto, espero que no te guste ningún ardiente chico italiano más que yo.

¡Lo mismo digo!

Estoy bastante segura de que no corro el riesgo de que me guste ningún ardiente chico italiano en un futuro cercano.

Muy graciosa. Me refiero a la parte de echarte de menos.

Lo sé. Que tengas un buen viaje. Llámame desde una cabina telefónica si tienes la oportunidad. ¿Crees que aún existen?

No lo sé. Ya lo veremos.

Estuve un rato más atenta a mi teléfono, pero ya no había más que decir y se quedó en silencio en mi mano. Realmente el verano iba a hacerse largo sin Rachel ni Justin. Mi dedo, casi como si tuviera conciencia propia, recorrió la pantalla y abrió una página que había guardado en favoritos. Solicitud de ingreso al Programa de Invierno del Instituto de Arte Wishstar. El programa de mis sueños. Ese para el que mi profesor de Arte dijo que reforzaría mis solicitudes universitarias y me ayudaría a entrar. Además, era Wishstar. Tenían instructores increíbles y yo me moría por pasar parte de las vacaciones de invierno con otros artistas. Estaríamos dos semanas completas aprendiendo sobre nuevas tecnologías, trabajando con toda clase de materiales y recibiendo la inspiración de los oradores que compartieran sus historias de éxito. Quería conocer a verdaderos profesionales en el área y, además de mejorar mi arte, el programa me ayudaría con eso.

Volví a estudiar la página, como había hecho un millón de veces durante los últimos seis meses. Leí los requisitos, que no habían cambiado. Edad, experiencia, carta de recomendación, historial de exhibiciones/ventas. Casi tenía edad suficiente para ser una de las candidatas. Solo aceptaban estudiantes del último año de secundaria o universitarios. Y en invierno yo estaría lista. Había escuchado que la mayoría de los asistentes eran estudiantes universitarios o incluso

mayores, pero eso no me detendría. Yo tenía experiencia y todo un portfolio de pinturas que podría adjuntar. Sabía quién quería que escribiera la carta para mí. Solo me quedaba una cosa por conseguir antes de enviar mi solicitud: exhibiciones/ventas. Nunca antes se había exhibido mi arte fuera del instituto. Y, definitivamente, nunca antes había vendido una pintura. Pero tenía un plan. Sonreí, emocionada otra vez por la idea, y lancé mis sábanas a los pies de la cama.

Atravesé el pasillo arrastrando los pies hasta el baño, en donde casi tropiezo con mi madre, recostada en el suelo. El armario estaba abierto y las botellas de champú, espray para el pelo y limpiador de ventanas cubrían el suelo junto a ella. En una mano tenía una linterna, que estaba apuntando debajo del lavabo, y en la otra un matamoscas.

—Eh... ¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—¿Alguna vez has oído hablar de la reclusa parda?

—¿La araña?

—Sí. Solo estaba asegurándome de que no hubiera una debajo de tu lavabo.

—¿Has visto una telaraña ahí abajo? ¿O hay un cadáver de ratón seco? —Me agaché para poder ver mejor y volqué una botella de acondicionador.

—No, pero leí la historia de una adolescente que fue horriblemente desfigurada por una reclusa parda mientras buscaba su Herbal Essences debajo del lavabo. Y entonces recordé que allí es donde guardas tu champú extra. Pensé que sería mejor echar un vistazo.

—Mamá. —Levanté los envases del suelo y comencé a guardarlos otra vez en el armario—. Deja de leer historias horribles en Internet y de aplicarlas inmediatamente a nuestras vidas. Si voy a quedar horriblemente desfigurada, mejor que sea por mis propios medios.

—Abigail. —Ella se sentó y me miró con seriedad—. No bromees con eso. —Su pelo oscuro estaba pegado a su rostro en ondas alocadas, como si hubiera ido de la cama al baño directamente.

—¿Puedo usar *mi* baño ahora? —Apagué la linterna y la llevé a mi boca como un micrófono—. De verdad, necesito usarlo.

—Vale, tengo que revisar los demás baños de todas formas. —Suspiró y se levantó.

Cerré la puerta tras ella, puse el pestillo y abrí la ducha. Mis ojos fueron hacia el armario. Abrí la puerta y eché un vistazo dentro, luego lo cerré rápidamente. Puse los ojos en blanco. No había arañas en el baño.



Después de una ducha rápida, me puse mi atuendo habitual de verano: *shorts* recortados y una camiseta sin mangas. Arreglé mis rizos rubios en una cola de caballo y fui a la cocina. La avena estaba en el estante superior de la alacena, así que me puse de puntillas y tomé dos paquetes de su caja, los serví en un tazón y le eché agua. Para cuando la avena terminó de calentarse y el temporizador se detuvo, mi abuelo ya se había despertado. Sus pies hacían un ruido rasposo sobre las baldosas porque no los levantaba demasiado para caminar.

—¿Qué es esto? —preguntó al entrar a la cocina—. ¿La princesa no necesita su sueño embellecedor hoy?

—Muy gracioso, abuelo.

—Tu abuela solía pensar que era gracioso. Ninguna mujer me ha encontrado divertido desde entonces. Es una tragedia.

—¿Su muerte o que nadie te haya encontrado divertido desde

entonces?

—Ah, una niña lista, ¿eh?

Mi abuela había muerto de cáncer tres meses antes de que yo naciera, así que eso había ocurrido, literalmente, hace una vida. No conocerla hacía que yo no pudiera echarla de menos realmente. Pero sabía que mi abuelo lo hacía, incluso cuando bromeaba al respecto. Él se había mudado con nosotros después de su muerte.

—¿Quieres un poco de avena? —le pregunté y le ofrecí mi tazón, del que todavía no había comido.

—No, quiero algo con mucho azúcar.

—Estoy segura de que esto tiene un montón de azúcar. Son dos paquetes de canela y especias.

—Pero está disfrazado como algo saludable y no puedo perdonarlo por ello. —Se sirvió a sí mismo cereales de la alacena en un tazón.

—Abuelo, ¿cómo puedes sobrevivir con ochenta años comiendo tan mal?

—No tengo ochenta. ¿Por qué siempre insistes en añadirle años a mi vida? Es como si intentaras deshacerte de mí.

Saqué una cuchara del cajón y me senté a la mesa. Subí mis pies descalzos a la silla y tomé una gran cucharada. Luego lo lamenté de inmediato, porque estaba tan caliente que casi le prendo fuego a mi lengua. Abrí la boca para que entrara el aire y aliviase la quemazón.

—Eso es karma instantáneo —comentó mi abuelo.

—Eres malévolo —balbuceé con la boca llena.

—Nuestra casa está libre de arañas. —Mi madre se nos unió.

—¿Has pasado la mañana matando arañas? —preguntó el abuelo.

—No, *cazando* arañas —respondí—. Arañas de Internet.

Ella guardó sus elementos de caza en la alacena.

—Tienes que dejar de leer historias en Internet. —Suspiró mi abuelo.

—¿Qué estamos comiendo? —Ella ignoró la afirmación del abuelo. Echó un vistazo a mi tazón y luego al de él.

—Avena.

—Eso no es avena. —Miró al abuelo con las cejas en alto.

—No dije que lo fuera. Tu hija está comiendo avena. Yo cereales de chocolate.

—Papá.

—¿Qué?

—Eso es demasiado azúcar para un prediabético.

—Bueno, cuando sientas ganas de ir al supermercado para llenar nuestras alacenas con comida aceptable, házmelo saber.

La sonrisa se borró de su rostro. Mi madre odiaba ir al supermercado. Odiaba ir a cualquier sitio que estuviese fuera de su zona de confort. Especialmente cuando mi padre no estaba, como en este momento; lo habían enviado al Medio Oriente hasta finales de agosto. Once semanas más. Mi madre siempre estaba mucho mejor cuando él estaba en casa. No siempre había sido así. Solía tener una comunidad de esposas de militares en cada lugar al que nos mudábamos (cinco ciudades diferentes entre mi primer año de escuela y el séptimo), que parecían ayudarla a que la transición fuera mejor. Pero, cuatro años atrás, ella decidió que quería que yo tuviera más estabilidad, así que, cuando nos mudamos a la costa central de California, compramos una casa alejada de las viviendas militares y ella declaró que sería nuestro hogar permanente. Yo me puse muy feliz. Por primera vez tenía amigos a los que no tendría que abandonar. Pero mi madre parecía tener dificultades. Cada día más.

—Es verdad. El supermercado. —Mi madre desapareció en la

despensa y yo le lancé una mirada a mi abuelo.

—¿Qué?

—Malvado —susurré. Luego le hablé a ella—. ¿Cuándo podremos volver a hacer una videollamada con papá? —Habíamos hablado con él la semana anterior, así que probablemente no debí haber preguntado. Solo haría que se alterara más. Pero cuando mi madre comenzaba a obsesionarse con historias de Internet y dejaba de salir con frecuencia, no podía evitar pensar en mi padre y en cuánto deseaba que no tuviera que irse durante tanto tiempo. Sabía que no lo haría si tuviera opción, pero era fácil culpar a la persona ausente.

—Probablemente en algunas semanas —respondió al salir con una caja de trigo molido. La dejó sobre la mesa, luego buscó un tazón limpio en la alacena y lo lavó cuidadosamente bajo el agua caliente—. ¿Cuáles son los planes para hoy?

—No mucho. Me toca trabajar en el museo. El señor Wallace me hará limpiar el depósito. Deberías verlo. Es una pesadilla. Casi como si un grupo de creativos estuviera a cargo de él.

—¿El señor Wallace te dejará exponer tus pinturas en la exposición de julio?

Me mordí el labio para contener la sonrisa. Finalmente había logrado organizar todas mis piezas, hacerles copias y ponerlas en un portfolio que le mostraría al señor Wallace.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo.

—¿Cómo podría decir que no? Tienes mucho talento. —Ella besó la parte superior de mi cabeza.

—¿Incluiste mi pieza preferida? —preguntó mi abuelo—. ¿Los campos de flores?

—Lo hice.

—Entonces es una apuesta ganadora del oro —afirmó. Mi móvil vibró en la mesa, justo donde lo había dejado. Era un mensaje de Cooper:

¿Dejé mis pantalones cortos verdes y blancos en tu casa?

Fui a comprobarlo a mi habitación.

Claro que sí, los pantalones cortos de Cooper, junto con una de sus camisetas, estaban tirados sobre una silla en una esquina de mi habitación. Debió haberlos dejado después de que nos fuimos a nadar la semana pasada. Levanté su camiseta y la llevé a mi nariz sin pensarlo. Olía precisamente a su fragancia de verano: bálsamo labial de fresa y protector solar.

Sí, están aquí, pero voy de camino al museo, así que tendrás que venir a buscarlos más tarde.

¿Vas a preguntarle al señor Wallace por la exposición?

¡Sí!

¡Buena suerte!

La exposición anual que el señor Wallace organizaba para recaudar fondos era la ocasión ideal para mostrar mis pinturas y, con suerte, también para vender una. El problema: el mínimo de edad era dieciocho años. Pero tenía de mi lado mi arte, mi discurso persuasivo y el hecho de que yo le gustaba. Nada podría salir mal...

El problema con el depósito del museo era que el señor Wallace acumulaba demasiadas cosas y ni siquiera lo sabía. Lo guardaba todo. Cada letrero de señalización, cada programa, cada una de las decoraciones de todas sus exposiciones y espectáculos pasados. El depósito estaba completamente abarrotado. Yo trabajaba en el museo desde hacía cerca de un año (un trabajo al que me había postulado por mi amor al arte) y nunca había tenido que limpiarlo. Por su aspecto, ninguno de los otros empleados lo había limpiado tampoco. Y no parecía algo que fueran a hacer. Por ser la empleada más nueva, yo era la encargada del trabajo duro. Los guías hacían los recorridos; Tina más que nada se ocupaba de la venta de entradas; y Ralph, el guardia de seguridad, nunca cambiaría su insignia por una fregona. Así que, el depósito probablemente fuera el resultado de años de abandono.

En el momento en que el museo cerró por la noche, saqué una caja al pasillo y comencé a revisarla.

Había formado tres pilas: una de «definitivamente para tirar», una de «tal vez» y una tercera de «guardar».

El señor Wallace me vio al pasar y yo deseé que se fuera, porque, de otro modo, mi pila de «definitivamente para tirar» peligraría.

—¿Qué es esto? —preguntó. No era para nada como yo había imaginado que sería un curador de arte. Tampoco es que fuera algo que imaginara con frecuencia. Pero, si lo hiciera, en mi mente esa persona

tendría un sentido de la moda y el estilo superior a la media. Sin embargo, el señor Wallace parecía un vendedor de coches usados, con un traje barato, ligeramente grande, y pelo cano, engominado hacia atrás. Pero era amable y parecía tener buen ojo para el arte, al contrario del que vestía en su cuerpo.

—Solo pilas —le respondí mientras él se paraba junto a mí—. Estoy organizando.

—¿Por qué hay tres?

Levanté algunas piezas de la pila «definitivamente para tirar».

—Mire, estos carteles tienen fechas. No usará una decoración en la exposición de este año que tenga una fecha de hace cinco años, ¿verdad? Así que esta es la pila de «definitivamente para tirar». Aquella es la de «tal vez». —Señalé la del medio—. Y esta es de «guardar».

—No planeaba volver a usar esto. —Señaló la pila de «definitivamente tirar» con su pie—. Pero lo guardé para poder recordar la idea. Fue una buena temática.

—Entonces, podemos sacarle una foto y guardarlo de esa forma. —Saqué mi teléfono y tomé una fotografía—. Puede tener un archivo en su teléfono u ordenador con ideas de decoración.

—Es una buena idea, Abby —asintió—. Sabía que te mantenía cerca por alguna razón.

—Muy gracioso. Será mejor que lo haga o enviaré su nombre a ese programa de acumuladores compulsivos, y entonces estará en problemas.

—No lo harías.

Sonreí y él se marchó. Solo habíamos estado el señor Wallace, Tina y Ralph ese día. Tina se había marchado en cuanto cerramos, así que tenía todo el amplio pasillo para mí.

Al haber recibido autorización para sacar fotos y tirar lo que ya no sirviese, la pila de basura creció más a cada instante.

Me llegó un mensaje entre tomas: ¿Dónde estás?

Era Cooper.

Te lo dije, en el museo.

¡¿Aún estás ahí?!

Acabo de empezar. ¿Tú dónde estás?

Esperando a que mi hermanita salga de su clase de música.

En realidad, sé el nombre de Amelia. Y catorce años ya no es tan pequeña.

Lo sé. Nuestra niña está creciendo. ¿Le has preguntado?

Lo haré enseguida. Si limpio un poco más, estará más feliz.

No tendrías que chantajear a alguien para que ponga tu arte en una exposición. Tu arte habla por sí mismo. Es brillante.

Un chantaje nunca hace daño.

¡Pregúntale!

Pregúntale. *Pregúntale*, me dije a mí misma mientras pasaba la pila de descartes a dos bolsas de basura grandes para llevarlas al basurero de atrás. Le preguntaría. Me detuve junto a mi coche antes de regresar y tomé mi porfolio. En gran parte eran fotografías de mis trabajos, porque los lienzos en sí mismos eran demasiado grandes para transportarlos. Pero también llevé algunas de las piezas más pequeñas. La preferida de mi abuelo era la primera, y mirarla me hacía feliz.

El señor Wallace estaba en su oficina escribiendo algo en un cuaderno. Su oficina era casi tan desastrosa como el depósito: pilas de papeles en su escritorio, caballetes para reparar apoyados en montones desordenados contra una pared, un cubo de basura rebosante en una

esquina. Levantó la vista cuando me detuve en su puerta.

—¿Te vas a casa?

—Así es, pero primero quería preguntarle por la exposición de finales de julio.

Su mirada fue de inmediato a la enorme carpeta en mis manos.

—Traje algunas muestras para enseñarle —añadí, y dejé el porfolio en su escritorio.

—Abby, el espacio es limitado y tengo solicitudes de todas partes. —Abrió un cajón y sacó una pila de papeles, como si yo no fuera a creerle.

—Quiero postularme también.

—La edad requerida son dieciocho años. —Señaló un punto aleatorio en una de las solicitudes.

—Señor —hora de mi discurso ensayado—, creo que el arte no tiene un límite de edad. Miguel Ángel esculpió *Virgen de la escalera* a los dieciséis. A Picasso se le permitió entrar a una prestigiosa escuela de arte a los catorce. A los quince años, Salvador Dalí tuvo su primera exposición de arte pública. No estoy diciendo que yo tenga, ni de cerca, tanto talento como ellos, solo estoy señalando que la edad no debería ser un indicador de habilidad.

—Veo que has hecho los deberes.

—Solo estoy pidiendo una oportunidad. —Deslicé mi porfolio más cerca de él.

Suspiró y lo tomó. Yo me desplomé en la silla opuesta, aliviada. Ya había logrado la parte difícil. Mi arte hablaba por sí mismo. Él comenzó a revisar lentamente la carpeta. Había impreso la mayoría de las imágenes en diez por veinte. Analizó cada una detenidamente y, tras lo que pareció una eternidad, cerró la tapa y me miró.

Le ofrecí mi mejor sonrisa.

—Abby, serás perfecta para la exposición cuando cumplas con la edad requerida. ¿Eso será el próximo verano?

—Espere... ¿qué?

—Tendrás la edad indicada el próximo verano. —Le dio una palmada a la carpeta cerrada—. Tráeme algunas muestras más entonces.

—Sí, pero ¿por qué? —La sonrisa se esfumó de mi rostro—. He visto el arte que ha tenido aquí para exposiciones *amateur*. El mío es igual de bueno. ¿De verdad me dejará fuera solo porque aún no tengo dieciocho?

—No es solo por tu edad.

—Entonces, ¿por qué es?

—El espacio que tenemos es limitado y necesito que todo lo expuesto sean ventas seguras para mantener a flote este museo. Es mi única recaudación de fondos del año. Somos un museo, no una galería, así que no puedo hacer esto cada vez que me dé la gana.

—Pero ¿y si vendo alguna de mis pinturas incluidas? —Avancé hasta el borde de la silla—. Eso le ayudaría, ¿verdad?

—No lo harás. —Él deslizó el porfolio de vuelta hacia mí.

—¿Por qué no?

—Porque no estás lista. Tus pinturas aún no son lo suficientemente buenas.

El aire se escapó de mis pulmones tan rápido que sentí que alguien me había dado un golpe en el estómago.

Como no dije nada, él continuó.

—Tengo sobradas razones para creer que lo serán. Pero aún no estás en ese punto.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué les falta a mis pinturas?

—Experiencia... —Observó mi libro cerrado—. Corazón.

—¿Corazón?

—Son técnicamente buenas, pero parece como si las hubieras copiado de otras pinturas. Les falta un ingrediente, y eso es comprensible. Eres joven. No tienes suficiente experiencia en la vida para darles la profundidad que necesitan. Pero lo harás. Estás exactamente donde deberías estar en tu progreso como artista. Solo sigue avanzando. Llegarás.

Asentí, aturdida. Tras años en los que mis profesores de arte, mis padres y mi abuelo me dijeron que mi talento estaba muy por encima de mi edad, era difícil escuchar esto. Me levanté y puse el libro debajo de mi brazo.

—Lo lamento —dijo él mientras me alejaba.

Salí por atrás para evitar a Ralph. No quería que me preguntara por la enorme carpeta que llevaba. No quería tener que explicarle qué estaba haciendo con ella.

El museo tenía un patio y, en ese momento, había una exposición sobre reciclaje. El artista había tomado basura y la había transformado en arte. Pasé junto a un árbol con ramas hechas de hierro moldeado y hojas hechas con botellas verdes. Luego pasé al lado de dos viejas bicicletas que estaban unidas; parecían desafiar la gravedad, haciendo equilibrio sobre una sola rueda. La última pieza con la que me crucé fue un capó oxidado de Volkswagen Beetle. En la parte abovedada había un corazón asimétrico tallado. Me detuve en seco.

Todas eran piezas de una exposición itinerante que solo tendríamos durante dos semanas. A la semana siguiente, meteríamos todo en cajas de madera con papel triturado y la enviaríamos a la costa, a Pismo, a Santa Cruz o a alguna otra comunidad artística costera como la nuestra. Había pasado algún tiempo allí afuera admirando las piezas. Amaba el

arte. En todas sus vertientes. Pero, en ese momento, ese viejo capó oxidado, con su aburrido corazón, me parecía ridículo. ¿El señor Wallace consideraba eso arte, pero no mis pinturas? ¿Era eso realmente mejor que lo que yo le había enseñado? Tal vez yo no tenía ni idea de lo que era el arte después de todo. Y tal vez no tenía nada que ofrecer.

—¿Alguien ha visto mi pincel biselado? —pregunté por el pasillo. Yo era afortunada. Lo sabía. Mis padres, que apoyaban por completo mi arte, habían convertido una de las habitaciones extra de la casa en un estudio para mí. Tenía caballetes y bastidores, un gabinete lleno de pinturas y pinceles y la mejor iluminación de la casa.

—Estaba en tu frasco de lavado, junto al fregadero. —Mi madre entró al estudio con mi pincel.

—Gracias. —No le había contado a nadie lo que el señor Wallace me había dicho la noche del sábado. Había estado evitando la pregunta con respuestas como: «Está considerándome...». Y había dejado de lado la segunda parte de esa frase: «...para el próximo año». Estaba haciendo como si nada hubiese pasado. Lo ignoraría. No necesitaba su exposición. Había otras a las que podía postularme. No podía pensar en ninguna en ese momento, pero lo investigaría.

—¿Qué estás pintando? Algo increíble... —Observó el cartel que había colocado sobre el caballete—. O algo no tan increíble.

—Creo que es un cartel fascinante.

—¿Tienes que hacer un cartel nuevo para cada carrera de Cooper? ¿Qué hay de malo en reciclar?

—Ahí está la belleza, mamá. Este *es* el viejo cartel. Solo le echo una capa nueva cada vez.

—Es un cartel bastante bueno —admitió—. Pero estaba pensando en

la pintura. Demasiada pintura.

Había pintado sobre la mitad inferior del anterior fondo anaranjado. El nuevo tenía varios tonos de azul, mezclándose para crear un efecto de movimiento. Luego había pintado palabras de aliento en la parte superior.

—Un pintor tiene que pintar, mamá. —Arranqué el pincel de su mano. Ella se acercó a la ventana y la abrió.

—Pensé que habíamos hablado del aire mientras estás pintando. Necesitas mejor ventilación aquí. Los vapores no son buenos para tus pulmones.

—No huelo nada.

—Eso es porque has perdido la sensibilidad.

—Mamá. Los pintores han estado trabajando durante siglos sin buena ventilación.

—Y probablemente todos tuvieron cáncer de pulmón.

—De acuerdo. —Era inútil discutir con ella algunas veces—. Abriré las ventanas. Pero ¿y si entonces me da hipotermia?

Ella golpeó mi espalda, jugando, luego miró su reloj.

—Pensé que la carrera comenzaba a las dos.

—Así es. Espera, ¿qué hora es?

—Una y cuarenta y cinco.

—¿Qué? Maldición. —Añadí las últimas palabras en negro, debajo de lo que ya había escrito, y bajé el cartel del caballete—. Puedo usar el coche, ¿verdad? ¿O tienes grandes planes para esta tarde?

Ella me dio un golpecito en lugar de responder a mi sarcasmo.

—Escribeme en cuanto llegues. Y cuando estés volviendo.

—¿Y te llamo si hay una emergencia?

Ella me lanzó una mirada.

—Bien, te escribiré.

—Gracias.

—Limpiaré cuando vuelva —le dije por sobre mi hombro mientras iba hacia la puerta.

—¡Protector solar! —gritó detrás de mí.

Me di la vuelta, hice una breve parada en la cocina, abrí el cajón de los protectores solares, tomé una de las veinte botellas y salí.

Acomodé el cartel cuidadosamente en el maletero, con la esperanza de que el calor del día ayudara a que se secase durante el camino, y luego subí al coche.

Aún llevaba puesta mi camisa de pintar: a cuadros, de manga larga, cubierta de viejas pinceladas de todos los colores, sobre una camiseta sin mangas y un short. Limpié mis manos en la camisa y encendí el coche. Con suerte, la carrera de Cooper no sería la primera.



Alenté con fuerza desde mi sitio cerca de la recta final. Había llegado justo cuando estaba comenzando, así que no tuve tiempo de buscar a sus padres o a su hermana, pero estaba segura de que estaban allí, por algún lado. Sostuve mi cartel en alto. Cooper llevaba un casco verde brillante y pasó por las dunas a toda velocidad. Siempre me preocupaba por él cuando corría, pero él siempre me decía que había nacido en las dunas, así que no tenía que preocuparme. A lo que yo siempre respondía: «Qué asqueroso» y «No fue así». Pero sabía a lo que se refería, había corrido desde pequeño. Y se notaba. Ganaba casi todas las carreras, y esta no fue la excepción.

Después de cruzar la recta final, se levantó y alzó su puño en el aire. Me abrí paso entre la multitud de espectadores, la mayoría turistas, hasta su remolque, donde había llevado su cuatriciclo. Cooper y su familia ya estaban allí cuando llegué.

Él tenía el casco bajo el brazo, y, cuando me vio, su sonrisa se hizo más amplia.

—¡Abby! ¡Por aquí!

—¡Hola! —dije al llegar hasta él.

—Hola, Abby —me saludó su madre. Su padre asintió con la cabeza. Su hermana, Amelia, me abrazó. Nunca había conocido a una familia en la que todos se parecieran tanto como en la de Cooper. Todos eran altos, esbeltos y rubios.

—Hola a todos. Gran carrera, Coop.

Amelia observó mi cartel. Cooper también estaba estudiándolo.

—«Cooper es el número 1». —Leyó en voz alta—. Sí, lo soy.

Señalé la parte que él estaba ignorando. Las letras más pequeñas entre paréntesis.

—«O número 2».

—Pero no lo fui. —Me dio un golpecito en el brazo.

—Me gusta estar preparada.

—También te gusta venir cubierta de pintura, por lo que veo.

Miré mi ropa para asegurarme de que me hubiera quitado la camisa para pintar y la hubiera dejado en el coche.

—¿Tengo pintura en la cara?

—Sí, así es. —Recorrió con un dedo mi sien derecha, luego mi mejilla izquierda, lo que me provocó un cosquilleo que bajó por mis brazos. Los sacudí.

—¿Llegaste justa de tiempo hoy? —preguntó él.

—Pero lo logré —respondí, mientras frotaba mi rostro—. Vi toda tu carrera y te traje un cartel.

—Estuviste muy bien hoy, hijo —dijo su padre, y le dio una palmada en la espalda. Los padres de Cooper no siempre habían apoyado tanto las carreras, pero cuando se dieron cuenta de cuánto las amaba él, comenzaron a asistir a más eventos.

—Gracias, papá.

—¿Deberíamos subir tu cuatriciclo al remolque?

—De acuerdo. —Me hizo un gesto y señaló el asiento—. Ven, Abby, ¿quieres dar un paseo?

—Nop, me niego a subir a esa trampa mortal.

—Yo lo hice. —Rio su hermana.

—Debes confiar en tu hermano más que yo.

—Abby es una gran floja —susurró Cooper en voz alta detrás de su mano.

—Ignoraré ese comentario y te llevaré por una hamburguesa con beicon para celebrar tu victoria —respondí.

—Voy a celebrar la victoria con mis padres esta vez, pero ven con nosotros. Puede venir, ¿verdad, mamá?

—Sí, por supuesto. —Su madre sonrió, pero no pude distinguir si era sincera.

No es que pensara que los padres de Cooper me odiaban. De hecho, al igual que a él, les gustaba como amiga. Aunque sabía que les alegraba que no fuéramos más que eso. Ellos querían otra cosa para él; algo mejor. No a la chica con los carteles pintados a mano, la madre extraña y el padre siempre ausente. Cooper nunca me había dicho que sus padres sintieran eso, pero podía verlo en el modo en que reaccionaban a las historias sobre mi vida, a mi arte y a mi madre.

—De acuerdo. —Accedí. No estaba segura de si debía aceptar la invitación, pero quería celebrar su victoria con él.

—Estaremos en el restaurante de las tartas de queso a las cinco —avisó su madre—. Eso nos dará tiempo suficiente para ir a casa y asearnos.

Ella quería decir que *a mí* me daría el tiempo suficiente. Pero tenía razón. No podía presentarme en un restaurante con pintura en la cara.

—Sí, de acuerdo... Os veré allí, entonces. —Me alejé, pero Cooper me alcanzó.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Qué?

—Tienes en la cara esa expresión de tristeza tuya. ¿Qué pasa?

—Nada. Te veré en un rato.

—Bien. No me lo digas. —Caminó lentamente hacia su familia.

—No te comportes como un bebé —le dije.

—Pero ser un bebé es mi *hobby* favorito.

Sabía que tendría que contarle lo que el señor Wallace me había dicho realmente, pero justo después de que ganara una carrera no me parecía el momento indicado. Tal vez después de la cena.

Quizás no le contaré nunca a Cooper lo del señor Wallace. El asunto de la negación también estaba funcionándome muy bien.

Me había puesto mi vestido de verano más bonito, até mi pelo aclarado por el sol en una trenza floja y me maquillé, a pesar de que rara vez usaba más que un poco de máscara de pestañas en el verano. Hacía demasiado calor para algo más que eso.

La madre de Cooper me dio un beso en la mejilla cuando llegué a la mesa, y su hermana señaló la silla vacía entre ella y Cooper.

—Me encanta cuando te vistes para mis padres —susurró Cooper cuando me senté.

—Cállate —murmuré en respuesta.

Cooper llevaba pantalones cortos y una camiseta azul desteñida que hacía que sus ojos parecieran incluso más azules. Su piel estaba bronceada en un tono perfecto por haber estado tanto tiempo en el exterior. Su pelo rubio, aún húmedo por su reciente ducha, se rizaba en las puntas. Sí, estaba tan adorable como siempre. Me regañé a mí misma por notarlo, luego abrí el menú y analicé las opciones.

Estaba tan ocupada enterrándome en el menú para intentar distraerme de la belleza de Cooper que no noté que alguien estaba parado cerca de mí hasta que lo escuché.

—Hola, Abby.

Levanté la vista y vi a un chico que reconocí porque venía a nuestro

instituto: Elliot Garcia.

—Hola. No sabía que trabajarás aquí.

—Solo en verano.

—Fantástico.

—Hola —saludó Cooper—. ¿Por qué no te conozco?

—No conoces a todo el mundo. —Le di un golpe en el hombro.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo. Lo sabía. Cooper y yo conocíamos a las mismas personas y ellas nos conocían a nosotros. Éramos Cooper, Abby, Justin y Rachel. O Rachel, Cooper, Justin y Abby. Sin importar el orden, normalmente las personas no conocían a uno de nosotros sin conocer a los demás. Pero teníamos clases por separado, así que, ocasionalmente, como en el caso de Elliot, yo conocía a personas que ellos no y viceversa.

—Yo sí te conozco —respondió Elliot—. Eres Cooper Wells. Solo que nunca nos habíamos conocido en persona.

—Ahora sí —añadió Cooper.

Los analicé a ambos mientras hablaban. Elliot era guapo, pero de una forma exactamente opuesta a Cooper. Mientras los ojos de Cooper eran azules, los de Elliot eran color café. El pelo de Cooper era rubio, y los rizos de Elliot eran casi negros. Cooper era alto y fornido, Elliot era delgado y de altura promedio. Las diferencias eran muy notorias viéndolos uno al lado del otro.

—Creo que estamos listos para pedir —intervino la señora Wells, y mi atención regresó al momento.

—Ah. —Elliot se enderezó—. Vuestro camarero estará aquí enseguida. Yo solo os haré de anfitrión. Os traeré agua. —Me sonrió—. Ahora mismo vuelvo.

—Deberías invitar a Abby a salir —dijo Cooper mientras se alejaba.

—¿Qué? —Elliot se dio la vuelta.

—Nada. Ignóralo —respondí yo. A Cooper le gustaba jugar a formar parejas a veces. No era bueno en eso.

—Lo siento —dijo—. Pero a ese chico le gustas. Es obvio. Estaba intentando ayudarlo.

—No puedes dejarme coquetear por mis propios medios, ¿no?

—¿Ibas a coquetear? Porque parecía bastante cuestionable.

Yo no iba a coquetear. No estaba interesada en Elliot ni en ningún otro chico por el momento. Acababa de recibir malas noticias sobre mi arte y mi corazón aún se aceleraba cuando Cooper me sonreía. No estaba en una situación emocional apropiada para tener citas.

Ignoré la pregunta sarcástica de Cooper haciéndole otra pregunta.

—¿Sabes algo de Justin?

—¿Te envió este mensaje? —Sacó su teléfono y me mostró una fotografía de un muro de piedra a medio construir.

—No, ¿por qué no me escribe? —Leí las palabras que envió junto a la fotografía. Trabajando en la construcción de una escuela. Podía imaginar a Justin allí, hablando español, el idioma que siempre hablaba en su casa, y jugando con los niños.

Saqué mi propio teléfono y le envié un mensaje a Justin.

¿Dónde están mis fotografías de las novedades, cretino?

—Ah, estoy seguro de que así inspirarás obediencia inmediata —comentó Cooper al leer sobre mi hombro.

—Estaré igualmente feliz con obediencia o con culpa —repliqué. Cooper rio.

Elliot volvió con nuestras aguas, seguido por el camarero que nos tomó el pedido.

—¿Cómo va tu arte? —preguntó el señor Wells desde el otro lado de la mesa cuando el camarero se alejó.

—Va bien.

—¿Pintarás algo para mí? —preguntó la hermana de Cooper.

—Por supuesto —respondí.

—No, no es correcto pedir eso, Amelia —dijo su madre al mismo tiempo.

—¿Por qué no? —preguntó Amelia.

—Porque Abby no tiene tiempo para hacerlo.

—Es verdad, Amelia —afirmó Cooper, y se estiró detrás de mí para tirarle del pelo a su hermana—. Abby quiere pintar cinco piezas totalmente nuevas para una exposición de la que formará parte en seis semanas.

—No, no lo haré —dije.

—Sí, eso es lo que me dijiste. Dijiste que ninguna de las piezas que tenías era lo suficientemente buena.

—No lo son. ¿Podemos no hablar de esto ahora?

—Estoy totalmente en desacuerdo. Son increíbles. Pero, sea como sea, eres testaruda, así que pintarás nuevas.

—No lo haré.

—¿Entonces usarás algunas de las que ya tienes?

—No.

—No puedes dedicarte a pintar y no pintar. —Estaba confundido. Lo noté.

—No habrá exposición.

—¿Se canceló?

—Para mí. No habrá exposición para mí.

—Pensé que lo estaba considerando. Dirá que sí.

—Dijo que no.

—Oh. —La sonrisa se borró inmediatamente de su rostro.

—Pero sea como sea, no es gran cosa. Encontraré otra exposición. — Pude sentir el calor en mis mejillas, quería cambiar de tema lo antes posible. Tomé mi vaso de agua y bebí un largo trago.

Sus padres se miraron el uno al otro y luego a mí. Uno de ellos estaba a punto de hacer alguna pregunta más para aclarar lo que estaba diciendo. O decir algo como: «Sí que es gran cosa», o «Tu trabajo debería estar en la exposición». Su padre hasta se aclaró la garganta, listo para lo que fuera que diría a continuación. Sabía que si decían una sola palabra más sobre el tema, rompería a llorar antes de que terminara la oración. Las lágrimas ya estaban amenazando con salir, acumulándose detrás de mis ojos y haciendo que ardieran.

—Tienes razón, no es gran cosa —dijo Cooper entonces. Presionó mi rodilla una vez, debajo de la mesa, luego apartó su mano—. Dime, ¿no estuve increíble hoy en las dunas?

Su hermana le respondió primero, probablemente al notar, al igual que Cooper, que yo necesitaba un cambio de tema.

—Sí que volaste en ese salto.

A sus padres les costó un poco más dejar el tema, su madre me miró a los ojos y mantuvo la mirada antes de llevar su atención a Cooper.

—Sí, estamos aquí para celebrar tu increíble carrera. Vamos a celebrarlo.

Cuando llegó el camarero con nuestra comida, todos habían superado el tema de mi fracaso y estaban concentrados en celebrar el éxito de Cooper. Yo estaba agradecida de que Cooper supiera que eso era exactamente lo que necesitaba.



—Abby me llevará a casa —dijo Cooper al final de la cena, cuando la cuenta estuvo pagada y todos nos levantamos para irnos.

—¿Lo haré? —pregunté. Realmente solo quería irme a casa y meterme en la cama. Había logrado enviar los pensamientos sobre el señor Wallace y la exposición al fondo de mi mente (o al menos eso creía) durante los últimos días, pero admitir la verdad en voz alta los había hecho regresar. Lo que el señor Wallace había dicho y lo que yo, más allá de mi enfado y negación, sabía que creía.

—Sí, lo harás.

—Cooper, vuelve a tu hora —dijo su padre, luego tomó a su esposa con una mano y a su hija con la otra y las guio hacia la salida del restaurante.

—Cooper, estoy cansada. ¿Podemos hablar mañana? —le pregunté cuando ya estábamos a mitad de camino.

—Nop. Tienes que hablar ahora. Sé que está molestándote. Vamos.
—Me guio hacia la salida.

—Claro que está molestándome, pero estoy bien. Lo superaré. Comamos tarta de queso en vez de hablar. —Me detuve frente al aparador de vidrio iluminado y examiné el pastel exhibido con elegancia.

—Parece que no tienen de chocolate blanco y frambuesa —dijo Cooper junto a mí.

—Quizás quiera probar uno nuevo.

—Nunca pruebas nada diferente. Una vez que encuentras lo mejor, eso es todo lo que quieres.

—Muy cierto, Cooper, muy cierto.

Él me miró de costado, como si pensara que estaba hablando de otra cosa además de la tarta de queso. Lo estaba haciendo.

Negó con la cabeza con una risita, tomó mi mano y me llevó fuera. Su mano estaba caliente y tenía ligeras callosidades, y siempre pensé que encajaba perfectamente con la mía. Mi coche estaba aparcado frente al restaurante, pero él lo esquivó y caminó hacia el muelle. Debió haberse dado cuenta de que lo seguiría sin esfuerzo, porque soltó mi mano, para mi decepción.

—Tengo algo para ti —comentó después de avanzar una calle y media.

—¿Sí? ¿Qué? —Sin mi permiso, mi corazón se aceleró.

Él sacó una servilleta blanca de su bolsillo y me la entregó. Tenía un número de teléfono escrito. Me tragué mi desilusión.

—Ya tengo tu número.

—Ja, ja. Es el número de Elliot. De nada.

—¿Aún te crees que eres alguna clase de cupido?

—Soy un excelente cupido.

—Elliot me dio su número hace seis meses, pero gracias de todas formas. —Sabía que Elliot había estado interesado en mí desde ese entonces. Lo había alejado de alguna manera, intercambiamos algunos mensajes, pero nada más. Volví a guardar la servilleta en el bolsillo de Cooper y seguí caminando. Las tablas de madera del muelle estaban torcidas, así que tuve que caminar más lentamente para no tropezar.

—¿Alguna vez lo llamaste? —Cooper me alcanzó.

—Nos escribimos un poco, pero no estoy interesada, Cooper.

—¿Alguna vez me hablaste de esto?

—Estoy segura de que lo hice.

—Um.

Al llegar al final del muelle, me apoyé contra la barandilla de madera y miré hacia el agua. A primera vista, el océano parecía negro por la noche, pero entre la línea del horizonte y la de la costa había tantas variaciones de color y movimiento que siempre hacían que desease tener un pincel.

—Háblame, Abigail. Odio cuando te encierras en tu cabeza. ¿Qué pasó? Dijiste que el señor Wallace estaba considerándote. ¿Qué te dijo *realmente*?

—Que no tengo corazón.

—¿Dijo que eras un androide?

Enlacé mis brazos en la parte superior de la barandilla y apoyé mi frente sobre ellos con un gemido. El olor a sal, a pescado y a algas marinas me envolvió.

—¿Dijo que no tienes corazón? —Cooper frotó mi espalda—. ¿Y eso qué significa?

—Dijo que no tengo profundidad. Que mis pinturas son básicamente unidimensionales. Que no le provocan ningún sentimiento.

—Ah. Así que *él* es un androide. Lo entiendo.

Enterré mi cabeza más entre mis brazos.

—Pero, en serio, claramente no sabe de qué está hablando.

Pero ¿es realmente así?, quería decirle. Tú sientes lo mismo. También te pierdes esa parte cuando me miras. La parte que hace que sientas algo.

Giré mi cabeza para mirar a Cooper.

—Tengo una madre agorafóbica y un padre en zona de guerra. —Y no podía olvidar el tema del amor no correspondido—. ¿Cuánto más puede hundirse una persona?

—No mucho. —Cooper rio, un sonido que hizo que mi corazón se

acelerara en mi pecho.

Gemí otra vez y volví a esconder mi rostro. Varias olas rompieron debajo del muelle antes de que él volviera a hablar.

—Tu madre no es agorafóbica.

—Lo sé. Pero parece que está estudiando muy duro para serlo. Está empeorando.

—¿Cómo?

—Al menos antes solía salir. Dejar la casa. Pero no recuerdo la última vez que lo hizo. Necesita amigos. Eso siempre pareció ayudarla antes de que nos mudáramos aquí.

—Quizás pueda hacer que mi madre la invite a comer.

No necesitaba decir nada, solo mirarlo hasta que se diera cuenta de que esa era una sugerencia ridícula.

—Tienes razón —admitió—. No hacen una buena combinación.

—Está bien. Ella mejorará cuando mi padre vuelva a casa en agosto.

—¿Tú padre vuelve en agosto? —Sonreí ante esa idea. Estaba a punto de suceder.

—Sí, no puedo esperar más. Pero se perderá la exposición. Es decir, se habría perdido la exposición. Ahora ya no importa.

—Quizás malinterpretaste al señor Wallace.

—No. Él fue directo. Muy. En realidad usó exactamente las palabras que te dije. Sin emociones, sin profundidad, sin corazón. Todas ellas.

—Eso es duro.

Sí, *fue* duro. Ser una artista me definía. Era lo único para lo que me sentía capaz. Lo único que pensaba que las personas, y Cooper, admiraban de mí. Y de repente ya ni siquiera tenía eso. Las lágrimas que había logrado controlar en el restaurante amenazaron con caer por mi rostro.

—Es solo la opinión de una persona, Abby.

—Él tiene un doctorado en Arte. Trabaja en un museo. Y es la única persona cercana a mí que puede exhibir mi arte. Necesito esta experiencia. —El nudo en mi garganta estaba creciendo a cada segundo y tuve que seguir tragándomelo.

—¿Por qué no pruebas suerte en otro museo? ¿O galería?

—He estado buscando. Es una apuesta difícil. Cientos de personas se postulan. Pensé que estaba dentro con el señor Wallace. Pero si a él no le gusta mi arte, ¿de verdad crees que un extraño me dará una oportunidad?

—No dejes que se meta en tu cabeza.

—Él ya está allí. —Con esas palabras, las lágrimas se escaparon, para mi frustración. Me las sequé, enfadada—. Estaré bien.

—Sé que lo estarás. Y encontrarás un modo de demostrarle que se equivoca. —La mano de Cooper subió y bajó por mi espalda y yo me entregué más a su contacto.

Por más reconfortantes que fueran las palabras de Cooper, no estaba segura de poder encontrar un modo de probar que el señor Wallace se equivocaba. Yo no era buena haciendo cambiar los sentimientos de las personas.

Observé el lienzo en blanco. Experiencia. Profundidad. Cooper tenía razón. Necesitaba demostrar que el señor Wallace se equivocaba. Entraría a esa exposición de arte, me aceptarían en el programa y les demostraría al señor Wallace, a Cooper, a todos, que era una verdadera artista. Pintaría algo nuevo. Algo diferente. Él no tomaría la decisión final sobre los postulantes hasta dos semanas antes de la exposición. Le demostraría que yo era más de lo que había visto.

Tenía cerca de cuatro semanas para hacer cinco pinturas, mejores que todo lo que había pintado antes. Pero ese tiempo no era lo que estaba causando el pánico creciente en mi pecho. Tenía tiempo. Dependiendo del tamaño, de lo detallada que fuera, de cuántas horas continuas le pudiera dedicar a la pieza, me tomaba uno o varios días para cada pintura. Como era verano, no tenía más que tiempo. Lo que estaba cerrándose en mi pecho era el hecho de que no tenía ni idea de qué pintaría. No tenía ni idea de qué sería nuevo, diferente o mejor.

Hojeé mi libro de recortes con fotografías e imágenes inspiradoras que normalmente me daban ideas. Pero no se me ocurría nada, y ¿el punto no era hacer algo diferente a lo que hacía normalmente?

Arrojé el libro de nuevo en el armario y dejé el pincel en el frasco. Me giré para salir de la habitación y lancé un grito al ver a mi madre parada en el marco de la puerta detrás de mí.

—Me asustaste.

—No has pintado nada.

—Lo sé.

—Cooper me contó lo que te dijo el señor Wallace.

—¿Qué? Qué traidor. ¿Cuándo te lo dijo?

—Me envió un mensaje esta mañana.

—Voy a matarlo.

—Lo que quiero saber es por qué no me lo dijiste *tú*.

—No lo sé. Cuantas más veces lo digo en voz alta, más me lo creo. Ni siquiera iba a contárselo a Cooper. Pero él me lo sacó a la fuerza.

—Ese chico no tiene que sacarte nada a la fuerza —dijo y negó con la cabeza.

—Lo sé. Se lo dije sin que hiciera mucho esfuerzo. No tengo fuerza de voluntad cuando se trata de él. Mantén eso en secreto.

Ella sonrió. Mi madre sabía mi historia con Cooper. Con ella lloré el verano pasado después de esa fatídica caminata nocturna por la playa, en la que le dije cómo me sentía y él se rio de mí.

Pasé junto a ella hacia el comedor, donde mi abuelo estaba dormido en su mecedora. Me senté en el sofá, pensando que mi madre no intentaría hablarme allí, con mi abuelo durmiendo la siesta. Debí haberlo pensado mejor.

—Yo creo que tus pinturas son realmente preciosas —dijo al sentarse a mi lado.

Mi abuelo se despertó con un ronquido.

—No estaba dormido —soltó.

—Está bien, abuelo, cuando un hombre llega a tener tu edad, no puede evitarlo.

—¿Puedes reprender a tu hija por mí? —Mi madre rio.

—Estamos hablando del señor Wallace —le explicó.

—Sin profundidad, ¿eh?

—¿Se lo has contado? —Lancé mis brazos al aire.

—¿No se me permite saber? —preguntó mi abuelo, indignado—. ¿Desde cuándo no se me permite saber?

—Desde que no tengo corazón —respondí.

—Tienes un corazón, cariño. —Mi madre me dio una palmada en el hombro—. Es a tu arte a lo que el señor Wallace se refiere.

—¿Así que estás de acuerdo con él?

—Nunca he dicho eso. Sabes que tu padre y yo amamos lo que haces.

—Espera, ¿se lo dijiste a papá? Él no necesita preocuparse por esto ahora.

—Le gusta mantenerse al día.

—Tengo que empezar a levantarme más temprano. —Suspiré.

Mi madre señaló las pinturas colgadas en el comedor. Eran como ventanas que no dejaban entrar nada de luz, pero que hacían que pareciese que la habitación no tenía fin. Cada una representaba una escena distinta del mundo exterior. Había pintado lugares muy transitados, como Times Square o la calle Strip de Las Vegas; pero también lugares serenos, como estancias del interior de Francia y verdes peñascos de Irlanda. No es que hubiera estado en alguno de esos lugares, pero había visto muchas fotografías. Las había pintado una por una, pensando que inspirarían a mi madre a ver más del mundo, pero no estaba realmente segura de que ayudaran. Quizás en realidad la hacían sentir que no necesitaba ir a ningún sitio, ya que tenía el mundo entero en su comedor.

—Solo mira el talento que tienes —dijo.

Las pinturas parecían casi reales. Pero ¿no era ese el punto del señor Wallace? No eran únicas. No me pertenecían. Estaban basadas en

fotografías. Pero ¿qué sentía al mirarlas? Solo pensaba que parecían lugares espectaculares que me gustaría visitar. No podía sentir el viento en mi rostro o probar el aire. ¿Era eso lo que se suponía que debía ocurrir al ver arte realmente bueno?

Tal vez el señor Wallace tenía razón. Y quizás habría algo que pudiera hacer al respecto.

—Necesito experiencia.

—Has pintado desde que tengo memoria —afirmó mi madre.

—No, me refiero a experiencias. ¿Qué experiencias me ayudarían a encontrar profundidad, a encontrar mi corazón? —Necesitaba encontrar inspiración en la vida, no en imágenes. Y no solo inspiración, sino también emociones.

—Creo que tienes un corazón perfecto —afirmó ella.

—Tú eres mi madre —puse los ojos en blanco—, tienes que decir eso. Estoy hablando en serio. Necesito hacer algo. Muchas cosas, aparentemente. Pero ¿qué?

—¿Qué clase de cualidades quieres desarrollar? —preguntó mi abuelo.

Pensé en eso mientras tamborileaba los dedos una y otra vez sobre el brazo del sofá. Mi mirada fue hacia mi abuelo, una de mis personas favoritas en el mundo. ¿Cuáles eran mis cualidades preferidas en él?

—Coraje. Como tú. —Decidí.

—¿Como yo? —preguntó él.

—Sí, dices lo que sientes sin importar lo que las personas de tu alrededor piensen. Sabes cómo mantenerte firme. ¿Cómo aprendiste a hacer eso?

—Soy un sargento instructor realmente malvado en el campo de entrenamiento.

—¿Así que tengo que unirme al ejército? ¿Seguir tus pasos y los de papá?

—Seguro. —Asintió—. Cuando tengas dieciocho, deberías hacerlo. Me convirtió en un hombre.

—¿Quieres que me una al ejército y me convierta en un hombre?

—Deja de fingir que me tomas al pie de la letra.

—No te unirás al ejército, Abby —dijo mi madre—. El abuelo está diciendo que ganó coraje al mantenerse firme frente a alguien, incluso cuando le resultó difícil.

—Cierto. No tengo ni idea de cómo hacer eso.

—Lo descubrirás —añadió mi abuelo.

—¿Qué más? —preguntó mi madre—. ¿Qué otros rasgos admiras?

—Me gusta que siempre sepas algo acerca de todo, mamá.

—Estoy segura de que odias eso. —Ella rio.

—Bueno, no soy fan de las historias de arañas reclusas pardas.

—Quiere decir que no es fan de tus lecturas paranoicas —amplió mi abuelo.

—Eso no fue lo que dije. —Blandí mi mano en el aire en su dirección.

—Bueno. —Mi madre palmeó mi pierna—. Sea cual sea el caso, leer esta bien. Diría que los libros te darán una nueva perspectiva de las cosas. Sé que ya lees, así que, ¿podría sugerirte algo fuera de tu zona de confort? ¿Como un clásico?

—Esperad. —Me levanté de un salto—. Dejadme ir a por un papel. Tengo que anotar todo esto. —Fui hasta el cajón de porquerías de la cocina y encontré un bolígrafo, luego tomé una hoja de la impresora y una revista de la mesa de café y volví a sentarme, con el bolígrafo al comienzo de la hoja. Escribí *La lista del corazón* y lo subrayé dos veces.

—De acuerdo, entonces, mantenerme firme frente a alguien y leer un

libro realmente bueno.

Mi madre puso los ojos en blanco, pero no discutió.

—¿Qué otros rasgos son importantes para ti?

—Papá siempre está en sitios nuevos y haciendo cosas diferentes.

Creo que eso lo hizo ser quien es. La clase de persona que es a la vez flexible y aventurera.

—Entonces, ¿probar algo nuevo? —propuso mi abuelo.

—Y no se refiere a drogas —añadió mi madre.

—Porque eso es lo primero en lo que pensé.

—Prueba más que una cosa nueva. Que sean cinco. Haz cinco cosas que no hayas hecho antes —dijo mi abuelo.

—¿Cinco? ¿Quién te crees que soy? ¿Una persona recién llegada al mundo? Cinco es mucho. ¿Hay cinco cosas que no haya probado?

—Por favor. —Mi madre volvió a poner los ojos en blanco—. Hay cientos de cosas que no has hecho.

—De acuerdo, bien. Tienes razón. —Lo escribí. Había ya varias cosas en mi lista. No eran suficientes. Si pensaba cambiar drásticamente el modo en que veía el mundo, con un poco de suerte cambiaría el modo en que pintaba; necesitaría más experiencias. Pensé en mis amigos y en cosas que admiraba de ellos.

»Rachel es amable con todos. Creo que a todo el mundo le gusta. ¿Qué experiencias podría tener que me den esa cualidad?

—¿Qué te parece conocer la historia de un extraño? —preguntó de forma arriesgada mi madre.

—¿Qué quieres decir? ¿Que me acerque a una persona al azar y le pregunte qué pasa en su vida?

—No, que te intereses lo suficiente en lo que veas que alguien hace como para *querer* saber más de esa persona. Para dejar que lo que te

cuenta te cambie de alguna forma.

—Entonces, conocer una historia. —Lo añadí a mi lista—. ¿Qué más?
—Mi bolígrafo estaba embrujado, ansioso por absorber su sabiduría, lo que estaba segura que me ayudaría a convertirme en la mejor pintora del universo para cuando llegara la fecha límite de la exposición.

—Dilo tú —dijo mi abuelo.

—Mi amigo Justin está en una misión de ayuda en Sudamérica ahora. Apuesto a que esa experiencia le dará más profundidad que cualquier cosa que yo pudiera soñar.

—No tienes que ir a Sudamérica para ayudar. Hay mucho que hacer aquí —protestó mi abuelo.

—¿Como qué?

—Tengo absoluta fe en que encontrarás algo —afirmó mi madre.

Añadí *ayuda* a mi lista, con el nombre de Justin a su lado. Luego anoté los nombres que inspiraron los otros puntos de la lista. Tenía a mi abuelo, a mi madre, a mi padre, a Rachel, a Justin...

—Cooper —dije en voz alta.

—¿Qué pasa con él?

—No tengo ninguna experiencia inspirada en Cooper.

—¿Qué es lo que más te gusta de Cooper? —preguntó mi madre.

Cerré los ojos por un momento. ¿Qué *no* me gustaba de él? Cada risa e historia que compartimos pasó por mi cabeza. Me detuve antes de responder *todo*.

—Él no tiene miedo. Nada lo asusta, quizás deba superar alguno de mis miedos.

—¿Cómo? —preguntó mi abuelo.

—Enfrentándolos.

—No me gusta cómo suena eso —dijo mi madre.

—Nada peligroso.

—Es buena —comentó mi abuelo mientras yo lo escribía.

»¿Qué te parece *abandonar un mal hábito*? —propuso él—. Eso siempre forma el carácter.

—No fumo ni bebo, abuelo.

—¿Esos son los únicos malos hábitos en el mundo? ¿Qué hay de tu terrible sarcasmo? Ese sería un buen corte de raíz.

—Nadie dice *corte de raíz*. Y dejaré de ser sarcástica cuando tú lo hagas.

—O puedes escoger otra cosa.

—Eso pensé. —Añadí *dejar un mal hábito* a mi lista.

—Si buscas algo que forme el carácter deberías poner *enamorarse* en tu lista —comentó mi madre.

—¿Ella no lo ha hecho ya? —preguntó mi abuelo mientras yo lo escribía.

—¿Se lo has *contado*? —Me ahogué.

Mi madre le lanzó una mirada a mi abuelo y yo puse los ojos en blanco.

—Así que supongo que puedo tachar esa.

—Enamorarte de alguien que también se enamore de ti —añadió ella.

—Auch. Ahora estás siendo malvada.

—Eso te cambiará. —Acarició mi pierna.

—De acuerdo, entonces añadiré *que me rompan el corazón* a la lista, porque ya puedo tachar esa.

—¿Estás buscando cosas que ya puedas tachar? —preguntó mi madre.

—No. —Pero lo escribí de todas formas y con una sonrisa en mi rostro lo marqué como realizado.

—¿Qué te parece *ver vida llegando al mundo*?

—Oh... ahora estás poniéndote poética. ¿Quieres que invada hospitales? Y, por cierto, suena asqueroso.

—Esa oración puede interpretarse de diferentes formas, y, definitivamente, no me refería a que siguieras a mujeres embarazadas.

—De acuerdo, lo escribiré, pero no sé cómo puede interpretarse más que en su sentido obvio.

—¿Y qué te parece —mi abuelo hizo una pausa dramática— *ver vida dejando el mundo*?

—Y ese es el fin de mi lista. Cuando comienzan a hablar de muerte, se acaba todo.

—Eso te cambia, niña.

—No quiero ver eso. Aunque me convierta en una persona más profunda.

—Comprensible.

Además, sentía que ya podía tachar eso también. No había visto exactamente a mi abuela morir, pero sentí el dolor que provocaba su muerte con demasiada frecuencia. Lo escribí, pero sin tacharlo. Quizás también hubiera otra forma de interpretar eso. Esperaba que la lista funcionara. Porque, si no lo hacía, quizás no fuera una artista realmente. Y si no era una artista, ¿qué era?

Leí y releí la lista que había hecho el día anterior. Tenía la esperanza de que los mejores rasgos de las personas en mi vida, reunidos de forma improvisada en esa lista, me convirtieran en una versión del monstruo de Frankenstein con fragmentos de todos ellos. Una versión no aterradora. Había once cosas en la lista. Bueno, técnicamente diez si no contaba la que ya había tachado. ¿Cómo volverme profunda en diez pasos... o menos? Esperaba que fueran menos.

Tal vez fuera por eso que el Programa de Invierno de la Escuela de Arte solicitaba un historial de ventas, porque sabían lo difícil que era pasar la criba de las galerías. Eso podía recortar dramáticamente su lista de postulantes.

Busqué una chincheta en un cajón de mi escritorio y encontré un espacio vacío en la pared, entre una cita sobre el amor y la foto de un panadero con todas sus semillas, a excepción de una que flotaba en el viento. Había pinchado toda clase de cosas inspiradoras en mi pared a través de los años: arte, citas, poemas, paisajes. Musas para mis pinturas. Eran todas cosas que había visto mientras ojeaba revistas o revisaba mi teléfono; algunas las añadí a mi libro, algunas a mis paredes. Me reí un poco mientras giraba en círculos, observándolo todo. Todas eran cosas que me habían hecho sentir algo, me di cuenta. Por eso las había puesto allí. Ah, qué ironía que mis pinturas no estuvieran provocando eso en alguien más.

Tomé una fotografía de la lista con mi móvil y estaba a punto de enviar un mensaje de grupo para Rachel, Justin y Cooper, cuando recordé que Rachel no lo recibiría y que Justin estaba en medio de una misión filantrópica. Él no necesitaba ver mi intento de ganar profundidad en ese momento. En cambio, me envié la imagen por e-mail a mí misma y me senté en mi ordenador a redactar una carta para mi padre.

Oye, papá:

Te adjunto una lista de actividades que me llenarán tanto el corazón que podrías no reconocerme cuando vuelvas a casa. Y, ya que siempre te vas durante tanto tiempo que olvido quién eres, estaremos en el mismo bote esta vez. De nada. Además, ya sé qué quiero que me traigas esta vez. Quiero una pequeña roca en forma de corazón. Deberás barrer el desierto para encontrarla. Será la única manera de que sepa que realmente me amas y piensas en mí cada día. Además, representará el crecimiento de tres tallas de mi corazón. ¿Esas son las veces que creció el del Grinch? No lo sé. ¿Recuerdas cuando solíamos verla todas las Navidades y cuando me dijiste que casi me llamas Cindy Lou Quien? Aún estoy eternamente agradecida de que no lo hicieras (aunque ahora sé que no es una historia real). Con amor, tu apropiadamente nombrada hija.

Tomé el pequeño frasco lleno de arena que conservaba en mi escritorio, el que mi padre me había traído a casa tal como se lo pedí durante su último viaje. Él siempre me traía algo. Algunas veces yo se lo pedía, otras era algo que él decía que le había recordado a mí, como

cuentas pintadas o arte en vidrio.

Puse el frasco de costado y dejé que la arena se moviera a lo largo del vidrio mientras lo inclinaba a un lado y al otro.

Hubo un golpe en mi puerta, seguido de la voz de Cooper.

—¿Estás presentable?

—¿Presentable? —Dejé el frasco, presioné *Enviar* en el e-mail y cerré mi portátil—. ¿Querrás decir *decente*?

—Es lo mismo.

—Bueno, sí, estoy una de las dos cosas y la otra no, así que no creo que sean lo mismo.

Él soltó su suspiro superdramático, que pude escuchar a pesar de tener la puerta cerrada.

—¿Tienes la ropa puesta, Abby?

—Sí.

Él abrió la puerta, se metió en mi habitación, aterrizó bocabajo sobre mi cama y luego se puso de costado.

—Hola.

—¿Qué es eso? —Sus ojos se entornaron al ver la lista que había adherido a mi pared.

—Mi guía de diez pasos hacia una vida más profunda.

—¿Solo requiere de diez pasos? Entonces tal vez yo también debería hacerla.

—Deberías, totalmente. Estas podrían ser nuestras actividades de verano.

Él se levantó de la cama, se acercó y se paró a mi lado, mirando la lista. Olía bien. Como a vainilla y naranjas. Era su fragancia habitual. Pero algunas veces olía a sudor y suavizante, o a pasta de dientes y limpiador facial, o a bálsamo labial de fresa y protector solar. O a

chocolate. O... *Detente*, pensé para mí misma. No ayudaba para nada.

—No voy a ver cómo nace un bebé —afirmó.

Cierto, la lista. Volví a centrar mi atención en ella.

—Eso fue lo que yo dije. Pero mi madre dijo que había otras formas de interpretar la vida llegando al mundo o algo así.

—Solo puedo pensar en una forma de ver la vida llegando al mundo.

—Lo mismo digo. Pero, sea como sea, no tenemos que hacerlas todas. Siento que la profundidad llegará después de la quinta.

—Bien —rio él—, porque no quiero tener que matar a nadie.

—No creo que eso haya sido lo que mi abuelo sugirió exactamente.

—Sonreí.

—Tengo la número seis para ti.

—¿Sí? —Miré la lista para recordar qué era la número seis. *Enfrentar un miedo*. Claro que él escogería esa.

—¿Por qué tiene mi nombre al lado? —preguntó.

—Porque ciertos puntos fueron inspirados por ciertas personas. — Señalé el suyo—. Tú, mi amigo sin miedos, has inspirado esta. Y no podrás escoger mi miedo. Yo haré mi propia elección.

—Vamos, escogerás uno fácil.

—Y tú escogerás uno imposible.

—Todo es posible.

Lo miré expectante.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Terminarás esa idea? Todo es posible...

—Es todo lo que iba a decir. ¿Se supone que hay algo más?

—Siempre hay algo más con esa introducción. Todo es posible con trabajo duro, o con perseverancia, o si no te rindes nunca, o con Dios.

—Oh. De acuerdo... todo es posible cuando estás conmigo.

—Me gustan más mis opciones —dije poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, en este momento mi opción encaja, porque enfrentarás tu miedo conmigo.

—¿En dónde me he metido?

Él rio con malicia mientras salíamos de la habitación.



Me ofreció un casco rojo.

—No. Definitivamente no. Te dije que solo miraría. Esto es lo *tuyo*. — Sobre su hombro, podía ver los otros cuatriciclos y *buggies* saltando por las dunas. El sol impactaba en la arena y hacía que todo a la distancia se viera nebuloso, sumado a las náuseas que ya podía sentir ante la idea de estar allí entre ellos.

—Un miedo no será lo *tuyo*. Así no sería un miedo.

—Esto no me da miedo. Solo creo que es estúpido. Y peligroso.

—Esto te aterra. Puedo verlo en tus ojos. No intentes pretender que no es uno de tus miedos. Y, si no lo es, puedes poner una tilde junto a *probar algo nuevo*.

—Bien. —Bufé y acepté el casco—. Es mi miedo. —Había visto demasiados choques mientras él competía y no quería que me ocurriera a mí.

Él sonrió ampliamente y comenzó a caminar hacia donde estaba su cuatriciclo, junto al remolque.

—Ten cuidado allí afuera —dijo uno de sus compañeros al pasar, obviamente justo había terminado su carrera—. Hubo mucho viento anoche.

—Gracias —respondió Cooper, y cuando estuvimos fuera del alcance de su oído añadió—: por nada.

—No podemos ir ahora —afirmé mientras me apresuraba para intentar alcanzarlo—. Sé lo que el viento implica en las dunas. He estado lo suficiente aquí contigo. Significa que hay huecos de treinta metros abiertos en la arena. Significa que si nos topamos con uno de ellos sobre una colina, salido de la nada, caeremos en picada.

—No lo escuches. Estaremos bien. Nací en las dunas, ¿recuerdas?

—Y ahora morirás en ellas y yo podré tachar el último punto de mi lista.

Él se detuvo de pronto, haciendo que casi me choque con él, y se dio media vuelta. Dejó su casco en la arena entre sus pies, luego se levantó, colocó sus brazos sobre mis hombros y me miró a los ojos.

—Sé que puedes hacer esto. Sé que estaremos seguros. Pero si no quieres, no tienes que hacerlo.

Y eso fue todo. Estaba jodida. ¿Era posible que él supiera lo que su proximidad, sus ojos y su voz me provocaban? Aunque no lo supiera, yo conocía mi debilidad, esa vocecita en mi cabeza que decía: *Míralo, él quiere que hagas esto, quizás consigas que se muera por ti.*

Pero ser consciente de mi debilidad y resistirla eran dos cosas totalmente diferentes. Uf. Pensé que lo había superado.

—Lo intentaré —asentí.

—¿Sí? —preguntó con su radiante sonrisa que había vuelto.

—Sí. —Aferré su camiseta en mi puño—. Pero después de esto tendrás que comprarme un batido.

—Solo si no vomitas —respondió y dio un paso atrás para liberarse de mi agarre, levantó su casco y avanzó hasta su cuatriciclo.

—Espera, ¿qué? —Él tomó el casco que aún estaba en mis manos y

lo puso sobre mi cabeza.

»Ay. —Mi voz estaba amortiguada por lo único que me protegía de un cráneo roto.

—¿Qué? —Él levantó mi visor.

—Nada. Acabemos con esto. —Ya tenía el estómago revuelto y me di cuenta de que quizás él tuviera razón. Quizás no querría un batido después de eso, porque seguramente vomitaría.

Él subió a su cuatriciclo y lo encendió. Luego se giró y le dio una palmada al asiento a su espalda. Yo bajé mi visor y subí. Él tomó mis brazos y los enroscó alrededor de su cintura.

—Sujétate fuerte, ¿de acuerdo?

Asentí. No necesitaba decirme eso. Luego se puso su casco y arrancamos.

Debí haberlo hecho por mi cuenta. Si él me hubiera enseñado cómo usar el cuatriciclo habría sido mejor. Yo habría ido lenta, con calma y la vida habría sido mejor. Pero no estaba sola. Estaba detrás de Cooper, el chico que participaba con frecuencia en carreras por las dunas. El chico que había *nacido* en las dunas. Y él no estaba tomándoselo con calma. El ácido subió por mi garganta. El escenario que teníamos en frente era aterrador. La arena tenía huecos cavados en la superficie normalmente plana. Algunos de esos huecos eran poco profundos e inofensivos. Pero los que a Cooper le gustaban eran aquellos con caídas de diez metros, que teníamos que bajar por el lateral, hacia el interior del hoyo. Eran los que necesitaban impulso para poder salir, así que los tomaba a velocidades que me hacían aferrarlo incluso con más fuerza. Habría disfrutado esas consecuencias si no hubiera estado tan aterrada.

—Te odio. Te odio. Te odio —le dije mientras él aceleraba el motor para hacer que fuéramos más de prisa. Él no podía escucharme, pero el

eco de esas palabras dentro de mi casco me hizo sentir mejor.

El lado bueno era que ese no era un sentimiento que tuviera intencionalmente con mucha frecuencia. No podía recordar la última vez que había sentido tanto pánico. O todo ese odio hacia Cooper. Así que tal vez eso me ayudara a pintar con emoción.

Cooper se deslizó hasta detenerse en la cima de una colina. Estábamos al borde de un precipicio de arena. Un movimiento más y habríamos estado a punto de volar por esa caída de veinte metros. Si yo no hubiera estado allí, él probablemente habría tomado ese salto, feliz y con la esperanza de no dar la vuelta en el aire.

—¿Ya has empezado a divertirte? —Se giró para gritarme. Yo negué con la cabeza, con miedo de que abrir la boca me hiciera tener ganas de vomitar.

»¿En serio? Creí que te gustaría una vez que lo probaras.

Volví a negar con la cabeza.

—De acuerdo, supongo que volveremos, entonces.

Asentí.

Y él volvió a la carga igual de rápido que antes. Cuando llegamos a su remolque, bajé con dificultad del cuatriciclo y tropecé hasta el suelo por mis piernas temblorosas.

Él se quitó el casco y se sentó en la arena a mi lado.

—Así que... Realmente *eres* una floja. Estaba bromeando cuando lo dije frente a Amelia. Pero ahora lo sé.

Le arrojé un puñado de arena y me saqué el casco, temblorosa.

—Me habría gustado más si yo hubiera conducido.

—¿Quieres conducir? —Agitó sus llaves frente a mí.

—No —respondí con las manos en alto.

—Entonces, ¿qué opinas? —Señaló la ruta de arena que acabábamos

de recorrer—. ¿Esa lista tuya logrará algo?

Pensé en el miedo que había cerrado mi pecho allí, que arañaba mis entrañas de un modo que nunca antes había sentido. Y que ya se había ido. Había enfrentado esa sensación y la había superado. Una explosión de orgullo se expandió en mi interior.

—Sí... Tal vez.

Volví a mirarlo. Una sonrisa provocadora encendía sus ojos. Él necesitaba sentir lo mismo que yo acababa de sentir; esa sonrisa burlona se borraría de su rostro muy rápido. Les había dicho al abuelo y a mi madre que Cooper no tenía miedos. Y eso parecía a primera vista. Pero probablemente estuviera equivocada. Todo el mundo tiene miedo a algo.

—Ahora te toca a ti. ¿A qué le tienes miedo?

—Yo no le temo a nada, Abby —respondió con su casco en el aire.

—No, de verdad. Dijiste que querías hacer la lista conmigo. ¿Qué miedo quieres enfrentar?

—Eh... —Lanzó sus llaves al aire una vez, luego las pilló en el aire—. La verdad es que no se me ocurre nada. Pero lo pensaré.

—Yo también. —Le devolví su casco.

—Me duelen las piernas —protesté—. ¿Por qué me duelen las piernas? Estuvimos en ese cuatriciclo solo treinta minutos. —Llevaba en mis manos el batido que Cooper me había comprado como recompensa mientras caminábamos por la calle Main hacia su coche.

—Estabas aferrando el asiento con los muslos como si tu vida dependiera de eso. Por supuesto que te duelen las piernas.

—Mi vida *dependía* de eso. —Golpeé mi muslo derecho tres veces con el puño cerrado—. Auch. Me duelen de verdad.

—Entonces deja de darte golpes. Y deja de caminar así.

—¿Así cómo?

—Como si hubieras pasado horas montando a caballo.

—Eso es lo que intento decirte. No puedo evitarlo. —Volví a golpear mi muslo.

—Salta. —Se puso frente a mí, me dio la espalda y se agachó.

—Lo haré. Porque tal vez llevarme en brazos treinta metros haga que las piernas te duelan a ti. —Salté sobre su espalda y apoyé el mentón en su hombro. Eso no ayudó a mis muslos doloridos, ni a mi sensación de estar desmoronándome.

La calle Main está mayormente llena de tiendas turísticas que venden cometas, recuerdos de la playa, material de surf, pero, aun así, Cooper miraba cada uno de los escaparates por los que pasábamos, como si realmente fuéramos a comprar alguna de esas cosas.

—Espera. Detente —dije al ver un letrero pegado en un poste.

—¿Por qué?

—Allí. —Señalé el letrero—. Lee eso.

Él se acercó. El letrero estaba pegado al poste plateado de luz y Cooper leyó las palabras en voz alta.

—Ven a la audición para el musical de verano del teatro comunitario: *Vivir de ilusión*. —Cooper me subió más a su espalda y comenzó a alejarse—. Nop, paso.

Tiré de sus hombros, como si realmente estuviera montando a caballo y él fuera a retroceder con mi orden. Como no lo hizo, me liberé de sus manos y bajé de un salto de su espalda.

—Cooper, las pruebas son en tres días. —Señalé la fecha del letrero—. Es exactamente el tiempo que tengo para probar una nueva experiencia. Es el destino. Ninguno de los dos se ha presentado a una audición para una obra antes. Es perfecto.

—¿El destino?

—Sí. Suerte. Destino. Por casualidad pasamos junto a un letrero y por casualidad estamos completando una lista. —Tomé una fotografía de la información con mi teléfono móvil.

—Echo de menos a Justin. Él no me obligaría a hacer cosas horribles como esta —protestó con su cabeza hacia atrás.

—Sí. Deberíamos informar a Justin de lo que se está perdiendo. —Le envié la fotografía a Justin junto con las palabras:

Cooper me rogó que fuese con él.

—Eres tan malvada...

—¿Tienes miedo? —le pregunté—. ¿Este es tu miedo?

—No. Simplemente no comprendo cuál es el punto. No lo

lograremos. Los dos cantamos horriblemente mal.

—¡Oye! Habla por ti.

—¿Crees que lo lograremos?

—No. Pero no se trata de eso. Se trata de la experiencia. Ese es el punto, Coop. —Tomé su codo con mi mano—. Esto será tan divertido.

—Esa es una forma de decirlo.

Mi teléfono vibró con un mensaje entrante. Justin había contestado:

Eh... no quiero saberlo.

—Lo ves, él también piensa que es una locura.

—Te veré en mi casa el lunes a las diez de la mañana. No es mañana, ni pasado, sino al día siguiente.

—Sé cuándo es lunes.

—Solo me aseguraba. Es verano. Sé cómo se confunden los días.

—¿Y mañana? —preguntó él.

—Las pruebas no son mañana.

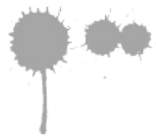
—Lo sé. Pero probablemente te vea.

—Tengo que trabajar por la mañana. ¿Después de eso?

—Perfecto. ¿Primer día de vuelta desde que el señor Wallace te llamó *androide*?

—Sip.

—Buena suerte.



Me desplomé en la silla de mi escritorio después del trabajo. Había sido un día extraño. El señor Wallace me puso en la taquilla. Yo nunca

trabajaba en la taquilla. Aunque limpiar y guiar a los visitantes me parecía un trabajo peor, al menos estaba todo el día en medio de arte inspirador. Ese día solo pude observar el *hall* de entrada y la acera durante cuatro horas. No había nada de inspirador en aquello. Sentí que el señor Wallace intentaba evitarme.

Encendí mi ordenador y abrí mi correo. La diferencia horaria entre mi padre y yo normalmente implicaba que él escribiera cuando yo dormía. Tal como esperaba, tenía un e-mail sin leer en mi bandeja de entrada.

A mi hija, cuya madre nombró sin pedir mi opinión:

Tu corazón no necesita crecer tres tallas. Una, quizás, pero, definitivamente, no tres. Podría proponer que eliminaras los siguientes puntos de la lista para un crecimiento apropiado: enfrentar un miedo (eso suena peligroso y no lo apoyo); enamorarte (no tienes permitido hacer eso hasta que tengas treinta años); que te rompan el corazón (esto parece contraproducente, dado que intentas hacer que crezca); conocer la historia de un extraño (no hables con extraños); ver vida dejar este mundo (yo ya he visto suficiente de eso con toda nuestra familia). Eso sería todo. Así solo te quedarían seis puntos en tu lista. De nada. En cuanto a la misión imposible que me encomendaste, veremos si existen rocas con forma de corazón. Gracias por mantenerme al día. ¿Cómo está tu madre?

Con amor, ese hombre al que no reconocerás cuando vuelva a casa.

Mi padre era el mejor escritor de e-mails del planeta. Y, teniendo en cuenta que así nos comunicábamos la mayor parte del tiempo, era una

buena cualidad a tener en cuenta. Le escribí una respuesta.

Al padre más sobreprotector del mundo:

Gracias por tu aporte, pero no tienes ni voz ni voto en la lista. De hecho, ya he cumplido con un punto de los que vetaste. Me monté en un cuatriciclo por primera vez. No es algo que vaya a volver a hacer por un tiempo, pero, definitivamente, fue toda una experiencia. Y puedo garantizarte que las rocas con forma de corazón existen. Veremos si eres lo suficientemente astuto como para encontrar una. Mamá está bien. No tan bien como cuando tú estás aquí, pero no hay nada de qué preocuparse. Cuídate.

Te amo, [inserta aquí el nombre que habrías aceptado].

Presioné *Enviar*, luego levanté la vista a la lista en mi pared y tomé un bolígrafo del cajón del escritorio. Marqué *enfrentar un miedo* como realizado. ¿Podía contar mi aventura en cuatriciclo como *probar algo nuevo* también? No, solo podía dar por hecha una de las cosas de la lista por cada experiencia, decidí, sin combinarlas. La verdad es que quería que la lista funcionara. Las experiencias nuevas me darían nuevas imágenes y emociones que usar en mi arte. Normalmente pintaba lo que sabía, lo que había visto en mi vida o en imágenes. No me apoyaba en emociones ni me empujaba a mí misma a sentir, ver o probar cosas nuevas.

Analicé el resto de la lista. Además de la audición en unos días, no tenía ni idea de qué hacer con lo demás.

Había una, sin embargo, que era simple. Una que podría empezar en ese momento y que me llevaría unos días completar: leer un clásico.

—Mamá —anuncié al llegar a la cocina—, voy a la biblioteca.

Ella levantó la vista de un libro que estaba leyendo, titulado *Crímenes verdaderos*. No parecía un buen material de lectura para una madre que ya se preocupaba demasiado.

—¿Alguna sugerencia de qué clásico debería escoger?

—Yo he leído muchos clásicos —gritó mi abuelo desde la otra habitación—. ¿Quieres mi sugerencia?

—Nadie está hablando contigo, anciano. Sigue mirando *Matlock*.

—No estoy viendo *Matlock*. —Escuché un gruñido de exasperación.

Mi madre me lanzó su mirada de decepción, la que decía que había llevado mi broma hacia su padre demasiado lejos.

—Siento haberte llamado *anciano* —grité.

—¿Y qué hay de lo de *Matlock*?

—No debes tener vergüenza por mirar un programa sobre un hombre mayor que es abogado y que siempre logra salvar el día. Hay mucho para decir sobre los personajes con los que puedas relacionarte. —Mi abuelo había sido abogado antes de retirarse y odiaba que lo compararan con los abogados de la tele.

Dijo algo que no pude comprender, probablemente estaba balbuceando una maldición silenciosa.

—Hay demasiados clásicos como para limitar tu elección. —Señaló hacia el comedor—. Y quemaste cualquier puente que tuvieras allí. Parece que estás sola ante el peligro.

—¿Tienes un carnet de la biblioteca? Necesitamos un carnet de la biblioteca. ¿Tienes que rellenar un formulario por mí si soy menor? Probablemente no me confíen sus libros. —Mi intento de alejarla de su libro y sacarla de casa era más que evidente, pero no me importaba.

El ceño de mi madre se frunció de inmediato y supe que estaba intentando razonar lo que había dicho, con la esperanza de encontrar

otra solución que no implicara tener que acompañarme a la biblioteca.

—No creo que me necesiten. Los niños tienen carnet para la biblioteca, ¿verdad? Yo no necesito ir.

—No hay tantas personas en la biblioteca, mamá.

—No lo sabes.

—Además, está apenas a cinco minutos.

—En coche.

—Sí, en coche.

—Preferiría caminar.

—Lo sé, pero sería una larga caminata. —Una que sabía que ella no podría hacer—. Está bien, mamá. Hace tiempo que no te presionas un poco. —Normalmente no le decía cosas así. Normalmente la liberaba del aprieto con facilidad. No quería molestarla o que sintiera más ansiedad respecto a su vida. Pero tal vez aferrarme a la espalda de Cooper en la parte trasera de ese cuatriciclo me había hecho darme cuenta de que forzarse a hacer cosas difíciles era realmente liberador. Dejaba una sensación de haber logrado algo después de hacerlo.

—Llamaré a la biblioteca para preguntar si necesitan que vaya para que tengas tu carnet —dijo con un suspiro.

Malditos teléfonos, pensé, siempre arruinaban mis planes mejor elaborados con su utilidad.

Tomé mi útil teléfono y le envié un mensaje a Cooper:

Iré a la biblioteca a buscar un clásico. ¿Quieres venir?

No puedo. Barbacoa familiar del trabajo de mi padre. Llámame por una supuesta emergencia en una hora aproximadamente.

¿Qué clase de emergencia?

De mejor amigo. No lo sé. Se te ocurrirá algo.

Estoy segura de que tus padres me amarán aún más por eso. No

fingiré una emergencia. Estaré leyendo *Crimen y castigo*.

Había buscado una lista de clásicos y ese me había resultado el más interesante.

¿Qué clase de crimen planeas cometer?

Es el título del libro.

Genial. Consiguelo para mí también. Suena increíble.

No podemos leer el mismo clásico. Tenemos que leer diferentes y luego hacernos un resumen el uno al otro. Así doblaremos la profundidad.

De acuerdo. Me pido *Crimen y castigo* primero.

Eres un maldito.

Eso es verdad. Debo irme ahora.

De acuerdo. Diviértete.

Llámame en una hora.

No.

Guardé el teléfono en mi bolsillo y levanté la vista justo a tiempo para ver a mi madre regresar a la cocina.

—Buenas noticias. Puedes obtener tu propio carnet de la biblioteca tú solita.

—Ah. Bien.

—No estés tan desilusionada, cariño. Caminaré hasta el parque contigo mañana después de la cena. ¿Qué te parece eso?

—¿Lo prometes?

Ella dudó un momento, luego asintió decidida.

—Te tomo la palabra.

—Yo también escuché eso —dijo mi abuelo desde la otra habitación.

—¿Os estáis aliando en mi contra ahora? —preguntó ella.

—No es en tu contra, mamá. Es apoyo. Tienes mucho apoyo.

Ella sonrió y me abrazó, luego me dio gel sanitizante para manos.

—¿Qué es esto?

—¿Sabes cuántas personas tocan esos libros?

—Deberías leer algunas historias sobre esta cosa. Está creando superbacterias. —Le devolví el gel.

—¿De verdad?

No debí haber dicho eso. Ahora pasaría los dos días siguientes en el ordenador, leyendo sobre superbacterias. Recuperé el alcohol en gel.

—Tienes razón. Me llevaré esto. —Tomé las llaves del coche del gancho junto a la puerta y me marché antes de que ella decidiera que no podía salir de casa después de todo.

Había muchos libros considerados clásicos. Toda una sección. Algunos de los que nunca había escuchado, como *Ulises* o *Middlemarch*. Algunos de los que sí, como *La letra escarlata* o *Fiesta*. Muchos de ellos estaban en la lista que había encontrado, muchos otros, no.

Ya había encontrado *Crimen y castigo* y estaba buscando *Frankenstein*, pensando que me recordaba al conjunto de cualidades que habían inspirado mi lista, cuando alguien más quiso tomarlo al mismo tiempo que yo.

—Lo siento —dijimos las dos, y las dos nos reímos.

La chica sonrió y me indicó que me lo llevara. La reconocí de inmediato. Era pelirroja con rizos y brillantes ojos verdes.

—Ah, tú eres...

—¿La chica del anuncio de espinillas? —Terminó la frase por mí cuando yo me detuve.

—Sí.

—Las mantiene controladas durante semanas —comentó mientras señalaba su preciosa piel impecable.

—¿En verdad usas esa crema?

—No.

—¿También vas a mi instituto, verdad? —Sonreí.

—¿Secundaria Pacific? Sí.

—Soy Abby, por cierto.

—Ah, lo siento. Soy Lacey. —Señaló el libro que habíamos tomado—. ¿Comenzarás con las lecturas de verano para el curso de Literatura? ¿Tienes a Engle?

—No. No iré al curso de Literatura. Solo estoy buscando un clásico interesante para leer.

—¿Por qué?

—Por diversión, supongo. —No quería explicarle el tema de *La lista del corazón* a ella—. Puedes quedarte con este. Buscaré otro.

—¿Qué clase de historias te gusta leer? Quizás pueda ayudarte a escoger.

—¿Has leído muchos clásicos? —le pregunté.

—He hecho mucho teatro, así que me he leído casi todas las obras de Shakespeare. Más allá de eso, no mucho. No sé por qué me he ofrecido como si fuera una experta.

—Si dices algo con la suficiente confianza es verdad, ¿no?

—Puedo escudarme en eso. —Tomó un libro—. Siempre tienen resúmenes atrás. Son bastante útiles. —Comenzó a leer la contracubierta del libro imitando un acento inglés.

—¿El autor de ese libro es inglés?

—Solo asumo que todos los escritores de literatura clásica son ingleses. —Se encogió de hombros—. Pero lo más importante es que tengo un acento increíble.

—Totalmente.

—Guau. Eso sonó tan vanidoso. Lo prometo, no soy vanidosa —dijo y se mordió el labio—. ¿Es esa la clase de promesa que hace una persona vanidosa?

Solté una simple risa y extendí la mano para tomar el libro.

—Ahora tendré que llevar ese libro. —Ella me lo entregó.

—*Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens. —Leí la portada.

—¡Ajá! —Le dio una palmadita al libro—. Lo ves. Era una apuesta segura.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. ¡**Sálvaaaaameeee!** Era un mensaje de Cooper.

Sostuve los dos libros que tenía (uno para mí, uno para Cooper) debajo de mi brazo y escribí una respuesta.

Simplemente diles a tus padres que quieres irte de la fiesta.

No puedo, se sentirán decepcionados. Has visto sus rostros de decepción.

Tienes que entrar al ejército. Escuché que eso te hace hombre.

Lacey deslizó *Frankenstein* del estante y me saludó con él en la mano.

—Fue un placer conocerte. Espero que disfrutes *Historia de dos ciudades*.

—Gracias. —Señalé su libro—. Tú también. —Ella se alejó y yo marqué el número de Cooper.

—Hola —contestó él.

—Me quedé sin gasolina.

—Abby, ¿cómo puede ocurrirte algo como eso? ¿No prestas atención al contador de gasolina? Es esa cosa pequeña justo sobre el volante.

—O te calmas o te cuelgo ahora mismo.

—Por supuesto. —Él rio—. Iré a salvarte, aunque estoy en medio de una fiesta del trabajo de mi padre que es realmente genial. Deberías verlo, tienen cantantes en vivo y todo.

—Suena increíble.

—¿Cómo se llama este grupo, otra vez, papá? —Una voz gruesa dijo

algo que no pude comprender—. El cuarteto patriótico. Son cuatro y recorren la fiesta cantando solo canciones patrióticas.

—Jamás lo habría adivinado por su nombre —comenté mientras caminaba hacia la salida. Algunas personas me miraron molestas mientras pasaba y supuse que estaba hablando demasiado fuerte para estar en una biblioteca.

—Lo sé.

—Y ni siquiera es 4 de julio aún —dije, en voz más baja.

—Faltan apenas dos semanas. Imagina lo ocupados que estarán para esa fecha.

—¿Preferirías escuchar cuartetos toda tu vida o gatos chillando?

—Esa es difícil. Pero... cuartetos, supongo. A menos que solo puedan cantar canciones patrióticas. Entonces, gatos.

—Ya tengo nuestros libros. ¿Vendrás a rescatarnos a mí y a mi depósito de gasolina vacío o no?

—Abby se quedó sin gasolina —dijo la voz amortiguada de Cooper. Obviamente estaba transmitiéndole el mensaje a su padre—. La tengo al teléfono, puedo preguntarle su ubicación exacta. Si no, tenemos la aplicación de *Encuentra a tu amigo* en nuestros teléfonos. —Su padre debió preguntarle qué era eso, porque continuó—. Es como un GPS que me permite rastrear su teléfono. ¿Qué? Sí, es seguro. No dejas que un extraño te rastree, solo un amigo. —Luego volvió a centrarse en mí—. Mi padre no sabe qué es *Encuentra a tu amigo*.

—Lo supuse.

—Estaré ahí enseguida.

—Mi héroe —dije inexpresiva.

—Te veré en un momento.

—Estaré de vuelta en mi casa, no necesitas usar la aplicación.

—Copiado.

Colgué y le entregué mis libros a la bibliotecaria.

—Estos puedes tenerlos dos semanas —dijo ella con una sonrisa.

—Gracias.

—Son libros que forman la personalidad. —Utilizó un escáner para leer el código de barras en las cubiertas—. Te harán pensar.

—Eso es lo que espero.

Esperaba que formaran rápido el carácter, porque sentía que el reloj estaba avanzando de prisa.

Al día siguiente, Cooper y yo estábamos leyendo nuestros libros en mi habitación.

—¿El trabajo fue mejor hoy? —Él estaba recostado en el suelo. Había dejado *Crimen y castigo* sobre su pecho y tenía las manos juntas detrás de su cabeza. Parecía tan cómodo en mi habitación que sentía que debía ser parte del mobiliario permanente.

—No —respondí desde mi cama—. Otra vez en la taquilla. Tina estuvo de guía dentro del museo. A Tina ni siquiera le *gusta* estar dentro del museo.

—Estúpida Tina.

—¡Lo sé! —Suspiré y pasé la página de mi libro. Cooper permaneció en silencio durante un largo tiempo.

—Qué prefieres: ¿poder leer solo ese libro durante el resto de tu vida o poder ver una misma película durante el resto de tu vida? —preguntó luego.

—Es difícil. Me encantan las películas, pero tampoco puedo imaginarme leyendo siempre el mismo libro.

—Lo sé.

—Creo que no podría renunciar a las películas, soy muy visual.

—Yo tampoco creo que pueda. —Levantó su libro—. ¿Quieres cambiar?

—¿Cambiar? Voy por el capítulo seis. —Habíamos comenzado a leer

el día anterior, después de que él me «rescatara». Y yo estaba disfrutando realmente de Charles Dickens. El lenguaje era difícil de comprender al principio, pero sentía que ya estaba acostumbrándome. Era una historia interesante que daba vida a algunas de las cosas que habíamos estudiado acerca de la Revolución Francesa.

—Hagamos un resumen de lo que hemos leído hasta ahora y cambiemos durante la siguiente hora. Doblar la profundidad, ¿no?

—De acuerdo. —Reí y le lancé mi libro—. Ah, olvidé decirte que me encontré con Lacey Barnes ayer en la biblioteca.

—¿La chica de la crema para espinillas?

—Sí.

—Nunca hablé con ella. ¿Realmente usa esa crema? ¿Ayuda? —Pasó su mano por un lado de su rostro, donde debía tener una marca. Yo no podía ver nada. Cooper tenía buena piel pero, como a mí, le salían algunos brotes de acné en ocasiones.

—Ella no la usa. Tiene una piel perfecta.

—Me lo imaginaba. ¿Cómo es ella?

—Muy agradable y para nada vanidosa.

—¿Y qué significa eso?

—¿No sabes lo que significa *vanidosa*?

—Sé lo que significa, pero ¿por qué lo mencionas?

—Por nada. Un chiste interno.

—¿Ya tienes chistes internos con Lacey Barnes?

—Sí, así es. —Estuve a punto de decir que estaba bromeando, pero luego me di cuenta de que así era.

—Vas por ahí emanando encanto, Abby. —Le lancé una almohada y él se rio. Luego me lanzó su libro. Aterrizó a mi lado en la cama, él recogió el que yo le había arrojado y se inclinó hacia atrás.

—Espera, el resumen.

Ambos resumimos lo que habíamos leído hasta entonces y luego comenzamos a leer el libro del otro. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando mi madre llamó a la puerta abierta de mi habitación.

—¿Los clásicos los han atrapado por completo o les gustaría venir a cenar? —Cooper dejó el libro a un lado y se levantó de inmediato.

—Señora Turner, si ofrece comida, comeré. Es lo menos que puedo hacer. —Ella le sonrió. Me uní a Cooper y seguimos a mi madre por el pasillo.

—Veo por qué querías intercambiar los libros, por cierto. *Crimen y castigo* es perturbador.

—Lo sé. Sentí que tendría pensadillas si continuaba leyéndolo. No soy tan duro como tú —comentó él.

—¿No me llamaste *débil* el otro día?

—Débil para unas cosas, para otras no.

—Guau, gracias.

—No hay por qué darlas. —Rio.

Mi madre había preparado pollo con arroz y había cuatro platos en la mesa, donde mi abuelo esperaba.

—Cooper —dijo mi abuelo—. De nuevo.

—¿Está cansado de mí, abuelo Dave? —Cooper sonrió.

—Siempre.

—Él está bromeando. —Mi madre sacudió el aire cerca del abuelo.

—No lo está —murmuré al mismo tiempo que el abuelo decía «No lo estoy» con sus labios. Cooper soltó una simple risa.

—Es aterrador cómo vosotros dos parecéis la misma persona —comentó, y nos miró a mi abuelo y a mí.

—Solo que él tiene cien años.

—¿Cómo va la lista? —preguntó mi madre mientras servía un plato y me lo ofrecía.

—Cooper me hizo andar en cuatriciclo por las dunas. No estoy segura de cuánta profundidad me dio eso, pero fue toda una experiencia.

Estuve a punto de mencionar lo aterrador que había sido, pero apreté mis labios. Mi madre había dejado de servir el arroz y tenía la cuchara en el aire, congelada. Cambié de tono.

—Fue divertido. Cooper es un profesional, no fue para nada aterrador.

—Tendríais que haberla visto. —Cooper se rio, tomó el plato lleno que estaba frente a mí y se lo puso delante. Sujeté su rodilla debajo de la mesa y hundí mis uñas a su alrededor. Él me miró, pero entonces notó a mi madre.

»Estuvo muy bien —dijo con una mínima pausa—. Nos lo tomamos con calma.

Mi abuelo suspiró, como si supiera lo que estábamos haciendo.

—Me alegro mucho, cariño. —Mi madre, finalmente, salió de su trance—. Eso es definitivamente una nueva experiencia. La próxima vez, ¿discutirás las actividades peligrosas conmigo primero?

—Sí, lo siento.

—Yo la forcé, de alguna forma. Ella no estaba segura de lo que estábamos haciendo. Lo siento, señora Turner.

—Está bien. —Mi madre le sonrió a Cooper—. Sé que eres cuidadoso.

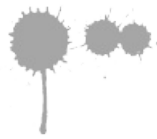
Si ella hubiera visto lo *cuidadoso* que había sido, nunca confiaría en él de nuevo.

—¿No le prometiste a Abby una caminata al parque después de la cena, Susan? —dijo mi abuelo, mientras tomaba el plato que ofrecía mi

madre. Esa era su forma de presionarla, porque yo, claramente, no lo había hecho, con nuestra caminata planeada. Lo miré seria, pero luego le sonreí a mi madre. Porque era cierto. Ella lo había prometido—. Podemos ir todos.

Los labios de mi madre formaron una línea apretada. Terminó de servir el último plato y luego se sentó.

—Sí, lo prometí. Eso suena bien.



No estaba segura de por qué la presencia de Cooper conseguía que mi madre estuviera más relajada. Quizá fuera su naturaleza alegre, o quizá sintiera que él no le temía a nada, así que ella tampoco tenía que temer. Fuera lo que fuera, cuando él estaba ahí, nuestro promedio de éxito para sacar a mi madre de casa era casi tan alto como cuando mi padre estaba en casa.

Mi abuelo y yo caminábamos tomados del brazo, siguiendo a mi madre y a Cooper. Él era el que más hablaba, como hacía yo normalmente cuando caminaba con mi madre. Pero ella miraba más alrededor, se reía más, no dudaba tanto. No podía escuchar de qué estaban hablando, pero se lo preguntaría después para poder tener algunas ideas.

—¿Cómo fue tu paseo en cuatriciclo realmente? —preguntó mi abuelo.

—Aterrador —respondí—. Demasiado rápido.

—Eso fue lo que pensé. —Me dio una palmada en el brazo—. ¿Y eso te dio una reveladora profundidad?

—De hecho, me dio una idea para una pintura.

—Eso es genial. Entonces, ¿eso significa que correrás en las dunas con Cooper la próxima semana?

—Jamás en la vida.

—¿Y cómo contraatacarás?

—¿Te refieres a si haré que él enfrente sus miedos?

—Sí.

—No tengo ni idea.

Llegamos al parque y mi madre se sentó en un banco. Yo escogí una hamaca cercana y Cooper se sentó en la de al lado. Mi abuelo se paró detrás de mí y me dio un empujón.

—Eres sorprendentemente fuerte para tu edad —comenté.

—Soy fuerte para cualquier edad. —Me impulsé más alto con las piernas.

»¿Qué clásicos habéis escogido finalmente?

—«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos» —grité a toda voz.

—*Historia de dos ciudades* —dijo mi abuelo—. Buena elección. Acerca de dos realidades muy diferentes que existen al mismo tiempo. ¿Y qué hay de ti? —El abuelo se dirigió a Cooper, que estaba girando en su hamaca mientras la cadena se apretaba cada vez más.

—*Crimen y castigo*.

—Ah. Sobre un hombre que se sale con la suya tras un asesinato... ¿o no? Nuestro juez interno puede ser el peor castigo de todos.

—¡No nos cuentes el final, abuelo!

—No lo hice. —Rio.

Miré a mi madre mientras mi hamaca se detenía lentamente. Estaba analizando nuestro alrededor con demasiada intensidad.

—¿Qué sigue en la lista? —preguntó ella cuando notó que la estaba mirando.

Cooper levantó los pies y comenzó a girar violentamente mientras la cadena se desenroscaba.

—Qué mareo —dijo al volver a apoyar sus pies.

—¿Qué toca ahora en nuestra lista, Cooper? —le pregunté.

—Iremos a una audición para un musical mañana —protestó él.

—¿En serio? —cuestionó mi abuelo con sus cejas en alto, como si pensara que era una idea terrible.

—¡Es una nueva experiencia! —exclamé.

Escuché una vibración en el bolsillo de Cooper y él buscó su teléfono. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Cuando levantó la vista yo señalé su teléfono, preguntando quién era. Él solo negó con la cabeza y comenzó a girar en su hamaca otra vez.

Mientras caminábamos de regreso a casa, con mi madre del brazo del abuelo esta vez, me acerqué a Cooper y susurré:

—¿Con quién estabas escribiéndote?

—¿Recuerdas a esa chica que conocí en el cine de la playa hace unas semanas?

—¿I?

—No, Ris —respondió sonriente.

—Ah, cierto, Ris. Sí, la recuerdo. —Esperaba que él no. Que ella fuera olvidada rápidamente. Al parecer, no fue así.

—Era ella. Hemos hablado algunas veces.

—Ah, qué bien.

—Creo que te gustaría.

—Sí. —Estaba segura de que no me gustaría—. Tráela a una de nuestras salidas alguna vez y lo sabré.

—Lo haré. —Cuando llegamos a casa, él fue directo hacia su coche.

—Tu libro está dentro.

—Lo cogeré mañana.

Él se alejó en su coche y yo lo observé mientras me esforzaba por ignorar el sentimiento de pérdida en mi pecho.

Esta noche, busqué una pintura que había comenzado hacía más de un año atrás. Era Cooper en un cuatriciclo, volando sobre las dunas de arena. Era buena, realista, pero eso era todo. Estudié la pintura, recordé el miedo que me había atravesado mientras estaba en esa misma posición y me dispuse a alterar mi creación. Intenté enmascarar su aspecto de retrato y hacerla más dramática. Más sombras, más arena volando, más expresión. Tenía una fotografía como guía, pero no me guie por ella mientras trabajaba en los detalles de su rostro. No me importaba que fuera fiel a su cara. Solo que fuera real.

Di un paso atrás y eché un vistazo al reloj de pared. Habían pasado tres horas. No me había parecido tanto. Mis manos estaban cubiertas de pintura; negro y azul profundo embarrando mis nudillos. Usé una esquina limpia de mi camisa para secarme una gota que podía sentir debajo de mi ojo y luego evalué lo que había hecho.

Era diferente. Había una emoción en el rostro de Cooper que no existía en la fotografía en la que me había basado, junto con dunas con ángulos más pronunciados, nubes de arena volando y más sombras. No estaba segura de si todo eso la hacía mejor o solo diferente. No estaba segura de que yo fuera mejor. La duda que se había instalado en mi pecho por la crítica del señor Wallace había construido un nido allí, que no sería fácil de desarmar. Dejé mis pinceles en el frasco y salí para limpiarme.



—No puedo creer que me convencieras para hacer esto —dijo Cooper. Estábamos en los asientos de terciopelo rojo de un auditorio junto a otras cien personas. Todos tenían alguna clase de papel y me estiré para ver qué era.

—¿Qué es lo que tienen? —susurré—. Nosotros no tenemos nada.

Cooper miró alrededor, como si mi mención le hubiera hecho notar que las personas, de hecho, tenían papeles. Él era más alto que yo, así que tenía una mejor visión del auditorio.

—¿Partituras? —arriesgó, como si no estuviera seguro de su suposición—. Parecen partituras.

—¿Se supone que teníamos que traer nuestras propias partituras para hacer la audición?

—Obviamente —afirmó—. Supongo que eso significa que deberíamos irnos. —Se movió para levantarse y yo lo agarré del brazo para mantenerlo sentado.

—No nos iremos.

El resonar de unos tacones haciendo eco en la habitación llevó mi atención al escenario, donde ahora estaba Lacey. Solté un gemido de sorpresa.

—¿Qué? —preguntó Cooper.

—Lacey Barnes está aquí. Y, aparentemente, a cargo.

—¿Y eso te sorprende?

—Supongo que no. Ella *es* la estrella de un anuncio de la tele.

—Y de cada una de nuestras obras escolares.

—Supongo que debería ver más obras escolares.

—Bienvenidos, todos —dijo Lacey después de aclarar su garganta—. Estamos muy emocionados de que estéis aquí. Soy Lacey Barnes, asistente de dirección de *Vivir de ilusión* de este año. Gracias a todos por venir. Comenzaremos enseguida. Nuestro pianista de hoy será Mac Lawrence. —Señaló al piano en el suelo frente al escenario y un hombre se puso de pie para saludar. Todos aplaudieron y me uní a la ovación.

»Jana Kehler, la directora, y yo estaremos sentadas en esa larga mesa de allí. Así que aseguraos de proyectar la voz. —Sonrió, luego extendió sus brazos a ambos lados—. Los chicos, si podéis, por favor, subid las escaleras y reuníos detrás de la cortina, a la derecha del escenario; y las chicas poneos a la izquierda, así podremos dar comienzo a la audición.

Todos se levantaron y formaron una fila frente a las escaleras a cada lado del escenario.

—Estoy pensando en un castigo apropiado para ti después de esto —afirmó Cooper.

—Estarás bien. Te encanta ser el centro de atención.

—No de esta manera —dijo justo antes de que nos separáramos para ir con nuestros respectivos grupos en lados opuestos. Lacey me vio y se acercó de prisa.

—Creí que eras tú. No sabía que te gustara el teatro. Sé sincera: ¿fue mi increíble monólogo en inglés de la biblioteca?

—Sí, fue tan inspirador...

—Lo suponía. —Sonrió con suficiencia.

—Hablando de ese monólogo, ¿por qué no eres tú la protagonista de esta cosa? —le pregunté.

—Mi profesora de teatro sugirió que probara los diferentes aspectos del teatro como una forma de crecer. Lo dijo así, exactamente.

—Ya decía yo...

—Vamos a crecer —dijo y se rio.

—Así que —comenté antes de que ella esperara demasiado de mi audición—, esto no es lo mío y no sabía que tenía que traer música. —Las chicas intentaban esquivarnos para ir detrás del escenario, así que ella me llevó a la esquina más cercana.

—Está bien. Quienes no traen su propia música cantan el *Cumpleaños feliz*.

—Genial.

—¿He visto a Cooper Wells también? ¿Venís juntos?

—Sí.

Ella alzó sus cejas.

—Ah, no. No juntos de esa forma. Solo somos amigos. —Las dos miramos al otro lado del escenario, donde Cooper estaba de pie mirándonos, como si le resultara extraño vernos hablando.

—No mantienes a alguien con el que te entiendes tan bien como amigo durante mucho tiempo —comentó Lacey.

—Sí, yo sí, es decir, no, no es lo que quiero... lo que quería. Él... es complicado. Por favor, no repitas eso —añadí al darme cuenta de que acababa de revelarle más a ella de lo que jamás le había dicho a Rachel.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, así que con gusto no lo repetiré.

—Gracias.

—Será mejor que me vaya. —Señaló sobre su hombro—. Alguien tiene que conducir esto.

—De acuerdo.

—Suerte —dijo y se marchó.

La siguiente hora transcurrió como si alguien hubiera presionado el botón de cámara rápida. Lacey nos fue llamando uno por uno para

cantar. Ella y la directora tomaban notas de cada actuación y luego pasaba la siguiente persona.

Cooper fue antes que yo. Pensé que estaría nervioso, pero le sonrió a la mesa de los jueces.

—No traje música —dijo él—. Pero puedo cantar algo de Metallica o un poco de Michael Jackson.

Yo contuve la risa.

—El *Cumpleaños feliz* estará bien —respondió Lacey.

Él asintió y el pianista tocó una elegante introducción. Entonces Cooper cantó. Algunas de las chicas paradas cerca de mí se rieron.

—Es agradable de ver, pero no de escuchar —comentó una de ellas.

No me pareció que su voz fuera horrible. No cantaba como los demás chicos, que entonaban a la perfección, pero podía sostener un tono. Cuando llegó a la parte en la que tenía que decir un nombre, cantó *Lacey*. Asomé mi cabeza para ver que ella sonreía al escucharlo.

Cuando el piano tocó la última nota, Cooper saludó y salió del escenario.

Y entonces, llegó mi turno. Yo había sugerido hacer esto, pero mis manos estaban sudando y mi corazón latía de prisa.

Una luz que no había notado antes brillaba justo en mis ojos. Intenté mirar a Lacey y a la directora, pero no podía verlas a través del haz de luz. Levanté mi mano para bloquearla un poco.

Lacey alzó los pulgares.

—También tengo que cantar el *Cumpleaños feliz*.

Sin más preámbulos, el pianista comenzó con sus notas de apertura. Bajé mi mano y dejé que la luz invadiera mi visión. Siempre pensé que era mejor cantante que Cooper, pero allí, en ese gran escenario, en medio de aquel gran teatro, mi voz se consumió por completo. Intenté

cantar más alto, pero ya estaba forzando la voz demasiado, así que se quebró. Me sentí verdaderamente aliviada cuando canté el último «feliz» y salí del escenario.

—Buen trabajo —dijo la chica que había estado burlándose de Cooper.

—¿De verdad? —le pregunté.

—Has cantado un poco bajo, pero tienes una voz muy bonita.

—Gracias. —Una sorprendente sensación de felicidad me invadió. Eché un vistazo al otro lado del escenario en busca de Cooper. Él estaba allí, sonriente, y la felicidad de mi pecho se expandió aún más.

Cuando todos los cantantes terminaron, nos entregaron libretos que debíamos representar. Parecía que llevábamos allí todo el día, escuchando cómo leían personas con variados niveles de talento, cuando Lacey finalmente nos dejó ir. Nos entregó un papel que explicaba cómo seguiría el proceso de selección y todos formaron filas en dirección a las puertas.

Enlacé mi brazo con el de Cooper y nos dirigimos a la salida.

—Ha sido una tortura —afirmó él.

—No fue para tanto. —Fue algo nuevo. Algo que no había hecho antes y me había forzado a salir de mi zona de confort y sentir un nivel de nervios que no había experimentado en mucho tiempo.

—Tienes una buena voz para cantar —admitió.

—Gracias.

—Creo que no lo había notado antes.

—¡Abby! —Lacey estaba corriendo por el pasillo hacia nosotros. Cooper y yo nos dimos la vuelta al oírla—. Hola —dijo al detenerse frente a nosotros—. Quería decirte que tendremos una pequeña barbacoa en mi casa el 4 de julio. Deberías venir. Ambos.

Había escuchado cosas sobre las fiestas de Lacey. No había nada de pequeño en ellas. Vivía en una casa enorme y daba fiestas incluso más grandes. Aunque nunca nos habían invitado. Cooper me miró. Siempre disfrutábamos de los fuegos artificiales desde el muelle el 4 de julio y me pregunté qué pensaría de ese cambio de planes.

—Em... —Dudé. Cooper no dijo ni una palabra, obviamente estaba dejándome la decisión a mí.

—Habrá gente, comida y fuegos artificiales —añadió ella.

Tal vez podría contarlo como algo más para mi lista. En la parte de los extraños o de probar algo nuevo. Tenía que pensar en la lista, después de todo.

—De acuerdo.

—¿En serio? —preguntó Cooper por lo bajo y yo le di un codazo.

—Escribeme y te daré mi dirección y esas cosas. —Lacey tomó el papel que yo tenía con la información sobre la próxima fase de la audición y escribió su nombre y su número en él.

—De acuerdo —repetí. Cooper se contuvo hasta que nos despedimos y salimos.

—¿Lacey y tú sois amigas ahora?

—No, apenas la conozco. —No se había sumado ningún amigo a nuestro grupo desde que se formó originalmente. Todos nos llevábamos demasiado bien y nos sentíamos demasiado a gusto los unos con los otros como para intentar expandirnos.

—¿Así que no habrá muelle este año? —preguntó él.

—Rachel y Justin no están aquí, así que ya será diferente de todas formas. No tenemos que quedarnos en la fiesta mucho tiempo si no quieres.

—Quizás deberíamos. —Se encogió de hombros—. Quizás incluso

vaya acompañado.

—Deberías preguntarle a Lacey antes —dije, esforzándome por parecer casual.

—Si ella va por ahí invitando a personas al azar, estoy seguro de que no le molestará.

—¿Personas al azar?

—Sin ofender.

—Bueno, demasiado tarde. —Me reí—. La ofensa ya fue causada.

—Sabes lo que quiero decir. —Se detuvo por un momento—. Me pregunto si tendrá provisiones de por vida de esa crema de espinillas del anuncio.

—Eres un idiota. —Le di un empujoncito.



Más tarde ese día, con la luz de la tarde brillando a través de las ventanas de mi estudio, comencé una pieza en perspectiva; la vista desde el escenario. Una vez más, intenté hacerlo solo de memoria y transmitiendo cómo me había sentido. Había sentido tanto calor sobre ese escenario... Y tanto brillo. La luz que brillaba en mis ojos básicamente me cegaba. Puse una gran cantidad de amarillo y blanco en mi paleta. Mezclé un poco de cada color y lo esparcí en medio del lienzo para marcar el foco de luz. Añadí un poco de rojo y de color crema, algo de negro y café para las sillas, las personas y el escenario que rodearían el foco de luz, y me puse a trabajar.

La ventana de la habitación se había oscurecido y solo mi lámpara iluminaba la pintura. Me acerqué al interruptor y encendí más luces

para evaluar mi progreso. Estaba mal. Había algo mal. Demasiadas sillas. Demasiados ojos de demasiadas personas mirando al frente. Así no era como me había sentido en el escenario. Apenas había visto sillas y casi no había visto ojos. Pasé un pincel limpio por más blanco y amarillo. Amplié la luz del foco más y más. Lo esparcí sobre las sillas. La pintura roja fresca se mezcló con el blanco y el amarillo y dibujó espirales anaranjadas en el exterior. La parte de mí que obviamente siempre había amado que mis pinturas reflejaran la realidad estuvo a punto de pintar más amarillo sobre ellas, pero me contuve. Era un movimiento interesante. El foco de luz en el centro había hecho casi imposible ver las sillas, las personas mirando o los límites del escenario. Se apoderó de la pintura.

Mis ojos estaban cansados. Se habían estado esforzando durante mucho tiempo. Resistí el impulso de frotarlos con mis manos cubiertas de pintura. Aún no había terminado con mi trabajo, pero era hora de que lo diera por terminado esa noche. Di un paso atrás, pero me detuve al notar un rostro en los pocos que quedaban fuera del foco. Me acerqué y entorné los ojos. Era mi madre. Había pintado a mi madre sin siquiera notarlo. Mi madre; la última persona con la que podría haber estado en ese auditorio.

—¿Qué te parece ella? —le pregunté a mi abuelo mientras empujábamos un carro por la sección de alimentos.

—¿Esa mujer? —Mi abuelo estaba apretando pomelos y metiendo solo unos pocos selectos dentro de la bolsa transparente que sostenía —. ¿Quieres conocer su historia?

—¿Por qué no?

—Solo me pregunto por qué todas las personas que señalas son mujeres de sesenta años. —Cerró el extremo de la bolsa con un nudo y la dejó en el carro.

Mi abuelo siempre intentaba dejarme en evidencia y yo siempre intentaba dejarlo en evidencia a él. Y ninguno de los dos estaba realmente de acuerdo. Así era lo nuestro.

—Por ningún motivo —murmuré.

—Eso fue lo que pensé. —Empujó el carro hacia delante—. Tu lista no es una oportunidad de encontrarme pareja. Es una oportunidad de crecimiento para ti.

—No veo por qué no pueden ser las dos cosas. —Mi abuelo me golpeó en la cabeza con un pimiento rojo y lo añadió al carro.

—No compliquemos la dinámica de nuestro hogar ya precariamente equilibrado.

—¿Precariamente equilibrado? Tenemos un hogar perfectamente equilibrado.

—Exacto.

—No —protesté—. Eso no es lo que quería decir. Quería decir que somos personas adorables y que podemos añadir a otra persona adorable a nuestra mezcla. —Mi abuelo detuvo su carro cerca de una cesta de manzanas y se giró hacia mí.

—Ahora que ya tienes trece años, debemos tener una conversación seria.

Sabía que él estaba bromeando con mi edad para contrarrestar las bromas que yo hacía con la suya, así que decidí no reaccionar.

—¿Quieres tener una conversación seria en medio de la frutería?

—¿Qué mejor lugar?

—No lo sé, quizás un pasillo más privado. Como el de productos de limpieza. Ese siempre está vacío. Nadie compra los productos de limpieza en un supermercado.

Mi abuelo no me respondió con sarcasmo, solo dobló y desdobló la lista de la compra que había llevado. Entonces me di cuenta de que no era una broma. *Realmente* quería tener una conversación seria conmigo en medio de la frutería. Miré alrededor. Solo había unas pocas personas revisando una caja de verduras. Bajé la voz.

—¿Qué sucede?

—Se suponía que tu madre vendría al supermercado hoy. Era su turno.

—Lo sé. —Ah, creí que me hablaría acerca de conocer a alguien, pero se trataba de mi madre.

—Ella no ha salido de casa en semanas, solo ha ido a caminar al parque.

—Lo sé. Creo que necesita una amiga o dos. Siempre solía ayudar. —No había pensado en eso últimamente, porque ella parecía estar bien.

Pero en ese momento que no estaba yendo en la dirección correcta sabía que necesitaba algo.

Él presionó sus labios antes de continuar.

—Ella necesita ver a un profesional.

—¿Qué?

—Si no quiere salir de casa, le llevaremos uno. He estado intentando convencer a tu padre de esto durante años, pero él no lo acepta. Ya conoces a tu padre, macho alfa.

—Mi padre no es así —protesté, con un leve impulso defensivo.

—Tu padre es un gran hombre. —Mi abuelo negó con la cabeza—. Siempre me gustó. Pero no quiere admitir que ella necesita ayuda.

—¿Realmente es un problema tan grande que no quiera salir de casa? Allí se siente bien y feliz. —Todos tienen sus extrañas idiosincrasias. El hecho de que la de ella fuera diferente a la de los demás, no significaba que estuviéramos en problemas.

—Creo que es algo en lo que tiene que trabajar.

—Pero si mi padre no...

—¿No crees que tenga que trabajar en eso?

La imagen del rostro de mi madre en mi pintura del teatro apareció en mi mente, mientras que una sensación de intranquilidad se instalaba en mi estómago. Tal vez en el fondo lo supiera, incluso lo deseara. Aparté la imagen.

—Algunas veces sí, pero la mayor parte del tiempo estoy feliz de que sea mi madre.

—Tal vez si hablaras con tu padre de lo poco que sale...

—No me gusta preocuparlo. Él ya se siente demasiado culpable cuando no está. Estará en casa pronto. ¿No podemos simplemente esperar y ver cómo está cuando él regrese? —Ella realmente estaba

mucho mejor cuando él se encontraba en casa. Era como si él presionara su botón de reseteo.

—Como dije antes, precariamente equilibrada —dijo mi abuelo por lo bajo y volvió a empujar el carro en dirección al área de lácteos.

—No te enfades conmigo, abuelo.

—Nunca podría enfadarme contigo, cariño —comentó con una sonrisa—. Me ocuparé de tu padre. Tú solo sé su hija.

—Solo necesitas relajarte, abuelo. Todo estará bien. —Tenía que estarlo. Ella estaba bien. Todos estábamos bien.

—¿Has ido ya a la segunda audición?

—No. —Negué con la cabeza—. Lo hicimos fatal. Casi todos, incluso los más pequeños, fueron mejores que Cooper y yo.

—Eso probablemente no sea cierto, pero es bueno que conozcas tus debilidades.

—Sí, tengo muchas.

—¿Qué te parece él? —preguntó mi abuelo.

Habíamos dado la vuelta hacia el pasillo de vegetales y sopas envasadas y mi abuelo estaba señalando a un chico que analizaba una lata de sopa al final. Al principio pensé que estaba preguntándome si él era una de mis debilidades, así que me sentí confundida.

—Tal vez deberíamos conocer *su* historia —añadió.

—Pensé que mi lista no era una oportunidad para encontrar pareja, sino una oportunidad para crecer.

—Pensé que uno de los elementos de tu lista era enamorarse.

Me ahogué con mi propia saliva al inhalar profundo.

—Shh —dije entre la tos. Había hablado demasiado fuerte. El chico nos miró, probablemente por mi ataque de tos, no por la declaración de mi abuelo, pero era imposible saberlo. Avanzamos unos pasos más y

me di cuenta de que lo conocía. Una sensación de alivio me invadió.

—Hola, Abby —saludó Elliot—. No te veo en un mes y luego nos vemos dos veces en dos semanas.

—Lo sé, ¿cuáles son las probabilidades? —Elliot miró a mi abuelo y entonces añadió—: Ah, abuelo, él es Elliot García. Elliot, el abuelo.

—Mi nombre es Dave —dijo mi abuelo y le ofreció su mano.

—Cierto, siempre olvido que tienes un nombre.

—Mi nieta es demasiado sarcástica.

—No te hagas el santo. Lo aprendí de ti —comenté con una sonrisa.

—Encantado de conocerlo. —Elliot rio.

—¿No hace mucho calor para comprar sopa? —pregunté y señalé la lata de sopa con la cabeza.

—Mi madre se ha marchado fuera de la ciudad y mi padre cocina como... —Hizo una pausa antes de terminar la frase—. Como alguien que no sabe cocinar. Quería hacer una buena comparación, pero no se me ocurrió nada.

—¿Un mono con delantal? —propuse.

—¿Un puercoespín enfadado? —sugirió mi abuelo.

—¿Un puercoespín? —pregunté—. La comparación tiene que tener pulgares oponibles para poder tener realmente la capacidad de cocinar. Como un mono.

—Un puercoespín *enfadado*. Pensé que podría usar las espinas como brochetas.

—Ah, correcto, ahora veo a dónde ibas.

—Ahora sé a quién recurrir cuando necesite hacer comparaciones. —Elliot sonrió.

Hablando de idiosincrasias extrañas, mi abuelo y yo acabábamos de probar que mi madre no era la única que tenía una.

—Bueno, nos vemos —me despedí mientras agarraba el carro y lo empujaba alrededor de Elliot, con la sensación de que necesitaba escapar antes de pasar más vergüenza.

—Abby —me llamó él.

—¿Sí?

—¿Iras a la fiesta del 4 de julio de Lacey?

—Sí, de hecho sí.

—Genial. Te veré allí.

Tal vez Cooper tenía razón. Lacey estaba invitando a cualquier persona con la que se cruzara.

—Bueno, ahí lo tienes —comentó mi abuelo cuando estuvimos fuera del alcance de su oído (gracias a Dios)—. Ya casi podrías tachar lo de *enamorate* de tu lista.

—Muy gracioso. Y no.

—¿No nos gusta? Él parece un buen chico. Y también le has resultado divertida, lo que es una buena señal.

—Solo te ha gustado porque *tú* le resultaste divertido.

—Eso no hace daño. —Mi abuelo tomó el control del carro y lo llevó hacia las cajas—. Será mejor que nos vayamos.

Enlacé mi brazo con el suyo y mi mente regresó a nuestra conversación de la frutería.

—No estás demasiado preocupado por mamá, ¿o sí?

—Ella estará bien.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de que el sol brilla.

—¿Ese es un dicho de personas mayores? —pregunté con el ceño fruncido.

—Es el dicho de una persona que ha vivido durante mucho más

tiempo que tú —protestó.

—Exacto. —Se me ocurrió una idea—. ¡Eres un genio!

—Eso es lo que intentaba decirte.

—No, acabas de darme la mejor idea para mi lista. Podría ser lo primero que haga mañana. —Y obligaría a Cooper a hacerlo conmigo.

Era una hora inhumana y mi cuerpo gritó junto con mi alarma a la mañana siguiente. ¿Quién ponía la alarma en verano? Pensé en apagarla y olvidar mis planes. Pero sabía que no podía. Ya iba atrasada cumpliendo con mis experiencias si quería terminar mi lista antes de que el señor Wallace escogiera a los últimos artistas. Y, ya que no había encontrado a un extraño que abordar el día anterior, necesitaba hacer algo más de la lista para mantenerme al día.

Eran las cuatro de la mañana, aún estaba oscuro afuera. Cooper probablemente me mataría si supiera lo que había planeado. O no vendría. Fue por eso que no se lo dije. Sería más fácil para él rechazar un mensaje de texto. Así que simplemente me presentaría en su casa. Le dejé una nota a mi madre y descolgué silenciosamente las llaves del gancho junto a la puerta.

Nadie estaba despierto en la casa de Cooper tampoco. La luz de la entrada seguía encendida y todas las ventanas estaban oscuras. Decidí que era más fácil meterme por su ventana como había hecho algunas otras veces. Esperaba que no hubiera tenido que dejarla cerrada. Su ventana de fácil acceso daba al frente de la casa. Conociendo a Cooper, este era un hecho que tendría que haber preocupado realmente a sus padres. Sin embargo, al parecer, aún no se habían dado cuenta de que no tenía cristal. Había sido retirado dos años atrás, cuando él organizó un campeonato de bolos en el aparcamiento en medio de la noche con

Justin y algunos otros chicos del instituto. Dirigí la luz de mi teléfono móvil hacia su ventana y la abrí. Solté una bocanada de alivio antes de sentirme irritada. Cualquier criminal podría escabullirse por ahí y tener acceso inmediato a la casa.

Me metí dentro. Ya había pasado un tiempo desde la última vez que me había colado y estaba un poco desentrenada, así que mi rodilla rozó el marco de la ventana y mi piel se raspó. Tomé un poco de aire y uno de mis pies encontró la alfombra. Mientras entraba, mi otra pierna se encontró con un trofeo de baloncesto que descansaba sobre su mesilla de noche y lo tiró al suelo. Cooper no se movió.

Encendí su lamparita y me senté en la cama, junto a su cuerpo sin camiseta. ¿Desde cuándo dormía sin camiseta? Debí haberle enviado un mensaje. Sacudí su hombro.

—Despiértate. —Él protestó y se puso de lado, lejos de mí—. Cooper —susurré mientras recorría su espalda con un dedo.

—Limpiaré mi habitación más tarde —dijo él.

—Despierta. Soy yo, Abby. —Lo sacudí con más fuerza.

—¿Abby? —preguntó. Se frotó los ojos y los entornó por la luz.

—Sí. Pensé en una forma de tachar otro ítem de la lista.

Él se sentó y sus ojos finalmente se enfocaron. Observó la ventana por sobre mi hombro.

—Tienes razón, despertarme antes del amanecer es mi gran miedo. Ve a tacharlo.

—No. Esto no cuenta.

—Entonces déjame dormir. —Volvió a acostarse y se cubrió la cabeza con la sábana.

—En serio, Cooper. Levántate. No pensaba que fuese a llevarme quince minutos sacarte de la cama. Venga, tenemos tiempo limitado y,

si no llegamos, volveré mañana a las cuatro y media.

—¿Son las cuatro y media? —preguntó exasperado.

—Veremos la vida llegar al mundo.

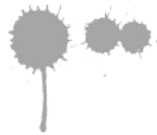
—¿Alguien está teniendo un bebé ahora? ¿Quién?

—Claro que no. —Tiré de sus sábanas—. Levántate. Ponte una camiseta. Cepilla tus dientes y vente afuera.

Rápidamente, aparté la vista cuando él salió de la cama, en ropa interior y todo, y tomó un par de vaqueros que estaban en una pila amontonada junto a su armario.

—Te odio tanto en este momento —afirmó.

—Me parece bien. —Sonreí y me dirigí hacia la ventana aún abierta.



—Será mejor que esto merezca la pena —dijo al salir por la puerta principal cinco minutos después.

—Merecerá la pena. —Lo agarré del brazo y lo llevé hasta mi coche.

—Me refiero a que debe ser una experiencia digna de cambiarme la vida. No me levanto tan temprano ni siquiera para ir a clase.

—Así que —comencé a explicar mientras conducía—, hemos visto cientos de puestas de sol.

—Sí. Vivimos en la playa. Los atardeceres en la playa son algo casi inevitable.

—Actúas como si debiéramos intentar evitarlos. Son increíbles.

—No, quiero decir, si estamos en la playa cuando el sol se está poniendo, lo vemos, eso es todo. Es el océano y el sol. No puede ignorarse.

—Sí. Pero ¿cuándo has visto salir el sol? —Sujeté su brazo y lo sacudí emocionada para intentar venderle mi idea. Él se quedó en silencio un minuto.

—Nunca, valoro mi tiempo de sueño.

—Exacto. Yo también. Pero, además de eso, no hay nada de espectacular en el amanecer, por todas las casas y edificios y cosas en el medio.

—Cierto.

—Así que subiremos a la montaña. Lo veremos salir en todo su esplendor. Veremos la vida llegar al mundo.

—Oh, mírate, qué metafórica.

Le sonreí.

—Aún te odio.

Yo me reí.

Lo había investigado bien. El lugar perfecto para ver salir el sol, a menos de una hora de distancia de nuestras casas. ¿No se lo había dicho a mi madre y a mi abuelo porque me resultaba un gesto romántico? Tal vez. Podía imaginar la mirada de mi madre y la broma que haría mi abuelo, y decidí que no tenía deseos de lidiar con ninguno de los dos. Además, no era romántico. Estaba en mi lista. Me había comprometido a cumplir con mi lista. Ese era otro evento que me daría profundidad. Ese era el mantra mental que me repetía para hacer que la situación pareciera perfectamente normal, al menos.

Cuando llegamos, saqué una manta de mi maletero.

—¿Por qué no has traído dos mantas? Eres una clara monopolizadora de mantas —dijo Cooper.

—¿Qué? No lo soy.

—¿Tengo que contar las veces en las que acaparaste la manta? La

mayoría tienen que ver con nuestras noches de cine.

—Deja de lloriquear. —Señalé una bolsa en el maletero—. He traído donuts.

—¿Has traído donuts? —Me arrancó la bolsa y la abrió—. ¿Y chocolate? De acuerdo, ya no te odio.

—Lo suponía —respondí. Había un banco, Cooper se sentó de inmediato y comenzó a sacar un donut de la bolsa.

»¡Espera! No los toques. Aún no hemos llegado.

—¿A dónde? —Estábamos en la base del camino. Señalé la cima—. ¿Qué? ¿Me harás hacer senderismo?

—No es senderismo. Es una caminata de cinco minutos.

—*Senderismo* es cuando tienes que caminar por una colina durante cierta cantidad de tiempo. Por lo tanto, esto es senderismo.

—Esa no es la definición de *senderismo*.

—Entonces, ¿cuál es? —preguntó él mientras se levantaba de mala gana.

—No estoy segura. Pero no es esa.

El cielo se estaba iluminando y supe que no nos quedaba mucho tiempo. Puse la manta sobre mi brazo y empecé a caminar. Cooper tomó la bolsa llena de dulces y me siguió.

Desde la cima las vistas eran increíbles: un valle cubierto de un manto verde. Resultaba difícil creer que nunca antes hubiese estado allí arriba. Con el océano a cinco minutos de mi casa, con sus propias colinas, riscos y senderos para hacer caminatas, no sucedía con frecuencia que fuera en busca de naturaleza en la dirección opuesta. Desde allí no podía ver el océano, aunque sabía que estaba en algún lugar detrás de nosotros.

Me senté contra un árbol, mirando al este, y Cooper se sentó a mi

lado.

—¿Ya puedo comer?

—Sí, come. —La verdad es que hacía frío y el aire olía a pino y a tierra. Enrosqué la manta sobre mis hombros y miré el cielo.

—¿Quieres una? —preguntó él con la boca llena.

—En un minuto. —Revisé mi móvil. Teníamos más tiempo del que pensaba. El amanecer sería a las seis menos cuarto ese día y apenas pasaban de las cinco y media.

—¿Esto es para compartir? —Cooper levantó el medio litro de chocolate caliente.

—Eh... ¡Sí!

—Bien, bien, solo estaba calculando cuánto tomar.

Le choqué el hombro y él sonrió. Si dejara de sonreír tanto, mi vida sería mucho menos complicada. Me pasó el termo de chocolate caliente y bebí un trago.

—El chocolate caliente hace que todo sea mejor —comenté.

—Estoy de acuerdo. —Se apoyó contra el árbol, luego tiró de una punta de la manta—. Oye, acaparadora de mantas, ¿quieres compartir?

Levanté la mitad de la manta más cercana a él y se la envolvió alrededor de los hombros, lo que nos acercó más.

—Estás caliente —dijo y se acercó aún más.

—Escuché que el momento más frío del día es justo antes del amanecer; es el momento en que la Tierra ha pasado más tiempo sin luz. Y entonces sale el sol y lentamente vuelve a calentar la tierra.

Cooper me rodeó la cintura y me hizo cosquillas.

—Eso suena como una narración de Discovery Channel. Estaría acompañada por un plano a cámara lenta de un escenario como este, justo antes del amanecer. Saca tu teléfono. Hagámoslo.

—No. Es un momento libre de tecnología.

La mano que había rodeado mi espalda para hacerme cosquillas seguía allí, sobre mi cadera.

Cerré los ojos un segundo y me concentré en calmar mis sentimientos. Me había vuelto tan buena en eso durante el último año que ya me salía casi de forma natural.

—Invitaré a Ris a salir mañana. ¿A dónde debería llevarla?

—¿A quién? —Mis ojos se abrieron de golpe.

—Eh. Ya sabes, la chica con la que me he estado escribiendo. —Él sacó su brazo de mi espalda y lo apoyó en su rodilla.

—Cierto. Ris. Sí, ya sabía eso. Pensé que la llevarías a la fiesta de Lacey.

—Lo haré. Pero me refiero a una cita real.

—¿Acaso no vamos a ir *nosotros* al cine en la playa mañana por la noche?

—Oh, lo siento, lo había olvidado. Iremos la próxima vez.

—Seguro. —*No estoy decepcionada*, me dije a mí misma. Eso ayudó mucho más con lo de calmar mis sentimientos.

—Entonces, ¿a dónde debería llevarla?

—No lo sé. No la conozco.

—Lo sé, pero ¿a dónde les gusta ir a las chicas en una cita?

—Tú eres el que invita a chicas a salir, no yo.

—Pero tú eres una chica —bufó.

—¿Lo soy? Gracias a Dios que te tengo a ti para decirme estas cosas.

—En serio. —Presionó mi rodilla—. Ayúdame.

—No lo sé. No salgo mucho. —Pensé en las citas que había tenido. Todas habían sido bastante básicas: cine, cena, playa.

—Bueno, piénsalo un minuto. Tu cita perfecta. ¿A dónde te gustaría

que te llevara un chico?

Una cita perfecta sería diferente a cualquiera que hubiera ocurrido en realidad. Una cita perfecta requeriría imaginación.

—Mi abuelo me dijo que hay un increíble jardín subterráneo en algún lugar cercano. Creo que eso estaría bien. —Para mí, al menos. Cosas como esa me daban inspiración para mis pinturas.

—Buena idea. Yo también lo había oído. Me sorprende que tú no hayas ido.

—Lo sé. A mí también. Siempre estamos ocupados haciendo otras cosas. —Volví a centrar mi atención en la vista que se presentaba frente a nosotros—. ¡Ah! Shh. Mira. Aquí viene. —Señalé la montaña en la distancia con mi cabeza.

—¿Tenemos que estar en silencio mientras se asoma? —murmuró él.

—Shh. —Por alguna razón, quería verlo en silencio. Él pareció percibirlo, porque no dijo nada más y los dos nos quedamos sentados, admirando el espectáculo. Los rayos llegaron primero, extendiéndose por una sección de la montaña y haciendo que pareciera como si le hubiesen prendido fuego. Y luego, lentamente, un milímetro a la vez, el sol se mostró. Era más pequeño de lo que pensé que sería, pero, cuanto más ascendía, más se iluminaba el cielo. Por primera vez desde que llegamos, escuché pájaros cantando sobre nosotros. Nunca antes había visto al mundo cobrar vida de ese modo. Era increíble cómo algo podía pasar de ser sombrío, frío y gris, a estar lleno de luz en un lapso de tiempo tan breve. Inhalé ese aire, que aún seguía frío a pesar de lo cálido que parecía el cielo.

A mi lado, podía sentir que Cooper también inhalaba profundamente. Y, con cada una de esas respiraciones, mi cuerpo se relajaba, hasta que mi mejilla llegó a descansar sobre su hombro.

—¿Cuánto tiempo más nos quedaremos? —preguntó Cooper cuando el sol estuvo por encima de la montaña.

—Pensé que nos quedaríamos una semana.

—Solo si conseguimos más donuts. —Dejó la bolsa con los donuts en el suelo frente a mí—. Esto no significa que ahora te gusten las mañanas, ¿o sí?

—Ni de broma. Pero me alegra que hayamos hecho esto.

—A mí también. —Él me miró, nuestros rostros estaban tan cerca que pude ver los puntos grises en sus ojos azules—. Vamos —dijo Cooper y me empujó mientras se levantaba.

—Sí. Vamos...

—Aquí están esos grillos disecados. —El abuelo tenía la pequeña bolsa transparente en alto en el marco de mi puerta—. Los dejaste con el resto de las compras.

—Ah, cierto. Estaba intentando olvidar que creía que eran una buena idea.

—Los grillos son siempre una buena idea. —Los dejó en la punta de mi cama y se fue.

Habían pasado tres días desde la salida para ver el amanecer. Desde entonces, había visitado un comedor, donde ayudé a servir la cena, para tachar otra experiencia de mi lista. Fue a la vez satisfactorio y deprimente. No me gustaba ver que había niños sin comida, y era difícil negarlo cuando muchos de ellos estaban formando una cola, esperando por el cucharón de sopa de pollo que yo misma servía. Deseé que se me hubiera ocurrido hacer algo así por mi cuenta, sin que una lista me forzara a hacerlo. Rellené un formulario para voluntarios al salir y le dije al director que me llamara cuando necesitaran que les echase una mano.

Había hecho eso sin Cooper. De hecho, no lo había visto desde que presenciamos el amanecer juntos. Intenté no pensar en el porqué. ¿Habría invitado a Ris a salir? ¿Estaría pasando cada minuto libre con ella?

Oye, si aún estás haciendo la lista conmigo, tienes que encontrar

una experiencia de servicio. Ya cumplí la mía ayer.

Sí y sí. Estoy haciéndolo ahora. Mi padre me ofreció como voluntario para pintar la casa de un tipo. Pintar. Una casa. Pintar es lo tuyo.

Ah. Conque no era Ris lo que lo mantenía ocupado. Tenía una excusa real. Eso no debería haberme aliviado tanto. Pero lo hizo.

No soy experta en esa clase de pintura.

Es mi tercer día aquí.

¿Así que ya podemos añadir la pintura a tu lista de habilidades?, respondí.

Por supuesto. Soy increíble, pero ese no es el punto. El punto es que estoy cansado y dolorido y quiero terminar.

¿Aún no has terminado?!

Creo que terminaremos hoy.

Bien.

Primero un lunático me hizo despertarme a las cuatro y media y luego mi padre me estuvo despertando a las seis durante varios días. No está bien. Cuando esto termine me sumergiré en un baño helado y dormiré durante una semana. Y después tendré un masaje de mi mejor amiga.

¿Rachel está en casa?

Muy graciosa.

No le daría un masaje a Cooper. Eso sería un enorme retroceso. Ya era lo suficientemente malo mirar su cuerpo. No necesitaba sentirlo también.

Cuatro y media. Estás en deuda conmigo.

Es por eso que te llevé donuts. No te debo nada.

Él me respondió con el emoji de la caca con ojos y yo me reí.

Guardé el teléfono en mi bolsillo y regresé a mi estudio. Había colocado un lienzo el día anterior, antes del trabajo, y aún seguía en su bastidor, apenas una capa de base blanca como prueba de mi tiempo. Había estado evitándolo. Mi pensamiento inicial había sido pintar la salida del sol. Había buscado todos mis colores cálidos: rojos, anaranjados y amarillos, y aún estaban sobre el escritorio, esperándome. Pero al mirarlos, me parecía una interpretación tan literal que no me decía demasiado. Recordé lo fría que había sido esa mañana. Cómo olía a pino y cómo se entumecía mi nariz. Cómo el canto de los pájaros no había cobrado vida hasta que el sol estuvo en lo alto, sobre la montaña. Recordé la sensación de que la vida se estuviese despertando poco a poco, tímidamente.

Busqué más tubos de pintura: gris, negro y plateado. En la base del lienzo comencé con colores fríos. Dibujé hojas secas, árboles negros desnudos y pájaros plateados durmiendo. Mientras ascendía por el lienzo, añadí más colores y más vida hasta que llegué al otro extremo, donde los pájaros surgían de la montaña verde, su vuelo imitando los rayos del sol, el cielo detrás de ellos brillante y amarillo.



—Guau.

—Pensé que te había enseñado a no asustarme cuando estoy pintando. Eso podría haber hecho que lanzara mi pincel sobre el lienzo.

—Había logrado no sobresaltarme. Apenas. Normalmente, Cooper era

un observador silencioso, hasta que me veía alejarme del lienzo.

—Lo siento. Debí saberlo, dado que ahora soy un pintor experto.

—Cierto. Tendría que dejarte terminar esta pieza por mí.

—De ninguna manera. Es increíble. Me encanta.

—Te encanta todo lo que pinto.

—Eso es verdad. Pero esta es... diferente. ¿Esos pájaros están muertos? —Estaba refiriéndose a los de la base—. Eso es demasiado oscuro para ti.

—No están muertos. Están dormidos. ¿Parecen muertos?

—Parecen geniales. Se supone que esto es el amanecer, ¿verdad?

—Esa fue mi inspiración. —Dejé mi paleta en la cajonera que estaba a mi lado, cuyos cajones estaban llenos de elementos artísticos, y miré a Cooper—. Pensé que te irías directo a la cama durante una se... —Me detuve—. Guau. Tienes pintura por todos lados.

—¡Lo sé! Por eso tenía que venir aquí primero. Era importante demostrarte que ahora somos gemelos.

—No creo haber logrado jamás tener tanta pintura en mi cuerpo. —Sonreí y me acerqué—. ¿Te bañaste en ella? —Agarré un pliegue de su camiseta entre mis dedos y la despegué de su cuerpo—. ¿Coral? ¿Pintaste la casa de color coral?

—No es coral. Creo que el nombre oficial es *melocotón suave*.

Me mordí el labio y solté su camiseta. Tenía pintura color melocotón suave en mis dedos pulgar e índice. Me la limpié en su mejilla y él frunció su nariz.

—La casa realmente no acabó tan mal.

—Ah. Bueno, me sorprende que mi madre te dejara entrar con ese aspecto.

—Tu madre me ama. —Eso era cierto—. Además, está

acostumbrada a dejar que personas cubiertas de pintura caminen por esta casa. —Su dedo recorrió mi clavícula, delineando un camino de pintura que tenía allí. Unas cosquillas bajaron por mis brazos y di un paso atrás—. ¿Cómo hiciste para tener pintura en el cuello? —preguntó él.

—Del mismo modo que tú.

—¿Me he dejado algo de ropa por aquí últimamente?

—Creo que tus shorts siguen aquí.

El se giró y se dirigió a mi habitación. Yo sacudí mis brazos que aún cosquilleaban y lo seguí.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque me daré una ducha aquí y luego tú masajearás una contractura que tengo en el cuello.

—No, no lo haré.

Él fue a la esquina de mi habitación, donde su ropa seguía doblada sobre mi silla. Tomó los shorts, golpeó mi pierna con ellos y luego se dirigió a la puerta.

—¿Y la camiseta?

—Está sucia —dijo y sacudió el aire con su mano.

—Pero necesitas una camiseta. —Revisé mi armario y busqué entre las pilas de ropa hasta encontrar la camiseta más grande que tenía, luego se la arrojé.

—¿Quieres que use una camiseta rosa de una carrera contra el cáncer de mama? —preguntó con la prenda en alto.

—Sí.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros.

—Ah, y antes de que te duches. Tengo algo. —Levanté los grillos de la punta de mi cama para que Cooper los viera mientras señalaba la

lista—. Prueba algo nuevo.

—¿Qué es eso?

—Grillos disecados.

—¿Grillos? ¿Estás hablando en serio?

Abrí la bolsa y los vertí en mi mano. Había seis. Cooper se acercó, tomó uno de mi palma extendida y lo lanzó en su boca.

—Mmm. Salado. —Luego caminó hacia la puerta.

Solté un suspiro. Esperaba que él se resistiera un poco más. Esperaba haber encontrado algo de lo que tuviera miedo. Cuando llegó a la puerta, se dio media vuelta.

—¿Tú no probarás uno?

Sin pensarlo demasiado, metí uno en mi boca y lo mastiqué rápido. Él tenía razón; era salado, crujiente y sabía como a césped seco.

—No ha estado tan mal.

—Para nada. Pero eso no cuenta en mi caso.

—¿Qué? ¿Por qué?

—He comido grillos disecados antes. —Le arrojé los que quedaban, pero aterrizaron en el suelo a pocos centímetros.

—Maldito. Bueno, al menos sí cuenta para mí.

—De acuerdo, pero tenemos que probar algo nuevo juntos también. Algo que ninguno haya hecho. Algo épico. Como ese amanecer.

—De acuerdo. —Sonreí al escuchar que él creía que nuestra aventura había sido épica.

Salió de mi habitación y lo vi desaparecer detrás de la puerta del baño al otro lado del pasillo.

—¡No deberías bañarte aquí! —dije detrás de él. Como si necesitara que la persona de la que intentaba no estar enamorada diera vueltas por mi baño... mientras se duchaba. Pensé que no me había escuchado, pero la puerta se abrió y luego se asomó.

—¿Qué?

—Nada. Ve a ducharte. —Ah, estaba siendo ridícula. Él ya se había duchado en casa antes.

Levanté los grillos secos de la alfombra y los tiré a la basura. Luego taché otra experiencia de mi lista. Aún me quedaba camino por recorrer, pero tenía tres pinturas casi terminadas y había cumplido casi la mitad de la lista. Estaba segura de que podría cumplir con el tiempo límite, pero no del todo convencida de que el señor Wallace viera algún crecimiento. Diferente no era necesariamente mejor.

Al pasar por el baño, escuché a Cooper tararear una melodía que no reconocí. Me reuní con el abuelo y con mi madre en la cocina.

—¿Dónde está Cooper? ¿Dejando más pintura coral por la casa? —preguntó mi abuelo.

—Coral, ¿a que sí? Me alegra que coincidamos con el color. —Señalé el pasillo con mi cabeza y me senté—. Está echando la pintura coral por las tuberías.

Mi madre, que había estado sentada en el sofá leyendo el libro de *Crímenes verdaderos*, levantó las cejas.

—¿Cómo va la lista?

—Bastante bien. Aún me quedan unas cosas por hacer. Pero estoy *medio* enamorada según el abuelo.

—Oh, sí. Ya he oído algunas cosas sobre Elliot —afirmó ella.

—Vosotros dos sois como unas adolescentes cotillas. No se pueden compartir secretos por aquí.

—Yo soy una tumba —dijo mi madre fingiendo estar ofendida.

—Y yo soy el cadáver en la tumba —añadió mi abuelo.

Puse los ojos en blanco.

—No se lo diremos a nadie más —me aseguró mi madre.

Estuve a punto de decir «claro que no, no *ves* a nadie más», pero había algo de sarcasmo que incluso yo misma omitía.

—Bueno, a excepción de tu padre.

—¿Se lo has dicho a papá?

—Por supuesto, cariño, le gusta saber estas cosas. Dijo que no le has escrito últimamente.

Me estremecí. Había recibido respuesta a mí último e-mail, donde me proponía una lista de nombres alternativos que podía elegir, y me preguntaba qué nuevas experiencias había tenido para que él pudiera desaprobarnos. Había leído el e-mail en mi teléfono móvil, con intención de responder cuando tuviera mi ordenador, pero nunca lo hice.

—Lo sé, lo olvidé. Estoy esperando su llamada semanal. Es más fácil.

—Lo más fácil no promueve la comunicación. —Mi madre suspiró.

—Pondré eso en una camiseta.

—En serio, Abby.

—Lo sé, mamá. Le escribiré. —Me dirigí a la cocina—. Tomaré un poco de helado. El sabor que dejan los grillos no es demasiado bueno.

Para cuando terminé de servirme un tazón de helado de menta

granizada y regresé al comedor, Cooper ya estaba sentado en el sofá, con el pelo goteando y la camiseta rosa, demasiado pequeña para él. Se ajustaba en sus bíceps y en su pecho. Aparté la vista rápidamente antes de que mi abuelo me viera observándolo.

—¿Tú también comiste grillos? —le preguntó mi madre.

—Sí. Eran especiados, creo. —Tiró del cuello de la camiseta.

—Pimienta y sal —dije.

—Abby está trabajando en el quinto punto de la lista —comentó mi abuelo.

—¿Te sabes el número de cada uno? —le pregunté.

—No, pero he probado suerte. En todo caso, me refería al punto de *enamorarse*.

Acababa de meterme en la boca un enorme bocado de helado y me lo tragué demasiado rápido, lo que me congeló el cerebro. Me removí en mi sitio hasta que el dolor se calmó, luego señalé a mi abuelo y después a mi madre.

—Cooper, conoce a la tumba y el cadáver dentro de la tumba.

—Yo no dije nada —protestó mi madre.

—¿Enamorarte? —preguntó Cooper con una sonrisa tentadora—. ¿Has conocido a alguien?

—No. Solo nos encontramos con Elliot en el supermercado. El abuelo está exagerando.

—¿Elliot otra vez? —insistió Cooper—. Dos veces en dos semanas. Tal vez es el *destino*. —Enfatizó la palabra que a mí me gustaba usar—. Vosotros dos deberíais venir a una cita doble conmigo y con Ris. —Mi abuelo alzó un dedo.

—Elliot dijo que iría a una fiesta el 4 de julio.

—¡Perfecto! —dijo Cooper—. Podemos ir todos juntos. Voy a

llamarlo.

—No tienes su número.

—Sí. Lo tengo en una servilleta, ¿recuerdas?

—Oye, abuelo. ¿Recuerdas esa técnica de masajes de tejido profundo que me enseñaste?

—Sí.

—Cooper tiene una contractura muy fea en el cuello. ¿Puedes echarle un vistazo?

—Toma asiento, niño. —El abuelo empujó el banco con sus pies—. Cortemos ese nudo de raíz.

—Me iré a la cama. —Probablemente aún no fueran ni las nueve, pero estaba cansada de todos. Me terminé mi helado y dejé el tazón en el fregadero—. Volvamos a intentarlo mañana.

Una vez en mi habitación, abrí mi portátil y escribí un e-mail rápido para mi padre.

De la hija que es mala con los e-mails, al padre que es el maestro:

¡Lo siento! He estado ocupada haciendo crecer mi corazón. Veamos, ¿qué he hecho? Hice una audición para una obra. No estoy segura de qué me enseñó eso. Tal vez que pasar vergüenza se me da excelentemente bien. Estoy leyendo dos clásicos a la vez. Ambos son igualmente viejos y me abren la mente. Pensé que conocía el idioma, pero, al parecer, no. Vi un amanecer. ¿Cómo es que mamá y tú nunca me obligasteis a hacer eso antes? ¿Esto os convierte en unos padres terribles? Tenemos que debatirlo. Ayudé en un comedor social. Los niños allí son tan

pequeños... Fue desgarrador, pero también me enseñó que tengo mucho de lo que estar agradecida. También sé que mamá te habló de Elliot. No significa nada para mí, así que no hay necesidad de hacer veinte preguntas sobre él. Tal vez tres, y todas deberían ser sobre su aspecto. Hablando de mamá, ella salió a caminar con nosotros el otro día.

Detuve mi escritura al recordar lo que el abuelo y yo habíamos hablado en la frutería. Me pregunté si debería atreverme a hablarle de mi madre y la terapia. Negué con la cabeza. Él no necesitaba más preocupaciones. Además, no estaba segura de estar de acuerdo con mi abuelo. Estábamos bien. Escribí unas últimas líneas:

Lo hizo muy bien. Te quiero toneladas. Hablamos pronto.

Luego lo envié. Apagué las luces, me metí en la cama y escuché a Cooper bromear y reírse con mi familia en la otra habitación. El solo sonido de su voz me hacía feliz. Suspiré. Tenía razón, pasar todo ese tiempo a solas con Cooper no estaba ayudando en el tema de los sentimientos. Algo tenía que cambiar.

Mi teléfono estaba en mi mesilla de noche y lo agarré. Deseaba poder llamar a Rachel. ¿Por qué nunca le había hablado de Cooper? Probablemente por la misma razón por la que disfracé mis sentimientos como una broma ante él, cuando fue obvio que él no los correspondía; no quería que la amistad cambiara. En nuestro grupo unido no había dramas y yo no quería ser la persona que cambiara eso.

Recorrí mis contactos hasta que me detuve en Lacey. Inhalé profundamente varias veces mientras miraba su nombre. Yo no era la clase de persona que se esforzara mucho con la gente nueva. Tenía a

mis amigos y estaba cómoda con ellos. Pero también podía montarme en cuatriciclo y comerme un grillo sin que el mundo se acabara, así que, ¿por qué no esto? Presioné el botón.

—Hola —contestó ella enseguida.

—Hola, soy Abby.

—¡Abby! Hola. ¡Me alegra mucho que llamaras! No tenía tu número. Pensé que ibas a escribirme para que lo guardara.

—Sí, iba a hacerlo antes de la fiesta para tener tu dirección.

—Siento que no te hayan seleccionado para la obra. Fue más por falta de experiencia que otra cosa.

—¿Experiencia? —protesté—. Eso me suena familiar.

—¿Estás molesta? Aún no es demasiado tarde. Tengo la sensación de que no querías un gran papel, pero puedo hacerte un hueco como trombón número cinco.

—Ah, no. No te preocupes por eso para nada. Solo probamos suerte como experiencia. En realidad no podría comprometerme con una producción de tiempo completo.

—¿Una experiencia?

Oh, no, ¿la había ofendido?

—Siento que te hayamos hecho perder el tiempo al presentarnos en algo con lo que no planeábamos seguir.

—No, no hay problema. —Ella se rio—. ¿Qué quieres decir exactamente con *experiencia*?

—Es una larga historia. Intento tener nuevas perspectivas para inspirarme en mis pinturas.

—¿De verdad?

—Suena extraño, lo sé.

—No, para nada. Solo me sorprende porque yo hago algo parecido.

—¿En serio? —Me senté en mi cama.

—Sí, con algunos de mis amigos de teatro. Nos forzamos a involucrarnos en situaciones nuevas para expandir nuestras perspectivas. Ayuda con la caracterización y esas cosas, nos saca de nuestra zona de confort y nuestras formas habituales de pensar.

—Sí. Exacto. —Una sensación de validación me hizo sonreír. Cada vez que hablaba con Lacey ella me sorprendía. Sentía como que encajábamos.

—Así que... —Lacey se quedó en silencio por un momento—. Si no me has llamado por la obra o la fiesta, ¿hay algo más?

—Ah. No, yo solo... —Me sentía angustiada y necesitaba a alguien que no fuera Cooper con quien hablar y todos mis amigos estaban fuera este verano. No podía decir eso. Sonaba tan... egocéntrico. Lo era—. ¿Cómo va la obra?

—Va bien. Tengo que tomarme unos días libres esta semana por una audición en Los Ángeles.

—¿Una audición para qué?

—Para una película.

—Genial.

—Las tengo todo el tiempo y nunca me seleccionan, así que intento no hacerme demasiadas ilusiones. —Una voz apagada dijo algo al otro lado que no pude entender y Lacey respondió—: Ahora voy.

—Tienes que irte.

—Sí, es mi hermana pequeña. Se supone que le toca lavar los platos antes de que lleguen nuestros padres, y, de alguna manera, logró convencerme de que es mi deber ayudarla.

—Debe ser muy convincente.

—Lo es.

—Te veré en la fiesta.

—Te enviaré mi dirección.

—Gracias.

Colgamos. Volví a deslizarme en la cama hasta que mi cabeza tocó la almohada. La risa de Cooper llegaba desde la otra habitación. *Nos forzamos a involucrarnos en situaciones nuevas.* Lacey había dicho que también funcionaba para ella lo que parecía estar funcionándome a mí con mi arte. ¿Podría funcionar también en la parte de superar a Cooper? Volví a tomar mi teléfono y busqué otro contacto.



—Pssst. —La luz fuera de mi puerta abierta iluminaba a Cooper, que estaba allí parado—. ¿Te has ido a dormir en serio? —preguntó—. Es muy temprano.

—Te dije que lo haría.

—Tu abuelo acaba de romperme el cuello. —Entró y se sentó en el suelo junto a mi cama.

—Lo sé. Esa era la idea. Por cierto, lo hice. Le dije a Elliot que saliéramos juntos.

—¿En serio? —Los dientes blancos de Cooper brillaron en la oscuridad de mi habitación.

Lo hice. Lo había llamado para preguntarle si quería ir a la fiesta conmigo y él dijo que sí. Estaba forzándome a tener una nueva experiencia, con la esperanza de que algo cambiara. Obviamente había salido con chicos antes. Solo que no lo había hecho en el último año.

—Así es.

—Increíble. Esto será muy divertido.

Sujeté una almohada contra mi pecho y cerré los ojos. ¿Por qué a mí me parecía cualquier cosa menos divertido?

—Sí, será realmente divertido.

No debo haberlo dicho con el entusiasmo suficiente, porque Cooper comentó, tranquilamente:

—Deberías darle una oportunidad. Parece un buen chico.

—De acuerdo. —Asentí con los ojos aún cerrados—. Le daré una oportunidad.

Incluso con los párpados cerrados pude sentir que toda la habitación se iluminaba con la sonrisa de Cooper y todo mi ser se iluminó también con ella.

—Bien —dijo él.

—Bien —repetí con la almohada contra mi pecho.

—Buenas noches. —Pasó una mano por mi pelo.

Cuando abrí los ojos él ya no estaba y había cerrado la puerta. Mi cuero cabelludo aún cosquilleaba donde habían estado sus dedos.

—Buenas noches —susurré.

¿Quieres que quedemos en la fiesta o vamos juntos?

Había estado todo el día apoyada contra el palo de la fregona en el museo, contemplando la pintura de una manzana cortada por la mitad, con el interior azul, feliz de finalmente haberme liberado de mi puesto en la taquilla, cuando llegó el mensaje de Elliot. Ya había asumido que una cita implicaba que fuéramos juntos, pero en ese momento que me lo estaba dando a elegir no podía decidir qué quería.

Faltaban cinco días para la fiesta. Quería decirle que había cambiado de opinión. Que pasaría el 4 de julio en el muelle. Que me dedicaría a ver cómo los fuegos artificiales iluminaban secciones del océano de azul brillante, verde o rosa. Y que vería esos mismos colores reflejados en los ojos de Cooper. Pero ese era el problema, ¿o no? Había estado haciendo las mismas cosas día tras día, año tras año, esperando diferentes resultados. ¿Quién había dicho que esa era la definición de *locura*? ¿Einstein? Quienquiera que fuese me había leído la mente.

Mis pulgares estaban listos para escribir alguna respuesta cuando el señor Wallace apareció por el pasillo.

—Abby, ¿puedes llevar a un grupo de niños de la guardería de verano a un recorrido por el museo el sábado a las cuatro? Fue una petición de última hora y todos mis guías están ocupados.

—¿El sábado?

—Sí. Sé que normalmente no haces de guía, pero la verdad es que me

harías un gran favor.

Llevar a un grupo a recorrer el museo era el trabajo soñado para mí. Cooper tenía otra carrera el sábado. Me había enviado un mensaje esa misma mañana. Pero comenzaba a las dos. Así que me perdería la celebración posterior a su éxito.

—Sí —respondí—. Aquí estaré.

—Excelente. Gracias. Asegúrate de buscar en el armario una chaqueta que te quede bien. —El señor Wallace miró la fregona, la pintura a mi lado y luego mi teléfono—. ¿Todo va bien?

—Sí. —Levanté el móvil—. Mi cerebro se puso en pausa mientras intentaba tomar una decisión.

—Odio cuando eso pasa —afirmó con un gemido de aceptación.

—Sí. Yo también. —El señor Wallace comenzó a alejarse—. Me quedan dos semanas, ¿verdad? —pregunté a su espalda.

—No. —Él se dio la vuelta con una expresión de confusión en su rostro—. El recorrido es el sábado.

—Sí, lo sé. Me refiero a la exposición. Seleccionaré a los postulantes en dos semanas, ¿verdad?

—Sí. Pero creía que ya habíamos hablado de ese tema. —Su rostro tenía una mirada agotada que parecía decir: «Es por esto que te exilié a la taquilla, para evitar esta conversación».

—Quiero una oportunidad. Estoy trabajando en mi profundidad.

—No puedo imaginar que algo pueda haber cambiado lo suficiente en tu técnica, en tan poco tiempo, como para que afecte a mi decisión.

—Solo quiero una oportunidad de probarme a mí misma.

Él suspiró con pesadez y era probable que mi extremadamente patético rostro de súplica lo hubiese hecho ablandarse.

—Le echaré un vistazo.

—¡Gracias!

—No te hagas ilusiones, Abby. No cumples con la edad requerida y tienes mucha competencia fuerte. —Con eso acabó de alejarse.

Fue un *sí* de mala gana, pero me dio la esperanza que necesitaba para continuar con mi búsqueda.

Estaba dejando la fregona dentro del cubo cuando me di cuenta de que aún tenía el teléfono con el mensaje abierto en mi mano. Envié dos mensajes. El primero fue para Elliot:

Nos vemos allí.

El segundo fue para Cooper:

Oye, no podré celebrar contigo después de la carrera del sábado. Estaré intentando convencer a niños de cuatro años de que el arte es más interesante que comer bocadillos.

Volví a guardar mi teléfono y sumergí la fregona en el agua con jabón. Mi teléfono vibró otra vez contra mi muslo antes de que tuviera tiempo de sacarla de nuevo. Pensé que sería Elliot, pero era Cooper.

Ni siquiera puedes convencerme a mí de que el arte es más interesante que los bocadillos. ¿Cómo harás para lograrlo?

No estoy segura. En especial cuando la mitad de las pinturas son imágenes de comida.

Pero podrás ir a la carrera, ¿verdad?

Sí.

Gracias.

Y necesito terminar mi lista y dos pinturas más. Ayúdame a pensar en algo.

Lo pensaré.

¿Has terminado tu clásico?

No.

Yo tampoco.

De acuerdo. Yo tampoco querría estar atrapado en un coche conmigo.

Fruncí el ceño, confundida, antes de darme cuenta de que estaba leyendo la notificación de un mensaje de Elliot. Le respondí.

No es por eso. Es más por no quedarme atrapada en la fiesta.

Podemos irnos cuando quieras.

El teléfono volvió a vibrar antes de que pudiera responderle a Elliot. **¿Qué se supone que significa época de incredulidad?**, preguntaba Cooper. Apenas recordaba esa línea del comienzo de *Historia de dos ciudades*.

¿Comenzaste desde el principio? Te hice un resumen. ¿No confías en mi resumen?

Cambié al mensaje de Elliot y le respondí.

De acuerdo, iré contigo. ¿Tienes mi dirección?

Es lo que había planeado originalmente, de todas formas.

No, pero si voy a leer el libro, al menos tenía que leer ese famoso párrafo. No hago las cosas a medias.

A excepción de los proyectos de Química. Y los trabajos de Literatura. Y limpiar tu baño.

Bueno, las cosas que me interesan.

Sonreí. Le importaba la lista. Eso me hacía feliz.

Otro mensaje de Elliot apareció en mi pantalla.

Ya sé dónde vives. Pero no soy un acosador. Mi mejor amigo vive en tu calle y te vi llegar una vez.

¿Quién es tu mejor amigo?

A Cooper le escribí:

Es un período de escepticismo. O de incredulidad.

Tú, ¿por qué?

Respondió Cooper menos de un segundo después de que presionase enviar.

¿Yo? ¿Qué significaba eso? ¿Yo era un período de incredulidad? En parte sentía que estaba a punto de lanzar algo de escepticismo hacia él, pero él no podía saber eso. Volví a mirar el mensaje. Ups. Había mezclado las conversaciones.

No, es verdad. Ben Williams. ¿Lo conoces?, respondió Elliot a mi mensaje del escepticismo.

Te envié el mensaje equivocado. Eso era para otra persona, les escribí a los dos.

Elliot contestó primero. **Ah. Eso tiene más sentido. Te veré el martes, entonces. ¿A las ocho?**

Suena bien.

Cooper respondió unos minutos después. **¿Para quién era?**

Elliot.

¿Por qué estabas preguntándole a Elliot quién es su mejor

amigo?

Porque quería saber si está buscando uno. Yo estoy buscando un sustituto.

Muy graciosa.

Lo sé. Debo irme. Este suelo no va a fregarse solo.

¡¿Estás fregando?! ¿Saliste del purgatorio de la taquilla?

¡Sí! ¡Estoy tan feliz!

Eres la única persona que conozco que se siente feliz por fregar.

Shh. Arte.

Por cierto, buen trabajo al escribirle a Elliot.

Sí, sí.

Cuando terminé mi turno, subí las escaleras de la barandilla de cristal y caminé lentamente por los pasillos, intentando pensar qué pinturas y piezas les mostraría a los niños a los que guiaría el sábado. Cambiábamos las muestras todo el tiempo. Había muy pocas piezas permanentes allí. Eso era lo que animaba a los espectadores a venir frecuentemente; nuevos artistas a los que conocer. Pero había uno permanente que siempre se ganaba a los niños. El señor Wallace había contratado a un artista de papel para que creara un diseño que fluyera y se arremolinara cubriendo toda una esquina del salón de arriba. Era tridimensional y resultaba hipnótico. Esa era una parada obligada.

Acabábamos de recibir una pieza de arte moderno en préstamo y no había tenido tiempo de verla hasta hoy. Los niños apreciarían los colores vivos y las fuertes líneas de la pintura. Habíamos tenido un taller de arte el verano anterior durante el que descubrí que a los niños les encantaba pintar con colores vivos. Al recordar las pinturas de esos niños se me ocurrió una idea.

Corrí por las escaleras y busqué al señor Wallace. Me detuve frente a él, sin aliento.

—¿Podemos exhibir algunas de las pinturas de los niños?

—¿Qué niños?

—Los del grupo de la guardería de verano que vendrán el sábado. ¿Puede llamar a la maestra y pedirle que traiga algunos de sus dibujos o pinturas antes del sábado para que las colguemos arriba? Creo que sería divertido para ellos.

—¿Vendrás temprano para hacerlo?

—Sí, lo haré.

—A los niños probablemente les guste.

—Claro que les gustará. A cualquiera le gusta ver su propio arte exhibido. —No planeaba decir eso con un tono duro, pero lo hice y él lo notó. Cerré la frase rápidamente, con más suavidad—. Me encantaría hacer eso por ellos.

—Buena idea, Abby. —Asintió él.

—Gracias. —Probablemente ver a esos niños en el comedor fue lo que me dio la idea. O tal vez era solo que forzarme a pensar diferente estaba dándome nuevas ideas en otros aspectos de mi vida también. De cualquier manera, estaba feliz de que se me hubiera ocurrido.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo con una llamada mientras caminaba hacia la salida. Esperé a estar fuera del museo antes de contestar. Una brisa alborotó mi pelo y trajo con ella la fragancia del océano.

—¿Hola? —En lugar de caminar hacia mi coche fui por el lado del edificio hacia el mirador. Había dos bancos en el acantilado, con una vista perfecta del océano.

—¡Abby! —dijo una voz que sonaba distante pero emocionada.

—¿Hola?

—¡Soy Rachel! ¡Encontré un teléfono! ¡En Austria hay cabinas telefónicas!

—¡Rachel! —Me senté en un banco—. Estoy muy contenta de escuchar tu voz. ¡Te echo de menos!

—¿Recuerdas que me preguntaba si me gustaría vivir sin mi teléfono? —Suspiró—. No me gusta. Para nada. Gracias a Dios mis padres no tenían razón. —Yo me reí.

—Cuéntamelo todo.

—A pesar del asunto del teléfono, ha sido increíble, la verdad. Tú y tu mente de artista os volveríais locas por todo lo que hay aquí. Es increíble y hay arte por todas partes. Edificios antiguos, historia y cultura.

—¿Ya has estado en Italia para encontrar ese atractivo chico italiano y tener una aventura?

—Italia fue el primer destino, pero es difícil hacer algo frente a unos padres que merodean constantemente. Pero había muchos chicos italianos realmente atractivos, así que sí hubo algún que otro coqueteo. Tenemos que regresar aquí después de graduarnos. Los cuatro.

—¿Los cuatro?

—¿Nos hemos separado desde que me fui? ¿O expandido?

—Ah, sí. Cooper y Justin.

—Ay, no. He estado lejos mucho tiempo. Todo ha cambiado.

—No. Nada ha cambiado. Estamos bien. Los cuatro amigotes.

—¿De verdad acabas de decir eso? Has estado pasando mucho tiempo con tu abuelo este verano, ¿verdad? No puedo volver a dejarte sola.

—Muy cierto. Te echo de menos.

—Yo también. Así que, de verdad, ¿está pasando algo nuevo por ahí?

—Nop. Solo cosas de arte.

—¿Alguna señal de Justin?

—Envía fotografías ocasionalmente. Creo que le envía más a Cooper.

—Envíale un mensaje por mí, ¿puedes? Dile: *Este es un círculo de amistad igualitario; todos recibimos lo mismo o nada. No seas la causa de nuestra separación.*

—Guau, qué dramática.

—Él creerá que es divertido. Además, es cierto.

—Entonces, si todos recibimos lo mismo, ¿eso significa que llamarás a Cooper?

—Tienes razón —protestó—. Supongo que tengo que llamarlo.

—¿Quieres que añada algo al mensaje para Justin como *Te echo de menos? ¿O Espero que tu trabajo en la escuela para los desamparados vaya bien?* —Ella soltó una simple risa.

—Sí, añade: *Gracias por cubrir la cuota de buenas acciones por grupo de amigos tú solo.*

—Lo enviaré de inmediato.

—Debo irme. Mis padres están parados junto a alguna clase de pastelería cruzando la calle y están haciéndome señas con ambas manos. Están empezando a juntarse personas a su alrededor, como si necesitaran ayuda. Y si tengo que llamar a Cooper ahora, no me queda mucho tiempo.

—De acuerdo. Dile a Cooper que digo *hola*.

—De acuerdo... espera. ¿Por qué? Aún hablas con Cooper, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Bien. —Respiró aliviada—. Intentaré encontrar otra ocasión para llamarte pronto.

—De acuerdo, adiós.

—Adiós.

Un fuerte pitido sonó en mi oído y la línea se cortó. Sonreí. Eso era lo que me faltaba; mi grupo de amigos completo. No podía esperar a que llegaran a casa. Con Rachel de viaje durante el último mes, había olvidado que nunca le había contado lo de mis sentimientos por Cooper. Lo recordé en ese momento y me sentí agradecida, una vez más, de no haberlo hecho. Todos teníamos una dinámica perfecta y todo volvería a la perfección cuando regresaran. Le envié el mensaje de Rachel a Justin y me marché.

—Mamá se enfadará contigo por llevar comida de McDonald's a casa —dije mientras tenía la bolsa de Cooper sobre mis piernas al día siguiente, el calor de las patatas fritas calentaba mis piernas desnudas. Intenté bajar mi short, pero no funcionó.

—Lo sé. Esa mujer ve demasiados documentales. Tiene que vivir en la maldita ignorancia, como el resto de nosotros.

—¿Crees que esa es la peor parte del problema? ¿Ella ve demasiados programas y lee demasiados artículos y libros acerca de los peligros del mundo?

—No lo sé, ¿tal vez? Parece preocuparse por las cosas que lee y escucha más que la mayoría de las personas.

—Lo sé. Quizás sería mejor si se mantuviera alejada de Internet y de los libros realistas. —Quizás se lo sugiera a mi abuelo. Entonces no tendríamos que dar el paso dramático de recurrir a un terapeuta—. Creo que ella interioriza todo lo que aprende y luego se preocupa por eso hasta que se vuelve un miedo irracional.

El coche redujo la velocidad y Cooper miró por la ventanilla. Seguí su mirada hacia la derecha, en donde un gran árbol crecía en medio de un terreno vacío. Había un hombre apoyado contra el árbol. No, no apoyado. Estaba encadenado a él.

—Detén el coche —le dije a Cooper.

Él se detuvo junto al borde de la acera y yo bajé la ventanilla.

—¿Señor? ¿Está bien? —la mirada del hombre había estado fija en la tierra frente a él y, con mi grito, él levantó la vista—. No ha sido asaltado por ladrones con cadenas, ¿o sí? —pregunté.

Cooper se rio detrás de mí.

—No —respondió el hombre—. Me he hecho esto a mí mismo.

—¿Intencionalmente?

—Construirán un complejo de viviendas en este terreno y quieren matar este árbol. —Su sonrisa se amplió.

—Ah, ya veo. Lo está protegiendo.

—Así es.

—¡Buena suerte!

Él saludó con la mano y Cooper se alejó.

—Qué prefieres: ¿vivir en la copa de un árbol o en el agua? —preguntó.

—En el agua, eso seguro. Si pudiera respirar bajo el agua. ¿Puedo respirar bajo el agua?

—Sí. Pero entonces también necesitaríamos una adaptación para las copas de los árboles. ¿Cuál sería?

—¿Brazos de mono?

—Veo por qué escogerías ser una sirena, si la alternativa es un mono. Sonreí y le robé una de sus patatas fritas.

—No te comas mis patatas, Abby. Dijiste que no querías patatas y yo te dije que robarías las mías si no comprabas para ti y tú dijiste: «No, no lo haré».

—¿Estás reproduciendo una conversación que sucedió hace cinco minutos?

—Sí, porque parece haberla olvidado.

—Es mi paga por sostener tu bolsa grasienta.

Él sacó la bolsa de mis piernas y la apoyó en su pierna izquierda mientras conducía.

—No eres divertido —afirmé.

—Soy el más divertido del mundo. —Tomó una patata de la bolsa y se la comió.

—Hablando de eso, ¿hablaste con Rachel ayer?

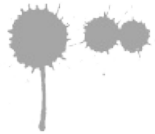
—Sí, pero ¿por qué ese *hablando de eso*? ¿Intentas decir que Rachel es la más divertida del mundo?

—No, *yo* soy la más divertida. Y el *hablando de eso* fue porque parecía que ella estaba divirtiéndose.

—Sí, sonaba bien. ¿Te habló del viaje de amigotes a Europa el próximo verano, después de la graduación?

—¿Así lo llamó? ¿De amigotes? ¡Se estaba burlando de mí al decirlo!

—Nuestro reencuentro al final del verano será increíble.



Cuando llegamos a mi casa, me aseguré de mantener distancia con Cooper y su bolsa de veneno.

—Ya veo cómo eres. Comes en mi coche pero no lo admitirías frente a tu madre.

—Sé a quién guardarle lealtad.

Pero mi madre no dijo nada. Solo miró su bolsa una vez cuando entramos, luego preguntó qué hacíamos.

—Iremos a terminar los clásicos, así podemos tachar ese punto de la lista por fin.

—Pero primero llenaré mi estómago de basura, señora Turner. Y

tendré que quemar todas estas calorías, ¿quiere ir a caminar con nosotros en diez minutos?

Su propuesta me sorprendió. No me había hablado de hacer eso. Solo sabía que estaba preocupada por ella.

—Creo que sí, Cooper.

Él se metió una patata en su boca y cuando mi madre regresó a su libro, le balbuceé un *gracias*.

Él me guiñó un ojo.



En cuanto completamos la caminata al parque y regresamos sin resistencia por parte de mi madre, ella insistió en mostrarle a Cooper mi pintura del amanecer terminada, como si fuera una obra maestra invaluable. Tal vez ese era parte de mi problema. Las personas de mi alrededor pensaban que mis pinturas eran mucho mejores de lo que eran en realidad. Me habían dado una confianza desmesurada todos esos años.

Contra una pared, con una suave tela de algodón cubriéndolas, estaban las pinturas del foco de luz y del cuatriciclo. Pensé en mostrarles esas también, pero no lo hice. Guardaría algunas sorpresas para que las vieran si lograba entrar en la exposición.

Después de que la pintura del amanecer fuera analizada en detalle, Cooper y yo nos dirigimos a mi habitación.

—Esa pintura es realmente buena, Abs.

—Gracias.

—¿Por qué sueñas como si no me creyeras?

—Porque el señor Wallace dijo que estaba dispuesto a echarles otro vistazo a mis pinturas y siento que tienen que ser cien veces mejores de las que ya vio. No sé si están en ese punto. —Le arrojé su libro, que había dejado sobre mi escritorio cuando llegó a mi casa antes de nuestra escapada por comida rápida, tomé el mío del primer cajón de mi mesa de noche y me acomodé en la cama. Si podía terminar el libro hoy, no tendría que preocuparme por tachar otro punto de la lista durante algunos días—. Solo necesito completar la lista.

—Esa lista mágica. —Cooper se acercó a ella y la analizó por varios minutos—. ¿Por qué tachaste *que me rompan el corazón*?

Mi corazón pareció detenerse en mi pecho ante esa pregunta. Habíamos evitado ese tema de forma exitosa durante un año. ¿De verdad quería hablar de eso en ese momento? Mantuve la mirada fija en él aunque quería apartarla.

—Porque ya sucedió.

Los ojos de Cooper bajaron al suelo, luego volvieron a los míos. Él lo sabía.

—¿Y por qué lo escribiste en la lista entonces? —preguntó con suavidad.

—No lo sé. Como ya lo había cumplido, lo escribí. Quería sentir que al menos ya tenía algo de profundidad, supongo.

Él asintió lentamente. Superaríamos eso enseguida. Continuaríamos ignorando lo que había ocurrido un año atrás. Lo sabía. Yo podía insistir sobre eso, decir algo. Pero ya lo había hecho una vez. Si sus sentimientos eran diferentes de lo que habían sido un año atrás, era su turno de expresarlos.

—¿Qué hay de ti? ¿Puedes tachar *que me rompan el corazón* de tu lista? —Sinceramente, no sabía la respuesta a esa pregunta. Había sido

testigo de casi todas sus relaciones, pero no tenía ni idea de si él había estado enamorado de una chica antes. Él nunca me lo había dicho, así que asumí que no.

—No, no puedo —respondió. Me sorprendió el alivio que atravesó mi cuerpo.

Él saltó a la cama a mi lado, de espaldas, y abrió su libro.

Mi teléfono vibró con un nuevo e-mail. Lo tomé. Nadie más que mi padre me enviaba e-mails, así que no me sorprendió ver su nombre en el buzón de entrada.

—¿Tu padre? —preguntó Cooper espiándome sobre su libro.

—Sí. —Leí el e-mail en silencio.

A mi hija, que es mejor que cualquiera de mis otras hijas para escribir e-mails. De su padre, que no pudo acceder a un ordenador durante un par de días:

¿Por qué no te hice ver el amanecer antes? ¿Alguna vez intentaste despertarte a las cinco de la mañana? Esa es tu respuesta. Me alegra no tener que hacer veinte preguntas sobre Elliot, porque no puedo pensar en veinte preguntas. ¿Qué hay de ese otro chico en tu vida? ¿Cuál es su nombre? Tu madre dice que él aún va mucho por ahí. Espero que esté tratándote bien. Estaremos ocupados aquí durante las próximas semanas cambiando de ubicación. Te pido perdón por adelantado por si no puedo escribir/llamar tan seguido como siempre. Parece que estás manteniéndote ocupada con tu lista. Asegúrate de mantenerme al día, me gusta saber de tus aventuras.

Sonreí y señalé al escritorio, que estaba más cerca de Cooper.

—¿Puedes pasarme mi portátil?

—¿Qué novedades hay de tu padre? —Se estiró y lo alcanzó, luego lo dejó sobre mis piernas.

—No muchas. No me dice mucho de lo que ocurre allí en los e-mails por razones de seguridad. Así que son más que nada preguntas sobre mí.

—¿Le gusto a tu padre? Nunca puedo distinguirlo cuando está aquí.

—Le gustas.

—Bien, porque es un poco aterrador.

—Es inofensivo —dije y me reí.

Abrí mi portátil y escribí una respuesta, con la esperanza de que la recibiera antes de que tuvieran que mover el campamento.

De tu única hija, quien, si descubre que existen otras, peleará con ellas a muerte para conservar ese título:

Ja, ja. Dos risas. Una por la idea de la investigación y otra por fingir haber olvidado el nombre de Cooper. Gracias por eso. Sabes que me gusta reírme. Como novedad, estoy esforzándome por terminar *Crimen y castigo*, casi he llegado al final. Probé los grillos disecados. No te los recomiendo, pero pueden pasar con helado. El señor Wallace me hará llevar a un grupo de niños a recorrer el museo el sábado, así que eso debería ser divertido. Y decidí tener una cita con Elliot Sin Apellido. Solo te lo estoy contando porque sé que mamá lo hará. No es gran cosa. Nada más, ¡¡¡cuídate!!! Besos.

Antes de cerrar mi portátil hice click en una pestaña guardada en la pantalla.

—Sabes —comentó Cooper cuando apareció la nueva página—, podrías enviar la solicitud en lugar de observar la página cada vez que abres tu ordenador... o tu teléfono.

—Lo haré. Pero estoy esperando a ver cómo resulta la exposición. Necesito una venta.

—Requisitos *recomendados*. —Cooper presionó la pantalla con su dedo—. Según entiendo, *recomendado* significa *opcional*.

—Muchas personas se postulan para el Programa de Invierno. Quiero tener todas las ventajas.

—Excusas. —Tosió Cooper.

—No es así.

—Tenemos que terminar la lista para que puedas mostrarle tus pinturas al señor Wallace y que no tengas más excusas. —Ignoré su comentario esta vez.

—Tienes razón. Hagamos una de las nuevas experiencias, ya que nos faltan algunas. —Y decir eso en voz alta me recordó algo—. ¿Llevaste a Iris a ese jardín subterráneo? Eso contaría para ti.

—No, no quiso ir. Fuimos al cine en la playa finalmente.

—Oye, el cine en la playa es nuestro plan.

—Lo sé, lo siento. Ella no quería ir a ese jardín.

—¿Con qué clase de monstruo estás saliendo? —Me tragué mi herida.

Él me golpeó en el hombro con su libro y luego lo abrió. Yo también abrí el mío, dejé caer mi mano izquierda sobre su brazo derecho y la dejé ahí. Cuando noté que se tomó el doble de tiempo en pasar la página de su libro con una sola mano, en lugar de mover mi brazo, sonreí, pero, como siempre, no me permití pensarlo demasiado.



Cooper se marchó cerca de las diez y yo fui a la habitación de mi madre, que estaba colgando ropa.

—Oye —le dije—, tengo una queja.

—Te escucho.

—¿Cómo es que cuando Cooper y papá están aquí no tienes problema para ir hasta el parque, pero cuando estamos solo el abuelo y yo no puedes hacerlo?

Ella se detuvo con una camisa a mitad de camino en la percha y frunció su nariz.

—Salgo muchas veces solo contigo.

—Pero sales más cuando ellos están aquí.

—No lo sé. Los dos tienen una actitud relajada. Me contagia, supongo.

—¿Y yo no?

—Tú también, cariño.

—Al parecer, yo no soy la única que está involucrada con Cooper — dije con los brazos cruzados.

—Es un buen chico. No tengo problemas con él, aparte del hecho de que le gusta jugar con el corazón de mi hija.

—Yo soy la que tiene el corazón atado a su correa.

Ella me sonrió con los labios apretados, pero no discutió.

—Estoy trabajando en eso —añadí.

—Eso es bueno.

La observé poner más camisas en sus perchas y apilarlas sobre la cama. Constantemente intentaba minimizar el hecho de que mi madre

no salía más que con el abuelo, con Cooper y con mi padre. Intentaba convencerlos de que ella podía tener una vida plena sin ir más allá de las cuatro paredes de nuestra casa. Que no era gran cosa. Y tal vez no lo era, pero comenzaba a darme cuenta de que algunas veces no se trataba solo de ella. Si tenía que ser sincera, algunas veces se trataba también de mí. Solo podía recordar unos pocos eventos de mi vida a los que ella había asistido en el pasado y solo porque mi padre estaba ahí.

—¿Qué? —me preguntó cuando notó que seguía parada allí.

—Mamá. —Suspiré y me senté en su cama.

Ella se giró y me ofreció toda su atención. Yo jugué con una percha de la pila de ropa, nerviosa por lo que estaba a punto de decirle.

—Si termino la lista y de alguna forma tengo más profundidad de emociones que me hagan pintar como Picasso, ¿vendrás a la galería a ver mis pinturas en la exposición?

Ella dudó y la desilusión me rodeó.

Debí simplemente olvidarlo, decir que no importaba. Pero esa pintura que había hecho con ella justo fuera del foco de luz, viendo mi audición, me dio una visión de cómo podría ser verla en la muestra de arte, así que insistí.

—Papá no podrá venir, al estar de viaje y eso. Pero Cooper estará allí y el abuelo también. Será como tener tu burbuja extra de protección. Estarás rodeada de personas familiares y relajadas.

Ella presionó sus labios y pude ver la tensión en su rostro.

—Sí, cariño —dijo de todas formas—. Me encantaría ver tu exposición.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Sonreí y me levanté de un salto para abrazarla.

—Ahora solo tengo que hacer que el señor Wallace me deje estar en la exposición.

—Él lo hará, mi brillante hija —afirmó mientras frotaba mi espalda—. Lo hará.

Hay un lugar en el centro en el que puedes sentarte con los pies en el agua y unos pececitos se acercan a comer la piel muerta.

Y me estás diciéndo esto ¿porque...?, respondió Cooper.

La lista. Probar algo nuevo.

Necesitaba una nueva pintura enseguida y no se me ocurría nada. Era hora de forzarme a pensar más allá.

Mi hermana tiene un pez dorado. Puedes meter los pies en su pecera si eso te parece bien.

Nop. Spa de peces.

Suena aburrido.

No te escucho proponer ninguna idea.

Mi cerebro aún está pensando.

Bien, yo haré esto de todas formas. Con o sin ti. Aún me quedan tres cosas nuevas por probar, ¿no?

Sin mí.

¿Te dan miedo los peces?

¿Lo sabría si fuera así? No lo sabía. Tal vez había encontrado su miedo y podría obligarlo a hacer eso conmigo.

Nop.

Ven conmigo, maldito.

Corro hoy. Debo prepararme mentalmente para ser más increíble de lo que ya soy.

Bien.

Te veré en mi carrera.

—Iré al spa de peces —anuncié al entrar al comedor. Mi madre y mi abuelo estaban sentados en el sofá. El abuelo tenía la televisión encendida. Mi madre tenía abierta su libreta—. ¿Quién viene conmigo?

—¿Spa de peces? —preguntó mi madre.

—Pequeños peces se comen la piel muerta de tus pies.

—¿Peces? ¿No puedes simplemente usar una esponja vegetal?

—Es una experiencia.

—¿No te contagiarán alguna clase de infección? —Mi madre levantó los pies y sacudió sus dedos descalzos.

—No lo creo.

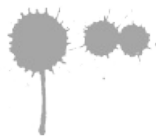
—Yo iré —dijo mi abuelo y se levantó.

—¿Mamá? —Ella estaba escribiendo algo en su ordenador de un modo que hizo que me preocupara por si estaba buscando información sobre los spa de peces.

—No, gracias. Estoy escribiéndole un e-mail a tu padre.

—Dile que dije hola y cuéntale lo del spa de peces.

—Lo haré. —Asintió sin levantar la vista.



El abuelo y yo estábamos sentados en el borde de la larga y acanalada piscina de aguas poco profundas. Prácticamente no olía a pescado. Olía a incienso y a cloro de la ducha caliente por la que acabábamos de

pasar de camino a esa habitación. En el agua, los pies de mi abuelo estaban rodeados de peces.

—Tú debes tener más piel muerta porque eres mayor —afirmé. Mis pies estaban solos.

—Tengo la edad perfecta —dijo él.

—La edad perfecta para los peces.

Él revolvió mi pelo. El agua estaba ligeramente más fría que la temperatura del ambiente y el frío pareció estar subiendo por mis piernas.

—¿Qué se siente? —pregunté.

—Hace cosquillas.

—Venid aquí, pececitos —dije al acercar mi pie izquierdo al derecho de mi abuelo. Un solo pez, distorsionado por el movimiento del agua, se acercó a mí. Mis hombros se tensaron mientras se acercaba. Y justo cuando estaba por mordisquearme, solté un grito y levanté mis pies fuera del agua.

—¿Qué fue eso? ¿Asustada? —Mi abuelo rio.

—No, solo me sorprendió.

—¿Te sorprendió? Si lo estabas viendo.

—De acuerdo, vale. Lo vi acercarse, pero me asustó cuando finalmente estuvo cerca.

—Vuelve a intentarlo. —Señaló mis piernas aún en el aire—. Puedes hacerlo.

Eran solo peces. Pequeños. Respiré profundo y volví a bajar los pies lentamente. El pececito que se había aventurado hacia mis pies ya se había ido, así que tenía que volver a esperar. Era la espera lo que me ponía más nerviosa. Esperar y observar la inminente aproximación. Esta vez dejé los pies dentro del agua. Esta vez sentí las ligeras

cosquillas que me produjo el pez al tocarme una y otra vez.

—No duele para nada —comenté.

—Te dije que no dolía.

—Creí que estabas disfrazando la verdad.

Entonces pensé que mi abuelo se ofendería, o que al menos lo fingiría, ante la sugerencia de que podría estar mintiéndome. Pero él solo negó con la cabeza y sonrió.

Observé el pez durante un largo tiempo antes de hablar.

—Anoche le pedí a mamá que viniera a mi exposición... Quiero decir, si al final soy capaz de entrar.

—¿De verdad? —preguntó él.

—¿No te lo dijo? —Eso me preocupaba. Ellos hablaban de todo.

—Tal vez se le olvidó.

—¿Crees que irá? —Sacudí un poco mis dedos, pero el pez no se alejó.

—Yo iré —dijo y me sonrió.

—¿No crees que ella vaya a ir?

—Creo que ella lo intentará.

—Lo prometió. —Más peces rodearon mis pies—. Y cuando ella promete algo, siempre lo cumple.

—Tienes razón, siempre lo hace.



Mi abuelo y yo nos quedamos atrapados por el tráfico de regreso a casa y casi no llego a la carrera de Cooper por segunda vez. Encontré a su familia y me sorprendí al ver una nueva incorporación al pequeño

grupo: Iris. Además, no era como la chica que recordaba haber visto una vez. Era incluso más bonita de lo que recordaba. Su pelo castaño estaba recogido en una cola de caballo y sostenía un letrero con el nombre de Cooper. Bajé mi letrero a un lado y seguí caminando más lento.

—Hola —dije al llegar junto a ellos.

—No te he visto en años. —Amelia brincó de arriba abajo y luego me dio un abrazo.

—Lo sé, no he ido a tu casa últimamente. Lo siento.

—¿Conoces a Iris? —preguntó la señora Wells.

—No —respondió Iris al mismo tiempo que yo dije:

—Sí.

—¿Sí? —preguntó ella.

—Nos vimos la noche de cine en la playa hace algunas semanas.

—¿Eras tú? —Me ofreció su mano—. Encantada de conocerte.

—Igualmente. —Estreché su mano extendida—. Soy Abby.

—¿Eres amiga de Cooper?

¿No sabía que era amiga de Cooper? ¿Él nunca me había mencionado? Incliné la cabeza, analizando su expresión. Ella parecía estar hablando totalmente en serio. Realmente no habían salido *tanto*. Supongo que no debió haberme sorprendido.

—Sí, lo soy.

Ella asintió con una sonrisa.

—Parece que la carrera está a punto de empezar —anunció la señora Wells.

—¡Oh! —Iris volvió a centrarse en la pista—. Esto es tan emocionante.

—¿Nunca antes habías visto una carrera en las dunas?

—No, esta es la primera vez.

—¿Creciste aquí?

—No, nos mudamos hace dos años desde Ohio.

—Espera, ¿estudias en la Secundaria Pacific? —Nunca la había visto en el instituto, pero no conocía a todos los que asistían. Yo era una chica de popularidad media.

—No, voy a la Academia Dalton —respondió ella. Dalton era un instituto privado en la playa. Tenían clases de biología marina y podías reemplazar la clase de gimnasia por surf.

—Ah, genial. ¿Te gusta?

—Es increíble.

El hombre con la bandera verde la bajó y los corredores arrancaron.

—¿Cuál es Cooper? —preguntó Iris.

—El del casco verde claro. —Le señalé.

Ella se paró de puntillas y soltó un grito. Cooper dio un salto y aterrizó con las ruedas delanteras primero, mientras que las traseras se quedaron girando en el aire durante unos segundos más. Iris se quedó sin aliento a mi lado.

—No te preocupes —le dije al sentir la ansiedad que yo conocía tan bien—. Él nació en las dunas.

—Eso fue lo que dijo. —Iris rio.

—Sí... —Claro que le diría eso a ella también.

Esa no era la primera vez que una chica se presentaba a una carrera de Cooper. Pero al verla a ella allí, tan cómoda con su familia, tan emocionada por su carrera, fue la primera vez que sentí que yo era la extraña, la que no pertenecía a ese lugar.

Cooper terminó en primer lugar, como siempre, y ella se volvió loca, por lo que el señor y la señora Wells sonrieron.

Miré mi teléfono. Necesitaba bañarme y parecer un poco más profesional para el recorrido del museo, además aún tenía que colgar los dibujos de los niños que había llevado la maestra, pero todavía me quedaba una hora, así que podía quedarme y saludar a Cooper. Tal vez su presencia hiciera que las cosas volvieran a ser normales. Todos caminamos hacia el remolque donde él nos esperaba.

—Ha sido divertido. Él es realmente bueno —comentó Iris al ponerse a mi lado.

—Sí, lo es. No tiene miedo.

Cooper ya estaba en el remolque, sin casco, cuando llegamos. Lo primero que hizo fue abrazar a Iris.

—Me gusta tu cartel.

Ella soltó un gritito alegre.

—¿Te han presentado a Abby? —preguntó él.

—Sí —respondió ella. Esperé que ella dijera algo como: «¿Por qué no me habías hablado de Abby antes?». Pero no lo hizo. Esperé que él dijera algo como: «Ella es mi mejor amiga en el mundo», pero no lo hizo.

—¿Iréis a celebrarlo? —preguntó la señora Wells.

—Yo tengo que irme, pero pasadlo bien —dije.

—¿A dónde vas? —me preguntó Cooper—. ¿No quieres celebrar mi victoria?

—Tengo eso de los niños de la guardería en el museo, ¿recuerdas?

—Ah, sí. —Me dio un abrazo.

—Puaj, estás sudando —dije y lo empujé. Él rio.

—Hace calor. Y es «brillo de campeón».

—Felicidades por tu victoria. ¿Te veré más tarde?

—Sí. Seguro.

Me despedí de todos los demás y me marché con una sola mirada atrás. No fue una buena idea, porque todo lo que vi fue a Cooper dándole otro abrazo a Iris y a toda su familia sonriendo.



—¿Eres pintora? —Era la segunda vez que una niña pequeña me hacía esa pregunta. Había guiado al grupo de niños y a sus padres por el museo a un ritmo más veloz del que hubiera tenido con un grupo mayor. Estaba sorprendida de que su atención hubiera durado tanto. Ese era el primer recorrido que había guiado personalmente; había observado como unos mil y no creía que fuera a sentirme tan emocionada de realizar uno, pero estaba disfrutando de abrir sus ojos al arte, aunque no estuvieran entendiéndome del todo. Un niño pequeñito al fondo del grupo golpeaba con la cabeza la pierna de su madre una y otra vez. Sentí que estaba a segundos de perderlos. Pero esa niña, la que estaba al frente, de grandes ojos color café y dos coletas de caballo, estaba prestando atención. Y, al parecer, reconocía una respuesta evasiva cuando la escuchaba, porque no aceptó mi respuesta de «me gusta el arte».

—Sí, yo pinto.

—Enséñanos tu pintura de aquí —insistió.

—No hay ninguna pintura mía aquí —respondí, y estiré mi elegante chaqueta—. Son artistas famosos los que están en exposición. Y, una vez al año, tenemos una exposición de arte *amateur* que está a la venta.

—Entonces, ¿allí podremos ver tus pinturas?

—Tal vez. —Aplaudí para llamar la atención de todos—. Pero ahora,

os enseñaré unas piezas de arte muy famosas. —Estaba esquivando la pregunta de una niña de cuatro años. ¿Podía ser más patética?

Los guie por el pasillo hasta la habitación donde había colgado sus dibujos, más bajos que las demás pinturas, para que pudieran verlos mejor. Incluso había reacomodado algunos focos de luz para resaltarlos.

Eso logró que el grupo, antes inquieto, volviese a centrarse.

—Hoy tenemos en exposición el arte del Jardín Schoolhouse —dije con voz de guía oficial—. Esta es una exposición peculiar que nunca antes hemos tenido, así que es muy especial. —Los niños señalaron sus propios dibujos con voces agudas. Incluso los padres y maestros parecían más animados de lo que habían estado hasta entonces. Noté al señor Wallace detrás. Él me hizo una señal de pulgares arriba. Mientras el grupo salía en fila, el señor Wallace los acompañó, hablando con la maestra por el camino.

Comencé a descolgar los dibujos uno por uno. El nivel de los niños era más o menos parejo. Podían dibujar círculos con ojos y palitos como brazos y piernas. Podían dibujar un sol o un árbol. Pero había un dibujo que era bastante bueno, muy por encima del nivel de los demás. Me recordó a mis propios dibujos de cuando era niña, siempre por encima del promedio. Eso fue lo que animó a mis padres a llevarme a clases de dibujo y pintura.

El sonido de pies arrastrándose sobre las baldosas me llamó la atención y levanté la vista.

La sonrisa de Cooper me recibió.

—Estás aquí —dije, feliz y sorprendida.

—¿Sabes lo tentado que estuve de entrar y asustarte? ¿Qué había captado tu absoluta atención?

Le enseñé el dibujo que había estado mirando. Era una niña parada

debajo de un arcoíris. Era claramente una niña; no solo una cabeza circular como en los demás dibujos. Tenía brazos, piernas y cuerpo. Llevaba un vestido púrpura.

—Muy bonito —dijo él—. ¿Lo has dibujado tú?

—Qué gracioso. No. Una niña de cuatro años dibujó esto.

—¿Y el señor Wallace pondrá *eso* en la exposición? —Su tono era sarcástico.

—Shh. No digas esas cosas aquí. Él está en todas partes. —Miré alrededor, pero la habitación estaba vacía.

—Tal vez *debería* decir esas cosas aquí. Tal vez lo haga pensar —respondió. Suspiré y descolgué los dibujos que quedaban—. Lo siento, lo siento. ¿Qué se suponía que tenía que notar en ese dibujo de una niña de cuatro años?

—Probablemente nada. —El dibujo de la niña podía estar por encima del promedio entonces, pero todos los demás la alcanzarían en cualquier momento. Apilé los papeles juntos y los miré—. Pensé que saldrías con tu familia.

—Solo fuimos por un postre esta vez, así que ya terminamos. Y tengo algo para ti.

—De acuerdo.

—Estábamos saliendo del restaurante de las tartas de queso y les quedaba una última porción de fresas y chocolate blanco. ¡Una! Y pensé: *es el destino*. O como sea que te guste llamarlo. —Sacó la bolsa blanca con líneas de colores de detrás de su espalda.

—Eres el mejor.

—Lo sé. Ahora vamos. Sentémonos en el mirador para que puedas compartirlo conmigo.



Esa noche fui a casa y tomé un lienzo pequeño. Pinté un pez. Al principio lo hice realista, como si lo viera debajo del agua. Pero me di cuenta de que no quedaba demasiado bien. Lo que había sentido en el spa y lo que había sentido ese día en la carrera de Cooper no se correspondía con lo que había creado. Entonces hice al pez distorsionado, doblado en un ángulo extraño, sus partes no estaban del todo bien alineadas. Hice el agua a su alrededor agitada, casi turbia, poco clara. Di un paso atrás y analicé el producto final. Así era como me había sentido.

¿Cómo no había ido a una fiesta antes? ¿Qué se suponía que debía ponerme? ¿Un vestido de playa? ¿Un short y un top? ¿Algo más bonito? ¿Se suponía que debía llevar más maquillaje de lo normal? Pensé en llamar a Lacey para preguntarle, pero me sentí tonta. Se supone que ya tendría que saber esas cosas. Además, ella probablemente estuviera ocupada con su fiesta. Llamé a Cooper en su lugar.

—No te estás arrepintiendo de esto, ¿o sí? —contestó Cooper después de tres tonos.

—No. Elliot me recogerá en una hora.

—Espera, ¿qué? Pensé que llegarías sola para no quedarte atrapada allí.

—Lo sé. Fue un momento de debilidad. La verdadera pregunta es: ¿qué llevas puesto?

—Tienes que decir eso en un tono más sensual para que funcione. Así: *¿qué llevas puesto, cariño?* —Esa última frase la dijo en tono bajo y áspero.

—Asqueroso. No intentaba ser una perversa. Lo decía en serio. ¿Qué te pondrás para ir a esta cosa?

—Ah.

Casi pude verlo bajar la vista a su atuendo. Como si estuviera en ese momento, con mi pregunta, descubriendo lo que tenía puesto.

—Un short y una camiseta.

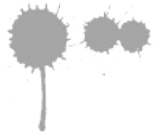
—Eso no ayuda.

—Ponte un vestido y unas sandalias. Máscara de pestañas. Brillo de labios —dijo él. Mi boca se abrió y volvió a cerrarse—. Presto atención a lo que usan las chicas, Abby.

—¡Gracias! Tengo que prepararme.

—Te veo en un rato. Buscadnos cuando lleguéis.

—Lo haré. —Había planeado hacerlo. Él comenzaba las conversaciones, las mantenía y sabía cuándo terminarlas. Hacía que ser sociable fuera mucho más fácil.



Elliot llegó a mi casa justo a tiempo. Estaba muy guapo, con una camiseta con cuello y pantalones cortos. Sus rizos oscuros normalmente despeinados estaban acomodados fuera de su rostro. Mi abuelo le abrió.

—Elliot, qué alegría verte, pasa.

—No hace falta que entre. Ya me voy. Nos vemos. —Esquivé a mi abuelo y salí.

Pero mi abuelo no soltó la mano que estaba estrechando como saludo y tiró de él hacia adentro.

—Claro que sí que hace falta que entre. Tiene que conocer a tu madre.

—Elliot —protesté—, siento que esto se esté haciendo más grande de lo que es.

—Está bien —respondió con una sonrisa.

—Hola. —Mi madre se unió a nosotros en la entrada—. Encantada

de conocerte —dijo mientras le daba un abrazo a Elliot—. Gracias por invitar a salir a mi hija.

—Sí, es una tarea tan pesada —comenté.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Mi madre me golpeó el brazo en broma.

—¿Podemos irnos ahora? —No necesitaba estar más avergonzada.

—Ven a ver el comedor primero. A todo el mundo le encanta ver el comedor. Hay mucho del arte de Abby en él. Sus pinturas son como ventanas al mundo. —Hablaba mientras marcaba el camino y Elliot la seguía.

—Mamá. Me vengaré por esto. Querrás dormir con un ojo abierto esta noche.

Elliot dio las respuestas apropiadas. Se dio una vuelta formando un círculo completo, expresando *Uh* y *Ah* en los momentos correctos. Mi madre estaba encantada.

—Podemos quedarnos aquí esta noche —dije y me senté en el sofá—. A mí no me importa.

—Bien, bien. —Mi madre alzó las manos, rendida—. Solo estoy orgullosa. Largaos de aquí. Y encantada de conocerte, Elliot.

—Igualmente.

Él me sonrió mientras salíamos.

—Me disculpo por todo esto. A ella le gusta presumir.

—Entiendo el porqué.

Sin saber qué responder a eso, solo me encogí de hombros.

Elliot conducía un Jeep sin puertas. Después de subirnos a él comenzó a conducir calle abajo y yo empecé a cuestionar mi elección de vestuario. El viento que entraba en el coche me obligaba a agarrar mi vestido para que no se volara.

—Lo siento —dijo Elliot al notar mi dilema—. Debía haberle puesto el techo. Intentaba parecer divertido.

Me reí.

Él se estiró hacia el asiento trasero y me ofreció una manta.

—¿Quieres poner esto sobre tus piernas?

—Sí, por favor. —Ayudó mucho.

—Estás muy guapa, por cierto.

—Gracias. —Me ocupé de la manta sobre mi falda, la metí debajo por ambos lados de mis muslos para que envolviera mis piernas por completo.

—La verdad es que eres una pintora increíble —comentó él después de unos minutos de silencio.

—Yo..., gracias. —Decidí quedarme con eso. No quería tener que explicarle cómo me veían los profesionales; sin experiencia.

—¿Te quieres dedicar a ello cuando acabes el instituto? ¿Asistirás a alguna escuela de arte?

—Sí..., eso creo. —Eso es lo que había querido hacer desde que tenía ocho años. Eso es lo que había querido hacer hasta que el señor Wallace metió en mi cabeza que podría no ser tan buena. Me preocupaba no poder entrar a una escuela de arte. Que todos fueran mejores que yo. Que ni siquiera pudiera entrar al Programa de Invierno, sin mencionar lo de ir a una escuela de arte después de graduarme—.

¿Qué hay de ti?

—Sí, yo también.

—¿Tú también qué?

—Quiero ir a la escuela de arte.

—¿Qué? ¿Tú pintas? —Se ganó toda mi atención.

—No. Bueno, pinto un poco, pero me dedico más a esculpir.

Él era un artista ¿No le había dicho a Cooper, menos de un mes atrás, que mis metas para una relación incluían a un artista?

—¿Cómo es que no tuvimos ninguna clase de Arte juntos?

—Tomo lecciones privadas —balbuceó, como si no quisiera admitir eso.

—Ah, disculpe señor Lecciones Privadas —lo provoqué.

—Lo sé. Suena tan pretencioso...

—Solo estaba bromeando. Es genial. Precisamente porque no tenemos clase de Escultura en el instituto. Me encantaría ver tu trabajo alguna vez.

—Por supuesto. Eso sería estupendo. Me gustaría tener la opinión de otro artista.

—No creo que mi opinión sirva de mucho, pero sí amo el arte.

—Eres la artista con más talento de nuestro instituto. Tu opinión significaría mucho para mí.

—¿Has visto mis pinturas en el instituto? —le pregunté, sorprendida. Yo no había visto nada suyo.

—Voy con frecuencia al Salón de Arte. Eres buena.

—Ahora solo estás soltando piropos al azar. Tienes que tener cuidado. Se te podría ir de las manos. —De repente recordé algo que Rachel me había dicho, sentía que años atrás, en el cine de la playa—. Espera, ¿tú le preguntaste a mi amiga Rachel por mi arte una vez en un Starbucks?

—Te lo dijo.

Asentí. Él era el chico misterioso. Ella dijo que debía invitarlo a salir y allí estaba, en una cita con él. No solo apreciaba mi arte, sino que también era un artista. Era como todos mis objetivos para una relación en uno. ¿Sería el destino?

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Qué? Sí. —Miré a mi derecha, lejos de Elliot, intentando despejar mi mente, cuando noté algo—. Él sigue ahí.

—¿Qué? —preguntó Elliot, comprensiblemente confundido.

—Ese hombre encadenado al árbol. —Señalé—. Lleva ahí atado como cuatro días.

—¿Por qué?

—Quiere impedir que corten el árbol para edificar la zona. Intenta salvarlo. —Había una gran demolidora aparcada a la derecha del árbol, que no estaba allí la última vez. No había nadie dentro. Solo estaba allí como un recordatorio de lo que estaba a punto de ocurrir—. ¿Habrás comido algo? ¿O también estará haciendo huelga de hambre en protesta?

—No tengo ni idea. Espero que haya comido algo.

—No se me ocurre que me haya sentido tan apasionada por... bueno, *nada* —afirmé.

—¿No se te ocurre nada por lo que te encadenarías a un árbol?

—Mi familia, por supuesto. Mis amigos... tal vez. —Añadí esa última palabra con una sonrisa—. Pero nada que no pueda hablarse.

—Creo que a mí tampoco se me ocurre nada —dijo Elliot—. A excepción de...

—¿Qué? ¿Se te ha ocurrido algo? —pregunté cuando él se detuvo.

—Si lo digo, sonaré pretencioso por segunda vez en una noche.

—Ahora *tienes* que decirlo.

—Hay una escultura que hice. Me llevó meses y puse toda mi alma en ella. Si alguien me dijera que van a destruirla, me encadenaría a ella. No estoy seguro de si llegaría hasta el final, pero seguramente llamaría la atención.

¿Él había esculpido algo por lo que sentía tanta pasión? Dejé que mi mente repasara todas las pinturas que había hecho. Seguro, me entristecería si alguien quisiera destruirlas, pero... tal como el señor Wallace se había alegrado de señalar, aparentemente nunca había dejado mi corazón en una pieza.

—Lo ves. Pretencioso —insistió él, y yo me di cuenta de que no le había respondido.

—No. Para nada. Eso es genial. Ahora sí que tengo ganas de ver tu trabajo.

—Ahora he elevado tus expectativas mucho más de lo que debería. —Él me sonrió y luego torció su rumbo en la calle de Lacey, que ya estaba llena de coches. Miré a cada lado de la calle hasta que encontré el coche de Cooper. Me relajé de inmediato. Cooper estaba allí y mi cita estaba siendo muy interesante. Tal vez realmente fuera a disfrutar esta noche más que una noche en el muelle viendo fuegos artificiales. Tal vez esa fuera mi nueva actividad. Aparcamos el coche y seguimos el camino bordeado de setos.

—¡Abby! —exclamó Lacey al abrir la puerta—. Y Elliot. ¿Habéis venido juntos? —Levantó sus cejas.

Ella se hizo a un lado y extendió su brazo.

—Hay comida y bebida en la cocina, y mi padre está preparando la barbacoa al fondo.

—Solo una pequeña barbacoa, ¿eh? —pregunté con una sonrisa burlona. Su casa estaba llena de gente. Ya sabía que ella no daba fiestas pequeñas.

—Sí... —Se encogió de hombros—. Me excedí un poco. Déjame recibir a algunas personas más y te veré después.

Elliot y yo caminamos por la casa, que no era tan grande como había

imaginado que sería por todas las charlas en el instituto, pero estaba bien decorada y mantenida. Reconocí a muchas de las personas que nos cruzamos porque iban a nuestro instituto, pero a muchas otras, no. Vi a Cooper al otro lado de la piscina, hablando de forma animada con un grupo de personas, sus manos volando a su alrededor. Seguramente estaba tratando de convencer a su audiencia de lo que estuviera diciendo; en esos momentos siempre se volvía una persona realmente animada.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó Elliot, y señaló con su cabeza la barbacoa a la derecha. El aire estaba lleno de humo, acompañado del olor a carne a la parilla.

—Estoy bien por ahora. ¿Tú quieres algo?

—Estoy bien. Mira, allí está Cooper. ¿Deberíamos ir a saludarlo?

—Sí.

—¡Abby! —gritó Cooper emocionado cuando me vio. Iris estaba a su lado y me saludó. Yo le sonreí—. Todos —anunció Cooper en voz alta—, ellos son Abby y Elliot.

Algunas personas dijeron sus nombres, y a los demás ya los conocía.

—Abby, ¿recuerdas la vez que te empujé a la piscina en ese hotel en donde tenían las pinturas que querías ver? —Cooper se rio. Él me había empujado después de que habíamos visto el salón de baile lleno de pinturas. Íbamos de camino a casa, de todas formas. Luego él saltó detrás de mí, probablemente consciente del enfado que me pillaría. Pero terminamos salpicándonos el uno al otro hasta que el encargado del hotel nos echó.

—Sí, y si haces eso esta noche serás hombre muerto.

—Deberíamos empujar a alguien. —Miró a Iris y alzó las cejas provocativamente.

—Ni lo sueñes —dijo ella—. Estoy de acuerdo con Abby. Muerto.
Nos sonreímos la una a la otra.

Lacey se unió a nuestro grupo enlazando su brazo con el mío y descansando su cabeza en mi hombro.

—No sabía que tenías una cita esta noche —comentó por lo bajo—.
Tenía la impresión de que tú y Cooper...

—Nop —respondí también por lo bajo.

—¿Por decisión propia?

—Nop. —Debió haber comprendido más de mi incoherente confesión en el teatro de lo que reveló.

Ella se quedó en silencio por un momento, yo no podía ver sus ojos, pero supuse que estaba estudiando a Cooper.

—Bueno, él sonríe demasiado y no sabe vestirse, de todas formas.

Contuve la risa. Esas eran dos cosas que me gustaban de él.

—Y Elliot es adorable.

Habíamos estado hablando bajo, pero seguramente sin demasiada sutileza y, cuando miré a Cooper, él me lanzó una mirada inquisitiva.

Yo negué con la cabeza.

Luego sus ojos pasaron al brazo de Lacey aún enlazado con el mío y supe lo que estaba preguntando su expresión: «¿De qué va todo esto?».

—¿Quieres una hamburguesa? —me preguntó Lacey, más fuerte que antes—. Yo quiero una hamburguesa.

—Sí, claro —respondí.

—Venga, Elliot, vamos a por algo de comida.

Él nos siguió. En una larga mesa del patio llenamos nuestros platos con bocadillos, melón y hamburguesas.

—Vamos hasta allí para comer tranquilos. —Lacey señaló una tumbona debajo de un árbol que milagrosamente estaba vacía.

Yo me senté en la cabecera y Lacey le indicó a Elliot que se sentara al otro lado, frente a mí. Ella arrastró una silla de la zona de la piscina y se sentó con nosotros.

—Gracias por venir, chicos.

—Gracias por la invitación. ¿Qué tal fueron tus audiciones? —le pregunté.

—Estuvieron bien. Pero así me siento siempre, así que ya veremos.

—¿Audiciones? —preguntó Elliot.

—Nada importante. —Ella esquivó su pregunta—. Tengo que ver a mis invitados. Divertíos. —Su voz conspirativa regresó y supe que lo tenía todo planeado. Luego se fue, dejándome sola con Elliot.

Un absoluto silencio incómodo siguió a la partida de Lacey. Yo di varios bocados a mi hamburguesa para intentar justificarlo. Después de tragarme un bocado enorme, entré en pánico. ¿Realmente no podía mantener una conversación normal fuera de mi grupo de amigos? La imagen de ese pez solitario nadando hacia mi pie se coló en mi mente y no supe por qué. Pero entonces me di cuenta de que estaba sintiendo la misma ansiedad que había sentido en ese momento. Una vez que la dejé pasar, estuve bien. *Simplemente dale a Elliot una oportunidad*, me dije a mí misma.

Algunos grillos en un arbusto cercano comenzaron a cantar y los ojos de Elliot siguieron el sonido. Entonces sonrió.

—Los grillos rompen el silencio.

—Es algo irónico. —Me relajé de inmediato y reí.

—Para ser actriz no es muy sutil, ¿no? —dijo refiriéndose a Lacey.

—No creo que estuviera intentándolo. Ser sutil no es necesariamente lo suyo.

—Me dejó aquí solo contigo, así que no puedo quejarme.

Mis mejillas se sonrojaron y su afirmación fue seguida por un largo silencio que creí que ya habíamos superado, pero al parecer regresó por un segundo round. Di unos golpecitos al brazo de la silla, luego comí un poco de melón.

—¿Qué es lo que más te gusta esculpir? ¿A qué regresas siempre?

—¿Lo que más me gusta? —repitió—. No sé si es lo que más me gusta, pero hago muchos árboles. Creo que intento hacer el árbol perfecto.

—¿Esculpes en yeso o en piedra?

—En yeso.

—Nunca he pintado un árbol. Bueno, es decir, no como elemento principal. Los he pintado como fondo o como parte de una escena. Debería probar con un árbol.

—¿Qué es lo que más te gusta pintar? —preguntó él.

—No tengo algo preferido, en realidad. Pinté un amanecer recientemente y fue divertido.

—No vi ningún amanecer en tu comedor.

—El comedor solo tiene algunas de mis pinturas. Tengo una habitación llena de mis cosas.

—¿Por qué no me la enseñaste?

—¿No fuiste tú el que habló de pretensiones?

—Hay una línea muy fina entre ser un fanfarrón y querer que las personas vean tu trabajo, ¿no es así?

—Supongo que sí —afirmé.

—Bueno, quiero ver tus pinturas.

Yo sonreí.

—¡Abby! —Escuché mi nombre en la distancia. Al darme la vuelta, vi a Cooper parado junto a una hielera levantando una lata de soda. Las luces del patio estaban encendidas y había luces blancas alrededor de los árboles y postes que iluminaban el jardín oscuro. ¿Cuándo había oscurecido tanto?

Asentí. Luego él señaló a Elliot.

—¿Quieres algo de beber? Pregunta Cooper.

—¡Cola! —Elliot gritó con las manos alrededor de su boca.

Cooper rodeó la piscina y nos ofreció las dos latas.

—El refresco de cola es un motivo de ruptura en una relación para Abby. Ella lo odia.

—Está bromeando. —Puse los ojos en blanco.

—Entonces, ¿no lo odias? —preguntó Elliot.

—Sí, lo odio. Pero no es un motivo de ruptura.

Cooper le dio un golpecito en el brazo a Elliot y luego se marchó. Ambos lo observamos alejarse. Fue extraño. Volvió a acercarse a Iris y ella pasó un brazo por su cintura.

—Cooper y tú estáis muy unidos —comentó Elliot y distrajo mi mirada.

—¿No lo son todos los amigos?

—Cierto.

Nos quedamos en silencio durante un momento y yo intenté pensar en más temas de arte de los que hablar. Dejé mi plato a medio comer en el suelo junto a nuestra silla y él hizo lo mismo.

Él se inclinó hacia un lado, lo que hizo que se acercara más a mí, y miró al cielo.

—¿Conoces alguna constelación?

—Solo las básicas. ¿Y tú?

—Igual.

—Hueles bien —admití. Como a algún producto para el pelo, o suavizante, o algo limpio y perfumado.

—Gracias. Tú también.

—Es loción de vainilla. —Levanté mi brazo, él lo tomó en su mano y lo acercó a su nariz.

—Huele a galletas —dijo.

Cooper volvió hacia nosotros, con Iris de la mano esta vez, y se sentó en la silla que Lacey había acercado. Iris se sentó frente a él.

—Abby, Iris me preguntó cómo nos conocimos y estaba intentando recordar lo primero que te dije en la clase de Ciencias cuando te mudaste aquí.

—Dijiste: «Eres nueva». Yo dije: «Eres observador».

—Es verdad. —Él se rio—. Siempre tan sarcástica. Pero luego respondí algo muy gracioso.

—Cooper piensa que es más gracioso de lo que es realmente. —En verdad no recordaba exactamente lo que él me dijo cuando entré a la clase de Ciencias en mi primer día en otro instituto nuevo. Pero recordaba que él fue la primera persona que me habló y fuimos amigos desde entonces.

—Ella está tan celosa... —Él jadeó fingiendo estar ofendido.

Esa palabra liberó algo en mi mente. ¿Eso era lo que estaba ocurriendo allí? ¿Por eso Cooper seguía acercándose a interrumpirnos? ¿Estaba celoso? Esa idea se expandió en mi pecho hasta que sentí que estallaría.

—Recuerdo lo primero que yo te escuché decir —comentó Iris.

—Ah, sí, ¿qué? —preguntó él.

—Dijiste que si te daban a elegir entre ver fantasmas o zombis, escogerías fantasmas, porque así podrían decirte el futuro.

—Los fantasmas no saben el futuro —dijo Elliot. Yo sujeté su brazo.

—¡Eso fue exactamente lo que yo dije!

—Mis fantasmas lo sabrían —reiteró Cooper.

—Cuando conocimos a Iris, estábamos jugando a Qué prefieres —le expliqué a Elliot. Bueno, cuando ella conoció a *Cooper*. No me recordaba a mí.

—¿Estamos jugando a Qué prefieres? —Lacey apareció en ese preciso momento con otras dos personas detrás.

—No —respondió Cooper—. Pero podríamos.

Lacey se sentó en la punta de nuestra tumbona y le indicó a Elliot que se acercara más a mí. Él lo hizo y ella se acomodó. Las otras dos chicas que estaban con ella se sentaron en el césped frente a las sillas.

—¿Conocéis a Lydia y Kara? —El grupo les dio la bienvenida.

—Yo tengo una, si es que estamos jugando —afirmó Elliot—. Qué prefieres: ¿saltar a la piscina ahora mismo o comer un grillo vivo? — Señaló al arbusto, donde ya no podía escuchar a los insectos, pero estaba segura de que seguían allí.

—¡Piscina! —respondieron casi todos al mismo tiempo.

Cooper y yo nos miramos y ambos respondimos:

—Grillo vivo.

—¿Qué? —preguntó Lacey con expresión de disgusto.

—Ya hemos comido la versión disecada antes. Un poco de sal y pimienta y no están tan malos —dijo Cooper.

—¿*No están tan malos?* —Alcé las cejas.

—No empieces. —Él me hizo callar con la mano.

Yo vi sus ojos centelleantes y me reí.

—Yo tengo una —comentó Lacey y me miró con la cabeza de lado—. ¿Amor no correspondido o no poder amar nunca?

La miré con los ojos bien abiertos, pero ella solo me miró con inocencia.

—¿Es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado? —preguntó Elliot—. ¿Acabas de hacer esa pregunta en serio?

—¿Es una pregunta típica en este juego? —dijo Iris.

—Tennyson —respondí—. ¿De verdad que no conoces esa cita con

siglos de antigüedad?

—Me suena familiar —comentó—. Y yo creo que preferiría no amar. El amor no correspondido es tan patético...

—Auch —expresó Lacey—. No creo que sea patético. Pero sí muy trágico. Los artistas lo usan para alimentar a sus musas. Las musas son realmente voraces.

Entonces no pude evitar reírme. Tomé un trozo de melón del plato que había abandonado y se lo lancé a ella. Ella saltó de la tumbona con un grito, lo que hizo que esta se diera la vuelta por el peso desequilibrado. Yo caí al suelo y Elliot aterrizó encima de mí.

—Lo siento —me dijo y se levantó, luego me ayudó a mí—. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Cooper estaba allí también, obviamente había saltado de su silla cuando la nuestra se dio la vuelta.

—¿Estás segura de que estás bien? —me preguntó mientras me analizaba.

—¿Quién dijo que la caballerosidad ya no existía? —comentó Lacey.

—Chicos, en serio, fue una caída de solo treinta centímetros —dije con las manos en alto.

—No estaba preocupado por la caída. Solo por el peso que cayó sobre ti —comentó Cooper, y le dio una palmada en la espalda a Elliot.

—Estoy bien. —Lo miré con la cabeza de lado, realmente estaba actuando de forma extraña.

Todos volvimos a nuestros lugares y pasamos la siguiente hora jugando. Finalmente, Lacey se estiró y dijo:

—Será mejor que vaya a ver al hombre de los fuegos artificiales. —Se levantó, pero esta vez asegurándose de que reacomodáramos nuestro

peso antes de levantar el suyo por completo.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté.

—Sí, por supuesto. Ya volvemos —le dijo al resto del grupo mientras yo me unía a ella—. El mejor sitio para ver los fuegos es el patio, junto a la piscina. Iremos todos allí.

—¿Intentas dejarme en evidencia? —le pregunté cuando estuvimos lejos del grupo.

—Fue inofensivo. —Rio ella—. No creo que él haya sospechado nada. Además, está aquí con su novia.

—Ella *no* es su novia. Solo han tenido dos citas, como mucho.

—Entonces, no es demasiado serio aún.

—¿Has notado que Cooper actúa diferente esta noche?

—No lo conozco lo suficiente como para saber cómo es normalmente.

—¿Crees que es posible que... Cooper pudiera estar... celoso de Elliot? —dije eso en voz alta, y sentí ganas de retirarlo.

—Posiblemente. —Caminamos por el lado de la casa hacia el garaje—. ¿Has pensado en decirle simplemente a Cooper lo que sientes?

—Estoy intentando *superar* a Cooper.

—¿Incluso al Cooper que podría o no estar mostrando señales de celos?

—Él es mi amigo —protesté—, y yo lo estropearía todo. Le di una oportunidad, y créeme cuando te digo que no fue bien recibida.

—Las cosas cambian —afirmó y se encogió de hombros.

No estaba segura de que hubieran cambiado lo suficiente. Más allá de su comportamiento extraño, él estaba allí con Iris y yo estaba con Elliot. Así que esa noche definitivamente no era para confesiones.

El garaje era grande y alojaba cuatro coches. Uno tenía un cobertor

encima, solo se veían las brillantes cubiertas negras. Un hombre, asumí que el padre de Lacey, estaba mirando unas cajas en una esquina.

—¿Están listos los fuegos artificiales?

—Si solo lanzamos algunos de los ilegales no tendría por qué pasar nada, ¿verdad? —Él se enderezó y se dio vuelta.

—Abby no nos delatará —dijo Lacey.

—En verdad os delataría a ambos bastante rápido ante la sola amenaza de tortura.

—Está bromeando —afirmó Lacey cuando su padre pareció preocupado por mi comentario—. Vamos, te ayudaremos con las cajas.

—Entre los tres, solo necesitamos un viaje para llevar todos los fuegos artificiales junto a la piscina. Luego Lacey y yo nos reunimos con los demás.

Los fuegos artificiales no eran de la calidad de los profesionales ni por asomo, pero estaban bien. Y mientras los cohetes ilegales iluminaban el cielo con sus ruidosos estallidos de color, me di cuenta de que Cooper me miraba. Él apartó la vista. Tal vez las cosas *podían* cambiar.

Cuando entré a casa varias horas después, mi madre y el abuelo estaban sentados en el sofá, fingiendo que veían televisión.

—¿Seguís despiertos? —pregunté desde la entrada—. ¿No se pasó ya vuestra hora de acostaros?

—Queríamos saber cómo había ido tu cita. —Mi madre apagó el televisor.

—Fue divertido. —Me senté en el sofá junto a ella—. Él esculpe.

—¿Esculpe? —preguntó ella—. ¿Es algo relacionado con el gimnasio?

—No. Literalmente toma un bloque de yeso y moldea cosas geniales. O, al menos, creo que son geniales. Nunca las he visto.

—Es un artista. —Su rostro se iluminó.

—Pero no te hagas ilusiones, porque no estoy segura de que las cosas vayan a avanzar. —El hecho de que terminara la noche con la esperanza de que Cooper estuviera celoso no era un buen comienzo para una relación.

—A veces lleva un tiempo saber si te gusta alguien.

—Lo sé.

—Bueno, estoy orgullosa de ti por intentarlo. Tal vez ahora que viste lo divertido que puede ser, volváis a salir. O quizás salgas con otro chico. Eso parece la mejor idea del mundo.

—Sí, suena como un buen plan. —Cuando me di cuenta de que

esperaban algo más, añadí—: Solo tengo que escoger a uno de los muchos chicos que están haciendo fila en la puerta, esperando para cortejarme.

—Lo ves, sabía que estaba siendo sarcástica —dijo mi madre.

—¿Tienes algo que añadir a este interrogatorio, abuelo?

—Interrogaré a tu fila de chicos para averiguar quién está detrás de ti solo por tu belleza y tus riquezas.

—Me iré a la cama. —Me levanté y besé a mi madre en la mejilla, luego al abuelo—. Os quiero a los dos. Buenas noches.



Al día siguiente, desperté de la mejor manera posible. Con un mensaje de Cooper que decía:

El pez dorado de mi hermana se murió. Tendremos una ceremonia. Ven, ahora.

La verdad es que esa no fue *exactamente* la mejor manera de decírmelo. Si la vida del pez dorado pudiera haberse salvado, habría sido mucho mejor. Pero había ocurrido y él me había escrito a *mí*.

Entendido. Estoy de camino.

Me cepillé los dientes, me cambié el pantalón de pijama por unos pantalones cortos y me dirigí a la puerta.

—Iré a casa de Cooper. Vuelvo más tarde.

—De acuerdo, diviértete —respondió mi madre.

Se me ocurrió una idea y retrocedí, recogí mi nueva pintura, la del pez, y salí.



—¿Ni siquiera te has peinado? —preguntó Cooper cuando abrió la puerta—. Y dormiste con esa camiseta, ¿verdad? Por el amor de Dios, es un funeral.

—Sí.

Él sonrió y me cogió del brazo para arrastrarme dentro. Cerró la puerta, luego se detuvo un momento. La luz de la entrada era tenue y levanté la vista, confundida. Sus ojos se encontraron con los míos y me sostuvo la mirada durante tres segundos en los que me dejó sin aliento. Luego su sonrisa se encendió.

—Vamos.

Su hermana ya estaba en el baño, sosteniendo la pecera con valentía.

—Creo que olvidé alimentarlo —murmuró cuando me vio.

—A veces los peces simplemente se mueren —le dije con un brazo sobre sus hombros.

—Especialmente cuando no tienen comida —comentó Cooper, y yo le di un codazo en las costillas. Él gimió, pero luego añadió—: Está bien, Amelia. Te conseguiré uno nuevo.

—No quiero uno nuevo.

—Bueno, al menos démosle a este un final apropiado. —Cooper señaló el retrete—. Creo que es la hora.

—Debemos hacerle un homenaje primero —dijo Amelia—. Pensad en cosas bonitas que decir.

—De acuerdo. —Cooper golpeó sus labios con un dedo—. Él era un pez silencioso.

—Era niña —corrigió Amelia—. Lindsay.

—¿El nombre de tu pez era Lindsay?

—¿Qué tiene de malo el nombre Lindsay? —pregunté.

—Es un nombre de persona. No puedes ponerle un nombre de persona a un animal.

—¿Quién lo dice?

—No lo sé. Es solo una regla.

—Creo que el nombre más popular para mascotas es Max. Lo que deja por los suelos tu regla.

—Sí —coincidió Amelia—. Estoy de acuerdo con Abby. A ella le gusta el nombre Lindsay.

—Así es.

—A Abby le gustan todos los nombres —replicó Cooper.

—Eso no es verdad. —Se me escapó una risita, luego me cubrí la boca.

—Creí que estábamos diciendo cosas sobre mi pez —respondió Amelia.

—Correcto. Tu pez. —Cooper se quedó pensativo durante un momento—. Ella era callada y reservada.

Metí mis labios hacia dentro para contener la risa otra vez. Sabía que Amelia estaba molesta y quería tomarme esto en serio por ella. La sonrisita de Cooper en mi dirección no estaba ayudando.

—Ella era realmente brillante —añadí—. La variedad de naranja más bonita que he visto jamás.

—Y Abby es una artista —afirmó Cooper—, así que ha visto muchas variedades de naranja.

—Ella tenía un color muy bonito. —Amelia sonrió. Miró dentro de la pecera y su expresión se ensombreció—. Ahora se ha vuelto un poco gris.

—¿Y tú qué, Amelia? —preguntó Cooper—. ¿Qué cosas buenas puedes decir de ella?

—Cuando me iba a la escuela, ella se acercaba al extremo de la pecera, como si se estuviera despidiendo de mí. Creo que era lista.

—Seguro —afirmé.

Nos quedamos allí un rato más, esperando a que Amelia dijera algo, pero no lo hizo.

—De acuerdo, ya es la hora. —Cooper se acercó al retrete y apoyó su dedo en la palanca.

Amelia dejó caer su pez lentamente en el retrete y yo intenté no sobresaltarme cuando aterrizó con un *plop* y salpicó un poco de agua en la tapa.

—Adiós, Lindsay —susurró Amelia.

Cooper tiró la palanca y todos nos quedamos mirando hasta que ella desapareció. Amelia me dio un largo abrazo y yo le di una palmada en la espalda.

—Ah —le dije—. Tengo algo para ti. Espérame en tu habitación.

—¿Qué tienes? —Cooper me siguió mientras caminaba hacia el maletero de mi coche.

—Ya verás.

—Por cierto, creo que acabamos de ver una vida dejar el mundo —comentó—. Para la lista.

Me detuve sin aliento, a un paso de abrir el maletero.

—Tienes razón. Lo hicimos. Qué bien. —Estaba sonriendo y me detuve—. Es decir, no está bien. No por tu hermana.

—Está bien, Abby. Creo que ella lo superará.

Abrí mi maletero y retiré la tela de encima de la pintura. Antes de que pudiera levantarla, Cooper detuvo mis manos.

—¿Tú pintaste esto?

—Sí. Se lo daré a tu hermana.

—No puedes *darle* esto a mi hermana.

—¿No crees que vaya a gustarle?

—Creo que le encantará, pero tienes que mostrársela al señor Wallace. Es increíble.

—Es buena. Pero puedo hacerlo todavía mejor. Esta es para Amelia.

—El señor Wallace quería más sentimientos, y esta daba la sensación de tener demasiado sentimiento, pero poca técnica.

—¿Cuándo la hiciste?

—El otro día, después de ir al spa.

—¿Esto resultó del spa de peces? Ahora quisiera haber ido.

—Fue fantástico. —Levanté la pintura.

—Estás poniendo excusas, ¿verdad? No crees que sea lo suficientemente buena como para mostrársela al señor Wallace, no lo harás hasta que hayas alcanzado la perfección.

—No, no creo que sea lo suficientemente buena porque no me sentía bien cuando la pinté.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿No sabes lo que son los sentimientos? —pregunté con una sonrisa burlona.

—Muy graciosa.

—Aún me quedan dieciséis días hasta que él tome la decisión final. —Levanté la pintura—. Y tres experiencias más por llevar a cabo. Si no consigo dos pinturas más, regresaré por esta. No te preocupes.

—Bien. Porque quiero que estés en la exposición.

—Lo sé. Gracias.

Cooper asintió y tomó la pintura por mí para cargarla el resto del

camino.

A Amelia le encantó e hizo que su hermano la colgara en la pared detrás de su cama en ese mismo instante.

—Abby, eres la mejor. Te lo agradezco mucho. Me recordará a Lindsay cuando la vea.

—Qué bien. Me alegro de que te haya gustado.

—Tendrá que tomarla prestada en unas semanas para mostrársela al director del museo para la exposición.

—Claro, la mantendré a salvo mientras tanto.

Los tres dimos un paso atrás y contemplamos la pintura como si estuviéramos en nuestro propio museo de arte.

—Mi pequeña Abby está creciendo —comentó Cooper con un brazo sobre mis hombros, aún observando la pintura.

—Siempre sabes cómo estropear el momento. —Puse los ojos en blanco y le golpeé el hombro.

—Y yo que pensé que siempre sabía cómo hacer que un momento fuera mejor.

—Eso también. —Suspiré.

Dejamos a Amelia en su habitación con la pintura y fuimos hacia la cocina.

—Anoche, Lacey y tú parecíais... —comenzó Cooper.

—¿Parecíamos qué? —le pregunté mientras él revisaba la alacena sin seguir hablando. Volvió con una bolsa de Cheetos—. ¿No es un poco temprano para eso? —Él miró el reloj del microondas.

—Son las once. Es casi mediodía. —Abrió la bolsa—. Amigas.

—¿Amigas? ¿Los Cheetos? —Entorné los ojos para ver si decía eso en las letras azules del paquete.

—No, tú y Lacey parecíais amigas.

—Ah, sí.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Ella me gusta. Hablamos un poco de vez en cuando.

—Creí que habías dicho que no érais amigas.

—Sí, bueno, las cosas cambian —repetí lo que ella me había dicho la noche anterior. Analicé su expresión; cerrada alrededor de los ojos, pero intentando parecer desinteresado. Eché mi cabeza hacia atrás con un quejido.

—¿Qué? —preguntó él.

—Estás celoso.

—Sí, tal vez lo esté. Se supone que eres *mi* mejor amiga.

Le arranqué la bolsa de Cheetos y me dirigí a la puerta.

—¿A dónde vas?

—A pintar. Me has dado toda clase de emociones para trabajar. — Frustración, principalmente. La noche anterior había pensado que Cooper estaba celoso de *Elliot*. Pero estaba equivocada. Estaba celoso de Lacey. Por eso había actuado de un modo tan extraño. Ahora podía tachar *absolutamente nada ha cambiado* de la lista.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo mientras caminaba hacia mi coche. Lo tomé para leer un mensaje que ya sabía que era de Cooper.

Si tengo que hacerlo, retaré a Lacey a duelo.

Le transmitiré el mensaje.

A la mañana siguiente, después de levantarme y vestirme, investigué el contenido de la alacena.

—¿Estás buscando tus cereales azucarados otra vez? —preguntó mi madre—. Creo que el abuelo se los comió todos.

—No, estoy buscando mi cuaderno de dibujo.

—¿En la alacena?

—Ya he buscado en el resto de la casa. Esta era mi última esperanza.

—No había hecho bocetos de mis ideas en mucho tiempo, pero cuando, a pesar de mi frustración con Cooper, me encontré mirando un lienzo vacío el día anterior, supe que necesitaba intentar algo diferente.

—Creo que he visto uno... —Mi madre se levantó y buscó dentro de una caja sobre la encimera, donde guardaba papeles, recortes y cupones. La revisó y encontró un bloc de notas—. Sé que no es un cuaderno de dibujo pero ¿servirá?

—A buen hambre no hay pan duro —dije al agarrarlo.

—Eso es mío —comentó mi abuelo. Acababa de entrar por la puerta corrediza. Cargaba una regadera y un pepino deformado—. ¿De qué tienes hambre?

—Ahora de nada —respondí y le enseñé el bloc de notas—. Iré a caminar.

—No creo que... —comenzó mi madre.

—No —la interrumpí al darme cuenta de que pensaba que intentaría

convencerla de venir conmigo—. Sola. Quiero caminar sola esta vez.

—Ah. —Casi pareció herida—. De acuerdo. Diviértete.

Miré a mi abuelo, que parecía tan confundido como yo por la interacción.

—¿Querías venir? —le pregunté.

—Para nada. —Negó con la cabeza y su sonrisa normal regresó.

—Saluda a Cooper por mí —dijo mi abuelo mientras me acercaba a la puerta.

—Cooper no vendrá conmigo. ¡Iré yo sola! —grité, y dejé que la puerta se cerrara tras de mí—. Puedo estar sola —protesté mientras bajaba los escalones.

No estaba segura de qué estaba buscando. Había guardado algunos carboncillos en el bolsillo trasero de mis pantalones cortos y saqué uno mientras caminaba. Busqué una página vacía del bloc y esperé a estar inspirada.



Había estado caminando durante al menos cuarenta y cinco minutos y todo lo que había dibujado era un pájaro que estaba sobre una cerca. Ni siquiera era un buen boceto. Estaba lista para rendirme y volver a casa cuando vi al Hombre Árbol al otro lado de la calle, con sus cadenas y todo.

Miré a ambos lados, esperé a que pasara un coche y luego crucé. Me acerqué a él, saludándolo con la mano.

—Hola. Sigues aquí.

—Estaré aquí hasta que esa cosa no lo esté. —Señaló la demolidora.

Parecía más joven de lo que me había imaginado. Definitivamente no tenía la edad de mi abuelo, sino tal vez unos treinta años. Era difícil saberlo. Estaba perdiendo su largo y fibroso pelo, dejándole una frente muy amplia. Su piel estaba bronceada y parecía algo curtida, lo que me hizo asumir que antes de convertirse en Hombre Árbol fue Hombre Playa, o, al menos, Hombre Largas Caminatas.

—¿Puedo sentarme aquí o molesto? —Señalé una rama baja con la cabeza.

—Bienvenida. Yo mismo solía sentarme aquí muchas veces.

—¿Como cuando comenzaste tu misión de *salvar al árbol*? —pregunté mientras tomaba los lápices de mi bolsillo y los enredaba en mi pelo.

—No. Mientras crecía. Tengo una historia con este árbol.

—¿Creciste en este terreno? —Dejé mi bloc de notas en la rama, luego intenté balancearme para subir. Era más difícil de lo que parecía.

—Media hectárea. Era de mis padres y lo vendieron hace seis meses. Hicieron un acuerdo verbal con el comprador de que no tiraría este árbol. Tiene cien años de antigüedad. Pero no lo establecieron por escrito. Así que...

—Qué injusto.

—Así es. ¿Eres reportera? —preguntó y señaló mi bloc de notas.

—Ah. —La pregunta me sorprendió—. No, soy... —Hice una pausa, luego terminé con decisión—. Una artista. Soy una artista.

—Genial —dijo, como si se lo creyera de verdad.

Finalmente logré subirme a la rama y me senté contra el tronco, con las piernas colgando.

—¿Han venido muchos reporteros?

—Tristemente, no. Esperaba algo de difusión para tener más apoyo.

Miré las ramas sobre mi cabeza. Estaban repletas de hojas danzando

con la brisa. Hacían que el árbol pareciera vivo. Saqué un lápiz de mi pelo y tomé mi bloc de notas.

—Es un árbol grandioso. ¿Cuándo tiene marcada su sentencia de muerte?

—Estoy seguro de que ya lo habrían hecho si yo no estuviera aquí.

—¿No hay forma de que puedan construir a su alrededor?

—Supongo que al dibujar los planos se dieron cuenta de que el camino debía pasar justo por aquí.

—Y el árbol está en el camino.

—Sí.

Mi conversación con Elliot me vino a la mente, cuando hablamos de lo que le apasionaba lo suficiente como para encadenarse a ello.

—Debes tener muy buenos recuerdos relacionados con este árbol.

—Así es. He leído no menos de cincuenta libros en el lugar exacto en el que estás sentada.

—¿De verdad? Creo que nunca he leído en un árbol. Parece el mejor sitio del mundo para leer.

—Ahora solo tejo junto al árbol. —Había una bolsa verde, reutilizable, junto a sus pies, que pateó mientras decía esto.

—¿Tejes?

—Sí.

—Nunca he tejido. ¿Qué estás tejiendo?

Él se agachó, con más facilidad de la que creí que tendría, encadenado a un árbol y todo, y levantó la bolsa. Sacó un gorro multicolor que parecía casi terminado.

—Estoy haciendo esto.

—¿Es difícil?

—Al principio, puede ser. Pero con práctica, se vuelve más fácil.

—Como la mayoría de las cosas.

—Exacto.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo y miré la pantalla. Cooper.

—Espera un segundo —le dije al Hombre Árbol. No sabía su nombre. ¿Por qué no le había preguntado su nombre? Contesté la llamada y le dije a Cooper—: Espera. —Luego al hombre encadenado al árbol—: ¿Cómo te llamas? Te he estado llamando Hombre Árbol en mi mente.

—Soy Lance —respondió y rio.

—Lance. Soy Abby. De acuerdo, espera. —Volví a centrarme en Cooper—. Hola.

—¿Quién es Lance? —preguntó él.

—El hombre encadenado al árbol.

—¿Estás con el Hombre Árbol?

—Sí. Estoy sentada en una rama a la que trepé.

—Guau.

—Lo sé.

—¿Así que de verdad te quedarás allí?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Hasta que se vaya la demoledora.

—¿Crees que se irá pronto?

—Asumo que trabajan durante el día. Debo colgar. Estoy dibujando.

—Colgué antes de que él tuviera tiempo de responder. ¿Le había colgado así a Cooper alguna vez? Pensé en volver a llamarlo para asegurarme de que no estuviera molesto por eso, pero no lo hice. Realmente necesitaba dibujar. Lo llamaría más tarde.

Durante la media hora siguiente me quedé en esa rama dibujando y Lance sentado en el suelo tejiendo. Mientras mi mano se movía por el

papel, me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no creaba sin sentir presión sobre mis hombros. La presión de las expectativas. Estaba feliz, relajada. Así que seguí adelante. Primero dibujé hojas que tenía sobre mí. En ese momento estaba concentrada en una porción de treinta centímetros de corteza y estaba haciendo una versión detallada.

Comenzó a dolerme la mano, así que me detuve y la estiré.

—¿Qué otras historias tienes con este árbol? —pregunté para romper el silencio.

—Mi hermano se cayó de aquella rama y se rompió el brazo. — Señaló una rama sobre mi cabeza.

—Los huesos deberían ser más fuertes de lo que son, teniendo en cuenta que son los que nos mantienen erguidos.

—Estoy de acuerdo. A veces parece que somos criaturas muy frágiles.

En el tronco del árbol, junto a mi oreja, había visto unas iniciales talladas.

—¿Qué significa esto? Una comienzo con L. ¿Eres tú?

—Mi primer beso —respondió sin levantar la vista de su tejido.

—¿Justo aquí? Estoy sentada donde ocurrieron momentos trascendentales en tu vida.

—Eso es lo que estoy tratando de decirte.

—Bueno, cuando llegue a casa esta noche, escribiré una carta muy sentida para... —Hice una pausa—. ¿Un canal de televisión? ¿El alcalde?

—No tienes por qué hacer eso.

—No es mi causa, así que no puedo sentarme aquí contigo durante el siguiente mes o lo que sea, pero soy buena escribiendo cartas sentimentales.

—¿Cuántas cartas de esas has escrito?

—De acuerdo, bien, sería la primera, pero quería que tuvieras confianza en mí.

—Tengo confianza en ti. —Él sonrió.

Llevé mi cabeza hacia atrás y miré el árbol alzándose sobre mí.

—Entiendo qué te ha llevado a hacer esto —afirmé—. ¿Te importa si nos tomo una fotografía?

—Adelante.

Levanté mi cámara y tomé una fotografía de los dos; yo en la rama, él debajo. Pensé en adjuntarla en un e-mail para mi padre, pero había alguien más a quién quería enviársela. Elliot.

Encadenándome a un árbol por mi arte.

¿Te has encadenado a ese árbol?

En realidad no, pero acabo de conocer la historia de lo que hizo que este hombre quisiera hacerlo y recordé tu escultura digna de encadenarse. Aún quiero verla.

Eres bienvenida a ver mi arte en cualquier momento.

Cuando llegué a casa revisé el bloc de notas con los bocetos que había hecho. Luego combiné algunos y pinté un árbol con sus recuerdos: una rama rota para representar el hueso roto, dos ramas enroscadas formando un corazón para representar el beso, palabras talladas a un lado por los libros y, en la base, pinté una cadena. La cadena representaba a Lance. Usé uno de mis lienzos más grandes y las ramas del árbol llenaban cada esquina. Ya sabía por qué Elliot solía hacer de los árboles su tema principal. Eran increíbles.

Pero, aun así, a mi pintura le faltaba algo, porque, sin importar lo increíble que fuera, sabía que no era el árbol al que yo me había

encadenado.

Al día siguiente, me senté en mi cama con el bloc de notas intentando añadir algo más personal a los bocetos que había hecho el día anterior. Había contado la historia de Lance en mi pintura, pero ¿y la mía?

Mi ordenador, que estaba a mi lado, sonó con un mensaje privado.

Oye, niña.

Sonreí, dejé el bloc de notas y respondí.

¡Papá! ¿Puedes hacer una videollamada?

Te llamo ahora.

Mi ordenador sonó y moví el cursor al icono de vídeo. Su rostro apareció en la pantalla.

—Tienes el pelo corto.

—Hace calor aquí. —Él pasó su mano por su corte militar—. Mi compañero me lo cortó ayer.

—¿Debería buscar a mi madre también? —Me estiré en mi cama para ver por la puerta, como si ella pudiera estar merodeando por allí, esperando ser invitada.

—Acabo de hablar con ella. Está en su habitación.

—Me gusta que sepas eso y yo no. —Reí.

—Es bonito saber más que tú de la vida en casa de vez en cuando. —

Yo sonreí y la sonrisa se desvaneció de su rostro—. ¿Cómo está ella? Su expresión me resultó algo dura, pero estoy seguro de que sabes mucho más de eso que yo.

—Ella está bien. Ha salido a caminar algunas veces. Eso es bueno. Prometió ir a mi exposición de arte.

—Entonces, ¿entraste a la exposición? ¡Tu lista del corazón funcionó!

—Bueno, aún no. Es decir, no le he mostrado mis nuevas pinturas aún. Lo haré.

—Sigo apenado porque el señor Wallace te ha dicho que no tienes corazón. Tienes el corazón más grande que conozco.

—Tú tienes que decir eso porque eres mi padre. —Solté aire entre mis labios—. Y porque apenas me conoces.

Él entornó los ojos y me reí.

—Solo bromeo. Me conoces de alguna manera.

—Sé que eres más sarcástica que...

—Te metiste en ese camino de comparaciones sabiendo que te estrellarías y arderías.

—¡Tu abuelo! —dijo, completando su frase finalmente.

—Sí, buen intento, pero creo que el abuelo aún me gana. Él es mayor y mucho más experimentado.

—Hablando de tu abuelo, ¿cómo está él?

—Sigue vivo.

Una puerta se abrió y se cerró detrás de mi padre y él miró por sobre su hombro.

—Lo siento —me dijo—. Tengo que irme. Envíame algunas fotos de tus últimas pinturas. Y, Abby, no dejes que nadie te diga que no tienes corazón.

—Gracias, papá.

—Desearía poder estar ahí para ver tu exposición.

—Podría no haber exposición, es decir, podría no entrar de todas formas, así que está bien... —Me encogí de hombros.

—Te quiero mucho.

—Yo también.

Él terminó la llamada y una imagen granulada de su rostro se congeló en mi pantalla durante un momento. Me estiré y toqué la superficie.



Estaba ocupada intentando cambiar la apariencia de la corteza cuando una cabeza apareció en mi puerta.

—Oye —dijo Cooper.

—¿Quién te dejó entrar?

—¿No estás feliz de verme? —Él sonrió y terminó de entrar a mi habitación—. ¿Por eso colgaste?

—Colgué porque estaba ocupada. —Sonreí también.

—¿Sigues molesta conmigo por querer batirme con Lacey a duelo?

—No. He aprendido hace mucho tiempo que eres un idiota.

—¿Qué estás haciendo? —Su mirada fue hacia mis manos.

—Dibujando.

—¿Dibujando? ¿Cuándo fue la última vez que dibujaste? —Se sentó a mi lado y miró el cuaderno—. ¿Qué es eso?

—Corteza. En detalle.

—De acuerdo —respondió, escéptico.

Tenía razón. No parecía corteza. Lo había logrado, en algún momento del proceso, pero la verdad es que había dibujado sobre ella tantas

veces, intentando que quedase más bonita, mejor o más dinámica, que acabó pareciendo un simple garabato formado de infinidad de líneas.

—Sé que estás impresionado.

—¿Por qué no estás pintando?

—Estaba haciéndolo... de algún modo. Estoy haciendo una tormenta de ideas en mi mente. —Empujé su hombro—. Ahora deja de burlarte de mí. —Volví a centrarme en la página.

Él me quitó el bloc de notas y el lápiz y los dejó en mi mesilla de noche.

—¡Oye! Devuélvemelos.

—Te estoy salvando de ti misma.

—Bien. —Suspiré—. Hagamos algo de la lista, entonces. —Tal vez eso ayudará.

Cooper se dejó caer sobre mi cama, luego miró la lista al otro lado de mi habitación y se encogió de hombros, desinteresado. Su entusiasmo respecto a la lista había estado decayendo de forma estable, para mi desgracia. Pero aún tenía una exposición a la que entrar. No podía rendirme cuando aún quedaba tiempo. Además, las cosas que había experimentado fueron divertidas. El día anterior, después de hablar con Lance, taché de la lista *conocer la historia de un extraño*. Ni siquiera me había propuesto hacerlo y lo logré.

—Hagamos el punto de *Cooper enfrenta un miedo* —propuse.

—Aún no se me ha ocurrido ninguno.

—Sí, vale. Estoy convencida de que conoces tu mayor miedo, solo que te da mucho miedo decírmelo. Vamos, Cooper, voy a sacártelo a la fuerza. —Me levanté y le extendí la mano.

—Eso suena doloroso.

—Estoy dispuesta a hacer ese sacrificio.

—Quería decir, doloroso para mí.

—Estoy dispuesta a hacer ese sacrificio también.

—¿Y por qué tenemos que salir de casa para hacerlo? —Preguntó sonriente.

—Es parte del trabajo.

Él me dejó ponerlo de pie y sacarlo por la puerta.



Cooper y yo teníamos un lugar junto al océano. Un sitio al que nos gustaba ir que no estaba atestado de turistas. La mayoría de las veces no había ni un alma allí. La mayor parte de las veces porque no tenía lo que la gente buscaba en el océano: una playa. Nuestro sitio no tenía kilómetros de arena cubierta por brillantes conchas marinas ansiosas por ser recolectadas. No tenía espacio donde anclar una sombrilla ni donde construir castillos de arena. Ni siquiera un espacio libre de rocas donde disfrutar de las olas que llegan a la costa. No, a nuestro lugar había que llegar caminando. Estaba apartado, era pequeño y con pozos llenos de agua y obstáculos. Olía a pescado, a algas y a sal. Pero allí era adonde íbamos algunas veces para escapar de todo lo demás. Había tomado mi bloc de notas junto con mi bolso de playa cuando salimos de la casa y me puse ante una página en blanco con mi lápiz, lista para comenzar.

—Estoy haciendo una entrevista —comenté apoyada en una roca. Una de las muchas flores silvestres púrpuras que crecían en el acantilado me hacía cosquillas en el costado del pie.

—¿A quién?

—A ti.

—¿Por qué?

—Es solo parte del proceso para averiguar tu miedo. Voy a descubrirlo. Si no lo conoces y yo no lo sé, debes haberlo escondido en algún lugar profundo en tu subconsciente.

—De acuerdo, adelante. —Apoyó la cabeza sobre sus manos.

—¿Cuál es tu primer recuerdo?

—Fácil. Cuatro años. Aferrado a mi tío mientras me llevaba en un cuatriciclo. Cuando regresamos, mi madre le echó una buena bronca.

—Obviamente tienes emociones fuertes relacionadas o no lo recordarías. Así que, ¿sentiste miedo?

—Nop. Pura emoción.

—Podría haber adivinado eso.

Él se rio. Yo escribí en mi bloc de notas.

—De acuerdo, qué te parece esto. Descubres que mañana morirás. ¿Una cosa que te arrepientas de no haber hecho?

Él pareció considerarlo durante mucho rato, pero luego dio su respuesta como si fuera al azar, como si en verdad hubiera pensado en otra cosa pero hubiera decidido mantenerla para sí mismo.

—Ver el mundo, supongo. ¿Qué tiene que ver eso con el miedo, de todas formas?

—Pensé que tal vez el miedo te estaba impidiendo hacer algo que realmente quieres hacer.

—No, se trata más de dinero y de ser menor de edad.

—Ver el mundo, ¿eh? —Mastiqué la tapa de mi bolígrafo—. Nunca me has dicho que quisieras viajar.

—Como te dije, no es posible por ahora, así que, ¿para qué preocuparse por eso?

—De acuerdo. —Intenté pensar en qué más preguntarle—. ¿Tienes alguna pesadilla recurrente?

—No que yo recuerde. —Inclinó la cabeza—. ¿Y tú?

—Sí.

—¿De verdad? ¿Cuál?

—Estoy en el instituto mirando la enorme pared de ladrillos que está junto al anfiteatro. ¿Sabes a cuál me refiero?

—Sí. ¿En la que todos dibujan y el director da largos discursos casi todos los años porque al parecer la quiere grande y blanca?

—Sí, esa misma.

—De acuerdo. ¿La destruyes? Porque esa cosa está ahí para ser destruida.

—No. La pinto.

—Por supuesto. ¿Y cómo es que eso es una pesadilla? Suena perfecto.

—Bueno, es que la pinto y luego el director me dice que lo intente otra vez. Inmediatamente se vuelve blanca. Pinto lo mismo. Y otra vez él me dice que vuelva a intentarlo. Una y otra vez. —Había analizado ese sueño y sabía que todo se reducía a que no me sentía lo suficientemente buena. No era lo suficientemente buena para Cooper. No era lo suficientemente buena para sus padres, ni siquiera para mi madre algunas veces. Y, definitivamente, no era una artista lo suficientemente buena. Sonaba muy dramático y por eso no lo admitiría en voz alta.

—Guau. Suena horrible.

Me encogí de hombros, decidida a parecer indiferente.

—No es que lo sueñe todas las noches.

—Pensaba que te referías a monstruos o demonios, pero si lo pones

así, puede que yo también tenga una.

—¿Sí?

—Estoy parado en una habitación sin ventanas ni puerta y soy el único en ella.

—¿Y qué pasa luego? —Escribí su sueño en mi bloc de notas—. ¿Intentas encontrar la forma de salir o algo?

—No. Eso es todo. Me despierto sintiéndome mal.

—¿Asustado?

—En realidad, no.

—Eres incurable. —Suspiré. Él se estiró para tratar de leer mi bloc de notas.

—¿Esas son las únicas preguntas? ¿Ya has terminado de hurgar en mi mente?

—No, una más.

—De acuerdo. —Lo miré a los ojos.

—¿A qué le tienes miedo?

Él se rio con fuerza, echando su cabeza hacia atrás. Cuando se detuvo, con una sonrisa aún en sus labios, dijo:

—¿Creíste que esta vez lo sabría?

—No, pero valía la pena intentarlo. —Sonreí también, pero luego suspiré.

—¿Trajiste alguna toalla? —Él pateó mi mochila—. ¿O dulces?

—Ambos.

Él extendió sus manos y yo le arrojé una toalla, luego una barrita de cereales. Él se recostó en la roca, dobló la toalla y la colocó debajo de su cabeza.

—Sabes, eres la única persona con la que puedo sentarme y quedarme quieto.

—¿Qué quieres decir?

—Es decir, me gusta estar en movimiento. Me pongo ansioso cuando no estoy haciendo nada. Pero tú eres tan buena en eso que no me molesta en absoluto.

—¿Tan buena en qué? ¿En no hacer *nada*?

—Dicho así suena un poco mal.

—Sí.

—Solo quería decir que eres bastante relajada. Era una especie de cumplido.

—Tienes que trabajar en cómo hacer cumplidos. —Le di una patada a su pie.

—Lo sé. —Él se rio y abrió su barrita de cereales.

Abrí mi bloc de notas y comencé a hacer un boceto de las flores que crecían en las grietas de las rocas.

—¿Por qué crees que te pasa?

—¿Por qué no soy bueno haciendo cumplidos?

—No. ¿Por qué no puedes quedarte quieto?

—Sí que puedo. Mírame. Soy un experto Zen. —Tomó un gran bocado de su barrita y lo masticó lentamente.

—¿Tienes miedo de estar aburrido? ¿Miedo de que las personas piensen que eres aburrido? —Lo señalé—. Ah. Lo tengo. Tienes miedo de estar en tu propia mente.

—Ah. —Presionó el arco de su nariz—. Aquí viene la dolorosa parte en la que hurgas en mi mente.

—¿Es un sí, entonces? —No sabía por qué estaba tan resuelta a encontrar su miedo. Dije que era por la lista y para devolverle el miedo que sentí en el paseo en cuatriciclo, pero parte de mí sentía que había algo más allá.

—No. Mi mente es el mejor lugar para estar. Hay una fiesta permanente aquí dentro.

Seguí dibujando. Ese era un ejercicio sin sentido que solo estaba reafirmando mi idea de que Cooper no tenía miedos. Era el momento de cambiar de tema.

—¿Cómo está tu hermana? ¿Aún está mal por su pez dorado?

—No. Ahora está intentando convencer a mi madre para tener un ave como mascota.

—Está escalando en la cadena alimenticia. Precioso.

—¿Necesitas que te devuelva su pintura para poder mostrársela al señor Wallace?

—Aún no.

—¿Todavía tienes que pintar una más?

—No, bueno, algo así. Si cuento al pez, terminé la quinta anoche, pero hay algo en ella que no me convence.

—Estás poniendo excusas.

—No. Tengo tiempo.

Permanecimos en silencio por un momento, mientras Cooper terminaba su barrita de cereales. Las olas rompían contra las rocas en la distancia y filtraban agua en los pozos, más cerca de nosotros. En unas pocas horas el sitio en el que estábamos se encontraría bajo el agua por la subida de la marea.

—¿Qué pasó con Elliot, Abby? Nunca hablamos de eso.

—¿A qué te refieres con *qué pasó*? Fuimos a una fiesta. ¿Esperabas la invitación a nuestra boda?

—¿Él no te gusta?

—¿Quién dijo eso? —Mi voz se elevó una octava y hasta yo pude escuchar mi tono defensivo.

—Me doy cuenta. Pensé que tus objetivos para una relación incluían salir con un artista.

—¿Cómo supiste que era un artista?

—Él me lo dijo.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

Cerré mi cuaderno y me enderecé, pero Cooper no se movió de su posición reclinada.

—Pensé que la primera vez que lo habías visto había sido en el restaurante.

—Lo fue —afirmó él.

—Y la segunda fue en la fiesta. —Podía sentir la frustración aumentando en mi pecho.

—Sí, pero tal vez pregunté por ahí.

—¿Por qué?

—Me gusta saber con quién está saliendo mi amiga.

—No vayas por ahí, Cooper. —Lo golpeé con mi toalla—. No con cosas como esta.

—Entonces, ¿por qué no te gusta?

—No lo sé. —*Él no eres tú*, quería decirle—. Es guapo. Seguiremos siendo amigos. —Al menos esperaba que lo fuéramos.

—No necesitas otro amigo varón.

Me crucé de brazos. No estaba acostumbrada a que Cooper fuera tan serio. Nos atacábamos el uno al otro ocasionalmente, pero ¿de dónde venía eso?

—Discúlpame. ¿Qué se supone que significa eso?

—No significa nada más que lo que dije.

—Tal vez no necesito al amigo *varón* que ya tengo.

Él levantó un puñado de arena y lo lanzó en mi dirección de mala gana.

—Esa es la reacción de un bebé —dije, y la tensión se disolvió un poco. Él sonrió.

—Es solo que me frustras algunas veces.

—Lo mismo digo.

—Bien. Lo olvidaré. —Llevó un extremo de la toalla sobre sus ojos.

—Estoy bien. Estoy feliz. No necesito un novio. Tal vez tú siempre necesitas a una chica para que te haga sentir especial o lo que sea, pero yo no. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Dije que lo olvidaría.

—Bien.

—Bien. —Apartó la toalla de su rostro y se sentó—. No siempre necesito una chica.

—De acuerdo.

—No la necesito.

—Dije *de acuerdo*... Simplemente siempre tienes una.

—No es así.

—Tal vez ese es tu miedo.

—¿Qué?

—Tienes miedo de estar solo. Atrapado en una habitación sin puerta, ni ventanas y sin forma de salir. Solo.

—¿Por qué estás tan obsesionada con mis miedos? Tal vez deberías analizar tu propio sueño, Abby. Tus propios miedos. Escarba un poco en tu mente. Descubre por qué sigues pintando lo mismo una y otra vez. Descubre qué está deteniéndote a *ti*.

Tragué aire, sorprendida. Nada me estaba deteniendo.

—Estoy bastante segura de que soy transparente.

—Probablemente debería irme a casa. —Él frunció el ceño y se levantó.

—Sí. Yo también. —Me levanté con él.

Al llegar a casa, caminé por mi habitación de un lado al otro, formando una línea gruesa en la alfombra. Cooper no tenía ni idea de en qué estaba pensando. *Estaba* intentando pintar mejor. Estaba intentando crecer. Estaba intentando cambiar. ¿No era así?

La imagen de esa pared de ladrillos y de la misma pintura que seguí pintando para el director se representó en mi mente. Sabía que era solo un sueño, pero ¿por qué había pintado lo mismo una y otra vez? ¿Por qué nunca lo cambiaba?

Tenía miedo al cambio.

La idea se me presentó como una revelación y supe que era verdad. Decía que quería tratar de crecer y cambiar, pero, en realidad, todo lo que hacía llevaba a que las cosas siguieran siendo exactamente iguales. Cuando me enfrentaba a un cambio, pisaba el freno. Cuando el abuelo mencionó que mi madre debería visitar a un terapeuta, lo detuve. Cuando Lacey intentó ser mi amiga, la mantuve a distancia. Cuando Cooper mostró un ligero rastro de resistencia a mis sentimientos, lo oculté. Quería mantenerme en mi burbuja perfecta, en donde sabía que si las cosas no eran perfectas, al menos eran manejables.

Esa idea hizo que me enfadara conmigo misma. Corrí a mi cuarto de pintar. Saqué las cubiertas de todas mis obras recientes: el amanecer, Cooper en las dunas, el escenario, el árbol. Era hora de dejar de resistirme al cambio. De dejar de pisar el freno. Estuvieran mis pinturas

listas o no, tenía que intentarlo.

Me había enfrentado al miedo antes. Era hora de volver a hacerlo, sin importar el resultado.



Llegué a la puerta de la casa de Cooper y llamé. Su hermana contestó.

—Hola, Amelia.

—Hola. Él no está.

No había hablado con Cooper desde nuestra pelea en la playa dos días atrás. Lo superaríamos, estaba segura. Pero en este momento no se trataba de Cooper y de mí.

—Está bien. En realidad vine a ver si puedo tomar la pintura prestada.

—¿Se la enseñarás al hombre del museo después de todo? — preguntó con una gran sonrisa.

—Sí, lo haré.

—Le encantará. —Ella aplaudió y saltó sobre la punta de sus pies. Me tomó del brazo y me llevó por la casa. Sus padres estaban en la cocina y los saludé con la mano mientras pasaba de prisa.

La pintura estaba en su pared y ella saltó sobre la cama para ayudarme a bajarla.

—Si no se vende, la quiero de vuelta cuando la exposición termine.

—Por supuesto. Te la traeré esa misma noche o te haré una nueva.

—Buena suerte, Abby —dijo y apretó mi mano.

—Voy a necesitarla.



Tenía esperanzas de que el señor Wallace estuviera ocupado con algo mientras cargaba dos de mis cinco pinturas dentro del edificio. Mis nervios estaban agitados. La última vez había entrado allí con mi carpeta muy segura de que si él las veía, le encantarían. En ese momento, no lo sabía. Ni siquiera estaba segura de cómo me sentía yo al respecto.

Quería que viera todas las pinturas de una vez, así que me escabullí por las baldosas brillantes del museo. Me sentía como en una película de espías. Pasé junto a pinturas colgadas en exposición y traté de no mirarlas. De hecho, estaba intimidada. No necesitaba compararme con profesionales en ese momento. Algunos visitantes me miraron con curiosidad mientras pasaba, pero ya estaba decidida a ver al señor Wallace.

La pintura en mi mano izquierda era más larga que la que tenía en la derecha, lo que me hacía caminar de un modo extraño. Llegué a su puerta y probé el picaporte. Estaba abierto. Y, cuando abrí, dentro estaba oscuro. Suspiré aliviada y encendí la luz. Seguía estando tan desordenado como siempre y, como esperaba, aún había algunos caballetes rotos contra la pared de la derecha.

Dejé mis pinturas con cuidado contra la pared más cercana y fui a inspeccionar los caballetes. Encontré cinco que, apoyados con cuidado (uno contra el escritorio, dos apoyados entre sí, dos contra la pared) sostendrían mis pinturas. Luego salí de prisa y coloqué las que faltaban.

Caía sudor sobre mis labios cuando terminé de colocar cada una en un caballete. El árbol en su lienzo grande era la pieza central. Di un paso

atrás para analizarlo. Mi corazón retumbaba en mi pecho. Por un momento me permití mirarlas con objetividad, no como su creadora. Y en ese momento pensé que eran buenas, realmente buenas.

Sequé mi labio superior con el dorso de mi mano, me recompuse y luego salí en busca del señor Wallace. Estaba hablando con una mujer de traje. Estaban parados frente a una pintura impresionista. Tal vez ese no fuera un buen momento. Nunca sería un buen momento. Tenía que ser entonces. Ahora o nunca. Él se giró hacia mí.

Lo saludé con la mano ligeramente. La mujer pasó a otra pintura y el señor Wallace no la siguió. Él esperó. Así que di los treinta pasos que nos separaban.

—¿Está ocupado? —le pregunté.

—No. —Dio un vistazo a la mujer—. Creí que no trabajabas hoy.

—No trabajo.

—Necesito que vengas el miércoles para ayudarme con los preparativos para la exposición. Se acerca deprisa.

—Lo sé. Estaré aquí el miércoles.

—De acuerdo. Bien. —Comenzó a alejarse, como si yo hubiera ido a decirle solo eso.

—Espere —dije un poco fuerte—. Espere —repetí un poco más bajo—. Necesito enseñarle algo.

—¿Qué es?

—Sígame. —Lo guie hasta su oficina.

—¿Ha vuelto a meterse un ratón en el depósito? —preguntó.

—No, no hay ratón.

El picaporte estaba resbaladizo. Sequé las palmas de mis manos en mis pantalones y lo agarré otra vez. Luego abrí la puerta, me hice a un lado y le indiqué que pasara primero. Él lo hizo. Yo me quedé allí y di

dos respiraciones con los ojos cerrados, luego lo seguí.

Él las vio de una vez. Eran imposibles de ignorar. Se acercó a cada una, las analizó, sin decir ni media palabra. Yo me había parado junto a la puerta, como un guardia de seguridad. Quizás era para poder correr ante la primera señal de rechazo. Quizás era para darle un momento para que pensara solo.

Tragué saliva, luego di un paso adelante.

—¿Estas son tuyas? —preguntó el señor Wallace.

—Sí.

—Son interesantes. —No estaba segura de que eso fuera algo bueno o algo malo.

—Sí. He estado trabajando en las emociones.

—Puedo verlo.

—Quiero estar en la exposición. Quiero que estas piezas estén en la exposición.

—Ya informé a los postulantes ganadores. Estamos completos.

El corazón se me cayó a los pies y estuve muy tentada de largarme como la última vez. No lo hice. Me mantuve firme.

—¿Qué? Dijo que no lo haría hasta dentro de unos días.

—Lo hice antes. —Volvió a mirar mi pintura del árbol—. Pero...

—¿Pero?

—Tal vez —continuó—, podamos analizar la disposición y e incluir a un artista extra en el piso de ventas.

—¿Sí? ¿Eso es un sí?

—¿Qué pasa si no tienes ninguna oferta?

—No pasa nada. Solo quiero la oportunidad.

—Tienes mucha motivación, Abby.

—Algunas veces.

—De acuerdo, quiero que dibujes un diagrama con la nueva disposición y lo traigas para que lo apruebe.

—Entonces, es un verdadero sí. —Di un solo aplauso.

—Sí. —Él sonrió.

—¡Muchísimas gracias! —Solté un gritito y lancé mis brazos a su alrededor.

—Esto no es profesional, Abby. —Había una sonrisa en su tono de voz.

—Tiene razón. —Bajé mis brazos y le estreché la mano en lugar del abrazo, sacudiéndola con demasiado entusiasmo. No podía controlar la adrenalina que estaba atravesándome—. Gracias. —Comencé a retirarme de prisa, antes de que cambiara de opinión, pero luego me giré al recordar mis pinturas.

—Déjalas aquí —dijo él—. Para que no tengas que volver a cargarlas. Ponlas contra la pared. ¿Trajiste algo de tela?

—Sí.

Acomodé las pinturas rápidamente y luego me marché en un torbellino de emociones felices.

L ogré llegar a mi coche sin tropezarme conmigo misma y subí. Le escribí un mensaje a Cooper de inmediato:

¡Dijo que sí! ¡Dijo que síiiiiiiiiii!

Su respuesta llegó segundos después:

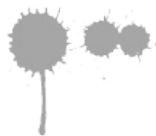
¿Le has pedido a alguien que se case contigo?

Ni siquiera podía pensar una respuesta sarcástica, estaba tan emocionada.

Mis pinturas están en la exposición. Él dijo que sí. ¡Las cinco! Supongo que gracias a la lista mi corazón ha crecido en proporciones épicas.

Ya era hora de que reconociera tu capacidad. Te llevaré a celebrarlo. ¿En tu casa en diez minutos?

Dame treinta. Necesito fingir que no te he dicho esto antes a ti que a mi familia.



—¡Mamá! ¡Abuelo! —exclamé al entrar a la casa.

Mi madre se levantó de un salto y su libro se cayó al suelo. Ella pasó sobre él y corrió hacia mí.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha pasado algo? ¿Un accidente de coche? ¿Un terremoto? ¿Te han despedido? —Me había tomado de los hombros y estaba examinándome de pies a cabeza. Mi boca se abrió y volvió a cerrarse.

—¿De verdad? ¿Eso es lo primero que se te ha ocurrido?

—Nunca antes habías entrado así a casa. Me preocupaste.

—Estoy bien. Mejor que bien. ¿Dónde está el abuelo?

—Afuera.

Fui a la cocina y abrí la puerta trasera. Mi madre me siguió.

—¡Entra, abuelo! ¡Tengo una noticia más importante que la salud de tus vegetales!

Mi abuelo fue directamente al fregadero de la cocina cuando atravesó la puerta y comenzó a frotar sus manos con agua y jabón.

—¿Va todo bien?

De acuerdo, tal vez necesitaba trabajar en mi tono para dar noticias.

—Bueno, no hubo ningún terremoto —dije.

—¿Se supone que debería entender esa referencia? ¿Es alguna frase juvenil sobre motivación? ¿Se ha movido tu mundo, Abby? —Él cerró el agua y se secó las manos con la toalla que colgaba del horno.

—Sí. De hecho, de alguna manera sí. —Reí—. ¡Me han aceptado en la exposición!

—¿Qué? ¿En serio? —Mi madre aplaudió y me dio un abrazo—. ¡Sabía que lo conseguirías!

Correspondí a su abrazo, luego me dirigí a mi abuelo. Sus ojos brillaban con orgullo.

—Bueno, por supuesto que sí. ¿Se supone deberías sorprendido?

—No tienes que estar sorprendido, pero sí que deberías estar feliz por mí.

—Hecho. —Él me dio un abrazo de oso.

—Tengo que enviarle un e-mail a papá —dije y corrí a mi habitación. Justo cuando presioné *Enviar* en el e-mail sonó el timbre.

—¡Cooper me llevará a celebrarlo! —grité mientras corría a abrir la puerta. Cooper estaba allí, recién salido de la ducha. Su pelo estaba húmedo, sus ojos, encendidos con una sonrisa. Lancé mis brazos alrededor de su cuello en un abrazo. Él me despegó del suelo.

—¡Felicidades!

—Gracias. Y gracias por hacer la lista conmigo. —Me había dado la visión de mi interior que esperaba.

Me bajó y comencé a entrar, pero él me tomó de la muñeca. Yo me giré para verlo.

—Lamento nuestra pelea tonta del otro día.

—Yo también.

—¿Podemos acordar no volver a analizar la mente del otro?

—Ese acuerdo me parece bien. —Asentí decidida y señalé sobre mi hombro—. Déjame ponerme unos zapatos y podemos irnos.

—De acuerdo. Iré a saludar a tu abuelo y a tu madre.

—Suena bien. —Yo fui a mi habitación y él al comedor. Lo escuché saludar mientras buscaba mis sandalias en el armario.

—Son noticias increíbles para Abby —comentó él.

—Sí, todos estamos orgullosos de ella; también su padre —afirmó mi madre.

¿Mi padre? Si aún no habría leído mi último e-mail. ¿Lo habría llamado ya mi madre? Elegí una sandalia a lunares, pero no fui capaz de encontrar la otra. Revisé debajo de una pila de ropa. Necesitaba ordenar

mi armario.

—Yo también —asintió Cooper.

—¿A dónde la llevarás? —preguntó mi abuelo.

—No lo sé. ¿A tomar un batido, tal vez? A ella le encantan los batidos.

—¡Ajá! —exclamé al liberar mi segunda sandalia. Las deslicé en mis pies y me reuní con los demás.

—Divertíos —dijo mi madre al verme.

—¿Has llamado ya a papá para contárselo? —Ella miró el reloj de la pared.

—No. Todavía es muy temprano allí. Se lo haré saber más tarde.

—Pero acabas de decir que él está orgulloso...

—Por supuesto que está orgulloso. —Ella sonrió—. Él siempre habla de tu arte.

—Ah. —Ella lo decía en general—. Gracias, mamá.

—¿Estás lista? —preguntó Cooper.

—Sí. Vamos.



Para ser una noche de domingo, la cafetería de los batidos estaba atestada. Llevábamos ya diez minutos esperando que quedase alguna mesa libre cuando la campanilla de la puerta sonó por milésima vez y un nuevo grupo de personas entró.

—¡Cooper!

—¡Ris! ¡Hola! —La sonrisa de Cooper se amplió.

—Creí que habías dicho que estabas ocupado esta noche. —Ella se

unió a nosotros en la cola y dejó a su grupo atrás.

—Lo estoy. Abby tiene muy buenas noticias, así que estamos celebrándolo.

Intenté no sonreír con esa frase, pero no pude evitarlo y ella lo notó.

—¿Qué buenas noticias son esas? —preguntó.

—Ah, no es gran cosa —dije.

—Sí que lo es. Ha conseguido que sus pinturas estén en una exposición en el museo. Es la única menor en la muestra.

—Guau —respondió Iris—. Es genial. Felicidades.

—Gracias.

—¿Puedo unirme a vosotros, chicos?

Debí haberle dicho que no. Pero ¿no sería muy desagradable de mi parte? ¿No estaría comportándome como una amiga mezquina?

—Em... sí, está bien —respondí, con esperanza de que Cooper la alejara.

No lo hizo. Colocó un brazo a su alrededor y dijo:

—Por supuesto.

Tal vez eran imaginaciones mías, pero podría haber jurado que ella era la que estaba sonriéndome con suficiencia ahora. Dirigí mi atención al menú luminoso, aunque ya casi me lo sabía de memoria. Cooper y yo habíamos probado prácticamente todas las combinaciones de batidos que ofrecían, además de algunas que habíamos inventado nosotros mismos. Pero fingir que estaba centrada en aquellas palabras luminosas sobre un tablero negro era mejor que ver a Cooper frotando su nariz en el cuello de Iris.

Finalmente, llegamos al primer puesto de la fila y Cooper me miró, luego señaló el menú.

—Oye, ¿recuerdas la vez que combinamos el...?

—No haremos eso otra vez.

—No estuvo mal.

—Tampoco estuvo bien.

—Cierto. —Él rio—. ¿Quieres el...?

—No, quiero el batido de pastel de plátano.

—Pero ese solo te gusta si los plátanos están lo suficientemente maduros.

El chico que estaba detrás de la caja alzó las cejas cuando lo miré.

—¿Lo están? —le pregunté.

—¿Si están qué?

—¿Están los plátanos lo suficientemente maduros? —preguntó Cooper—. Eso quiere decir cero manchas negras, pero cero manchas verdes también.

—Seleccionaré los que cumplan vuestros requisitos —dijo el chico. Cooper asintió.

—Entonces queremos uno de esos para ella y yo me tomaré uno de brownie.

—Ese te sentó mal la última vez.

—Entonces ya he acondicionado mi estómago para tomarme otro. — Cooper, con el brazo aún alrededor de Iris, le dijo—: ¿Qué te apetece a ti?

—Sorpréndeme —respondió ella.

Cooper odiaba esa indecisión. Así que mi sonrisa burlona estaba de vuelta.

—Nop. Tus papilas gustativas son tuyas.

Ella soltó un breve suspiro y luego le preguntó al cajero:

—¿Cuál es tu favorito?

—No lo sé. Me gusta el de tarta de queso.

—De acuerdo. Probaré ese.

Él tomó nota y salimos a buscar una mesa. Todas las del interior estaban ocupadas, así que nos vimos obligados a escoger una de las circulares de metal de afuera mientras esperábamos por nuestros batidos.

Iris deslizó su silla lo más cerca posible de Cooper y él la rodeó con su brazo. ¿De verdad? Sabía que aquella era mi celebración, pero de repente parecía más como si yo fuera la tercera en discordia en su cita. No dejé que eso me bajara el ánimo. Si Iris iba a estar más tiempo entre nosotros, necesitaba hacer un mayor esfuerzo para llegar a conocerla.

—¿Qué te gusta hacer? —le pregunté.

—Me gusta hornear.

—¿Hornear? ¿Comida?

—No, gatitos —bromeó Cooper, y me dio una patada por debajo de la mesa—. Claro que comida, Abby.

Fruncí la nariz al mirarlo. Iris llevó una mano al pecho de él.

—Mi sueño sería tener mi propia pastelería algún día.

—Eso es genial. Tener un suministro de azúcar ilimitado también es mi sueño.

Ella pareció creer que estaba burlándome de ella o que no la estaba tomando en serio, porque dijo:

—No todo se trata de comida. Tengo que aprender a manejar un negocio, también.

—Abby quiere ver sus pinturas en museos alrededor del mundo algún día —comentó Cooper.

—Hablando de museos, puedes recoger a mi madre para ir a la exposición el veintiuno, ¿verdad? Yo tendré que llevarme nuestro coche, y además eso la ayudará a atravesar la puerta.

—Por supuesto.

—Pero no vayas al principio de todo. Habrá demasiada gente. ¿Tal vez mejor a las ocho?

—Suena bien.

—¿Por qué tiene él que recoger a tu madre? —preguntó Iris.

—Porque su madre odia conducir —respondió Cooper sin dudar ni un segundo.

Y eso era cierto, entre otras muchas cosas. Ella odiaba conducir.

Dijeron nuestro número de pedido y Cooper fue a buscar nuestros batidos. Le sonreí a Iris y estuve a punto de preguntarle qué era lo que más le gustaba cocinar, cuando ella me detuvo con:

—Me gusta Cooper.

—Lo sé.

—Y tienes que dejar de intentar sabotear nuestra relación.

—¿Qué? No estaba haciéndolo.

—Es evidente que desearías que yo no estuviera. Pero eres tú quien tiene que dar un paso al costado y dejar que tenga una novia. Asustas a cualquiera que quiera estar con él.

¿Cómo podía ella saber eso? ¿Había estado hablando con las anteriores novias de Cooper?

—Y yo que pensaba que estaba tratando de ser agradable.

—Ambas sabemos que estás fingiendo. Es obvio que estás celosa.

—Guau. —Levanté las cejas—. De acuerdo. Te diré que ponerte en mi contra no es una buena idea.

—Igualmente —dijo con su sonrisa burlona.

Cooper empujó la puerta con un pie y salió cargando los tres batidos. El rostro de Iris se transformó de nuevo y pasó a ser dulce e inocente. El mío, no.

Tomé mi batido y me levanté. Ella se había colado en mi celebración, no al revés.

—Cooper, ¿podemos irnos? —*Por favor, no me falles ahora, Cooper.*

—¿Qué? —Él ya se había sentado y bebió un largo trago. Nos miró a Iris y a mí.

—No me dejes aquí —dijo ella con un mohín.

—¿A dónde iremos? —preguntó él—. ¿Iris puede venir?

Nunca antes le había hecho esto a Cooper, pero lo necesitaba en este momento.

—¿Podemos ser solo nosotros dos esta vez?

—Has venido con tus amigos, ¿verdad? —le preguntó a Iris al levantarse—. ¿Pueden llevarte a casa?

—Sí, claro. Divertíos. —Ella sacudió su mano en el aire, como si mi desplante no fuera gran cosa.

—¿Nos vemos algún día de esta semana? —le preguntó él. Ella asintió.

—Gracias —le dije, enlacé mi brazo con el de Cooper y fuimos de regreso a su coche, tan aliviada de que hubiera venido conmigo que casi rompo a llorar. Él vino conmigo. Él me escogió antes que a ella.

—¿Qué se supone que acaba de pasar? —me preguntó él.

—Tu novia me odia.

—¿Novia? Solo he tenido algunas citas con ella. No me comprometas aún.

¿Aún no eran novios? Interesante.

—Bueno, sea como sea, ella me odia.

—No es verdad. Creo que solo está intimidada por nuestra amistad. Estará mejor cuando Justin y Rachel regresen.

—Ella me acaba de pedir que me haga a un lado.

—Qué tierno. —Él se rio, como si eso fuera algo de lo que reírse.

—No me pareció tierno. Me pareció amenazante. Como si ella fuera a intentar separarnos.

—Probablemente la has malinterpretado.

—No. Pero da igual. No hablemos de eso.

—Vamos a construir un castillo de arena en la playa.

—Está muy oscuro.

—Tengo dos faros en el coche.

—De acuerdo, vamos.



—¿Cómo es que tu castillo parece tan profesional y el mío parece como si lo hubiera hecho un constructor de pacotilla? —me preguntó Cooper mientras yo usaba un pequeño palito para tallar las ventanas.

—No puedo evitar ser increíble.

El pie de Cooper se disparó y chocó contra mi castillo. Me quedé sin aliento.

—Dime que no acabas de hacer eso. —Él estaba de rodillas sobre su castillo, así que salté y aterricé justo sobre él, la arena húmeda se filtró entre mis dedos. Cooper me sujetó de las piernas y me levantó sobre su hombro. Luego me hizo girar. Empecé a darle golpes en la espalda, pero no podía parar de reírme.

—Se me está bajando toda la sangre a la cabeza. Ponme de nuevo en el suelo.

Él lo hizo, pero yo estaba mareada así que caí sobre mis manos y rodillas y luego rodé sobre mi espalda. Necesitaría una ducha después

de toda la arena que se me había metido en el pelo.

Cooper, parado sobre mí, tocó mis costillas con su pie.

—Estoy orgulloso de ti, Abby.

—¿Por qué? ¿Por mi increíble habilidad para construir castillos de arena?

—Ya sabes por qué. Trabajaste duro. Te arriesgaste. Te lo mereces.

—Él extendió sus manos y dejé que me ayudara a levantar, luego me dio un gran abrazo.

Nos quedamos así, observando las olas durante un rato largo y perfecto.

—Gracias —le dije. Y en ese momento supe que tenía que intentarlo. Me había arriesgado de otras formas también. Tal vez lo cambiaría todo. Tal vez, como siempre había temido, lo perdería como amigo y nadie volvería a hablarme y estaría sola. O tal vez, solo tal vez, las cosas cambiarían para mejor.

Esa noche, aún emocionada por el tiempo que habíamos compartido, le escribí a Lacey:

Tienes razón, las cosas sí cambian. Estoy lista para intentarlo con Cooper. ¿Me ayudarás a idear un plan?

Ella respondió de inmediato:

Cuenta conmigo.

La semana siguiente pasó de prisa entre la preparación de las invitaciones para enviar a los participantes y la decoración de los salones de la galería del museo para el evento. Había visto a Cooper algunas horas sueltas aquí y allá, pero sin la lista conduciendo cada uno de nuestros movimientos volvimos a nuestra rutina de días de playa ociosos, noches de viernes de películas y batidos en el muelle. Lacey me había dicho que me contuviera y no le confesase nada a Cooper hasta que ideáramos un plan brillante. Y así lo hice.

Fue entonces, apenas a una semana de la exposición, cuando me encontré sentada en el suelo de la habitación de Lacey, planificando cada detalle. Ella tenía un bloc de notas en la mano e iba anotando todos los pasos a seguir para que nada pudiese fallar.

—Es como en esa obra que vi una vez —comentó.

Yo estaba sentada junto a ella, mirando la página en blanco y sintiendo que representaba exactamente cómo me sentía. No tenía ni idea de cómo me ganaría a Cooper. Nuestra historia era demasiado larga e intensa como para estropearla. ¿Él aún reaccionaría de la misma manera que la última vez? Eso ya no me importaba. Yo había cambiado. Ya no escaparía de algo por creer que haría que las cosas fueran diferentes.

—¿Una obra que viste una vez? —pregunté.

—Sí, era sobre una chica y un chico despistado.

—¿Y terminó bien?

—No hablemos de la obra. Esto es la vida real.

—Entonces, ¿no terminó bien? —insistí con los ojos bien abiertos. Ella sacudió su mano en el aire.

—Ah, ya sabes, típicos finales dramáticos: muerte, destrucción, corazones rotos. Pero, sea como sea, lo importante es que ella tenía que mostrarle al chico lo que se estaba perdiendo.

Decidí ignorar su horrible comparación y le pregunté:

—¿Y cómo hago eso?

—Primero, tienes que hacer que te eche de menos.

—¿Qué?

—Hoy es lunes. La exposición de arte es el domingo. Son seis días a partir de ahora.

—Sí.

—No puedes ver a Cooper hasta la exposición.

—¿Por qué no? —No podía recordar la última vez que había pasado tantos días sin ver a Cooper.

—Un chico tiene que echar de menos eso que no sabe que desea antes de darse cuenta de que lo desea.

—Suena...

—Totalmente lógico.

—Iba a decir que suena demasiado rebuscado.

—Cooper necesita rebuscar un poco, obviamente. Intentaste un abordaje directo. Es hora de intentar otra cosa.

—De acuerdo, así que no podemos vernos en seis días. —Eso sería difícil. Cooper aparecía en mi casa todo el tiempo. ¿Cómo haría para evitarlo?

—Envíale un mensaje ahora mismo. Dile que estarás en el museo

toda la semana.

—*Estaré* en el museo toda la semana. A partir de mañana.

—Ahí lo tienes, sin necesidad de mentiras.

—Él se presentará en el museo. Me traerá tarta de queso, o algo por el estilo.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque algunas veces lo hace. Somos amigos. —Ella protestó.

—Entonces tendrás que estar atenta por si aparece y esconderte cuando lo veas.

—Esto se está complicando —dije. No me gustaban las cosas complicadas.

—El amor es complicado.

—Tenemos que hacer una camiseta con esa frase.

—Probablemente ya exista.

Sonreí y volví a mirar el bloc de notas. Ella no había escrito nada del plan que habíamos discutido. Solo había dibujado dos personas monigotes dándose la mano, con un corazón entre ellos.

—¿Cuál de los dos soy yo? —le pregunté.

—La más baja, obviamente. —Añadió un vestido al cuerpo de la figura—. Necesitas un vestido nuevo. Un vestido perfecto. Algo que haga que él te vea como una mujer y no como una niña.

Intenté no reírme, porque sabía que estaba hablando en serio.

—*Eso* suena como el guion de una película.

—Pero es un guion real, de todas maneras. Iremos de compras esta semana. ¿A qué hora sales?

—Probablemente alrededor de las siete.

—De acuerdo, iremos mañana mismo. Así podré asegurarme de que no te escabullas para ver a tu adicción.

—No soy adicta a Cooper.

—Mira, una vez intenté dejar la cafeína... —Ella ignoró mis palabras—. Me dio un dolor de cabeza terrible. Me pregunto si tú también tendrás dolor de cabeza esta semana.

Lacey podría llevar poco tiempo en mi vida, pero en ese momento supe que estaba provocándome. Le saqué el bloc de notas y añadí estampado al vestido que ella había dibujado: algunas florecillas en el cuello, volantes por debajo de la cintura y bolsillos. Me encantaban los vestidos con bolsillos.

—Si puedes hacer que el vestido de un monigote sea mejor que cualquiera de los míos es que eres una verdadera artista.

Le devolví el bloc y ella analizó el vestido.

—Nada de flores —dijo—. Estamos descartando a la niña y dando la bienvenida a la mujer, ¿recuerdas? Pero me gusta lo demás. Y tiene que ser rojo.

—¿Rojo? Estaba pensando en negro.

—Confía en mí con esto. Llevarás uno rojo.

—De acuerdo, entonces él me verá en la exposición de arte con mi nuevo vestido rojo, que me hace parecer más una mujer que una niña, y luego... ¿qué?

—Luego le dirás lo que sientes y le darás un beso de película. Y esta vez no podrás escabullirte diciendo que todo era una broma.

—¿Quieres que lo bese en medio de una exposición de arte llena de gente?

—No, no querrás tener público cuando lo beses por primera vez. Tiene que ser un beso que os cambie la vida. Un beso que cambie a un corazón testarudo.

—Pero sin presiones —balbuceé.

—Espera, no será tu primer beso, ¿o sí?

—No, he besado a algunos chicos. —No durante este año, pero habían sido los suficientes como para no dudar de mi habilidad.

—Bien. Entonces, ¿hay algún lugar cerrado al que puedas llevarlo? ¿Un lugar silencioso y romántico, preferiblemente?

—¿El armario de las escobas?

—No me refería exactamente a un armario lleno de escobas. —Ella estaba añadiendo más detalles al dibujo.

—Era una broma. —Ella levantó la vista para ver mi expresión.

—Cierto. Siempre olvido lo sarcástica que eres.

—Es un don.

—¿Tienes algún otro lugar en mente?

Tenía otro lugar en mente. El mirador con vistas al océano. Estaba cerrado por árboles y arbustos y, siempre que no estuviera ocupado por otros invitados, sería un punto increíble para un primer beso.

—Tengo el lugar perfecto.

—Entonces, el resto será fácil.

—Facilísimo. —Solté una sola exhalación forzada—. Él estará enamorado de mí antes de que acabe la noche.

—Además, habrás vendido tus cinco pinturas esa noche. Será simplemente la mejor noche de tu vida.

—Esto está empezando a sonar cada vez más como una obra de teatro.

—Exacto. —Levantó su dibujo terminado, como si eso resumiera todo lo que habíamos hablado. Y, por algún motivo, sentí que así era. Sonreí mientras una oleada de confianza me atravesaba. Cooper y yo estaríamos juntos. Era el destino.

Estaba cansada. Había pasado los últimos cuatro días en el museo haciendo inventario, limpiando, guardando piezas de arte y haciendo todas las otras cosas que teníamos que hacer para preparar la exposición. Y había pasado cada noche con Lacey repasando nuestro plan de juego.

Ella me había llevado a escoger el vestido perfecto (rojo, sin mangas, justo por encima de las rodillas, de cintura alta, con volantes y bolsillos) y habíamos buscado también posibles peinados. Y, lo más importante, no había visto a Cooper desde que Lacey y yo ideamos el plan. Tenía dolor de cabeza, pero estaba bastante segura de que era de preocupación y no por mi desintoxicación.

Era viernes por la noche. La exposición sería en dos días. Estábamos en la habitación de Lacey repasando los detalles finales de cómo debería resultar el domingo. Yo estaba sentada en su cama, que tenía más cojines de los que había en toda mi casa.

Ella estaba revisando una estantería de zapatos que ocupaba toda una pared de su vestidor.

—¿Qué talla de zapatos usas?

—Treinta y ocho. —Ella hizo una mueca.

—¿Crees que podrías adaptarte a un treinta y siete y medio solo por una noche? Porque estos son perfectos. —Levantó los zapatos en su mano derecha. Eran negros, tacones de punta abierta, con suela roja.

—Estaré de pie al menos durante cuatro horas.

—¿Eso es un no?

—Es un gran no.

—Bueno, vale. Pero entonces tienes que escoger unos tacones bonitos. Ninguna de tus cómodas sandalias servirá.

—De acuerdo, de acuerdo. Iré mañana.

—Bien. Desearía poder ir contigo. Desearía poder ver cómo se desarrolla todo esto. Tal vez debería faltar a la última audición en Los Ángeles.

—Estás de broma, ¿verdad? No puedes faltar a la audición. Tienes que ir y conseguir ese papel, como sé que eres capaz de hacer.

—Sí, señora. —Me hizo una reverencia. Yo sonreí—. Eres buena para dar charlas motivadoras, pero no tan buena para recibirlas.

—Oye, estoy a punto de besar a Cooper mi-mejor-amigo-en-el-mundo Wells el domingo. Estoy bastante segura de que he llevado una inocente charla motivadora al extremo.

—Bueno, no puedo decir que mi plan fuese una charla inocente, pero sé lo que quieres decir. Sé que podrás hacerlo, aunque yo no esté allí.

—Puedo. Lo haré. —Elevé mi puño sin ganas en el aire—. Auch. Me duele el hombro.

—¿Por qué?

—Estuvimos moviendo de sitio muchas pinturas en el museo.

Ella se tocó los labios con los dedos.

—Estuve pensando. ¿Es muy tarde para hacer una pintura especial para Cooper? ¿Algo que signifique algo para él que puedas incluir en tu exposición?

—¡La exposición es en dos días!

—¿Y eso es un no?

—¿Sueles pedir una cosa y la cosa sucede por arte de magia? —Reí.

—No todo el tiempo. —Levantó la vista, pensativa—. Pero lo suficiente para haberme malcriado. Somos buenas la una para la otra, creo. Tú me bajas a la Tierra y yo te hago soñar a lo grande.

Tal vez ella tenía razón. Porque sí que había empezado a soñar a lo grande. Solo podía pensar en que en dos noches conseguiría que Cooper fuera mío.

—En realidad, ya tengo una pintura para él. Renové una pintura de él en su cuatriciclo. Y aún no le enseñé la versión definitiva. Creo que le encantará. Pensaba regalársela después de la exposición, si no se vende.

—Perfecto. Lo ves, pedí algo y sucedió.

Tomé uno de sus cientos de cojines y se lo arrojé. Ella lo paró en el aire y comenzó a dar vueltas en círculos como si estuviese bailando con él. Luego lo echó al suelo y se sentó encima.

—Así que, ¿qué harás con respecto a esa novia que tiene? Si se aparece en el museo con él, quiero decir. —La sonrisa se borró de mi rostro.

—Ellos no están juntos —repetí lo que él me había dicho—. Solo han quedado algunas veces. No creo que la lleve.

—De acuerdo, pero si lo hace, debes robárselo para llevarlo a tu lugar secreto.

—Eso sería bastante incómodo.

—Recuerda, Cooper debió haber sido tuyo hace un año. *Ella* está robándotelo a *tí*. Piensa en la primera vez que ella lo vio. Él estaba contigo y ella no tuvo ningún problema en coquetear con él.

—Cierto.

—Dilo como si te lo creyeras.

—¡Cierto!

Alguien llamó a la puerta cerrada de Lacey.

—Pasa —dijo ella. Su padre asomó la cabeza—. Hola, Bill.

—Oye, tu madre y yo iremos de compras. Tu hermano y tu hermana están viendo la televisión. ¿Puedes vigilarlos?

—Sí, puedo.

—Gracias. —Él salió y dejó la puerta abierta.

—Lo llamas Bill. ¿En plan *trato a mi padre como a un igual* o en plan *mi padre y yo mantenemos las distancias, así que debo llamarlo por su nombre*?

—Más bien es algo como *él es mi padrastro*.

—Ah. Eso tiene sentido. No sé por qué no he pensado en eso primero.

—Ella se rio—. ¿Es por eso que tus hermanos son mucho más pequeños que tú?

—Sí, mis *hermanastros*.

—Entiendo. ¿Y tu *no-padrastro*?

—¿Te refieres a mi verdadero padre?

—Sí. —Ella volvió a lanzarme el cojín y yo lo atrapé.

—Tengo relación con él. Y, como ya tengo dieciocho, puedo elegir cuándo quiero verlo. Antes mi madre y mi padre tenían custodia compartida, y a mí me resultaba realmente difícil estar entre dos aguas, hacer una maleta para pasar una semana en casa de uno y otra para pasar una semana en casa del otro. Así que ahora, más que nada, comemos juntos una vez a la semana o me quedo con él durante tres semanas ocasionalmente.

—¿Vive cerca?

—Como a una hora. Y no le entusiasma mucho la carrera que he elegido.

—¿La actuación? ¿Por qué?

—Cree que soy muy joven. Quiere que crezca un poco antes.

—Pero ¿a tu madre le parece bien?

—Muy bien. Ella es la clase de madre que lleva toda la vida pegada al escenario. Y, además, es lo que más me gusta hacer: así que me alegra que al menos uno de ellos me haya apoyado. Es difícil que te tomen en serio como artista. *Tú* también debes saberlo.

—Lo sé. Soy afortunada de que ninguno de mis padres me haya dado problemas.

—Lo eres.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Era un mensaje de Cooper.

Estoy enfermo, ven a cuidar de mí.

Levanté mi teléfono para que Lacey lo viera.

—Dile que no. Has aguantado cuatro días. Si vas a verlo ahora nuestros planes se estropearán. Tienes que estar sin verlo hasta el domingo.

Estoy segura de que tu madre está haciendo un perfecto trabajo cuidándote.

Padres fuera de la ciudad.

¿No puede cuidarte Iris?

Estoy agonizando. Por favor.

—¡Bah! —protesté, frustrada—. Dice que está agonizando.

—Abby —dijo con tono de advertencia.

—Lo sé, pero ¿qué pasa si está realmente solo y enfermo?

—Tiene a Iris, ¿recuerdas?

—Eso solo estrecharía su relación si ella estuviera ahí para cuidarlo mientras está enfermo. El hecho de que esté escribiéndome a mí dice

mucho, ¿o no?

—Sí. Dice que nuestro plan funcionará.

—Entonces, solo iré a ver cómo está.

—Irás igualmente sin importar lo que diga, ¿no? —Me miró con frialdad.

—Él es mi amigo.

—Lo sé. Sal de aquí. Con suerte estará delirando y puede que nuestro plan aún funcione.

—Gracias por todo —le dije con una sonrisa. Ella me abrazó.

—Escribeme el domingo por la noche con un informe detallado.

—Lo haré.

Ella levantó los tacones que había dejado a los pies de su cama.

—Llévate estos, por si acaso no encuentras ningunos que te gusten. El sacrificio es el comienzo de cualquier gran relación. —Ella sonrió—. Sí, también deberíamos hacer una camiseta con esa frase.

Tomé los zapatos y salí corriendo de la casa de Lacey. Mi corazón estaba acelerado. Había dejado que Cooper me convenciera tan fácilmente de ir porque yo lo echaba de menos a *él*.

Cuando llegué a casa de Cooper, Amelia me dejó entrar.

—¿Dónde está Cooper?

Ella señaló el pasillo.

Dejé mi bolso junto a la puerta y fui a su habitación. Llamé suavemente a la puerta.

—Hola, soy yo. —Él solo gruñó—. Estabas lo suficientemente bien como para escribirme hace cinco minutos. ¿Has empeorado tanto desde entonces? —Entré a su habitación. La única luz provenía de una pequeña lámpara de escritorio, así que a mis ojos les llevó un tiempo acostumbrarse. Él estaba en su cama, respirando con dificultad. Apoyé mi mano en su frente. Estaba ardiendo—. Espera, ¿de verdad estás enfermo? —Pensé que podría haber estado fingiendo o exagerando un poco para convencerme—. Tienes mucha fiebre. ¿Te has tomado algo?

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Tal vez. —Sus labios estaban secos y abiertos y sus palabras fueron un susurro.

—¿Cuánto tiempo llevas así? ¿Desde hoy?

—¿Qué?

—Ahora vuelvo. —Busqué a su hermana y la encontré comiendo helado frente al televisor—. ¿Cooper ha tomado algo para la fiebre?

—No. Llegó a casa hace unas tres horas y se fue directo a su

habitación. Intenté despertarlo para saber si mi madre había dejado dinero para la comida, pero me dijo que estaba durmiendo.

—¿Así que acaba de empezar?

—Eso creo.

—De acuerdo. Yo tengo dinero, por si quieres pedir pizza o algo así.

—¡Gracias! —Ella corrió hacia el teléfono y yo me acerqué al botiquín de medicamentos. Encontré un jarabe para la fiebre que podría servir. También humedecí un paño. Con mis herramientas en mano, regresé a su habitación.

—Oye, enfermito, siéntate un momento.

—¿Abby?

—Sí.

—¿Qué haces aquí?

—Tú mismo me escribiste. Vamos, siéntate. —Lo ayudé a sentarse. Él tomó la medicina y volvió a recostarse de lado. Apoyé el paño húmedo detrás de su cuello, donde parecía estar más caliente—. ¿Qué ha pasado para que tengas tanta fiebre?

—No lo sé.

—¿Si te preparo una sopa, la comerás?

—No tengo hambre.

—¿Qué necesitas? —Le di vuelta al paño.

—Que te quedes conmigo.

—De acuerdo. Puedo hacer eso, pero si me contagias me enfadaré contigo. Tengo una gran exposición en dos días.

Él sonrió y yo me puse en la cama a su lado. Me senté contra la cabecera en lugar de acostarme.

Su brazo subió de inmediato sobre mi falda y su cabeza encontró mi cadera. Podía sentir el calor que irradiaba. Esperaba que el jarabe

hiciese efecto pronto, porque no me gustaba verlo así. Moví el paño de su cuello a su sien y lo pasé suavemente por su rostro.

—Has estado desaparecida esta semana.

—Solo ocupada.

—No me gusta que estés ocupada.

Sonreí y aparté el pelo de su frente.

—Tengo frío —dijo con un temblor.

—En realidad estás muy caliente.

—Lo sé. —Un extremo de su boca intentó sonreír.

—Guau, incluso delirando puedes hacer bromas.

Él expresó lo que probablemente creyó que era una risita, pero que sonó más como un gemido.

La tela ya estaba caliente, así que me moví para levantarme y volver a mojarla, pero su brazo se apretó a mi alrededor.

—Solo voy a volver a enfriar esto y a traer algo de hielo para que mastiques, ¿de acuerdo?

—No te vayas.

—No me iré a ninguna parte. Ahora mismo vuelvo. —Liberé su brazo de mi cintura. Amelia estaba en la cocina cuando llegué.

—¿Pediste pizza?

—Sí, hace un rato. Dijeron que estarían aquí en media hora o menos.

—Tomé un billete de veinte de mi bolso y se lo entregué—. Me alegra que estés aquí. ¿Se pondrá bien pronto?

—Sí, se pondrá bien. Solo tiene fiebre. Estoy segura de que se le habrá pasado mañana.

—De acuerdo. Esperaré al repartidor.

—Ven a buscarme cuando llegue, ¿de acuerdo? No abras la puerta tú sola.

—Ya tengo catorce años, ¿sabes? —La miré con seriedad—. De acuerdo, de acuerdo.

Con hielo y el paño mojado de nuevo, regresé a la habitación de Cooper. Al parecer se había vuelto a dormir.

Apoyé el paño sobre su frente y dejé el hielo en su mesilla de noche. Volví a sentarme a su lado. Era extraño poder mirar a Cooper un rato largo de manera ininterrumpida en momentos como este. Pero, sentada a su lado, con su brazo otra vez a mi alrededor, sus ojos cerrados, no pude evitarlo. Tenía largas pestañas rubias arqueadas. Su nariz tenía una protuberancia de la vez que se la rompió al caerse de su cuatriciclo cuando era niño. Sus labios, normalmente suaves y gruesos, estaban secos y agrietados. La verdad es que estaba loca por él.

Su cabeza seguía ardiendo y yo estaba preocupada. Tomé un poco de hielo y lo pasé por sus labios. Unas cosquillas bajaron por mi cuello hasta mis brazos. No. ¿Qué pasaba conmigo? Dejé el hielo de nuevo en el tazón, apreté los puños y losforcé a quedarse en su sitio. Me quedé sentada un buen rato, escuchándolo respirar, deseando que su cuerpo volviese a estar sano.

El timbre sonó, yo me liberé del brazo de Cooper y salí de su habitación. Era una buena excusa para tomarme un descanso.

El repartidor de pizzas estaba en la puerta, abierta cuando llegué, dándole el cambio a Amelia.

—Creí haberte dicho que me esperaras —le dije.

—Ups —expresó ella al tomar la pizza y cerrar la puerta—. Lo siento.

Le di un golpecito de cadera.

—¿Quieres?

—¿De qué es?

—*Pepperoni* y setas.

—Claro que quiero.

Ella dejó la pizza sobre la mesa y sacó dos platos del armario.

—He oído que la pintura del pez estará en la exposición. Sabía que funcionaría.

—Estoy feliz de que así fuera.

—¿Crees que Cooper me dejará ir?

—Sí, claro. Estáis todos invitados. Tus padres también pueden ir. Es el domingo por la noche.

—Mis padres estarán fuera de la ciudad.

—Ah, cierto. Bueno, ven tú con Cooper. Él llevará a mi madre también. —Mis planes para la noche incluían raptar un rato a Cooper de todas formas, llevarlo lejos de todos, al mirador. ¿Aún podría hacerlo? ¿Él estaría totalmente recuperado?

—Tendrá que pasar a recogerme por la casa de mi amiga —dijo con la boca llena de pizza—. Mi madre me deja que pase el domingo allí.

—¿A dónde se han ido tus padres? —le pregunté mientras me sentaba.

—Mi padre invitó a mi madre a alguna clase de crucero de aniversario todo el fin de semana.

—Suena divertido.

—Bueno... ella tiene náuseas siempre que viaja en barco.

—Ah, eso ya no es tan divertido. —Deslicé una porción de pizza de la caja hasta el plato que tenía frente a mí—. ¿Y dónde estuvo Cooper hoy? —Intenté preguntarlo de forma casual, como si no me importara. Era raro no saber lo que él había estado haciendo en toda la semana.

—Creo que llevó a Ris a una especie de spa de peces —dijo como si no supiera lo que era.

—¿A un spa de peces? —pregunté, molesta porque no lo había hecho

conmigo, pero me había robado la idea para hacerlo con ella.

—Lo sé. Suena raro, ¿no?

—Sí... suena raro. —Respiré profundamente algunas veces. No dejaría que me molestase—. ¿Ella te gusta?

—Ella está bien. Me prepara muchos pasteles —respondió tras encogerse de hombros. Luego se acercó y bajó la voz, como si Iris estuviera en la otra habitación—. Aunque necesita un poco más de práctica.

Se me escapó una risita antes de poder contenerme. Las mejillas de Amelia se ruborizaron.

Cada una comió dos porciones de pizza. Luego dejé la servilleta sobre mi plato y me aparté de la mesa.

—Será mejor que vaya a ver a tu hermano.

—Es un bebé.

—La mayor parte del tiempo, sí.

—¿Él te llamó para que vinieras?

—Me escribió un mensaje.

—Ah —dijo con un breve asentimiento.

—¿Qué?

—Nada... es un auténtico bebé.

Supe que no lograría sacarle lo que realmente estaba pensando, así que me fui.

El hombro de Cooper subía y bajaba a un ritmo estable mientras lo miraba desde la puerta. Entré y coloqué mi mano cuidadosamente sobre su frente. Su cabeza estaba mucho más fresca y respiré aliviada. Con suerte, solo se trataba de algún virus de veinticuatro horas.

Caminé lentamente por su habitación, echando un vistazo a todo lo que había en las paredes. Había estado allí miles de veces antes, pero

no las había mirado de verdad desde hacía algún tiempo. Tenía muchas fotografías. Recordé que en su cumpleaños, algunos años atrás, le había regalado una cámara Polaroid, de las que revelan de inmediato una imagen de baja calidad. Y había toneladas de esas fotos por todo el cuarto. Y, como Cooper era notablemente más alto que yo, todas las fotos estaban al nivel de su vista, no de la mía, así que tuve que ponerme de puntillas para analizarlas con detenimiento. Muchas eran de nosotros dos en varios lugares a lo largo de los años: playa, Taco Bell, las dunas, el instituto... Había algunas de los cuatro también: Cooper, Justin, Rachel y yo. Pero la mayoría eran solo de nosotros dos.

Él había llevado esa cámara a todas partes durante un tiempo, como si no fuera más sencillo tomar una fotografía con un móvil.

«Estas las puedo tener en mis manos de inmediato», respondió él cuando yo le dije eso. Pero poco a poco dejó de llevarla y no había visto la Polaroid desde hacía meses. Fue por eso que la última tira de fotografías me sorprendió; era de él con Iris. Iris y él en su cuatriciclo, Iris y él en la playa. Ella estaba en su pared. Eso también era nuevo.

Mis manos comenzaron a sudar mientras miraba esas imágenes. Estaba bien. No era demasiado tarde. Mi plan funcionaría. Él me había escogido el otro día. Él me había escogido esa noche. Me escogería otra vez.

Pero ¿qué ocurriría si no lo hacía? ¿Y si ya era muy tarde? Me di media vuelta y estaba casi en la puerta cuando Cooper habló:

—¿Abby?

—Sí, eh, ¿qué? —dije demasiado fuerte. Corrí a su lado.

—Pensé que te habías ido.

—No me fui. Aquí estoy.

—Bien. Me gusta cuando estás aquí.

—A mí también.

—Eres mi preferida —balbuceó.

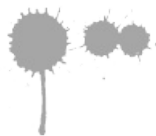
—Lo sé. —Mis hombros se relajaron—. Tú también.

Había llegado a casa de Cooper a las ocho y ya era casi medianoche, mi horario límite. Él había estado durmiendo casi todo el tiempo. Tuvimos varias conversaciones incoherentes (por su parte). Yo había rehumedecido su paño cientos de veces. Pero ahora que su fiebre había bajado y estaba durmiendo plácidamente a mi lado, podía irme. Una hora antes había entrado Amelia para decir buenas noches. Todo estaría bien. Tenía que irme.

Saqué el pesado brazo de Cooper de donde descansaba sobre mis piernas y me levanté de su cama. Su teléfono estaba en la mesilla de noche. Casi muerto; lo había escuchado vibrar por la señal de batería baja hacía poco rato. Lo conecté a su cargador para que pudiera escribirme si se despertaba. Luego tomé mi teléfono y le escribí un mensaje.

Hora límite. Tuve que irme. Espero que te sientas mejor.

Me detuve en la puerta. ¿Por qué estaba ahí parada? ¿Por qué tenía esperanzas de que él se despertara y me rogara que me quedase? Tenía que irme. Así que me fui.



Esa noche soñé que me quedaba dormida a la hora de la exposición. Desperté a la mañana siguiente en pánico antes de recordar que aún era sábado. Aún me quedaba todo un día antes de que debiera tener un sueño como ese, pero me sentía aliviada de que solo fuera una pesadilla.

Tenía dos mensajes esperando en mi teléfono móvil. El primero era de Lacey:

Ya lo viste anoche, así que evítalo como a una plaga hoy y mañana para contrarrestar tu debilidad.

Sí, señora.

El segundo era de Cooper:

Escuché que fui un bebé anoche. Gracias por cuidar de mí.

¿Así que él no lo recordaba? ¿Eso era lo que me estaba diciendo?
Respondí:

Lo fuiste. ¿Esto significa que ya estás mejor?

**Mucho. Lo suficiente como para mi cuatriciclo y las dunas.
¿Vienes?**

Muy gracioso.

El siguiente mensaje que llegó era de Lacey otra vez:

Y tampoco le escribas en todo el día.

Me reí e hice precisamente lo que me ordenó. No le escribí ni una palabra más. Debió haber pensado que estaba ocupada preparándome para la exposición, porque él tampoco me escribió más. No le di (muchas) vueltas al asunto porque realmente estaba ocupada

preparándome para la exposición. Fregué tantos zócalos y guardasillas ese día que me dolían los hombros.

—Abuelo, necesito un masaje en los hombros. Pero no de tejido profundo —dije cuando llegué a casa esa noche. Y me senté en el suelo frente a su silla.

—¿De qué otra forma se supone que quieres que te saque las contracturas entonces?

Mi madre giró su ordenador hacia mí y vi el rostro sonriente de mi padre.

—¡Hola, niña! ¡Has conseguido estar en la exposición!

—¡Sí! Lo hice. ¿Recibiste mi e-mail?

—Sí. Te respondí, pero has tenido una semana ocupada, por lo que me han dicho.

—Sí, lo siento.

—Está bien. Buena suerte. Me entristece no poder estar ahí.

—No poder estar, ¿eh? Sí, seguro. Me sorprenderás, como esos padres soldados que veo en Internet todo el tiempo, que aparecen por sorpresa en partidos de fútbol o salen de pasteles en fiestas de cumpleaños, ¿no es así?

—¿Aparecen por sorpresa en partidos de fútbol? —preguntó él.

—Sí, es muy dramático y hay muchas lágrimas.

El abuelo comenzó a frotar mi hombro y yo respiré dolorida.

—No, niña, eso no va a ocurrir, aunque desearía poder hacerlo —respondió mi padre.

—Eso es lo que dicen todos. Intentan disimular. Pero yo voy un paso por delante. Si puede ser, no saltes a través de ninguna de mis pinturas o tendrás que pagarla. Trabajaré en mi expresión de sorpresa.

—Abby, yo...

—Está bromeando, Paul —dijo mi madre—. Sabe que no vendrás. — Me hizo una señal con la mano detrás de la pantalla para que lo dejara.

El abuelo, que siempre era rápido evitando que las personas se sintiesen incómodas, añadió:

—Espero que tengas un fotógrafo preparado para esto, Paul. Esa clase de vídeos tienen millones de visitas en línea.

Mi madre suspiró y volvió a girar la pantalla del ordenador hacia ella con una expresión de disculpa en su rostro.

—Ya sabes cómo son —dijo—. Les gusta llevar las cosas siempre más allá.

—¿Qué? —exclamé indignada—. Pensé que estábamos por debajo del nivel mínimo de humor con esto.

—Yo también. —Asintió el abuelo mientras hundía los dedos en la contractura de mi cuello—. Aún me quedaban al menos dos *rounds* en esa pelea.

—Nadie usa ya esa expresión, abuelo.

—Yo sí, así que eso no es cierto.

—Auch. Dije que sin tejido profundo —Él aflojó un poco.

—¿Estás totalmente lista para mañana?

—Sí, eso creo. —Estaba lista para mostrar mi arte. No estaba segura de estar lista para besar a Cooper, pero las dos cosas ocurrirían sin importar si estaba lista o no. Solo esperaba que *él* lo estuviera.

Me vi obligada a completar mi *look* con los tacones de Lacey. No había tenido tiempo de ir a comprar otros y los de ella eran definitivamente demasiado pequeños para mí. Apretaban mis dedos y rozaban los costados de mis pies. Pero al menos parecía que me quedaban realmente bien. ¿Qué era lo que ella había dicho sobre el sacrificio?

Me había enviado un mensaje un rato antes y sonreí al recordarlo.

Buena suerte. Recuerda: tus labios cambiarán corazones.

Las puertas aún no habían abierto al público, pero pronto lo harían. Saqué mi móvil para ver la hora. Siete menos cuarto. Quedaban quince minutos. Le había dicho a Cooper que esperara hasta las ocho, con suerte lo haría. Sería mejor para mi madre. Le envié un mensaje rápido solo para asegurarme. Porque, por mi estricto plan de evitarlo, no había revisado el itinerario con él desde hacía una semana, mientras tomábamos un batido con Iris escuchándonos.

Un ligero dolor de cabeza presionaba mi nuca y ascendía hasta mis sienes. Esperaba que siguiera siendo leve.

Los otros puestos a mi alrededor tenían tres o cuatro personas cada uno, acomodando y reacomodando pinturas y letreros. Enlacé mis manos, luego volví a estirar mi vestido. Mi madre me había ayudado a recoger mi pelo en un moño flojo, con estratégicos mechones que caían

alrededor de mi rostro.

Mis pinturas colgaban de la pared detrás de mí, como un telón de fondo. Arreglé uno de los letreros, *El árbol de la vida*, que, obviamente, era de la pintura del árbol. Les había puesto nombre a todas mis pinturas esa semana. La de Cooper en las dunas la había llamado *Temerario*. Al foco desde el escenario le había puesto *Nueva perspectiva*. A la del spa de peces decidí llamarla *Distorsionado*. Y, finalmente, el amanecer. Por algún motivo esa pintura representaba todas las cosas nuevas que había probado durante las últimas semanas con Cooper. Un revivir. Esa pintura era mi favorita, simplemente porque esa misma mañana se había convertido en mi favorita. Así que llamé al amanecer *La lista del corazón*.

Estaba realmente emocionada por que las personas vieran mis pinturas. Estaba especialmente emocionada de que mi madre viera la del teatro. Era como una premonición de esa noche. Finalmente podría verme en escena.

El señor Wallace estaba ultimando las recorridas finales. Visitaba a cada uno de los artistas, preguntándoles si necesitaban alguna otra cosa. Conocía el proceso. Solo que no había estado de ese lado antes. Cuando llegó a mí, presionó mi mano. Llevaba puesto un traje oscuro que no era tan grande como los que solía usar. Su pelo gris había sido cortado recientemente, lo que le daba un aspecto más pulcro.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Emocionada.

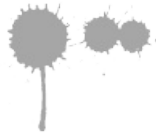
—Buena suerte —dijo y sus ojos recorrieron mis pinturas.

—Gracias.

—Deberías guardar tu teléfono. Intenta ser lo más profesional posible.

—Sí, estaba planeando hacerlo. Gracias. —Guardé el teléfono en mi bolso y lo dejé en una silla detrás del biombo que había colocado para mi madre. Lo había encontrado en una habitación del museo llena de trastos y pensé que sería un lugar perfecto en el que podía escabullirse si necesitaba un respiro.

Las puertas se abrieron segundos más tarde y la gente comenzó a inundar el museo. Había gente por todos lados, mirando detenidamente las pinturas. *Mis* pinturas. Esperaba poder mantener mis emocionados pies en el suelo.



Un rostro familiar apareció ante mí.

—¡Elliot! —exclamé. No lo había visto desde la fiesta y no le había escrito desde que hablé con el Hombre Árbol.

—No sabía que eras una artista invitada esta noche —dijo él.

—Yo tampoco sabía si realmente ocurriría.

—Estás genial.

—Gracias. —Me hice a un lado, porque él estaba intentando ver mis pinturas detrás de mí.

—Son increíbles, Abby.

—Gracias. —Lo seguí mientras miraba cada una de las cinco—. ¿Alguna vez has tenido tus esculturas en una exposición así?

—No, nunca. Debería intentarlo. —Estaba frente al amanecer—. Me gusta la progresión con el color en esta. De frío a cálido.

Era agradable hablar con alguien de mi edad que comprendiera los matices del arte.

—¿Ha venido mucha gente? —preguntó él.

—Han pasado algunos interesados. Hay muchos espectadores.

Hablando de espectadores, una pareja mayor, bien vestida, se paró junto a Elliot para ver el amanecer. Algunos visitantes eran silenciosos y me volvía loca no escuchar lo que pensaban de mi arte; si era bueno o malo.

—Es increíble, ¿verdad? —le preguntó Elliot al hombre, que estaba más cerca de él.

—¿Es abstracta o realista? —preguntó el hombre.

—Es abstracción realista.

El hombre gruñó un poco, como si no le gustaran las variaciones en las formas clásicas. Luego siguieron adelante.

—Él es un estúpido —murmuró Elliot.

—Está bien. El arte es subjetivo, eso es lo que hace que sea realmente genial —afirmé—. Cada uno llega a amar u odiar algo en sus propios términos.

—Bien dicho.

Me alejé de mis pinturas para volver a ver el salón en su totalidad. Los pies estaban matándome.

—No has visto a mi familia o a Cooper, ¿verdad?

—¿Por aquí?

—No, en el McDonald's de la calle. —Sonreí—. Claro que por aquí.

—No los he visto. ¿Quieres que dé una vuelta para ver si los encuentro? —Señaló hacia la segunda planta, donde estaba la otra mitad de los expositores.

—No. Está bien. —Vendrían a buscarme una vez que llegaran.

—Iré a terminar mi recorrido, entonces. Veré las piezas de los demás artistas.

—Claro. Ve. Dime cuál es tu preferida, así puedo verla más tarde.

—Pero el arte es subjetivo, Abby. Tendrás que escoger tu preferida tú misma. —Él me guiñó un ojo.

Le di un empujoncito para ayudarlo a avanzar y él me sonrió sobre su hombro. Y volví a mantenerme a la espera. Después de que otros tres grupos pasaran por mi puesto, no pude contenerme, así que busqué mi teléfono y me metí detrás del biombo.

Ya eran las ocho y media. Solo quedaba una hora y media de exposición. Tenía tres llamadas perdidas, todas del número de casa. Ninguna de Cooper. Volví a escribirle.

¡¿Dónde estás?! ¡Mi madre y mi abuelo están esperándote!

Abrí la aplicación *Encuentra a tu amigo* y traté de localizarlo, pero no dio resultado. Su teléfono estaba apagado o sin batería.

Marqué rápidamente el número de mi casa. Mi abuelo contestó enseguida.

—¿Dónde está Cooper? —preguntó.

—No lo sé. Estaba llamándote para averiguarlo.

—No ha venido.

—¿Cómo está mamá?

—Está bien, pero está mucho mejor cuando las cosas resultan como ella las ensayó meticulosamente en su mente.

—Lo sé. Cooper estaba enfermo el viernes por la noche. Ayer por la mañana dijo que ya estaba mejor, pero no he hablado con él desde entonces. Me pregunto si habrá empeorado.

Sentí una presencia a mi izquierda y, al levantar la vista, vi al señor Wallace. Solté un leve grito de sorpresa.

—Tengo que irme —le dije a mi abuelo—. ¿Puedes intentar llamar a

Cooper?

—Lo intentaré.

—Ven aunque él no esté.

—Sin Cooper no tenemos coche. Lo tienes tú.

—¿Un taxi? —Había olvidado ese detalle menor. Mi abuelo rio irónicamente.

—¿Crees que tu madre se subirá a un taxi?

—No.

—Sea como sea, Abby. Diviértete esta noche. No hagas que tu éxito dependa solo de tu madre.

Colgué, porque el señor Wallace seguía allí, mirándome.

—Lo siento —dije rápidamente—. Se suponía que mi madre vendría y mi amigo también, y estaba empezando a preocuparme... —Me detuve cuando me di cuenta de que a él no le importaban mis excusas —. Lo siento.

—Por favor, intenta no demostrar tu edad esta noche, Abby. No es una exposición para que los padres vean los trabajos de arte de sus hijos.

Auch. Asentí y salí de detrás del biombo. No había nadie en mi puesto, pero fui a ponerme de pie junto a mis pinturas de todas formas.

Pasó otra media hora, al menos eso suponía. No podía estar segura sin mi teléfono. Mi emoción inicial estaba convirtiéndose en decepción y comenzaba a dolerme más la cabeza. Vi a Elliot en la distancia y le hice señas para que se acercara.

—¿Qué sucede? —me preguntó.

—¿Qué hora es? —Él miró el reloj digital en su muñeca.

—Nueve y cinco.

—Queda menos de una hora. Cooper debía traer a mi madre. Yo

tengo el coche. ¿Me harías un favor?

—Sí.

—Escríbele a Cooper por mí. —Tenía la sensación de que su teléfono no estaba apagado, sino que tal vez la aplicación *Encuentra a tu amigo* no estaba funcionando. O mi teléfono funcionaba mal. O... algo.

—¿Cómo es su número? —Se lo recité—. ¿Qué quieres que le diga?

—Dile: «Abby está buscándote. ¿Dónde estás? Dice que si no estás enfermo, se meterá en el laboratorio científico más cercano, robará el virus más letal y lo liberará en tu habitación».

Elliot me miró con las cejas levantadas. Vi cómo escribía: **Abby quiere saber dónde estás** en su teléfono.

—Eso también puede funcionar —le dije.

Los dos nos quedamos mirando el teléfono, esperando una respuesta. Cuando nada sucedió, suspiré.

—Disculpa —dijo una voz detrás de nosotros—. ¿Estas son tus pinturas? —Me giré para ver a una mujer que estaba dirigiéndose a Elliot.

—No —respondimos él y yo al mismo tiempo—. No, son mías —añadí—. Venga por aquí, déjeme enseñárselas. —Mientras la guiaba hacia la más cercana, por el rabillo del ojo vi al señor Wallace observándome. ¿Habría visto todo ese intercambio? Mi abuelo tenía razón, necesitaba dejar de pensar en mi madre y dejar que esa noche se tratara de mí y de mis pinturas, y no de un avance para ella... o para lo mío con Cooper. Mientras dejaba que ambas ideas cayeran al suelo, mi corazón hizo lo mismo.

En cuanto la mujer avanzó al siguiente artista, el señor Wallace volvió a mi lado. Elliot debió haber avanzado también, porque no lo veía por ningún lado.

—Abby, estoy decepcionado —dijo el señor Wallace—. Tu padre me aseguró que te comportarías de forma madura.

—¿Mi padre? ¿Lo conoce?

—Él me envió un e-mail. ¿No te lo dijo? Pensé que por eso me habías traído tus pinturas la semana pasada.

—¿Él... le envió un e-mail? ¿Por eso me escogió?

—Él dijo que una de las pinturas que exhibías ya estaba vendida, de forma que sería económicamente inteligente para el museo permitirte la oportunidad de que las demás fueran vistas. Pensé en decirte antes que debías poner un letrero de *Vendida* junto a ella.

¿Mi padre había mentido para hacer que estuviera en la exposición esa noche? ¿Mis pinturas no se habían ganado su propio puesto?

—Tienes un espectador. —El señor Wallace señaló detrás de mí, luego me dejó allí parada con esa nueva información dando vueltas en mi cabeza y tratando de escurrirse por mis ojos. Contuve las lágrimas y me reuní con el hombre mayor que estaba mirando la pintura de Cooper en las dunas. La pintura me parecía muy juvenil de repente. Nadie más en la exposición de esa noche tenía un cuatriciclo en sus lienzos.

—A mi nieto le encantaría esto —dijo el hombre.

—Es mi amigo. Él es corredor —comenté adormecida.

—También mi nieto. ¿Cuál es el precio?

Era la primera persona que me preguntaba por precios y yo me quedé sin habla. Ese hombre estaba comprándola para un niño. Mis ojos se deslizaron por la pintura del pez, que estaba al lado. Mis pinturas, amadas solo por niños. Tal vez *eran* inmaduras. De repente me sentí avergonzada. Como si estuviera vendiendo animales de felpa mientras todos los demás vendían animales exóticos con vida. Tal vez el señor Wallace realmente había estado protegiéndome al decirme que no lo hiciera. No estaba lista. Mis pinturas no estaban listas.

—¿Jovencita? —preguntó el hombre, con simpatía en su voz—. ¿Está bien?

—Eh. Sí. Yo... eh... no estoy segura de por cuánto debería venderla. —Había investigado y valuado mis pinturas antes de la exposición, pero esos precios ya me parecían demasiado altos.

—¿Puedo hacerle una oferta?

Me giré para mirarlo de frente. Podía hacer eso. Él quería la pintura, yo iba a vendérsela. Justo cuando abrí la boca para responder, mis ojos descubrieron un prendedor en su chaqueta: una bandera de los Estados Unidos junto con una del ejército.

Él conocía a mi padre. Mi padre lo había enviado. Si mi padre había estado dispuesto a mentirle al señor Wallace para hacerme entrar a la exposición, no tenía dudas de que hubiera convencido a uno de sus amigos de ir a apoyarme. Probablemente hasta les hubiera dicho que compraría una pintura para ellos. El enfado me atravesó.

—No. Esta no está a la venta, en realidad. —Había planeado dársela a Cooper y, si él era solo alguien a quien mi padre había enviado, no la dejaría ir. ¿Dónde estaba Cooper? Estaba preocupada por él. Sus padres

aún se encontraban fuera de la ciudad y su hermana estaba en casa de una amiga. ¿Estaría en su casa volando de fiebre?

—Ah. Alguien llegó primero, supongo —dijo el hombre y me entregó su tarjeta—. Si alguna vez pintas otra de un cuatriciclo, llámame.

—De acuerdo. Gracias.

Él se marchó y yo caminé, a pesar de las ampollas que tenía en ambos pies. Caminé un rato mirando al suelo. Antes había deseado que el tiempo fuera más lento y ahora solo deseaba que la noche se acabara. Mi teléfono estaba vibrando. Sacudía mi bolso sobre la silla detrás del biombo. En ese punto, ya no me importaba lo que dijera el señor Wallace. Lo saqué. El nombre de Elliot brillaba en la pantalla y yo fruncí el ceño, confundida.

—¿Hola?

—Hola. —Era mi abuelo y la confusión me invadió—. Gracias por enviar a Elliot, pero ella no puede hacerlo. Saca muchas fotos para enseñármolas cuando vuelvas.

—¿Elliot está ahí? —murmuré.

—Sí.

—¿No puedes convencer a mi madre para que venga?

—Lo intenté y no está funcionando.

—Entonces ven *tú*.

—Abby, no puedo dejar a tu madre así. Está hecha un desastre ahora mismo.

—¿Qué? —pregunté incrédula—. ¿Tampoco quiere que tú vengas?

—No es que no quiera que vaya...

—¿Está diciéndote que vengas?

—No creo que deba dejarla sola en este estado.

—De acuerdo —dije y corté la llamada, con lágrimas de enfado en

mis ojos.

No saqué ninguna foto. Podrían ver todas mis pinturas cuando volviera a casa. Todas seguirían siendo mías.

Cooper, ¿estás bien?

Lo intenté una vez más.

Mi teléfono anunciaba que quedaban cinco minutos de exposición. Cinco minutos. Conté hasta cien, luego hasta cien otra vez y otra vez, hasta que el señor Wallace se paró junto a la puerta para despedir a los últimos visitantes. Luego, lo más rápido que pude, despejé mi puesto con varios viajes a mi coche para guardar mis pinturas.

—Abby —dijo el señor Wallace cuando pasé junto a él con mi última carga.

—¡No puedo hablar ahora! —le respondí sobre mi hombro—. Tengo que irme. Es una emergencia. —No miré su rostro. Sabía que estaría muy decepcionado.

En el coche, me quité los tacones y los arrojé al asiento trasero. Mis pinturas estaban guardadas en el maletero. Encendí el motor con las manos temblorosas. Llegué a casa de Cooper en tiempo récord. Estaba oscuro. Aparqué enfrente.

Primero llamé al timbre. Pero no pasó mucho tiempo hasta que fui a su ventana.

—¡Cooper! ¿Estás bien?

La abrí, como ya había hecho antes, y trepé. Su habitación estaba oscura. Encendí la lámpara de su escritorio y vi que su cama estaba vacía. Revisé el resto de la casa, hasta la habitación de sus padres. No había nadie. La preocupación que me había llevado a su casa se convirtió primero en alivio, después en enfado. Si no estaba allí, ¿dónde

estaba?

Podía esperar. Me senté en su cama. Olía a él, así que me moví hasta el suelo junto a la ventana. Llegaron las diez y media. Luego las once. Mi teléfono vibró.

El mensaje era de mi abuelo:

¿Sigues en el museo?

No. Volveré tarde.

Ignorarlos en ese momento me parecía la mejor manera de castigarlos. Sabía que no debía estar enfadada con mi madre. Ella tenía una enfermedad. Una por la que acababa de darme cuenta de que necesitaba ayuda. Pero mi mente y mis emociones no estaban trabajando muy bien juntas. Porque *estaba* enfadada. Estaba enfadada con todos, en realidad. Con Cooper, obviamente. Con mi abuelo, por no haber podido convencer a mi madre de ir, y luego por no haber ido solo cuando pudo. Con mi padre, por haber forzado a que la exposición ocurriera cuando no me lo había ganado. Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé contra la pared. Eso me provocó una punzada de dolor en mi cabeza ya adolorida. Froté mis sienes y pensé en buscar una aspirina en el gabinete de medicinas del baño de Cooper, pero no pude reunir la energía necesaria para levantarme.

No había cerrado la ventana al entrar y una ligera brisa alborotaba mi pelo. Me pregunté si debía llamar a la policía. ¿Habría tenido Cooper un accidente? Mi mente quería que tuviera una muy buena excusa para esa noche. Él tendría una buena excusa.

Mi mente también estaba dándole forma a algo en lo que me había esforzado mucho en no pensar. Pero todo el dolor que había obligado a enterrarse bien dentro de mí estaba saliendo a la superficie mientras ese

nuevo dolor me invadía.

El año anterior. La fatídica noche en la playa. Cooper y yo habíamos salido después de celebrar su millonésima victoria. Justin y Rachel no habían podido ir por un motivo u otro. Pero eso no importaba. Cooper estaba extasiado y su sonrisa parecía el centro de mi vida. Me había dado cuenta, de forma repentina y justo en ese momento, de que vivía por su sonrisa. De que cada vez que la veía, mi propia sonrisa no podía evitar aparecer. Y supe allí, en ese instante, que haría cualquier cosa para verla siempre. La felicidad bullía en mi pecho, efervescente e intoxicante.

«Estamos genial cuando estamos juntos», le dije en ese entonces.

Él me miró a los ojos y su sonrisa se desvaneció lentamente. Yo pensé que eso había sido porque reconoció la seriedad del momento, de lo que estaba a punto decirle, así que continué. «Creo que te quiero».

Su expresión se ensombreció y entonces lo supe. Él no sentía lo mismo.

Me dio un golpecito en el hombro y dijo: «Yo también, eres una gran amiga».

Yo esperaba que la noche oscura ocultara mis mejillas sonrojadas. Logré evitar que el ardor de mis ojos se convirtiera en lágrimas y me forcé a reír.

«Deberías verte la cara ahora mismo. ¿Te has creído que me refería a que fuésemos algo más que amigos?»

Su rostro pasó del horror al alivio tan pronto como hube terminado la oración. Él también rio y lo dejé pasar. Así de fácil.

La puerta de un coche cerrándose cerca de la casa me sacó de mi recuerdo del año anterior, seguida por risas. Se escuchaban con total claridad a través de la ventana abierta.

—Me he divertido mucho hoy —dijo Cooper—. Gracias por la sorpresa.

—Claro. —Era Iris—. Gracias a ti por venir en el último momento. Siento lo de tu teléfono.

—Está bien. Intentaré eso del arroz.

Cooper debió haber comenzado a alejarse, porque Iris dijo:

—¡Oye! ¿No me das un abrazo ni nada? —Se hizo una pausa, luego un gemido. Obviamente Cooper la había elevado en un abrazo. Meforcé a no llorar. Estaba realmente molesta. No podía dejar que el dolor me ganara.

Cuando el coche se alejó, me levanté y acomodé el dobladillo de mi vestido. ¿Por qué seguía allí? Podía salir por la ventana y enfrentarme a la realidad al día siguiente, cuando mis emociones estuvieran más apaciguadas. No lo hice.

Cooper entró a su habitación y encendió la luz. Luego soltó un grito de sorpresa, seguido por una risa.

—Me has asustado.

No respondí.

—¿Me echabas de menos? —Él se fijó en mi vestido—. Guau. Estás muy guapa. ¿Has tenido una cita esta noche?

¿Realmente me estaba preguntando eso? ¿Él lo había *olvidado*?

—No, tuve esa cuestión de la exposición de arte. Nada importante.

—No, eso es mañana. —La sonrisa se borró de su rostro y su ceño se frunció.

—¿De verdad? Ah. Supongo que nadie avisó tampoco a los artistas y a los invitados que se presentaron esta noche. —Mi voz era como el hielo.

—Dijiste que era el día veintiuno.

—Hoy *es* veintiuno, Cooper.

—No, hoy es veinte, ¿verdad? ¿Sábado?

Solté una risa deshonesta. Quería arrancar todas las fotografías de las paredes y hacerlas pedazos, porque el enfado que palpitaba en mi pecho era realmente intenso.

—¿Es domingo? —Él negó con la cabeza—. Soy un completo idiota. Se me cayó el móvil en un charco hoy. Está totalmente muerto. Tú no me has escrito en toda la semana. No estoy acostumbrado a no tener recordatorios sobre las cosas.

¿Estaba culpándome a *mí* por eso? Algo se apoderó de mí. Comenzó por mi cabeza y recorrió mi cuerpo en una oleada adormecedora. No fue exactamente paz, sino aceptación. Resolución, tal vez.

—Terminó —dije y descubrí lo que de verdad sentía.

—Confundí los días mientras estaba enfermo —continuó él, sin reconocer lo que yo había dicho—. Es verano. Los días se mezclan. Además, creo que Iris dijo que era sábado esta mañana. Ella también ha debido confundirse.

—Ah, estoy segura de que se ha confundido, claro.

—¿Por qué ese sarcasmo?

—Por nada, Cooper. —Levanté las manos, rendida—. Terminó.

—¿Y eso qué significa? ¿Por qué sigues diciendo eso?

—Esta relación unilateral no está funcionando. Ya no puedo hacerlo. Que te vaya bien. —Podía salir trepando por la ventana y parecer un gran bufón con mi vestido corto levantado hasta la cintura, o podía esquivarlo y salir por la puerta que él estaba bloqueando y mantener mi postura.

Lo sentí en lo más profundo de mi pecho. Podía esquivarlo.

Él no se movió cuando llegué a la puerta. Lo miré. Sus ojos contenían

dolor. Eso rompió mi corazón un poco más.

—Lo siento, Abby. Por favor, no te vayas así. Déjame arreglarlo. — Ese era el Cooper que normalmente conseguía que hiciese cualquier cosa. Sus ojos suplicantes, su sonrisa encantadora, su voz persuasiva. No funcionó esta vez.

—Cooper, muévete.

—Abby, por favor, no te vayas así. ¿Cómo fue la exposición? ¿Tu madre me odia por no ir a recogerla?

—Ella no vino.

Él cerró los ojos y los presionó con sus dedos.

—Ay, no. Lo siento. Soy un completo idiota. El idiota más grande del mundo.

—Muévete —gruñí.

Intentó alcanzar mi mano y yo la alejé violentamente. Él no estaba acostumbrado a que actuara así, pude verlo en su expresión de sorpresa. No volví a pedirle que se alejara. Lo empujé y salí.

Llegué a mi coche y conduje lejos de su calle antes de dejar que las lágrimas cayeran. Y cayeron.

Mi madre y el abuelo estaban esperándome cuando llegué a casa. Mi madre era un desastre. Tenía los ojos hinchados, el maquillaje corrido. Yo no quería escuchar otra ronda de disculpas. Pero no parecía importar lo que yo quisiera esa noche, porque disculpas fue exactamente lo que recibí.

Ella se desplomó sobre mí, con las manos alrededor de mis hombros, su rostro sobre mi cuello.

—Lo siento muchísimo, de verdad.

—No quiero hablar de esto esta noche. —La aparté. Nunca antes la había alejado, y, en ese momento, el enfado y la culpa se enredaron en mi pecho, tan fuerte que no podía respirar.

Mi madre soltó un sollozo.

—Necesitas ayuda —dije.

—Lo sé. —Asintió ella.

—Me voy a la cama. —Sabía que no podría dormirme pronto. En realidad solo necesitaba huir antes de decir más cosas de las que pudiera arrepentirme. Me di la vuelta y salí a toda prisa por el pasillo.

Mi abuelo, que no había dicho una palabra, me siguió.

—¿Qué? —sentencié.

—¿Necesitas hablar de esto? —Su voz era calma, como si eso fuera a hacer que todo estuviera bien.

—Necesito que me dejen sola.

—Estás enfadada.

—¡Sí, estoy enfadada!

—Deberías estarlo, yo lo estaría.

—Bien, porque lo estoy.

—Siento que ella no pudiera hacerlo.

—¡Estoy enfadada *contigo*, abuelo! ¡Contigo!

—No podía dejarla sola.

—¿De verdad? ¿*De verdad*? ¿Esa es tu excusa? Tú. El que siempre está intentando empujarla a más. ¿Esta vez era demasiado?

—Nunca la había visto tan mal, Abby.

—Entonces tal vez podrías haberle pedido a Elliot que se quedara con ella. ¡Tal vez podrías haberla dejado durante apenas media hora y haber venido a darme algo de apoyo! Era una noche importante y fue como si ni siquiera te interesaras por mí.

—Me intereso por ti. Lo sabes.

—¡Bueno, pues no lo demostraste! —Sabía que parte de eso era para Cooper, pero al menos la mitad era para mi abuelo también, así que no lo llamé cuando él bajó la cabeza y se marchó.

De algún modo, gritarle no me hizo sentir para nada mejor. Mi cabeza retumbaba y mis ojos parecían estar en llamas.

Debí haber esperado hasta que me tranquilizara antes de enviarle un e-mail a mi padre. Pero él también merecía algo de mi enfado. El mensaje fue corto, pero fiel a mi estado anímico.

Papá, nunca vuelvas a mentir o a intimidar a alguien para que incluya a tu hija en una exposición. Deja que ella se gane sus propios logros.

Presioné *Enviar* y cerré mi ordenador. Luego fui a mi baño, tomé una

aspirina y me metí en la cama.



A la mañana siguiente me despertó mi teléfono vibrando. Me senté. Me había dormido vestida y maquillada. Mis pestañas estaban pegajosas. Revisé mi teléfono. Tenía exactamente treinta y dos mensajes de Cooper. Supuse que había arreglado su teléfono de alguna forma. La mayoría eran solo las palabras *Lo siento*, una y otra vez. También tenía un mensaje de Lacey:

No me has enviado un informe. Eso debe significar que fue excepcionalmente bien.

Gemí y me levanté de la cama. Me di una ducha larga y muy caliente. Mi piel estaba roja cuando salí. En los veinte minutos que pasé en el baño, Cooper me envió cinco mensajes más. También los ignoré.

No había respuesta al e-mail que le había escrito a mi padre. Seguramente no habría tenido tiempo de sentarse y revisar su correo. Sabía que la respuesta podía demorar unos días. Esperaba no haberme arrepentido para entonces.

Me vestí y fui hacia la cocina. Mi abuelo estaba sentado a la mesa. Miré alrededor, pero no vi a mi madre.

—Ella sigue durmiendo. Tuvo una noche complicada.

—Como todos —balbuceé.

—¿Podemos hablar de ello?

—Aún no, abuelo, por favor, aún no. —Me sentía mareada y me apoyé contra la encimera.

—¿Puedes al menos decirme si Cooper está bien? Me preocupé mucho anoche cuando no vino.

—No quiero volver a hablar de Cooper jamás. —Él alzó las cejas—. No. De verdad. Cooper se acabó. Para siempre. —Sabía que eran mis emociones las que hablaban por mí. Si hubieran sido Rachel o Justin los que se hubieran olvidado de mi exposición, habría estado enfadada con ellos durante unos días y luego lo habría olvidado. Pero no eran Rachel ni Justin. Era Cooper. El chico del que estaba enamorada. Y ese amor estaba haciendo que perdonarlo fuera imposible.

—Entonces... ¿para siempre? —preguntó mi abuelo.

Mi jaqueca había vuelto y mi cabeza latía. El abuelo entornó los ojos, luego se acercó y me tocó la frente.

—Estás ardiendo.

—Cooper —gruñí.

—No sabía que un corazón roto causara fiebre —dijo mi abuelo.

—No. Él estaba enfermo. —Por si el resto fuera poco, él también me había contagiado su virus. Mi abuelo buscó alguna medicina en el cajón, me la tomé y volví a meterme en la cama.

Cooper me llamó y me escribió durante todo el día. Yo, por mi parte, apagué mi teléfono en algún momento para no oír cómo vibraba continuamente.

Mi madre se asomó a mi puerta más tarde ese mismo día.

—¿Cómo estás? —Ella me miró con una expresión de dolor que sabía que no tenía nada que ver con mi enfermedad y mucho que ver con su culpa.

—Nada bien.

—¿Puedes relatarme la noche acto por acto? —preguntó.

—No. No puedo. Siento que ya he tenido paciencia contigo durante

demasiado tiempo —respondí. Eso también era algo que había estado pensando desde la noche anterior—. Y no tengo ganas de hablar ahora.

—El abuelo me contó lo de Cooper.

—No esperaba otra cosa. —Ella fingió no escucharme.

—Tienes un gran corazón, Abby. Sé que superarás esto.

Sentía que no tenía corazón en ese momento. Como si alguien me lo hubiera arrancado y se lo hubiera comido. Bueno, tal vez no se lo había comido, quizá se lo hubiera dado de comer a unos perros rabiosos, o algo así. La noche anterior estaba lista para entregarle mi corazón. Tenía pensado volver a exponerme a mí misma. Y, en esta ocasión, él ni siquiera se presentó, ni siquiera como amigo. Se suponía que él era mi mejor amigo, pero un mejor amigo no me habría fallado en una noche tan importante. No estaba segura de qué me dolía más: el darme cuenta de que realmente había perdido al chico que amaba, o el darme cuenta de que había perdido a mi mejor amigo. Probablemente lo segundo.

Mi madre me dejó sola y miré las paredes de mi habitación. Mi teléfono estaba en la mesilla de noche a mi lado, lleno de mensajes de Cooper sin responder. Necesitaba una distracción. Le escribí a Lacey.

La peor noche del mundo.

Mi teléfono sonó y pensé que tendría que evitar otra llamada de Cooper, pero era Lacey. Contesté.

—¿Cuándo vuelves? —Fue mi respuesta.

—En dos días.

—Espero vivir hasta entonces.

—Cuéntamelo todo.

Y eso hice.



Al día siguiente, con cincuenta y cuatro mensajes más sin responder (todos de Cooper), estaba sentada en el suelo de mi habitación empuñando un par de agujas de tejer rebeldes que había comprado, cuando mi abuelo llamó a la puerta.

—Pasa. —La puerta se abrió con un chirrido.

—Oye, tú, ¿estás mejor?

—¿Físicamente? Sí. — Ya no tenía fiebre y el dolor de cabeza que había sentido durante los últimos días se había ido con ella. Pero el enfado seguía rugiendo en mi pecho, como un demonio que debía ser exorcizado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Estoy trabajando en los últimos cuatro puntos de la lista. —Le enseñé el ovillo y las agujas. Lance había hecho que pareciese fácil, pero no lo era—. Bueno, tres, técnicamente, ya que lo del amor correspondido no ocurrirá en un futuro cercano.

—¿*La lista del corazón*? Creí que eso era solo para la exposición de arte.

—No, era para mejorar mis pinturas y eso aún no ha ocurrido.

—Claro que sí. Estuviste en la exposición.

—Papá le escribió al señor Wallace. Es por eso que me dejó mostrar mis pinturas.

—Lo siento, niña. —Él se estremeció.

Me sentiría muy feliz si nunca volvía a escuchar las palabras *lo siento*.

El abuelo se acercó a la lista pegada en mi pared.

—¿Hay algún punto en la lista acerca de un tejido desaparejo?

Mi teléfono vibró en el suelo junto a mí:

Abby, por favor, háblame.

Gruñí y le di la vuelta.

—¿Necesitas algo más? —Le pregunté a mi abuelo por cortesía.

—Nop. —Y con eso salió de mi habitación.

Sí, definitivamente necesitaba un buen exorcismo.

El domingo había pasado y oficialmente se acababa de cumplir el mayor tiempo que había pasado sin ver a Cooper en un año. Esa idea dio vueltas en mi cabeza mientras tomaba mi desayuno. Mientras me lavaba los dientes. Mientras encendía mi ordenador. También tenía otros números en mi cabeza. Como el diez. Esa era la cantidad de mensajes de voz que Cooper me había dejado en esos días. Escuché los dos primeros, pero cuando me di cuenta de que eran solo repeticiones de lo que me había dicho esa noche en su habitación (*Lo siento, se me mezclaron los días, soy un idiota, por favor perdóname*), comencé a borrarlos. Doscientos once... y sumando. Ese era el número de mensajes que me había enviado. Tres: el número de veces que se había presentado en mi puerta y que mi abuelo lo había despedido. Veintitrés: el número de días que había pasado desde la última vez que pinté algo. Y aún no me sentía con ganas de tomar un pincel o de ir a un museo. Cuatro: el número de veces que había llamado al trabajo para decir que estaba enferma. No quería enfrentarme al señor Wallace. ¿Qué le diría sobre mi horrible comportamiento en la exposición?

Revisé mi correo electrónico. Aún no tenía mensajes de mi padre. ¿Habría recibido el e-mail que le envié? Sin hablarle a mi abuelo, a mi madre, a mi padre ni a Cooper, nunca me había sentido más sola.

Tomé mi teléfono y llamé a una de las pocas personas con las que no estaba enfadada.

—¿Hola? —contestó Lacey.

—Necesito salir de casa.

—Bueno, estás de suerte. Estamos justo a punto de vivir una aventura. Te enviaré la dirección. Te veré allí.

Ni siquiera le pedí que me diera más detalles. Me levanté, me arreglé por primera vez en varios días y salí de casa.



Cuando llegué, había otros tres coches en el aparcamiento de la iglesia abandonada de la calle R.

Aparqué junto a un BMW que sabía que era de Lacey. Aún no estaba segura de por qué me había dicho que quedásemos allí, pero, en ese punto, estaba dispuesta a cualquier cosa. Estaba intentando reemplazar malos hábitos por buenos. Ir a cualquier sitio sin Cooper era un buen hábito.

Salí de mi coche y avancé por el camino de piedra lleno de maleza hasta llegar a las puertas principales. Ventanas de cristal ahumado, a las que les faltaban varios paneles, rodeaban las puertas, que estaban cerradas con varios tablones de madera y creaban un mosaico colorido sobre la tierra. Llamé, no estaba segura de si esperaba que alguien contestara, pero tampoco estaba segura de cómo entrar.

Nadie abrió, así que caminé alrededor del edificio. En la parte trasera encontré otra puerta a la que le faltaba una tabla que me proporcionaba el espacio suficiente para entrar. Respiré profundo y entré agachada. Tomé mi teléfono para iluminar la zona.

—¿Hola? —llamé, más un murmullo que un grito. Nadie contestó.

Olía a polvo y a viejo. Pisé y esquivé fragmentos de cristales de colores rotos, hasta que encontré una habitación grande en el centro del edificio—. ¿Lacey? —pregunté al ver sombras de personas en el centro. La escena me aceleró el corazón y estuve a punto de darme la vuelta y de salir corriendo de allí.

—¿Abby? —su voz sonó con fuerza en la habitación silenciosa.

—Sí.

—Ven. —Fui.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Acabamos de llegar. Dame un segundo. —Presionó un botón y una linterna iluminó la estancia.

—¿Soy el cordero al que van a sacrificar en algún extraño ritual de iniciación?

—No, nada de eso. Es justo de esto de lo que te estuve hablando. Cambios de perspectiva. Nos gusta buscar sitios extraños y cercanos para visitar. Nos ayuda a expandir nuestras mentes creativas. Tenemos nuevas experiencias. Todo eso.

Ah. Cierto. Ella me había dicho que hacía esas cosas. Como su propia versión de *La lista del corazón*.

—Entiendo. —Me senté en el suelo junto a Lacey y moví algo de polvo que me hizo estornudar de inmediato.

Lacey palmeó mi espalda como si esa fuera la respuesta correcta a un estornudo, luego dijo:

—Abby, ¿conoces a Lydia, Kara, Nick y Colby? —Era difícil ver sus rostros entre las sombras.

—A vosotras os conocí en la fiesta. —Los dientes de Kara brillaron con una sonrisa—. ¿Y qué hacen aquí? —pregunté.

—Contamos historias. Improvisamos un poco —respondió uno de los

chicos. ¿Nick? ¿Colby? No estaba segura de cuál era cuál.

—¿Improvisáis?

—Sí. Es un término teatral que básicamente significa que inventamos cosas sobre la marcha.

—¿Haces teatro? —preguntó Nick/Colby.

—No. Pintura.

—Pintura. Este es un buen sitio para que un artista se inspire también —dijo Kara.

Miré a mi alrededor. Kara tenía razón, ese era un sitio que podía inspirar. Todo, desde los bancos polvorientos, hasta la estatua de María al frente, brillaba con un suave amarillo por la luz de la linterna. Había un viejo piano al que le faltaban la mitad de las teclas blancas y tenía la apariencia de una sonrisa desdentada. Por primera vez en días, mis dedos ansiaban tener un pincel. Recordar la exposición de arte y mi pobre actuación borró rápidamente ese sentimiento. Me encogí de hombros.

—Sí, es genial.

—Tengo noticias —dijo Lacey mientras presionaba mi brazo, como si supiera que estaba lista para estar fuera de foco—. Me han vuelto a llamar.

Una de las chicas chilló, provocando eco por las paredes, y lanzó polvo como lluvia sobre nuestras cabezas.

Colby/Nick (el que no había hablado antes) levantó los brazos.

—Lydia, vamos. ¿Quieres que nos pillen?

—Lo siento. —Se cubrió la boca con una mano—. Es que es tan emocionante. ¿Cuándo será? ¿Qué papel tendrás?

—La próxima semana. Seré la líder del grupo. —En ese momento sonó un clamor de voces y excitación. Yo me acerqué a ella.

—Siento no haberte preguntado. Estuve demasiado inmersa en mis propios problemas.

—Está bien. Lo entiendo.

—Felicidades —añadí—. Es realmente emocionante.

—Gracias. —Ella sonrió, luego levantó las manos y todos hicieron silencio—. De acuerdo. Comencemos. Cada uno escogerá un objeto de la habitación y nos contará la historia de su origen.

Se me iba a dar realmente mal ese juego. ¿Juego? ¿Así era como lo llamaban? ¿Ejercicio? Cualquiera que fuese su nombre oficial, no era uno de mis puntos fuertes. Escogí el piano, porque ya le había atribuido características humanas en mi mente, y conté la historia de una chica que había sido convertida en un piano por una reina malvada. Me hicieron toneladas de preguntas, como si yo realmente lo hubiera pensado todo con sumo detalle. Cuando terminé con mi parte, fui feliz de escuchar sus historias, mucho más creativas, acerca de mujeres congeladas en el tiempo, bancos hechos de oro y llaves que abrían portales. Eran historias bien elaboradas, con giros y detalles.

—¿Acabas de inventarte eso justo ahora? —le pregunté a Lydia cuando terminó.

—Sí.

—¿Cómo?

—Práctica, supongo.

No fueron solo las historias en sí mismas las que me impresionaron. Fue la confianza con la que las contaron. Como si no les importara lo que los demás pensasen.

No estaba segura de cuánto tiempo habíamos pasado allí, pero las sombras se volvieron más intensas y los cristales ahumados ya no brillaban en absoluto cuando nos levantamos y yo sacudí mis

pantalones. Lacey enlazó su brazo con el mío en el camino de vuelta.

—Gracias por dejarme venir.

—Puedes venir cuando quieras.

Fui la cuarta en salir por el hueco y me llevó un momento darme cuenta de que los tres que habían salido antes que yo estaban observando algo en la distancia. Pensé que tal vez nos habían pillado. Que había aparecido la policía y que nos encerrarían por allanamiento y vandalismo. Aunque, técnicamente, no habíamos vandalizado nada. Solo habíamos allanado. Pero era algo peor que la policía.

Era Cooper.

Tenía algo que no podía distinguir en su mano. Una caja con alguna clase de manilla.

Mi corazón, aún no del todo independizado, dio un salto.

¿Cómo pudo saber que estaba ahí? A mi mente le llevó dos minutos recordar esa estúpida aplicación en nuestros teléfonos: *Encuentra a tu amigo*. Mi móvil me había delatado. Tenía que borrar esa aplicación de inmediato.

Lacey había salido por el agujero detrás de mí y también vio a Cooper.

—¿Quieres que le diga que se vaya? Iré a decírselo ahora mismo si me lo pides.

—No, hablaré con él —dije. Ella me miró, incrédula—. No, de verdad. No estoy en peligro. Estoy muerta por dentro ahora mismo. —Su incredulidad se convirtió en simpatía.

—Ven a mi casa cuando termines, ¿de acuerdo? Comeremos chocolate y veremos una película sobre matar chicos. ¿Existe una película así? Encontraremos una. —Ella le dio un apretón a mi brazo—. Sé fuerte.

Sonreí, luego observé cómo mis nuevos amigos se metían en sus coches y se alejaban. Mi mirada regresó a Cooper. Me mantuve seis días firme. Tendría que reiniciar la cuenta desde cero después de esto. Caminé lentamente hasta que estuve a medio metro de él. Allí me quedé. Podría ser más fuerte, pero no necesitaba sentir su aroma además de tenerlo en frente.

Sentía el polvo del edificio del que acababa de salir en mis manos y en mi rostro. Me pregunté si estaría cubierta completa de polvo. Luego recordé que no debería importarme.

Cooper miró el edificio detrás de mí y supe que quería preguntarme qué había estado haciendo allí dentro. Podía verlo en su familiar expresión de curiosidad. Pero no me lo preguntó. Levantó la caja que tenía en la mano; cuatro botellas de vidrio.

—Chocolate caliente —explicó—. El chocolate caliente hace que todo sea mejor.

—Así es. —Asentí y tragué saliva.

—Permiso para aproximarme a las líneas enemigas —dijo él, con la caja en alto.

Sentí que mis antiguos hábitos ganaban terreno; los que querían que todo volviera a ser como era. Los que querían enmendar las cosas y fingir que todo estaba bien. Me resistí.

—Cooper, no puedo hacer esto.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Necesito tiempo. No me estás dando tiempo.

—Te di seis días. Eso ya es mucho tiempo. Me siento terrible. ¿Crees que quería perderme tu exposición? No quería. Quería verla. Eres mi mejor amiga en el mundo.

—Sé que crees que querías verla. Pero la cosa es, Cooper, que cuando

realmente quieres hacer algo, lo haces. Es así de simple.

—Se me mezclaron los días.

—Exacto.

—No vas a perdonarme —lo dijo como una afirmación.

—No lo sé. Tal vez, necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para dejar de quererte, Cooper —lancé—. Para superarte. Para cambiar.

Su ceño cayó, pero también su mentón.

Mi respiración era superficial, mis mejillas estaban rojas, pero él no dijo nada.

—¿Recuerdas esa noche en la playa hace un año?

—La recuerdo.

—La noche en que te dije que estaba enamorada de ti y luego te dije que era una broma. —Me di cuenta, mientras lo miraba, con las botellas en la mano y mirando a los lados, de que él siempre supo que no había sido una broma—. Desearía que me hubieras dicho que lo sabías desde hace un año. Así tal vez todo esto estaría resuelto ahora. Me expuse totalmente en ese momento y tú me dejaste retractarme con demasiada facilidad.

No me había sentido enfadada ese día, ni siquiera durante el año que siguió, por cómo había resultado mi fallida confesión. Me había sentido más bien avergonzada y lastimada. Pero en ese momento estaba molesta. Él lo supo durante todo el año y ni siquiera había tenido la delicadeza de hablarlo conmigo, de dejarme explicarle por qué debíamos estar juntos o por qué estaba enamorada de él. Básicamente me descartó. Despreció mis sentimientos.

Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas mientras lo miraba.

Sentí que todo el odio y el resentimiento se escurrían con ellas.

—Yo... yo no sé qué decir. Puedo volver a decirte que fui un idiota. Puedo decirte que lo manejé todo mal.

No sé qué esperaba que pasara una vez que la verdad estuviera finalmente al descubierto. En un rincón de mi mente, esperaba que ese fuera el momento en que él se diera cuenta de que realmente me quería. Que el horror que había visto esa noche en su rostro hubiera sido por la sorpresa y no porque no era correspondido. Que sus sentimientos hubieran crecido durante el último año. Que haber estado sin mí esa semana hubiera sido tan duro para él que se dio cuenta de que debía darme una oportunidad. Pero eso no iba a ocurrir.

—Cooper. Estoy soltando. Tengo que dejarte ir, más allá de lo mucho que eso me asuste.

Vi que su nuez de Adán sobresalía mientras tragaba con dificultad. Él asintió una sola vez, luego dejó la caja de botellas en el suelo y dio un paso inestable hacia atrás.

Yo me mantuve en mi sitio. Me quedé allí mientras él caminaba hacia atrás, sin perder el contacto visual conmigo en ningún momento. Me quedé allí cuando él subió a su coche y encendió el motor. Incluso me quedé perfectamente quieta mientras él arrancaba y se alejaba. Cuando su coche desapareció por la esquina, me desplomé.

Me presenté en la puerta de la casa de Lacey. Odiaba desilusionarla después de las buenas noticias que nos había dado antes, así que hice mi mayor esfuerzo por poner una sonrisa en mi rostro.

—Oh, por favor —dijo ella—. Te vi probarte para una obra. No eres una buena actriz.

Me reí y ella me arrastró al interior de la casa.

—¿Traes chocolate? Espera, ¿eso es lo que Cooper tenía para ti? ¿Cuatro botellas de chocolate?

—El chocolate caliente hace que todo sea mejor.

Ella me arrancó la caja y la llevó al fregadero. Pensé que buscaría unos vasos, pero en cambio, destapó una botella y comenzó a verterla por el fregadero. Yo me ahogué.

—Lacey, eso es como oro líquido.

—Es veneno líquido. Estamos limpiándonos de Cooper. —La botella vacía quedó sobre la encimera y ella buscó la siguiente y comenzó a tirarla.

—¿Podemos al menos llevársela a los niños necesitados?

—¿Escuchas eso? —preguntó ella. Nos quedamos en silencio y el *glu, glu, glu* de grandes cantidades de líquido bajando por las tuberías invadió la cocina.

—Todo lo que escucho es que estás echando el chocolate por el fregadero.

—Exacto. Es el sonido que necesitas recordar. El sonido de la libertad.

—*¿Ese* es el sonido de la libertad? —Negué con la cabeza y no pude evitar reírme.

—Esas palabras sonaban mejor en mi mente que al decirlas en voz alta.

—Guardemos algo para tu familia. —Evité que abriera otra botella—. Apuesto a que a tus hermanos menores les encantaría beberse este veneno líquido.

—Cierto. —Ella abrió la nevera y metió las botellas restantes dentro—. He encontrado la película perfecta para ti.

—¿Cuál?

—Se llama *Body Count*. Te gustará. Muchas muertes y venganza. Después, más tarde, deberíamos hacer una gran hoguera. ¿Tienes alguna cosa de Cooper que necesites quemar?

—Gracias por todo esto. —La abracé.

—Lamento que te haya lastimado. —Ella me devolvió el abrazo.

Negué con la cabeza al sentir las lágrimas amenazar otra vez con salir. Me separé de ella y cambié de tema.

—Me gustan tus amigos.

—A ellos también les gustaste. —Ella me guio al comedor—. Así que, bienvenida al mundo de tener más de un grupo de amigos. Es un gran lugar para estar en los momentos inevitables como este.

—¿Momentos como cuáles?

—Como cuando quieres asesinar a uno de tus viejos amigos, claro.

—Claro. —Miré mis manos, que aún estaban sucias—. ¿Puedo usar tu baño?

—Sí, por el pasillo, segunda puerta a la derecha.

El espejo del baño probó que estaba en un peor estado del que pensaba. Tenía polvo en las mejillas, que parecía una especie de lodo debido a las lágrimas que había derramado unos minutos antes. Abrí el grifo del lavabo y froté mis manos y mi cara con agua. Luego me sequé con una toalla. Me apoyé contra el lavabo y respiré profundamente varias veces. Una sola gota de agua pendía del grifo y la observé caer. Luego volví a abrir el agua. Caía por el desagüe haciendo *glu, glu*.

—El sonido de la libertad —murmuré.

Lacey estaba en el sofá cuando volví.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

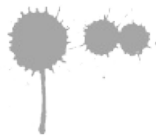
—Bien. Estaré bien. —Y lo estaría. Solo necesitaba un poco de tiempo.

Ella puso la película. La primera escena probó que el nombre era apropiado.

—Tal vez ese debería ser el verdadero sonido de la libertad —comentó Lacey mientras imitaba una ametralladora.

—Es mucho menos patético, pero tal vez por eso no es apropiado.

—Lo entiendes. —Lacey se rio un poco—. Estarás lista para tu próxima víctima en cualquier momento.



Al día siguiente me paré en medio de mi habitación observando todo lo que había escogido para rodearme. La mayoría de las fotografías que adornaban mi habitación tenían años de antigüedad. Comencé a bajar las cosas de mis paredes una a una, separándolas en pilas. Una era «definitivamente para tirar», la otra, para guardar en el cajón de mi

escritorio y la otra sería para volver a poner en las paredes, pero en un nuevo orden para que el espacio no pareciera tan vacío.

Como Cooper, también tenía fotografías Polaroid de nosotros dos en mi pared. Algunas que había robado de su pared o que él me había dado después de sacarlas. Las dejé en la pila para guardar por el momento.

Mi teléfono sonó. El número que aparecía en la pantalla no era de aquí. Sabía lo que eso quería decir.

—¿Papá? —contesté.

—Soy yo —afirmó él. Su voz siempre sonaba lejana cuando me llamaba. Lo que resultaba apropiado, porque lo estaba. Muy lejos—. ¿Sigues enfadada conmigo?

Consideré su pregunta. El enfado que había sentido toda la semana ya casi había desaparecido, pero eso no significaba que no estuviera molesta por lo que había hecho.

—¿Pensabas que si me dabas algo de tiempo no lo estaría?

—Te llamé tan pronto como pude. Tuvimos simulacros esta semana. Entonces, ¿eso es un sí? Sigues enfadada.

—No me ha gustado nada que hayas hablado con el señor Wallace sin mi permiso.

—Si veo que mi pequeña necesita mi intervención, no me quedaré sentado sin hacer nada —respondió.

Había querido perdonarlo, pero él no estaba arrepentido. Eso lo hacía más difícil.

—Papá, te estoy diciendo que no quiero que hagas eso. Especialmente sin que hables conmigo. Si yo te lo hubiera pedido, habría sido diferente. Pero no lo hice.

—Bueno, yo lo hice de todos modos.

—¡Lo sé! Y podrías haber estropeado una relación con la persona que

necesito que me escriba una carta de recomendación.

—Será mejor que aún te escriba esa carta.

Yo gruñí y colgué el teléfono. ¿Por qué los hombres de mi vida eran tan cabezotas? Nunca antes le había colgado a mi padre y me sentí inmediatamente culpable. Sabía que le había costado tiempo y esfuerzo llamarme por teléfono.

La herida de Cooper volvió a abrirse. Arranqué *La lista del corazón* de la pared y la puse en la pila de «definitivamente para tirar». Esa lista había sido inútil.

Unos minutos más tarde, mi puerta se abrió.

—Cariño. —Era mi madre. Me giré para mirarla—. Tu padre tiene algo que decirte. —Me ofreció su teléfono y lo tomé.

—¿Sí?

—Lo siento —dijo él.

Suspiré. Mi madre era buena para él. Deseaba que estuviera de nuevo en casa, porque ellos realmente se equilibraban el uno al otro.

—Gracias. Eso era todo lo que quería escuchar.

—Lo sé. Algunas veces solo quiero protegerte y es difícil recordar que ya no eres una niña.

—Lo sé. Me alegra tener un padre que quiere protegerme, pero espera a que te llame para pedirte ayuda primero, ¿de acuerdo?

—Entonces, ¿no necesito golpear a Cooper cuando vuelva a casa?

También sabía lo que había ocurrido con Cooper. Miré a mi madre con los ojos entornados y ella fingió inocencia.

—No. Ya me ocupé de eso yo misma.

—¿Lo golpeaste? —preguntó él. Me reí, pero luego me detuve.

—Sí, papá. Creo que tal vez lo hice.

—Encontré algo para ti por aquí.

—¿Sí?

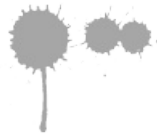
—Iba a esperar hasta llegar a casa para mostrártelo, pero cuando colguemos te enviaré una fotografía por e-mail.

—De acuerdo.

—Te quiero, niña.

—Yo también te quiero.

Colgamos y esperé dos minutos para entrar en mi e-mail. Mi padre cumplió con su palabra y me envió un e-mail. Solo contenía una fotografía adjunta. Hice clic en ella. Una pequeña piedra gris sobre su mano llenó la pantalla. Con forma de corazón. Él había encontrado la piedra en forma de corazón después de todo. Tragué saliva y sonreí.



Después de tirar, guardar y reacomodar mis pilas de fotos, supe que ya no podía evitar ir al trabajo ni al señor Wallace si quería conservar mi empleo.

Él estaba en su oficina cuando llegué al museo. Había hecho algo de limpieza por su cuenta y la habitación parecía vacía.

—Hola —dije en un intento por ser lo más humilde posible.

—Abby, ¿estás mejor?

—Sí, desde hace unos días, de hecho. Lo he estado evitando.

—Siempre eres muy honesta. —Él negó con la cabeza, pero una sonrisa se apoderó de su rostro.

—Siento mi comportamiento de la noche del domingo. Y siento que mi padre lo haya amedrentado para que me dejara estar en la exposición.

Él suspiró y se levantó.

—Ven, siéntate.

Hice lo que me dijo.

—Él no me amedrentó para hacerlo. Ya estaba casi convencido. Y tus pinturas demostraron un gran avance.

—¿Eso cree?

—Aún tienes cosas que aprender, pero sí. Espero que no hayas decidido dejarnos. La verdad es que valoro tu trabajo aquí.

—No quiero irme. Me encanta estar rodeada de arte.

—Bien. Te pondré en el horario para mañana. ¿Podrás venir?

—Sí, sin duda. ¿Y usted cree...?

—¿Sí?

—Quiero entrar en el Programa de Invierno. ¿Cree que podría escribir una carta de recomendación para mí?

—Me encantaría hacerlo.

—Gracias.

Quedaban cuatro semanas de verano y ese tiempo se extendía frente a mí como una injusta sentencia de muerte. Con Rachel y Justin aún de viaje, me preocupaba no tener nada más que tiempo para pensar. Para pensar en Cooper, y en la exposición de arte fallida, y en mi relación aún distante con mi madre y el abuelo. Me preguntaba si Cooper les habría contado a Rachel y a Justin lo ocurrido. Me preguntaba si tendríamos que dividir nuestro grupo de amigos cuando comenzaran las clases o si podríamos superar esos sentimientos de dolor y enfado de la mejor forma posible. Mi vida era un desastre.

Pero al menos Lacey se mantuvo fiel a su palabra. Dijo que estaría ahí para mí y así fue. Me invitó a fiestas y salidas de cambio de perspectiva, y también a salidas nocturnas y a comer. Además, el señor Wallace volvió a ponerme en el plan de trabajo y empecé incluso a hacer horas extra.

Pasaron dos semanas y el hueco en mi vida no estaba achicándose, pero era más fácil vivir. Me pregunté si Cooper también tendría un hueco en su vida. No me había llamado ni escrito desde la noche que nos vimos fuera de la iglesia abandonada. Estaba dándome tiempo, como le había pedido.

Intenté no pensar si esa era la decisión correcta. Intenté vivir el momento. Y, en ese momento, estaba en el asiento del acompañante del coche de Lacey. Íbamos camino a la casa de Elliot. Le pedí que

fuera conmigo a ver su arte. Hacía calor. Se estaba acumulando sudor detrás de mis rodillas y sobre mi labio superior.

—¿Hay algún motivo para que el aire acondicionado esté apagado? —le pregunté, ya que el aire húmedo que soplaba por las ventanillas abiertas no hacía nada para ayudar.

—Sí, es bueno experimentar incomodidad algunas veces. Me ayuda a representar mejor esa emoción cuando actúo.

—¿Así que toda tu vida es un escenario?

—Casi.

Sonreí y centré mi atención en la ventanilla en el preciso momento en que estábamos pasando por el vecindario de Cooper. Entorné los ojos, como si hubiera adquirido la habilidad de ver a través de las casas. Literalmente apreté los dientes para contenerme de preguntarle a Lacey si podíamos pasar frente a su casa.

Avanzamos exitosamente solo para encontrarnos con el terreno vacío donde solía estar el árbol de cien años. Lo habían talado. La visión fue un golpe en mis entrañas. Llevé mi mano a la ventanilla. Pobre Lance.

Lacey estaba preguntándome algo, me di cuenta. Tenía que dejar de permitirle a mi mente que divagase tanto. La miré, enfocándome en las palabras que estaba diciendo.

—¿...dejó de verla?

—¿Qué? —le pregunté, consciente de que me había perdido demasiado de la pregunta como para intentar una respuesta falsa.

—Estaba hablando con Kendra, que estaba hablando con Delaney, quien aparentemente conoce a la hermana mayor de Iris, y le dijo que Cooper rompió con ella. ¿Es verdad?

Mi boca se abrió y se cerró antes de decir:

—No lo sé.

—¿De verdad? ¿Así que no ha habido actualizaciones en sus redes sociales?

—No he mirado.

—Guau. Estoy impresionada.

Ella no debía estarlo. Cuando no estaba obligándome a mí misma a salir con ella, estaba trabajando o durmiendo.

—Sí, soy la reina del autocontrol.

—Entonces, ¿estás feliz por la ruptura Iris/Cooper?

—¿Debería estarlo? —Solo empeoraba las cosas, de hecho, porque ahora sabía que él no tenía a nadie. Al menos yo tenía a Lacey. ¿Con quién habría estado pasando el tiempo Cooper? Justin y Rachel volverían pronto, pero no estaban en este momento.

—Me preguntaba si debía decírtelo o no. Pensé que tal vez no debería, pero luego pensé que si yo fuera tú, me gustaría saberlo.

—Me alegra saberlo, pero no cambia nada.

—No, tienes razón. —Ella asintió como si fuera la que necesitara convencerse y no yo.

Elliot vivía frente a la playa. Debí haberlo sabido, después de todo eso de las lecciones privadas y la preocupación por no sonar pretencioso, pero aun así estaba sorprendida. Su casa era increíble. Una hiedra ascendía por paredes de ladrillos rojos y había flores brillantes en macetas debajo de las ventanas, todo con el océano de fondo.

—Guau —dijo Lacey—. ¿Acaso Elliot parece un poco más atractivo repentinamente?

Le di un golpecito en el brazo.

—¿Qué? —preguntó ella mientras reía.

Salimos del coche y caminamos por la entrada de piedra hasta la casa, donde la estatua de un gnomo dentro de una maceta nos daba la

bienvenida. Su expresión parecía advertirnos de que nos alejáramos. Me pregunté si Elliot lo habría esculpido.

A Lacey no le importó la advertencia del gnomo. Ella llamó al timbre.

Elliot tenía una expresión mucho más amigable que el gnomo cuando abrió la puerta.

—Hola. Bienvenidas, señoritas. Pasen.

Él se hizo a un lado. Su casa era igual de bonita por dentro que por fuera. Alguien con visión de artista la había decorado. Había bancos en los rincones, cojines eclécticos, pinturas en cada pared y estantes llenos de figuras de cristal coloridas, de metal retorcido y máscaras extranjeras. Había algo que mirar en todos lados y aun así el espacio no parecía abarrotado.

—A mi madre le encanta coleccionar cosas —explicó al notar mi mirada.

—Tiene muy buen gusto —afirmé—. ¿Alguna de estas es obra tuya?

—No. Hay una habitación entera dedicada a mí. El santuario de Elliot, lo llamo. —Lo dijo bromeando, pero noté que fue para ocultar algo de vergüenza.

Nos guio hacia el interior de la casa y cada una de las habitaciones a la vista era todavía más bonita que la anterior. La cocina fue mi favorita. Las alacenas eran de un amarillo pálido, y las encimeras, de un tono más brillante. Las paredes eran de placas de estaño. Parecía como si no debiera funcionar todo en conjunto, pero funcionaba. Especialmente con los utensilios coloridos que resaltaban en los estantes abiertos.

—Si viviese aquí no saldría de casa jamás —afirmé—. Podría pintar aquí todo el día.

—¿Podrías? Eres bienvenida a venir y pintar cuando quieras.

Tal vez debería. Aún no había tocado un pincel. Ya había pasado más de un mes. Necesitaba algo que me diera un empujón para salir de ese pozo y tal vez esa casa me ayudaría.

—¿Podemos ver tu santuario? —le pregunté.

—Supongo que habéis venido para eso. —Él agachó la cabeza y sus mejillas se sonrojaron.

Había descrito bien la habitación. Sus piezas estaban sobre estantes en cada pared, con focos brillando sobre ellas desde el techo. Pero pude ver por qué estaban tan orgullosos sus padres. Eran increíbles. Caminé lentamente alrededor de la habitación, estudiando cada una de las piezas hechas cuidadosamente. Había árboles, rostros, formas con intrincados tallados y jarrones y más y más.

—¿Tu obra para encadenarse a ella está por aquí?

—¿Te has encadenado a tu arte? —preguntó Lacey.

—No —respondió él—. Estábamos discutiendo sobre si teníamos alguna pieza que defenderíamos con nuestras vidas.

—Bueno, con nuestros cuerpos —añadí—. Nunca dijimos nada sobre nuestras vidas. —Él me sonrió.

—Cierto. Y no, esa pieza no está entre las preferidas de mi madre, de hecho, así que no sabe nada sobre su importancia. Lo que me alegra, porque eso significa que puedo tenerla en mi habitación.

—Vamos a verla, entonces —dijo Lacey.

Su habitación estaba más vacía de lo que esperaba. Solo asumí que sería como la mía, con arte e inspiración en todas las paredes. Pero no lo era. Los muebles tenían líneas modernas, simples. Y, en la esquina, estaba su corazón. Lo supe por el modo en que la miraba. Eran dos figuras, retorcidas juntas, como cuerpos enlazados entre sí. No estaba segura de por qué pensé que eran cuerpos. No tenían ningún rasgo de

forma humana. Pero las largas y elegantes formas parecían atraídas una hacia la otra.

—Es preciosa —afirmé.

—Me gustó más el gran árbol en la habitación-santuario —dijo Lacey.

—Todos tenemos nuestro propio punto de vista. —Él se encogió de hombros. Ella jugueteó con uno de los brazaletes en su muñeca.

—¿Te importa si reviso tu nevera en busca de un refresco o algo similar?

—Ah, sí, claro. Ve. ¿Tú quieres algo? —me preguntó a mí.

—Estoy bien.

Y Lacey fue hacia la puerta. Pasé un momento más con la escultura. Pasé mi mano por la superficie suave. Estaba sorprendentemente fría.

—Él me escribió —comentó Elliot y yo me sobresalté. No me había dado cuenta de que él seguía allí.

Me di la vuelta. Lacey había desaparecido y Elliot estaba en la puerta, mirándome.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Quién?

—Cooper. Me preguntó si te había visto. Quería asegurarse de que estuvieras bien.

—¿Qué le dijiste? —Las palabras me hicieron querer llorar por todo otra vez.

—No le he respondido aún. No lo haré, si no quieres.

—Dile que estoy... —¿Qué? ¿Bien? ¿Terrible? No quería que él supiera eso. ¿Aún enamorada de él? ¿Qué pasaba conmigo?—. Nada. No le digas nada.

Él espero, como si pensara que cambiaría de opinión, luego levantó su teléfono, como si Cooper estuviera dentro de él.

—No debería ni intentarlo contigo, ¿verdad? Aún estás atada a él.

—Tal vez no sea el mejor momento para intentarlo, porque sí, así es.

—Lo entiendo.

—Pero podemos ser amigos de todas formas, ¿no? Me vendría bien un amigo ahora.

—Claro.

—Es realmente buena —dije mientras apuntaba a su escultura.

—Gracias, eso significa mucho viniendo de ti.

—¿De mí? ¿Una principiante?

—Estuviste en una muestra de arte profesional.

—Descubrí que no me había ganado mi sitio por mí misma.

—Eso solo importa si tú crees que no te lo merecías. —Eso era exactamente lo que creía. Él pareció leer mi expresión, porque añadió —: Ninguna opinión acerca de tu arte tendrá importancia para ti hasta que la tuya la tenga.

—¿Cuándo te volviste tan listo?

—Siempre lo he sido, la verdad. —Sus ojos brillaron por su broma.

—Gracias por intentar llevar a mi madre esa noche, por cierto.

—Sabía que querías que estuviera allí. Lamento que no haya funcionado.

—Está bien de todos modos. —Sabía que tenía que explicarle lo de mi madre y por qué no fue a mi exposición y que no era su culpa, pero no estaba lista para hablarle de eso en ese momento—. Está trabajando en ello —dije simplemente—. Nuestra casa es un gran trabajo en proceso en este momento.

—¿No lo son todas? Vamos, estoy seguro de que Lacey ya debe habernos preparado un festín.

En la cocina, aferré la mano de Lacey y la apreté.

—Gracias a ambos —les dije a ella y a Elliot—. No me había dado cuenta de que necesitaba más amigos en mi vida, pero la verdad es que los necesito. Ha sido genial conocerlos a vosotros dos.

Lacey apretó mi mano como única respuesta.

Ninguna opinión acerca de mi arte tendrá importancia para mí hasta que la mía la tenga. Elliot tenía razón. Había estado tan preocupada por lo que todos los demás pensaban de mi trabajo que me había olvidado de mí misma. Siempre se había tratado de mis padres, de Cooper o de mi abuelo. De todos los demás. Entonces, ¿cuál era mi opinión acerca de mi arte? De vuelta en casa caminé por mi pequeño estudio. Analicé cada pieza. Había adoptado rápidamente las opiniones del señor Wallace respecto a mis pinturas cuando él las había mencionado; inmaduras, unidimensionales. Y tal vez aún pensaba así sobre mis antiguas pinturas. Pero las nuevas tenían emoción, profundidad. Las nuevas eran buenas, quizás hasta geniales. Podía notar claramente el crecimiento y podía ver que aún había sitio para crecer más. Pero ¿no había siempre sitio para crecer más? ¿No aprendería y crecería siempre que estuviera dispuesta a intentarlo? ¿Siempre que estuviera dispuesta a dejar que cambiaran las cosas a mi alrededor?

Caminé por el pasillo silencioso de mi casa. Mi madre estaba sentada leyendo en el sofá. Al principio pensé que era el libro de medicina, me recordaba a uno que había leído antes, pero luego me di cuenta de que era una novela.

—Un pequeño progreso —dijo cuando me vio y se encogió de hombros.

—Buen trabajo, mamá.

—Esta semana tengo mi primera cita con el terapeuta —añadió.

—¿De verdad? Eso es genial. —Yo sonreí.

—Me alegra que te sientas feliz por eso.

—¿Te hace feliz a *tí*?

—No. Me aterra, pero lo haré.

—Bien. Algunas veces tenemos que hacer las cosas que nos aterrorizan, ¿verdad?

—¿Eso es lo que *tú* estás haciendo? —preguntó ella—. ¿Con Cooper?

—Tal vez... sí. Solo estoy intentando liberarme.

—Mantente firme —dijo ella.

—Tú también.

—¿Estaremos bien, tú y yo? —preguntó ella.

—Sí, mamá. El amor se trata de interesarse por alguien, incluso con sus debilidades, ¿verdad? Es decir, tú me quieres a pesar de mi sarcasmo y mi holgazanería.

—Te quiero *por* eso. —Ella sonrió con suficiencia.

—Lo entiendo. —Me agaché y la abracé. No me dejó escaparme y se aferró a mí durante bastante tiempo—. ¿Dónde está el abuelo? —le pregunté. Era hora de que hablara con él también. Había sido demasiado dura con él. Tal vez porque nunca antes me había decepcionado y esperaba más de su parte.

Ella señaló la puerta trasera y yo salí. El abuelo estaba en la esquina más lejana del jardín, de rodillas, arrancando la maleza entre los vegetales.

—No vas a romperte un hueso, ¿o sí? —le pregunté, y me senté en la pequeña pared que cerraba su huerta. Él se quitó uno de sus guantes y me lo lanzó.

—Veamos si tus manos pueden hacer tanto daño como tus palabras.

Respiré profundamente, consciente de que lo merecía, y me puse el guante. Podía ver lo que le gustaba a mi abuelo de la jardinería. Había algo en arrancar a esos invasores de la tierra suave y cálida que era muy satisfactorio. Aunque no podía dejar que supiera eso o me encargaría semanalmente de arrancar maleza.

Miré a mi abuelo a través de una cortina que caía de mi propio pelo y bloqueaba parte de mi visión.

—Siento lo que te dije.

—Siento no haber podido llevar a tu madre a la exposición esa noche.

—No fue tu culpa, abuelo.

—Pero siento *más* no haber ido yo mismo. Debí haberlo hecho. Pensé en ella y en sus necesidades, pero no en ti. Espero que me perdones. Siempre me intereso por ti y me entristece que hayas dudado de eso.

—Lo sé. Siempre lo supe. No debí haber dicho eso. —Cayeron lágrimas de mi rostro hasta la tierra.

Mi abuelo se levantó, con algo de esfuerzo, sacudió sus rodillas y luego se sacó el otro guante. Se sentó en la pared de la huerta y señaló el sitio que quedaba a su lado. Me senté y jugué con los dedos del guante que aún tenía en la mano.

—Es duro para mí —dijo él—. Siento que sin importar lo que haga, ella tiene dificultades. Intento presionarla, pero se retrae más. Intento ser comprensivo y se hunde más. Quiero quitarle esta carga. —Él se ahogó un poco y yo lo miré, sorprendida.

—No puedes. Ella misma tiene que tomar esa decisión. —Deslicé mi mano sin guante sobre la suya.

—Pero soy su padre.

—Sientes que es tu culpa, de alguna forma.

—¿De quién más podría ser?

—Abuelo. Ella es su propio enemigo.

—Tu abuela habría sabido manejar esta situación mejor que yo. Pero, obviamente, eso es un pensamiento de anhelo.

—He aprendido algunas cosas este verano.

—¿De tu lista?

—De todo.

—¿Qué has aprendido? —preguntó él.

—Que solo podemos controlarnos a nosotros mismos. Sin importar cuánto deseemos cambiar la voluntad de otros a nuestro favor, ellos tienen que querer hacerlo también.

—Eres una niña lista. —Apoyé mi cabeza sobre su hombro y apreté su mano en la mía.

—Sabes, yo misma podría haber resultado muchísimo peor.

—¿Qué? —preguntó él, al parecer sorprendido por mi afirmación.

—Tengo una madre genial, pero que rara vez sale de la casa, y un padre que nunca está.

—Sí, podrías haber dejado que eso te volviera rebelde o resentida.

—Pero te tuve a ti, abuelo. Siempre te he tenido a ti. Tú hiciste que me sintiera a salvo. Me diste tu fuerza.

—Y tú, niña, sanaste mi corazón.



Mi estudio estaba iluminado esta tarde. Era como una representación de lo que había descubierto después de hablar con mi abuelo. Finalmente, me había dado cuenta de lo que le faltaba a mi pintura del árbol. Mi corazón. Lance se había encadenado a ese árbol por sus

recuerdos, pero sus recuerdos no eran míos. Entonces supe qué añadir. Lo que ayudaba a definirme. Coloqué el extenso lienzo sobre el caballete y, por primera vez en semanas, abrí el cajón de mi cómoda y saqué algunos colores. Luego, en la corteza del fuerte y firme tronco del árbol, solo visible si se analizaba correctamente, pinté el rostro de mi abuelo.

Para el momento en que terminé, mis dedos estaban cubiertos de pintura. Incluso se había filtrado debajo de mis uñas. Sonreí e intenté limpiarla lo mejor que pude en mi camisa. Y dejé la pintura para que se secara en el caballete.

Me postularía para el Programa de Invierno con o sin una venta. Eso era lo que quería hacer. Y allí, parada, observando el rostro de mi abuelo, creí que lo lograría.

Al día siguiente, me senté en mi cama aferrando mi teléfono. Mi dedo vagaba sobre el botón que me conectaría con todo el mundo virtual de Cooper.

Sabía que lo que le había dicho a mi abuelo en el jardín era cierto. Solo podíamos controlarnos a nosotros mismos. Sin importar cuánto amara a Cooper, no podía amarlo lo suficiente por los dos. Tenía que dejarlo ir.

Y, aun así, dejé caer mi dedo. La fotografía de perfil de Cooper apareció en la pantalla; una selfie de nosotros dos haciendo la expresión más estúpida para la cámara. Se me cortó la respiración. La última vez que había visto su perfil tenía una fotografía de él con Iris. Así que, ¿eso realmente significaba que se habían peleado? Recorrí el perfil, pero esa fue la única actualización. No había actualizado su estado desde hacía semanas. Al igual que mis cuentas, las de él eran terriblemente silenciosas.

Bloqueé mi teléfono y lo dejé sobre mi mesilla de noche. Al hacerlo, un pequeño papel voló y cayó al suelo. Entorné los ojos y lo levanté. Era una tarjeta de negocios. Del señor Wade Barrett. A mi mente le llevó unos segundos recordar por qué tenía esa tarjeta y quién era ese hombre. Era el de la exposición de arte, el que quiso hacerme una oferta por la pintura del cuatriciclo: *Temerario*.

Mi pintura del cuatriciclo. La que había planeado regalarle a Cooper. Volví a tomar mi teléfono y marqué el número.

La voz que respondió era fuerte e intensa.

—Wade al habla.

—Hola, Wade. Es decir, señor Barret. Soy Abigail Turner. Lo conocí en el museo de arte. A usted le gustó mi pieza del cuatriciclo. Dijo que a su nieto le gusta correr.

—Ah. ¡Sí! Hola.

—¿Puedo hacerle una pregunta extraña?

—Mmm... seguro.

—¿Usted conoce a mi padre?

—¿Cómo es su nombre?

—Paul Turner. —Él tarareó, como si lo pensara.

—Mmm, no lo creo.

—¿Sigue interesado en mi pintura?

—¿Has hecho una similar?

—No, pero he decidido venderle la que vio, después de todo, si es que sigue interesado.

—Lo estoy.

Hablamos de números y acordamos un precio. Luego colgué el teléfono.

Acababa de conseguir dinero con mi arte. Fue la primera vez que vendí algo de mi trabajo y una emoción me recorrió.



—Correo —anunció mi madre.

—¿Has ido a recoger el correo, mamá? —le pregunté al salir de mi habitación.

—Sé que no es gran cosa... —Ella fue bajando la voz.

—Sí que es gran cosa. —Mi madre no salía nunca por sí sola. Estaba orgullosa de ella, pero no quería presionarla—. Sabes que te quiero sin importar lo que pase, ¿verdad?

—Lo sé, y sería bueno para mí si toda tu vida pudiera transcurrir en esta casa. Pero no es así. Algún día te graduarás en la universidad, te casarás o tendrás un bebé. Me gustaría estar contigo.

—¿Solo puedo escoger una?

—¿Qué?

—Dijiste o.

—Ya sabes lo que quería decir. —Ella puso los ojos en blanco.

—Lo sé. —Le di un beso en la mejilla—. Gracias por hacer cosas difíciles por nosotros.

—Estoy rodeada de excelentes ejemplos. —Hizo una pausa, luego continuó—. Vi tu pintura.

—Tendrás que darme más detalles. Tengo muchas pinturas.

—Ya sabes a cuál me refiero. Quiero ser esa persona para ti, la que puede alentarte.

—Yo también quiero que lo seas, mamá. —Apreté su mano, luego me giré para irme mientras ella revisaba el correo. Me detuve y me di la vuelta al darme cuenta de algo—. Jardines subterráneos. Me muero por visitarlos. —Saqué la publicidad sobre los jardines de la pila de cartas—. Hasta viene un cupón, dos por el precio de uno.

—Deberías ir con una cita —dijo ella y me guiñó un ojo.

Yo caminé hacia la puerta y la abrí.

—¿Pretendientes? —grité hacia la calle—. ¿Dónde están todos mis pretendientes?

—¿Está Elliot ahí afuera? —preguntó ella.

—Muy graciosa. —Cerré la puerta—. Ya te lo dije, no tengo sentimientos por Elliot. No por ahora, al menos. Solo somos amigos en este momento.

—¿Hay alguna ley en contra de ir a un jardín subterráneo con un amigo?

—Bueno, en mi mente, los jardines subterráneos son el lugar más romántico del mundo, así que sí, tienes razón, debería llevar a un amigo definitivamente.

Estaba bromeando, pero coloqué ese anuncio con el cupón en mi pared, una de las pocas cosas que quedaban, y todos los días, durante los siguientes tres días, simplemente me dediqué a pasarle por al lado. Al cuarto día llamé a Elliot. Como artista, él seguramente apreciaría la experiencia.



—Esto es precioso —comenté mientras bajábamos los dos niveles de escaleras de madera. Caían enredaderas del techo como estalactitas y el aire era espeso por el dulce aroma de las flores.

—Lo es —afirmó Elliot. Él había estado antes en los jardines, pero, cuando lo llamé, respondió que le encantaría volver a verlos.

El sol se filtraba por las secciones del techo que estaban abiertas al cielo. La temperatura era ligeramente más fresca, pero también estaba más húmeda, como si estuviéramos en nuestra propia selva tropical. Y las plantas que vivían allí, supuse, eran plantas tropicales; grandes flores coloridas y arbustos de hojas anchas. Había líneas de riego en las paredes que enviaban más humedad al aire. Sentí que me había

transportado a alguna isla.

—Me encanta esto —dije. Los jardines estaban divididos en habitaciones bajo tierra y caminamos lentamente por cada una de ellas.

No éramos los únicos allí. Dos niños pequeños pasaron corriendo junto a nosotros y sus pasos hacían eco en las paredes cada vez que sus pies golpeaban el suelo. Sus padres intentaban seguir su ritmo. También había una pareja, caminaban de la mano y se detenían en cada flor que se cruzaban. Se miraban el uno al otro más de lo que miraban a las flores. Recordé haberle dicho a Cooper que eso sería una cita perfecta. Miré a Elliot de reojo. No parecía una cita. Era más bien como una misión de investigación con Elliot. De algún modo lo era. Los dos estábamos absorbiendo la inspiración para nuestras futuras piezas.

—¿Estás lista para que comiencen las clases? —preguntó él.

—En realidad, no. —Ese año sería diferente. No tendría a Cooper. ¿Tendría a Rachel? ¿A Justin? No había hablado con ellos desde hacía tiempo. Le había escrito algunos mensajes a Justin, pero no quise explicarle nada hasta que ambos volviensen. Lo que ocurriría exactamente en tres días. Estaba a la vez emocionada por verlos y nerviosa por contarles la nueva destrucción de nuestro grupo de amigos. Entendería que escogiesen a Cooper. Yo era la que había lanzado la bomba—. ¿Tú lo estás? —le pregunté, y me esforcé por no pensar demasiado.

—Es el último año... así que no. —Avanzamos por el pasillo hasta la siguiente habitación.

—Hay cosas talladas en las paredes —dije, tentada de pasar mi mano por los patrones que se veían a través de las plantas y enredaderas.

—Lo sé. Probablemente terminarlas haya sido un proceso de horas y horas.

Escuché agua corriendo en algún lugar y dejé a Elliot atrás, analizando uno de los patrones más intrincados, para seguir el sonido del agua hasta una fuente que ocupaba la esquina de una de las habitaciones. La pareja que había visto tomada de la mano también estaba ahí. El agua caía sobre las rocas apiladas y seguía un camino delineado en el suelo, que terminaba en un estanque. Allí nadaban varios peces koi. Imágenes de ese día en el baño de Cooper, mientras hacíamos la ceremonia para el pez de Amelia, se presentaron en mi mente, inadvertidas. Golpeé un lado de mi cabeza con mi puño y me di la vuelta.

Cooper estaba de pie en la entrada tallada de la habitación. Al principio pensé que era mi mente imaginando su rostro en el cuerpo de alguien, porque estaba pensando en él. Pero luego, él habló.

—Abby, no te enfades.

Negué con la cabeza. No estaba enfadada. Bueno, estaba un poco enfadada con mi cuerpo por seguir reaccionando al verlo, sin importar cuántas semanas hubiera pasado separada de él. Fue como sentir la lluvia después de varios días en el desierto. Él era, como diría mi abuelo, un regalo para la vista. Su pelo rubio caía por su frente, justo hasta sus intensos ojos azules. Casi había olvidado lo alto y corpulento que era, su figura parecía ocupar todo el marco de la puerta.

—Yo envié la publicidad de los jardines a tu casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Para que vinieras aquí. Dijiste que este sería tu lugar soñado para una cita. Y he estado mirando mi teléfono cada día desde entonces hasta que he visto que hoy por fin te habías decidido a venir.

—Sabía que tenía que borrar esa aplicación de mi teléfono.

—Me alegra que no lo hayas hecho.

—Bueno, aquí estoy.

Él se acercó.

Miré alrededor para corroborar que la pareja que estaba antes se hubiera marchado. Crucé los brazos sobre mi pecho, con esperanza de que me protegieran de lo que fuera que saliera de su boca. ¿Otro discurso acerca de que éramos los mejores amigos del mundo?

—Te echo de menos —dijo. Su voz sonó gruesa, cruzada por diversas emociones. Una vez que estuvo más cerca pude ver los círculos oscuros debajo de sus ojos, como si no hubiera dormido bien en un tiempo.

—Yo también te echo de menos, Cooper, pero...

Él levantó una mano y yo me detuve.

—Por favor, no digas ningún *pero* hasta que termine. Por favor.

Yo asentí.

—Han pasado semanas desde la última vez que te vi y en ese tiempo me he dado cuenta de cuál es mi miedo.

—¿Estar solo? —le pregunté. Él rio ligeramente.

—No. Aunque eso tampoco fue divertido. —Aún tenía esa misma sonrisa increíble. La que encendía todo su rostro. ¿Por qué eso no podía haber cambiado en las últimas semanas? Me descubrí deseando que le faltara un diente o algo por el estilo. ¿Qué le diría al final si él me pedía que volviéramos a ser amigos? No podía hacer eso. Mi interior ya estaba volviendo a revolucionarse—. Mi miedo es estar contigo.

—¿Qué?

—Todo este tiempo, Abby, eso es lo que más temía. En la playa, esa noche hace un año, me dijiste que estabas enamorada de mí y yo tuve miedo. Estaba aterrado, de hecho. Sabía lo mucho que me importabas como amiga. Pero sabía que si me permitía enamorarme de ti, sería

como entregarte mi corazón. Estaría demasiado expuesto. Así que me aferré a él con todas mis fuerzas. Lo guardé para mí. Y pensé que lo había hecho bien. Pensé que no sentía por ti lo mismo que tú sientes por mí. Pero eso fue solo porque no me había dado cuenta hasta ahora de cómo es el amor realmente. Pensé que el amor era esa emoción que sientes cuando conoces a alguien. Ya sabes, esa que siempre se desvanece con el tiempo. Estuve intentando encontrar la felicidad en esa emoción. Tenía citas con distintas chicas y pensaba: *Sí, esto es el amor*. Pero nunca sentí verdadera felicidad. Siempre fue un sentimiento vacío. Hasta que te fuiste, hasta que te llevaste lo que era realmente mi felicidad, no me di cuenta de que el amor era esto. —Llevó una mano a su pecho—. Este profundo e intenso interés por el bienestar de una persona. El querer que esté bien sin importar lo que pasa contigo. Me di cuenta de que tú, Abby, ya tienes mi corazón y estoy perfectamente bien con que así sea. Te quiero.

Conocía a Cooper muy bien. Habíamos sido amigos durante casi cuatro años. Así que busqué las señales de que pudiera estar mintiendo: que evitara mi mirada, estuviera inquieto, se mordiera el labio. Pero no era así. Su mirada era estable, al igual que su postura.

—Creo que estás confundiendo el amor con echarme de menos.

Su cabeza comenzó a moverse a un lado y al otro antes de que yo terminara mi oración.

—Sabía que pensarías eso. Sabía que pensarías que estoy diciendo todo esto porque te echo de menos. O porque te quiero de vuelta en mi vida de cualquier manera posible.

—Sí, eso es justo lo que estaba pensando. —Mis brazos seguían cruzados en mi pecho y mi corazón estaba golpeándolos, preguntándome por qué estaba cuestionándome su declaración.

—Te echo de menos, Abby. Uf. Te echo de menos con todo mi ser. —Sujetó su camiseta con el puño—. Y te quiero de vuelta en mi vida, sí. Te quiero, con toda mi alma, y siento que me haya costado tanto tiempo darme cuenta.

Inhalé profundamente. Sentía mi rostro como con un hormigueo y adormecido.

Y entonces escuché la voz de Elliot antes de verlo.

—¿Abby, has visto el enorme árbol que crece a través del techo en el...? —Se quedó callado cuando torció a la esquina y vio a Cooper—. Ah. Hola, Cooper. —Luego sus ojos miraron los míos y parecían preguntarme si me encontraba bien.

No estaba segura de cómo me encontraba, pero, definitivamente, no estaba bien. Cooper acababa de decirme que estaba enamorado de mí y mi corazón estaba acelerado y mi mente estaba acelerada y no sabía qué responder. No sabía si debía aferrarlo y nunca dejarlo ir o salir corriendo en la otra dirección porque él podría cambiar de opinión y destruirme por completo.

La sonrisa de Cooper se desvaneció al mirarnos a Elliot y a mí.

—¿Es tarde? —preguntó—. Llegué tarde. —Su rostro estaba teñido de dolor—. ¿Qué puedo hacer? ¿Un duelo? —Él me miró a los ojos, con una triste sonrisa por compartir nuestro chiste interno.

—No, Cooper —le dije.

—Tengo que irme, ¿verdad? ¿Dejarte *ir* a ti esta vez?

No hablé, y no estaba segura de por qué. Tal vez quería que él sintiera la tortura de ese pensamiento por un momento. Cooper dio los tres pasos que nos separaban y me tomó en un abrazo que borró lo que quedaba de mi enfado.

—Esperaré el tiempo que sea necesario —susurró. Luego se fue.

—¿Al fin se ha dado cuenta? —preguntó Elliot. Asentí.

—Lo siento. Tengo que irme.

—Lo sé.

Salí corriendo. Caminé por el laberinto del jardín subterráneo y por las escaleras. El sol me cegó por un momento cuando salí al exterior, casi sin aliento. Cuando mi visión se aclaró, vi el coche de Cooper en el aparcamiento. Corrí hacia él, pero Cooper no estaba dentro. Di una vuelta completa, pero no lo encontré por ningún lado, ni caminando por la calle, ni en la pequeña tienda de regalos donde se vendían las entradas. En ningún lado.

Volví y bajé las escaleras casi resbalando otra vez. Cuando llegué abajo, Cooper apareció tambaleándose desde una de las habitaciones. Me detuve de golpe.

—Este lugar es un laberinto. No deja que un chico que intenta salvar un poco de su dignidad se largue. —Había lágrimas en sus ojos y mi corazón no pudo soportar la imagen.

Señalé las escaleras sobre mi hombro.

—Recorrí todo el camino hasta el aparcamiento, pero no estabas ahí. Solo tu coche.

—Tengo que lavarlo.

—¿El coche? —dije con una risita.

—Sí, estaba pensando en eso antes. Necesita un lavado.

—¿En serio estamos hablando de tu coche?

—Estoy intentando contenerme, Abby.

Señalé hacia donde había dejado a Elliot.

—Yo no... Nosotros no...

—¿Qué? —preguntó él mientras se secaba las lágrimas con la palma de su mano. Mis ojos ardieron en empatía con los de él.

—Creo que nunca te he visto llorar. Bueno, salvo esa vez que accidentalmente te comiste ese pimiento tan picante.

—¿Accidentalmente? —Él se rio ahogado—. Tú lo *pusiste* en mi hamburguesa.

—Lo sé. Fue gracioso.

—Para ti.

—Yo también te quiero, nunca dejé de hacerlo —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Te quiero, Cooper. Nunca dejé de hacerlo.

—No estás diciendo eso solo porque te sientes mal por mí, ¿verdad?
—Volvió a secarse los ojos.

—Sí que estás bastante patético. —Reí. Él señaló a un lado con su cabeza.

—Ven aquí, quiero enseñarte algo.

Caminó delante de mí, de vuelta por donde había salido, y extendió su brazo hacia atrás para tomar mi mano. Yo puse la mía sobre la de él, como había hecho muchas veces antes y, como había pensado muchas veces, me sentía muy feliz allí.

—Lo encontré mientras intentaba escaparme —dijo.

Me llevó a una parte del jardín que aún no había visto. La habitación era más oscura que las demás y había pequeños agujeros abiertos en el techo que dejaban entrar diminutos puntos de luz, como un manto de estrellas. Cuando mi mirada dejó el techo, encontré a Cooper mirándome a mí.

—Siempre he pensando que eras increíble —admitió. Nuestras manos seguían unidas y él tiró de mí, acercándome más a él. Sus ojos brillaban de emoción—. Y lista, divertida y preciosa.

El corazón se me puso en la garganta. Tras meses de anticipación, era

yo la que estaba aterrada. Su mano libre recorrió mi mentón. Besó mi mejilla y se detuvo allí. Olía a Cooper: bálsamo labial de fresa, chicle de menta, naranjas y vainilla. Su brazo rodeó mi cintura lentamente, como si pensara que podía romperme. Luego me abrazó con fuerza. Su corazón latía contra mi pecho, rápido y fuerte.

—¿Te sientes rara? —preguntó. Yo sonreí.

—Lo único raro es que no sé lo que te gusta. Pensé en poner mis dedos en tu pelo, pero luego me pregunté si eso te molestaría.

—Pensé lo mismo, no estaba seguro de si te gustaría mi brazo aquí.

—Me gusta tu brazo ahí.

—Es raro no saberlo todo del otro.

—¿Estamos retrasando el verdadero beso? —pregunté. Él rio.

—Has estado anticipando esto durante meses y me preocupa que sea decepcionante.

—Lo sé. ¿Y si es horrible? Por favor, préstame tu bálsamo labial.

—Los mejores amigos no pueden besarse. —Dejó caer su brazo mientras reía—. Aunque se quieran con locura. —Yo también me reí.

—Dame tu bálsamo labial y luego me besarás. —Busqué en los bolsillos de sus pantalones, donde sabía que lo tenía guardado y me puse un poco en los labios—. Tenemos que hacer que nuestro primer beso sea deliberadamente malo para que solo pueda mejorar de aquí en adelante —dije mientras me aplicaba el bálsamo.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Arrugar mucho los labios o mover mucho la cabeza. O babear demasiado.

Él no pudo contener la risa y le llevó un tiempo poder decir:

—Te echaba tanto de menos... Y no estás haciendo esto nada fácil.

—No, hablo en serio. Ven aquí. —Lo acerqué a mí sujetándolo de los

bolsillos de su pantalón y fruncí los labios todo lo que pude, luego le indiqué que hiciera lo mismo.

—Eres una tonta de remate —dijo él. Como no me detuve, él suspiró y dijo—: Bien. Supongo que nuestro primer beso será terrible.

Tuve que apretar más los labios para controlar mi sonrisa. Puse las manos en sus hombros y me puse de puntillas. Él puso los ojos en blanco y presionó sus labios apretados contra los míos. Fue tan malo como pensé que sería. Sonreí y me alejé.

—Lo ves, solo puede ser...

Él deslizó una mano hasta mi nuca y me acercó a él. Sus labios fueron suaves cuando tocaron los míos. Me besó una vez, luego dos, luego pasó sus labios sobre los míos.

—Mejor —murmuró para terminar mi oración.

Comencé a asentir, pero estábamos besándonos otra vez y no tuve que pensar en dónde poner mis manos en esta ocasión, solo se hundieron en su pelo por sí mismas. Las suyas bajaron a mi cadera y sus dedos aplicaron la presión indicada para mantenerme atrapada. Él hizo el beso más profundo, su lengua encontró la mía. Sabía incluso mejor de lo que olía, como a menta y a azúcar. Él me acercó hasta la pared más cercana y se apoyó en mí. Me faltaba el aire, pero no quería parar. Cooper estaba apretado sobre mí, respirando mi aliento y prendiendo fuego mi piel. Él era cálido, familiar e increíble. Cuando sentí que iba a estallar, finalmente lo alejé y tomé varias bocanadas de aire.

—No ha sido para nada terrible —dijo él.

Negué con la cabeza, aún recuperando el aliento.

—Te quiero de verdad.

Sonreí y miré hacia el cielo estrellado.

—Estoy muy feliz.

—Yo también. —Cerré los ojos y él volvió a besar suavemente mis labios.

—Ahora tienes que contarme todo lo que pasó en las últimas semanas. Comenzando con lo que estabas haciendo en esa iglesia abandonada.

—¿Crees que querrán tarta de queso antes o después de matarnos?
—le pregunté a Cooper cuando nos sentamos a esperar a que aparecieran Justin y Rachel. Los dos habían llegado a la ciudad hacía unos días. Justin primero, dos noches atrás; y Rachel la noche anterior. Cooper y yo decidimos que les contaríamos lo de nuestra relación en persona, no por mensaje o por teléfono. Así que allí les esperábamos para darles la noticia. Yo, por mi parte, ya se lo había contado a Lacey la misma noche en que ocurrió. Ella se había alegrado por mí, pero era diferente porque Lacey conocía mis sentimientos. Rachel y Justin, no.

—La verdadera pregunta es: ¿nosotros deberíamos comprarnos ahora un pedazo de tarta por si acaso o tener fe en que no nos maten y poder comernos uno después?

—Probablemente ahora.

—Eso es lo que pensaba.

Sonreí. Él apretó mi rodilla por debajo de la mesa.

—¿Sabes cuál es mi recuerdo preferido de ti de este verano?

—No, ¿cuál? —pregunté.

—Cuando montamos en cuatriciclo.

—Claro, ya sabía yo que te iba a gustar justo lo que a mí me aterró.

—No, me gustó porque hizo que te aferraras a mí con todas tus fuerzas. Deberíamos volver a hacerlo.

—Puedo hacerlo sin el cuatriciclo, si quieres.

Cooper sonrió con suficiencia. Mi teléfono vibró en mi bolsillo y yo lo tomé, pensando que sería un mensaje de Rachel o de Justin sobre su hora de llegada, pero era la notificación de un e-mail. Mis mejillas se entumecieron.

—El Programa de Invierno —dije en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Cooper.

—Es de Wishstar.

—¿Te postulaste?

—Olvidé decírtelo. Lo hice.

—Guau. Felicidades.

—No me felicites aún. No sé si me han seleccionado.

—Estaba felicitándote por postularte. Ya era hora.

—Muy gracioso. —Golpeé su hombro con el mío.

—¿Y bien? ¿Vas a abrirlo?

Asentí, pero me tomé mi tiempo. Era el último momento para disfrutar de la incertidumbre. Después de eso estaría feliz o devastada. Y podría manejar cualquiera de las dos. Abrí el e-mail.

—«Felicidades —leí en voz alta—, ha sido aceptada en nuestro curso de invierno en el Instituto Wishstar de Artes Visuales e Interpretativas.»

—Es increíble —dijo Cooper y me besó—. Sabía que podías hacerlo.

—Gracias.

—¿Llego tarde? —La voz de Rachel me hizo saltar de mi asiento. ¿Habría visto nuestro beso? No actuó como si lo hubiera hecho cuando continuó hablando—. ¿Cómo es que vosotros dos ya estáis aquí? ¿Y cómo es que no habéis pedido tarta de queso? —Ella tomó un trozo de pan de la cesta que había sobre la mesa, que no habíamos tocado, y cortó un pedazo—. Me muero de hambre. He estado durmiendo

durante dieciocho horas seguidas. Nunca más volveré a dormir. Maldito *jet lag*. —Ella lanzó sus brazos a mi alrededor y me apretó—. ¡Hola!

—¡Hola! —dije y me reí—. Bienvenida a casa.

Cooper se levantó y también la abrazó.

—Parece como si me hubiera ido durante años, pero he vuelto y todo está exactamente igual. Sin contar todo este rollo del cambio horario. ¿Dónde está Justin?

Cooper miró sobre el hombro de Rachel.

—Justo aquí.

Justin se acercó a nuestra mesa con una enorme sonrisa.

—Amigos —dijo. Todos nos abrazamos por turnos—. El próximo verano haremos un viaje juntos. Ha sido demasiado tiempo lejos de vosotros.

—Eso es justo lo que le dije a Abby el mes pasado —asintió Rachel—. ¿Fue el mes pasado? Que tenemos que recorrer Europa juntos después de graduarnos.

—¿Cómo es que no hay tarta de queso en esta mesa? —preguntó Justin y miró alrededor en busca de un camarero.

—No estábamos seguros de si íbais a querer tarta de queso antes o después de matarnos —dijo Cooper, luego se rio cuando yo lo miré con los ojos bien abiertos. Así no era exactamente como lo habíamos practicado. Cuando lo practicamos, preparamos el camino hacia el tema, hablando de que siempre habíamos sido amigos y que se había convertido en algo más durante el verano. Pero, por lo visto, no íbamos a hacerlo según lo establecido.

—¿Por qué íbamos a querer mataros? —preguntó Rachel, y se sentó en la silla vacía a mi lado. Justin también se sentó, vio el pan y tomó un trozo.

—¿Habéis comido este verano? —pregunté.

—He comido demasiado —respondió Rachel—. En cada ciudad probaba la comida típica. Fue increíble. Pero ahora mi cuerpo espera ser alimentado cada dos horas.

—Yo no he probado comida estadounidense por mucho tiempo. Bueno, anoche, pero... ya sabéis a lo que me refiero —dijo Justin con la boca llena.

—Abby tiene increíbles noticias que daros —anunció Cooper—. Ha entrado en el Programa de Invierno por el que se le caía la baba.

—¿Qué?! ¡Es increíble! —exclamó Justin.

—Muy increíble. ¡Felicidades! ¿Es por eso que os íbamos a matar? ¿Por qué íbamos a mataros por eso? —preguntó Rachel.

—Todos hemos sido amigos durante mucho tiempo... —comencé a decir, de vuelta en el plan que habíamos trazado. El camarero apareció en nuestra mesa.

—Veo que todo el grupo está aquí. ¿Qué os traigo?

—Estoy enamorado de Abby —dijo Cooper con seguridad—. No me había dado cuenta de lo idiota que estaba siendo por no decírselo hasta este verano. —Luego miró al camarero—. Yo quiero una tarta de queso con Oreo y unas patatas fritas.

—Espera. ¿Qué? —preguntó Rachel con un trozo de pan a medio camino hacia su boca.

—¿Vuelvo después? —preguntó el mesero.

—¡No! —dijo Justin—. Quiero una tarta de queso con limón. Estas noticias no cambian el hecho de que me muera de hambre. Y —se dirigió a Cooper—, ya era hora.

—¿Qué? —volvió a preguntar Rachel, mirando a Justin esta vez—. ¿Lo sabías? ¿Soy la única que no lo sabía?

—¿No le contaste a Rachel lo del verano pasado? —me preguntó Cooper—. Pensé que ella sería la única que *no* se sorprendería.

—No se lo dije a nadie.

—Exacto —comentó Rachel—. En este grupo de amigos todos sabemos lo mismo o nada. Tenías razón. *Voy a mataros.*

Debí haberle hablado a Rachel de mis sentimientos por Cooper mucho tiempo atrás. Sabía que se sentía herida.

—Lo siento —dije por lo bajo, solo a ella.

—Volveré en un momento —interrumpió el mesero.

—Espera —le dijo Cooper—. Rachel, pide. Luego hablaremos acerca de tus extrañas reglas.

—Bien —resopló ella—. Quiero una de chocolate. Vuestra tarta de queso más chocolatosa.

El camarero anotó lo que queríamos en una libreta y luego me miró a mí. Cierto, yo no había pedido.

—Chocolate blanco y frambuesa —dije.

—Al menos algunas cosas no han cambiado —comentó Rachel con los ojos en blanco. El camarero se fue de prisa y el silencio se extendió—. ¿Cómo se supone que ha pasado esto? —preguntó finalmente.

—¿A qué te refieres con *cómo ha pasado*? —Justin le lanzó una corteza de pan—. Se gustan. Los dejamos solos todo el verano y por fin se dieron cuenta.

—¿Y los dos pensasteis que esto era una buena idea? ¿Lanzar una bomba en nuestro grupo de amigos? Pronto implosionaremos y acabaremos desparramados en pedazos, y entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Auch, Rach —dijo Cooper—. Me alegra que tengas tanta fe en nosotros.

—¿Podemos determinar quién se encargará de la custodia de cada uno después de vuestra ruptura? —dijo Rachel con una sonrisita en su rostro. Ay, Dios. Ella me perdonaría, al menos en un tiempo.

—Yo pido a Abby —dijeron ella y Justin, al mismo tiempo.

Reí.

—¿Qué? —reaccionó Cooper—. ¿Por qué los dos a Abby?

—Es más divertida y más relajada —respondió Justin.

—Supongo que esa es la razón número cinco mil por la que no la dejaré ir.

—Oh, guau. Ahora os decís cosas cursis el uno al otro. Me llevará un tiempo acostumbrarme a esto —afirmó Rachel.

—A mí también —dije yo.

—¿A qué te refieres con que a ti también? —preguntó Cooper, me rodeó con sus brazos y me puso sobre él—. Tal vez debería decir más cosas cursis para que te acostumbres más rápido. Para que todos os acostumbréis.

Yo lo empujé riéndome.

—Justin, que no te den ideas. Siempre seremos amigos —dijo Rachel.

—No hay absolutamente ninguna idea por aquí —le aseguró él.

El camarero volvió con nuestros pedazos de tarta y una canasta de patatas fritas para Cooper. Rachel se estiró sobre la mesa y tomó una de las patatas. Él golpeó su mano.

—¿Sigues sin compartir?

—El mundo no ha cambiado mientras no estuviste.

—¿Estás seguro de eso?

Cooper me sonrió. *Mi* mundo había cambiado. Le devolví la sonrisa, luego tomé mi tenedor y comí un trozo de mi tarta.

—¿Así que esto significa que no habrá viaje de amigos el próximo

verano? Porque habría sido épico.

—¿Por qué significaría eso? —pregunté—. Definitivamente haremos ese viaje el próximo verano. Será un viaje genial.

—Estoy molesta porque no me lo hayas dicho, pero estaré feliz pronto. De verdad —dijo Rachel y empujó mi hombro.

—Suficiente sobre nosotros —dijo Cooper—. Tenemos que celebrar las excelentes noticias de Abby y luego escuchar cómo han sido vuestros veranos.



Nos quedamos en nuestra mesa mucho rato aunque nos hubiésemos acabado nuestra comida en unos minutos, y, probablemente, mucho tiempo más del que nuestro camarero hubiera querido. Rachel y Justin compartieron sus aventuras y, a pesar de que las cosas eran diferentes, todo estaba bien.

Al salir del restaurante, Cooper tomó mi mano para que Justin y Rachel caminaran adelante.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Todo salió como esperabas?

—Sí. Fue muy bien.

—Pareces callada.

—¿Sí? —Él mantuvo la puerta abierta para mí y los dos salimos. Rachel se había subido a la fuente de enfrente y estaba caminando por el borde con los brazos extendidos.

—No estarás teniendo dudas, ¿o sí? —Su rostro había adquirido una expresión preocupada.

—¿Qué? No. —Llevé mis brazos alrededor de su cuello—. Te quiero

—dije en voz baja, luego miré hacia el cielo y grité—: ¡Estoy enamorada de Cooper Wells!

—¡Formen filas! —respondió Justin.

Yo me reí y la radiante sonrisa de Cooper regresó.

—Bien —dijo él—. Porque el amor no correspondido es lo peor. Si tuviera que escoger entre el amor no correspondido y no poder amar nunca, definitivamente elegiría no amar.

—Entonces *sí* que sabías de lo que estaba hablando Lacey en la fiesta. Y ella que pensó que no tenías ni idea.

—Lacey. ¿Ella estará más con nosotros a partir de ahora?

—Eso creo. Nos hemos hecho muy amigas.

—¿Mejores amigas que nosotros dos?

—Tú eres mi mejor amigo, Cooper. Irremplazable.

—Te quiero. —Me besó y me cortó la respiración. Bueno, tal vez no fuera tan difícil acostumbrarme a eso.

—Gracias, *Lista del corazón* —dije por lo bajo.

—¿Estás dándole todo el mérito a esa lista?

—Estoy dándole mérito a lo que puedo. Gané el corazón de Cooper Wells y voy a meterlo en una caja para no dejarlo ir jamás.

—Sé cuidadosa conmigo —dijo entre risas.

—Lo seré —respondí seria.

—Y, Abby —añadió él—, puede que me haya llevado demasiado tiempo darme cuenta, pero yo fui el que ganó.

AGRADECIMIENTOS

Para todos aquellos que tienen un sueño y creen que está fuera de su alcance, ¡seguid luchando por él!

¡Gracias a mis lectores! ¡Os quiero mucho a todos! Aprecio vuestro apoyo y aliento, vuestras palabras amables, vuestros tweets, vuestras preguntas en Goodreads, vuestros comentarios en Instagram. Os leo y lo sois todo para mí. ¡Gracias por leer mis libros! ¡Gracias por leer en general! Adoro a los lectores y realmente siento que he encontrado a *mi gente*.

A mi agente, Michelle Wolfson, gracias por ser siempre mi apoyo y algunas veces mi terapeuta (tal vez más que algunas veces). Eres la mejor. Estoy verdaderamente feliz de trabajar contigo. Haces que mi trabajo sea más sencillo ¡y mucho más divertido!

A mi editora, Catherine Wallace, que cree en mí y me ayuda a mejorar mis historias: ¡gracias! Y gracias a Jon Howard, Michelle Taormina, Alison Klaphthor, Steohanie Hoover, Bess Brasswell, Sabrina Abballe, Meghan Pettit, Jen Klonsky y a todo el equipo de HarperTeen. Ellos me dieron una oportunidad en mis comienzos y estaré siempre agradecida por ello.

Como siempre, gracias a mi esposo, Jared West. En serio, este hombre es el mejor. Me apoya en todo lo que hago, incluso cuando tengo que ponerme en modo ermitaño. También tengo unos hijos fabulosos que me apoyan: Hannah, Autumn, Abby y Donavan. Estas son mis personas favoritas en el mundo. Me encanta pasar el tiempo con ellos. Nos reímos más de lo que deberíamos en esta casa y soy feliz

por eso. Amo reírme. Reírme es mi deporte favorito (cada vez que digo esto pienso en la película *Elf*).

Tengo unos increíbles amigos escritores, con los que no solo es increíble estar, sino que también tienen muchísimo talento. Mucho cariño para: Candice Kennington, Jenn Johansson, Renee Collins, Natalie Whipple, Bree Despain, Michelle Argyle, Sara Raasch, Shannon Messenger y Jessi Kirby.

Y gracias a mis amigos no escritores, a quienes adoro y me hacen muy feliz: Stephanie Ryan, Rachel Whiting, Elizabeth Minnick, Claudia Wadsworth, Amy Burbidge, Misti Hamel, Brittney Swift, Mandy Hillman, Emily Freeman, Megan Grant y Jamie Lawrence.

Y por último, pero no menos importante, a mi increíble familia numerosa, en la que todos me dan tanto apoyo: gracias a Chris DeWoody, Heather Garza, Jared DeWoody, Spencer DeWoody, Stephanie Ryan, Dave Garza, Rachel DeWoody, Zita Konik, Kevin Ryan, Vance West, Karen West, Eric West, Michelle West, Sharlynn West, Rachel Braithwaite, Brian Braithwaite, Angie Stettler, Jim Stettler, Emily Hill, Rick Hill, y a los veinticinco niños (más los hijos de los niños) que hay entre estas personas.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

» PUCK «